ÚLTIMA NAVIDAD EN MADRID



J. K. FRANKO

Rocaeditorial •

J. K. FRANKO

ÚLTIMA NAVIDAD EN MADRID

Rocaeditorial

NICHOLAS ROGERS

La muerte borra todo lo que somos y todo lo que fuimos, pero los relatos sobre nuestras vidas perduran. He tenido esto muy presente últimamente porque Nicholas ha muerto. Lloro su pérdida, mas hallo consuelo en el hecho de que me dejó su historia para compartirla con quien lea estas páginas. En este sentido, Nicholas fue el autor de su propia herencia.

Su historia llegó a mis manos en forma de agradecimiento. Cuando uno tiene un huésped en casa, resulta inusual que este escriba sobre su visita. Es inaudito que lo regale como obsequio. Puedes, por tanto, imaginar mi sorpresa cuando encontré el manuscrito que se convertiría en este libro sobre la mesa del vestíbulo, con una nota de agradecimiento firmada por Nicholas, después de que pasara un mes en nuestro piso de Madrid. Mucho ha transcurrido desde entonces, siendo lo más trágico de todo que, como he dicho, Nicholas ha muerto.

Si bien su historia constituye en sí misma el mejor argumento a favor de la importancia de ofrecer estas páginas, una breve explicación de cómo llegué a conocer a Nicholas y de cómo este libro llegó a existir te resultará de utilidad, mi querido lector.

Conocí a Nicholas hace más de veinte años en un taller de escritura en Marfa, Texas. Acababa de completar su doctorado en Literatura y había solicitado puestos docentes en varias universidades estadounidenses. Por aquel entonces, yo era todavía un escritor en ciernes. Él también lo era, aunque iba un poco más adelantado en comparación con el resto de nosotros en aquel taller, pues ya había publicado varios relatos cortos y su primera novela estaba prevista

para ser publicada ese invierno.

Había algo especial en Nicholas. Era enérgico, apasionado, y, sin embargo, su voz era suave. Era de estatura mediana, ni alto ni bajo, ligeramente encorvado para su edad, de buena complexión, más blanco que moreno, con cabello castaño artísticamente ondulado, y sus rasgos eran aquilinos, de nariz arqueada. Su único defecto perceptible, aunque menor, era un ojo izquierdo ligeramente perezoso.

Vestía bien, pero con descuido, *con molta sprezzatura.* Como escritor, poseía un ojo crítico para el detalle, una mano diestra en lo que respecta a la construcción de personajes y confianza. Confianza literaria. Escribía con una prosa elegante y tenía memoria fotográfica —las alusiones literarias abundaban en su obra—, poseía un don, un genio, para la metáfora.

Nicholas y yo mantuvimos el contacto después de aquel taller de escritura. Para cuando escribió la historia que estáis a punto de leer, se había convertido en una de esas personas a las que conocía desde hacía tanto tiempo que, aun cuando nuestra relación no era muy estrecha, su persistencia en el escenario de mi vida era tal que lo consideraba casi un amigo, o al menos lo trataba como tal. Era una constante en mi mundo literario.

El Nicholas que llegué a descubrir a lo largo de aquellos años era inteligente; le encantaba filosofar; adoptaba un enfoque práctico y directo ante la vida. Su personalidad se manifestaba en sus libros. Eran obras ingeniosas, en ocasiones humorísticas, de múltiples estratos y no carentes de profundidad —muy semejantes a su autor —. Más allá de ofrecer un entretenimiento sólido, planteaban cuestiones existenciales, cuestiones humanas. Y él no proporcionaba las respuestas. Hacía pensar a sus lectores. Hacía que sus lectores tomaran conciencia de que anhelaban respuestas a estas grandes

cuestiones vitales tanto como él.

Dicho esto, por alguna razón los dioses literarios no le sonrieron. Sus libros nunca alcanzaron el éxito ni entre la crítica ni entre los lectores. Su primera novela fue, por decirlo con gran benevolencia, un fracaso. *Publishers Weekly* la calificó como «una decepción rotunda». Poco después publicó una segunda novela con la misma casa editorial. Por entonces aún se sentía confiado y motivado. Esta tuvo peor fortuna que la primera. Tal vez se había granjeado un enemigo en algún lugar (todos sabemos cómo puede ser el mundo editorial), pero *Publishers Weekly* la reseñó bajo el titular «La estrella que se apagó». En ese momento cambió de agente. Publicó cinco o seis títulos más, si bien con cada lanzamiento fue descendiendo en la cadena alimentaria de las editoriales, primero a grupos cada vez más modestos, luego a editoriales independientes, hasta acabar autopublicándose en Apple Books. Creo que estos fracasos literarios le pasaron factura.

Nicholas describe nuestro último encuentro en persona en este libro, de modo que no entraré en detalles, pues su relato es en general preciso. Añadiré mi impresión de él en aquel encuentro. No se hallaba en buen estado. Estaba en proceso de divorcio. Yo había sabido por otros que tenía ciertos problemas en la universidad donde enseñaba. Bebía en exceso, y, aunque había habido acusaciones de abuso de sustancias, nada llegó a probarse (ni por parte de las autoridades universitarias ni mediante mi propio proceso de verificación). Fuera lo que fuese aquello por lo que Nicholas estaba atravesando le estaba minando. Parecía cansado, no solo físicamente, sino también espiritualmente. Quizá tuviera algo que ver con las circunstancias que rodearon nuestro encuentro. Dejo que seas tú quien juzgue.

El resultado de aquel encuentro fue que le ofrecí nuestro piso de

Madrid durante algunos meses de invierno para que pudiera trabajar en su nuevo libro. Al principio, rehusó educadamente, pero pocos días después recibí un mensaje de texto suyo. Muy tarde por la noche. Me preguntaba si la oferta seguía en pie. Había cambiado de opinión.

Nicholas y Juliette llegaron a nuestro piso alrededor del 8 de diciembre. Mantuvimos el contacto de forma esporádica por teléfono hasta las fiestas navideñas, cuando nuestras comunicaciones cesaron, no por otra razón (al menos por mi parte) que la de estar ocupado con la familia y las cosas habituales de las fiestas.

Durante Año Nuevo, tras varios intentos de hablar con Nicholas que quedaron sin respuesta, acudí a Tomás (el portero de mi edificio) para pedirle que le dijera a Nicholas que me llamara. Tomás me informó de que Nicholas se había marchado, pero que nuestro piso se encontraba en buen estado. Llamé a Nicholas algunas veces más después de aquello, a principios de enero, le dejé varios mensajes. También le envié mensajes de texto. Pero sin respuesta.

A mediados de enero, cuando volví a visitar el piso, había dejado para mí un paquete sobre la mesa del vestíbulo junto con una breve nota. El paquete contenía un manuscrito. Este libro.

Aquella noche leí el manuscrito de una sentada. No dormí. No pude. Quizá fuera solo una novela, una obra de ficción brillante. Pero si algunas partes de la historia eran ciertas… Estaba preocupado por Nicholas. Le llamé, le escribí, le dejé mensajes de voz. Nunca respondió.

Al día siguiente tenía reuniones en Madrid y familia a la que ver. Pero, hiciera lo que hiciese, el manuscrito me perseguía. Unos días más tarde, tras varias lecturas más, hice una copia y se la envié a mi agente, Helen. Ella no es solo mi agente y mi amiga, es también abogada. Sintió lo mismo que yo respecto a su historia.

Como no estaba allí, no puedo atestiguar lo que le sucedió a Nicholas ni nada de lo que hizo en Madrid. Me gustaría creer que lo que dejó atrás es simplemente una obra de ficción. Sin embargo, a partir de lo que he sabido desde entonces, he llegado a dudar si lo que estás a punto de leer es más bien un texto documental que una novela.

Hay un viejo dicho entre los escritores: ningún autor escribe el final de su propia autobiografía. Es más que un dilema existencial. Nuestra propia historia siempre se nos escapa. He pensado en eso a menudo desde que encontré el manuscrito de Nicholas en la mesita del recibidor. Sea lo que sea su historia, es definitiva, está bajo su control y es verdaderamente suya. Su historia no se le escapó. O quizá sea más acertado decir: él no supo escapar de su historia.

Algunas notas respecto al manuscrito de Nicholas.

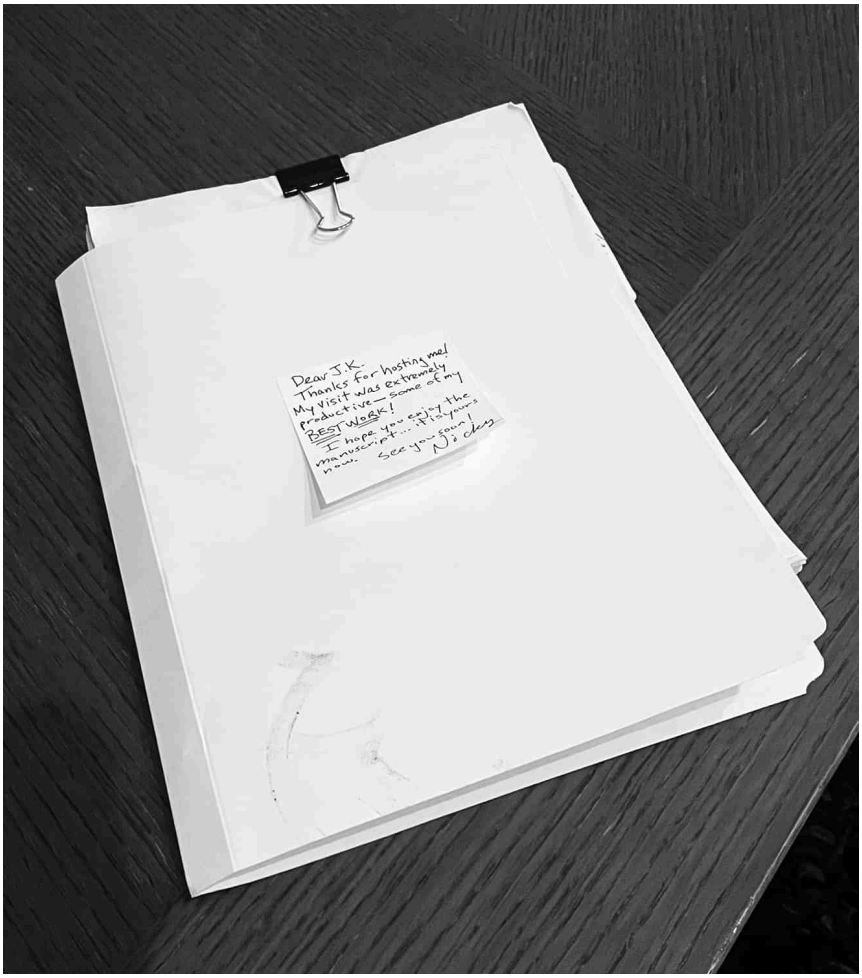
El original constaba de 315 páginas sueltas y un diario manuscrito. La mayoría de las páginas sueltas estaban impresas en papel tamaño A4 con algunas correcciones en tinta azul. Las divisiones por capítulos fueron añadidas por Nicholas. También se incluyeron imágenes entre las páginas del manuscrito. Para permitir al lector interpretar del mejor modo la intención del autor, el manuscrito ha sido publicado tal como fue escrito.

Las elisiones (palabras tachadas), allí donde existían en el original, se han dejado en su lugar.

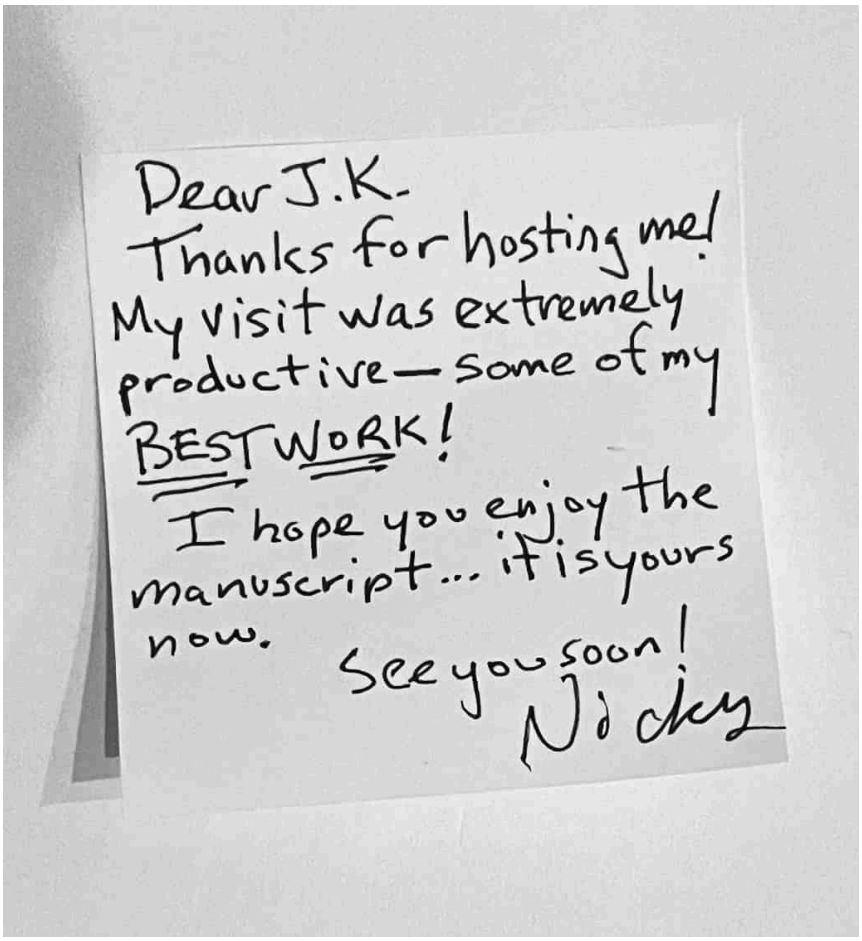
Las notas a pie de página son mías y así se indican. Solo dos imágenes en este libro son mías y ambas aparecen en la página siguiente: una fotografía del manuscrito y de la nota[1] que Nicholas dejó con él, en la que me otorga la propiedad de esta obra.

Los encabezados de sección fueron incorporados posteriormente, a petición del equipo editorial, para facilitar la lectura.

Desde el escritorio de J. K. Franko
Dallas, Texas



Manuscrito de Nicholas



Detalle de la nota de Nicholas

Este libro es, en su totalidad, una obra de ficción.
Cualquier semejanza con acontecimientos reales o personas,
vivas o muertas, es enteramente coincidencia.
Los lugares mencionados en el libro existen.
Y algunos de los acontecimientos pueden haber sucedido.

DALLAS

Este libro está dedicado a
~~*la muy puta de mi ex, Beverly,*~~
~~*que se pudra en el infierno*~~
Juliette

1

—No hay libro tan malo —dijo el bachiller—
que no tenga algo bueno.[2]

Siempre me ha resultado curioso que un ataúd, si se coloca en vertical, se asemeja a una puerta. Desde luego, resulta apropiado. Quizá incluso intencionado. Al fin y al cabo, la muerte versa enteramente sobre la transición. El tránsito. El fin de una cosa y el comienzo de otra —si se cree en estas cosas—.

Mi historia versa precisamente sobre eso, sobre finales y comienzos. Comienza aquí con un final, una muerte —o sus consecuencias inmediatas—, un funeral que tuvo lugar un lunes sombrío, terriblemente sombrío, de noviembre. El cementerio se encuentra, casualmente, cerca de mi casa en Dallas, Texas. Data del siglo XIX; lo sé porque suelo visitar esta clase de lugares, cementerios, sitios encantados y similares, en busca de estímulo e investigación. Nunca se sabe dónde puede ocultarse la inspiración para la próxima novela. Debo mencionar que soy escritor. Eso será importante más adelante.

El lunes en que comienza mi historia fue una mañana invernal miserable. Había llovido toda la noche y el pronóstico anunciaba más lluvia. Normalmente el cementerio estaría a unos cuarenta minutos en coche, pero, dadas las condiciones, fue una travesía larga y penosa.

Cuanto más me acercaba, más densa se volvía la niebla, hasta tal punto que el último kilómetro y medio lo recorrí muy por debajo del límite de velocidad, confiando en el GPS. Pisaba los frenos ante apariciones fantasmales que resultaron ser coches aparcados, peatones, un buzón.

Aún me encontraba en estado de conmoción por la muerte de Samuel, lo repentino de ella, la tragedia que entrañaba. El hecho de que nuestros caminos vitales fuesen similares de algún modo la tornaba más real. Más terrible. Es —era— un escritor colega. Ambos nos habíamos educado en el este, él en Brown, yo en Harvard (lo sé; perdóname que lo mencione esta única vez). Ambos impartíamos Literatura en la misma universidad.

A causa del divorcio, el mío, en los últimos tiempos había visto menos a Samuel. Su esposa Lara había tomado partido por mi ex, Bev, y me había excluido socialmente. Así pues, además de presentar mis respetos, mi asistencia al funeral implicaba algo más: el deseo de demostrar a ambas mujeres, a todos, que mi vínculo de amistad con Samuel trascendía la mezquindad de su rencorosa exclusión de mi persona de su círculo social.

Afortunadamente me había preparado bien para aquella mañana, arropado con múltiples capas, pues un frío perverso mantenía el camposanto en sus garras heladas y el suelo se hallaba completamente embarrado por la lluvia de la noche anterior. Me abrí paso a través de la densa niebla hasta la parcela del entierro y hallé allí una asamblea de dolientes vestidos de negro, posados alrededor de la tumba como una bandada de cuervos en la espesa bruma. El cuervo que los guiaba (evidente por la banda blanca en su cuello) leía de un libro negro y estaba ya bien avanzado en el ritual. Las oraciones que pronunciaba parecían mortecinas y amortiguadas, la densidad del aire impedía que el sonido de sus invocaciones se

propagara lo suficiente.

Me acerqué cuanto pude, con la cabeza gacha, reverentemente. Llegué tan tarde que la parte de la ceremonia que presencié duró quizá quince minutos. El sacerdote, el padre O'Leary, concluyó informándonos a todos de que habría una ceremonia de celebración de la vida el sábado siguiente en casa de Samuel y Lara.

A medida que los afligidos se iban retirando, esperé mi turno para despedirme de mi amigo ante su ataúd. Extendí la mano y la apoyé sobre la madera, que estaba mojada por la lluvia, aunque extrañamente cálida al tacto.

Sonreí con suavidad y susurré:

—Muebles, Sam.

Samuel tenía una teoría sobre la escritura que solía sacar después de la segunda o tercera copa.

—Toda historia que valga la pena consiste en meterse dentro de la piel de otra persona y vivir allí. No observar. No empatizar. Vivir allí. Esa es la diferencia entre un escritor y un periodista. El resto es mobiliario.

—¿Y qué pasa con la trama, la estructura, el lenguaje? —le rebatía yo.

Él siempre hacía el mismo gesto con la mano.

—Mobiliario.

Nunca se lo dije, pero esa idea se me había quedado clavada más que cualquier otra cosa que hubiera dicho. Era, de hecho, la semilla de la novela que llevaba intentando escribir.

Fui el último en quedarme junto al ataúd. Cuando me aparté para buscar a Lara, dos sepultureros se acercaron. Soltaron el freno del dispositivo y el ataúd comenzó a bajar, lento y controlado, hasta que la tierra se lo tragó.

Un ataúd en horizontal, descendiendo hacia la tierra húmeda un

lunes por la mañana, no se asemeja a nada que no sea lo que es. No hay metáfora posible. Esa transición en la que había estado pensando durante el trayecto —finales y comienzos— ya ocurre antes de que te metan en la caja. Fuera cual fuese la puerta por la que Samuel había pasado, la había cerrado a su espalda.

Yo, allí de pie, no sentí ningún comienzo. Solo una ausencia donde antes había habido un amigo y el repiqueteo de una lluvia incapaz de llenar el vacío que dejaba. Se me ocurrió con tristeza que, a partir de ese momento, Samuel ya solo sería un personaje en las historias de otros. Ya no un escritor. Solo materia. Supongo que eso nos pasa a todos, tarde o temprano. Otra persona toma la pluma.

Encontré a Lara, a quien fue fácil distinguir en su lugar de honor, y le ofrecí mis condolencias. Se hallaba en un estado que ponía las trivialidades de mi divorcio con Bev en perspectiva. Lloró entre mis brazos, agradeciéndome haber asistido y por haber sido amigo de Samuel. Así que, en cierto sentido, cumplí mi objetivo; al menos en parte. Me sentí bienvenido por Lara. Con toda sinceridad.

Pero no vi a Bev por ninguna parte. Regresé despacio a mi coche, procurando mostrarme lo más normal y solemne posible mientras escudriñaba a través de la niebla intentando divisarla. No es que deseara hablar con ella. Solo quería que viera que yo estaba allí.

Puesto que todos caminábamos hacia nuestros coches, resultaba difícil escrutar a mis espaldas sin llamar la atención. En momentos como estos desearía seguir fumando. Me habría proporcionado la excusa perfecta para entretenerme junto a mi coche mientras la buscaba con la mirada. En su lugar simulé estar registrando todos mis bolsillos en busca de las llaves; luego saqué mi teléfono y fingí responder a un mensaje de texto importante. Mientras, el

cementerio se iba vaciando lentamente. Las lápidas apenas eran visibles en la espesa niebla. Los golpes secos de las puertas de los coches al cerrarse se iban apagando.

El lugar olía a mantillo, fértil, húmedo. Renuncié a encontrar a Bev, así que saqué el llavero con el mando y me preparé para marcharme. Mi auto emitió un pitido en respuesta cuando, casi como si hubiese sido convocada por el sonido, me pareció distinguir a cierta distancia la silueta de una figura moviéndose lentamente hacia mí en la bruma. Quienquiera que fuese parecía cobrar forma en la neblina. Se encontraba demasiado lejos como para oír el chapoteo de sus pisadas sobre el suelo mojado. De hecho parecía flotar, y su cabeza parecía estar cubierta con una capucha o un velo. Su vestimenta —negra— ondeaba a su alrededor; atuendo femenino, me pareció. Podría ser ella. Bev.

Di un paso para caminar hacia ella cuando una mano se aferró a mi hombro, sobresaltándome.

—¿Nicholas? ¿Eres tú? —Me volví y miré. Debió de resultar evidente que me había alterado, pues añadió—: Perdona. No quería asustarte.

Iba abrigado, como yo, para el frío, y me llevó un instante reconocer el rostro que asomaba entre la bufanda y el gorro.

¿J. K.? Dios mío. Había pasado una eternidad…

Fue una grata sorpresa. J. K. Franko y yo nos habíamos conocido años atrás (¿quince?, ¿veinte?) en un taller de escritura, en el este, creo. El taller resultó un fiasco, pero habíamos encajado bien aquel fin de semana y mantuvimos el contacto después. Nos habíamos visto periódicamente en diversos eventos relacionados con la escritura. Con el tiempo, fuimos atando cabos y nos dimos cuenta de que teníamos muchos amigos escritores en común, incluido (aunque yo lo desconocía) el recientemente fallecido Samuel. Decidí

aprovechar la presencia de J. K. para demorarme un poco más por si aparecía Bev.

Cuando volví a mirar hacia allí, la figura sombría había desaparecido. Miré alrededor, buscándola, mientras hablaba con J. K. No había apartado la vista mucho tiempo, pero quienquiera que fuese había tomado un camino que no pasaba junto a nosotros.

J. K. y yo intercambiamos las cortesías propias de la circunstancia. Mientras conversábamos, la lluvia de última hora de la mañana que había sido pronosticada comenzó a caer sobre nosotros. No habíamos terminado de ponernos al día, y, si bien protestó con que había planeado llamar a un Uber, accedió a acompañarme carretera abajo hasta un pequeño tugurio que yo sabía que estaría abierto a esas horas.

2

El Lee Harvey's estaba abierto y no éramos los únicos bebedores diurnos en busca de respiro ante la neblina y la lluvia gélida. La atmósfera en el interior era cordial, cálida, y contrastaba marcadamente con la bruma lúgubre que nos miraba con ceño desde la ventana. Nos sentamos en la barra y nos pusimos al día entre tragos.

J. K. me preguntó en qué estaba trabajando.

Le mentí y le dije que estaba trabajando en un libro nuevo.

Él mintió y me dijo que no había leído ninguna de las críticas de su último libro.

—Lo que importa es la obra.

Así es como hablan los escritores entre sí: ficciones mutuas, sostenidas con cortesía. La verdad era que yo no había escrito nada que mereciera la pena leer en más de un año, y sospechaba que J. K. lo sabía, de esa forma en que uno siempre sabe cuándo otro escritor está funcionando a medio gas. Era demasiado amable para decirlo.

—Samuel era el honesto —dije tras una pausa—. ¿No? Tenía los huevos para decirte cuándo algo era una mierda.

—Me leyó un primer borrador de mi quinta novela —continuó J. K., riendo—. Me dijo que tenía un thriller psicológico decente enterrado bajo cuarenta páginas de vómito digno de *El exorcista*.

Sus palabras exactas fueron: «Desquítate de ese demonio. Los humanos dan más miedo».

—No se equivocaba.

—No. Tenía razón.

Yo no deseaba abordar el tema, pero J. K. preguntó por Bev con naturalidad. Con cierta reticencia le referí los pormenores de su reciente solicitud de divorcio y mi consiguiente excedencia de la universidad. Obvié todos los sórdidos detalles, claro.

—Pronto, soltero de nuevo… —Intenté decirlo con entusiasmo, pero no lo sentía. Aun así, le expliqué que me encontraba bien, adaptándome y demás. Incluso le comenté que había estado considerando un viaje a Europa para investigar para una novela que tenía en mente. Puede que hiciera que la situación pareciera más desoladora de lo que era, o quizá mi aspecto luciera más abatido de lo que percibía, entre el tiempo de aquel día y las circunstancias funerarias que nos habían reunido, porque tras una larga pausa J. K. me hizo una propuesta.

—Creo que tienes razón. Un cambio de aires te vendría bien, Nicholas. Nos encantaría que usaras nuestro piso en Madrid, si quieres.

—Gracias. Pero no querría importunaros.

—Tonterías. Es un momento perfecto. Acabamos de volver hace unas semanas y estoy completamente desbordado de trabajo. Es decir, tengo que hacer algunos viajes allí de aquí al verano, pero cortos, solo para reunirme con mi editor español. Un día o dos. Yo sería tu huésped —rio.

Vacilé.

—En realidad me harías un favor —continuó—: *Ferrum rubigo consumit.*

Entorné los ojos.

—«Las herramientas sin uso se oxidan», o algo así. Las cosas necesitan ser usadas. Las casas no se conservan bien cuando permanecen vacías. Suceden cosas malas. —Se encogió de hombros —. Quiero decir, ya sabes…, que hay que dejar correr los grifos, tirar de la cadena de los inodoros y todo eso. En serio. —Dio un trago a su cerveza—. ¿Cuándo termina tu año sabático?

—A finales de mayo, supongo —aventuré—. Tengo que impartir un curso de verano en junio: Unamuno.

—Entonces es perfecto. Puedes pasar el invierno y la primavera en España y luego regresar para dar tu clase de verano. Tiempo más que suficiente para empezar tu novela. Un entorno nuevo… y tiempo de sosiego, sin perturbaciones. ¡Será estupendo! Reserva un vuelo. Instálate en Madrid y empieza a escribir.

Me quedé mirando mi whisky escocés, meditabundo.

—¿Podría llevar a Juliette?

J. K. pareció dudar. Me miró con expresión interrogante.

Le devolví la mirada. Era la primera vez que le mencionaba ese nombre. Y, dado todo lo que acababa de compartir acerca de mi divorcio, podía comprender su gesto.

—Juliette está ayudándome a sobrellevar el divorcio —expliqué, y mis labios se curvaron ligeramente en una sonrisa con solo pensar en ella—. La quiero con locura. Es más joven que yo, inocente, tan llena de vida. —Cogí mi teléfono—. Espera, te enseño…

Encontré una buena fotografía de ella y le pasé el móvil.

—¡Cabrón! —rio con fuerza—. ¡Es preciosa! ¿Un *teckel* de pura raza?

Asentí.

—Pero parece diminuta.

—Tres kilos y medio —respondí—. La más pequeña de la camada. —Sabía que él y su esposa eran amantes de los perros.

—Por supuesto. Llévala contigo. Con ese peso puede viajar en cabina. Ahora puedes hacer el papeleo por internet. No se requiere cuarentena en España. Además, el piso tiene un patio interior, como un patio trasero, donde puedes sacarla por las mañanas. Y está a quince minutos del Retiro.

Me tocó a mí mirarlo sin comprender.

—El Retiro… es como el Central Park de Madrid. Es enorme… No sé exactamente cuánto mide, pero suelo correr alrededor del perímetro y son algo más de cinco kilómetros. Paseamos a nuestros perros por allí. Sin correa. Es precioso.

Me sentí tentado. Había estado en Francia, Italia, Inglaterra, pero nunca había pasado mucho tiempo en España. Solo una vez, para una conferencia de fin de semana en Mallorca. Comida extraordinaria. Clima espléndido, especialmente si lo comparaba con el lugar donde me encontraba sentado. Quizá un viaje a Madrid me vendría como agua de mayo.

—Voy a pensarlo.

Charlamos un poco más y luego, aprovechando una breve pausa de la lluvia, nos despedimos. Mientras conducía de regreso a casa, pensé en la oferta de J. K. Me sentía tentado. Mucho. Pero la logística del viaje, los trámites de la documentación de Juliette…, no es que fuera una tarea abrumadora, simplemente parecía una gran molestia. Además, a causa del divorcio —Bev se quedaba con la casa de Dallas, yo conservaba la casa del lago, a casi una hora de Dallas —, todavía me hallaba lidiando con la reconfiguración de la vivienda de fin de semana a residencia permanente. Pequeños ajustes, pero que, aun así, consumían tiempo. No creía que fuera el momento apropiado para abandonar mi hogar para pasar unos meses de vacaciones en Europa. Lo aparté de mi pensamiento.

Lo que aconteció el sábado siguiente me hizo reconsiderar mi

decisión.

3

Entrada de diario

28 de noviembre

¡Qué día tan lamentable! El funeral de Samuel. Cuarenta y ocho años. Te hace sentir tu propia mortalidad cuando entierras a un amigo tan joven.

Suicidio. Nadie quería hablar de ello. Empleó una vieja pistola del ejército, un revólver, el de su abuelo. Un proyectil del calibre 38 directo al paladar.

Al menos tuvo la decencia de hacerlo en el garaje. No obligó a Lara a pasar por el trauma de encontrarlo. El jardinero tuvo ese honor.

Sam siempre fue de naturaleza reservada. Metódico. Siempre supuse que estaba, quizá no feliz —¿quién lo está realmente?—, pero al menos satisfecho. Supongo que las personas satisfechas no se quitan la vida. Aunque, por otra parte, ¿quién sabe si lo hacen?

¡Mierda! Samuel. Sami. Samson. ¡Samurái! ¿En qué estabas pensando, tío?

Lara está destrozada. Dejó una nota, una explicación, pero ella dice que es un galimatías. Tres páginas escritas a mano, por delante y por detrás. Sin ninguna explicación sobre el porqué. Eso tiene que ser lo más duro.

Bev me mandó un mensaje antes del funeral. Dijo que ella iría y que si yo decidía asistir debería «ser educado» y «mantener las distancias». Provocándome, como siempre. Siempre anticipándose con sus reproches. Siempre intentando controlar la narrativa.

Te voy a echar de menos, Sami. Samuel. Pronuncio tu nombre en voz alta. Pero suena vacío. Hueco. Suena a ausencia. Como si el aire a mi alrededor supiera que te has ido. Descansa en paz, hermano. Descansa en paz.

4

El sábado llegué a la recepción en honor de Samuel y aparqué calle arriba, cerca de la casa. El evento duraría toda la tarde; Lara lo había dejado muy claro: «Ven y vete cuando quieras». Así que, técnicamente, no llegaba tarde.

El día estaba nublado y amenazante. Lluvioso y frío, aunque no tan sombrío como había sido el día del funeral. Grandes nubes negras y grises avanzaban lentamente desde el noroeste, la proa de un frente del norte que, según el pronóstico, llegaría aquella tarde y noche.

La cosa iba a ponerse fea. Previendo lo que se avecinaba, me había detenido de camino a casa de Lara para comprar algunos troncos de leña que coloqué en la parte trasera de mi todoterreno.

Estaba a punto de salir del coche cuando la puerta principal de la casa de Lara se abrió y salió Bev. La seguía un hombre cuya silueta me resultaba familiar. Verlo junto a ella me revolvió el estómago.

Gary Logan.

Lara se unió a ellos en el porche para despedirse. Yo observaba desde el silencio de mi auto, mi aliento empañaba las ventanas.

Bev no salió como hace la mayoría de la gente. Apareció como si ya se hubiera mirado en el espejo. A pesar del frío, lucía impecable: la bufanda anudada con precisión, las mejillas sonrosadas y el pelo recogido de esa manera que parecía no haberle costado ningún

esfuerzo. Siempre había tenido esa belleza celta, sencilla y natural. Y el temperamento fogoso que la acompañaba.

Se inclinó hacia Lara, la abrazó y le susurró algo que no llegué a oír. Los hombros de Lara se relajaron al contacto. No era consuelo, era cautiverio.

Bev tenía ese efecto: conseguía que la gente se sintiera elegida.

Sonrió por algo que dijo Gary y le rozó ligeramente el antebrazo; una reivindicación de propiedad disfrazada de afecto. No fue la intimidad lo que me revolvió el estómago, sino la naturalidad con la que ocurrió todo. Como si hubieran estado saliendo juntos de aquella casa durante años. La forma en que ella ni siquiera miró una sola vez hacia la calle, hacia el coche en el que sabía que yo estaba, como si mi presencia ni siquiera fuera una posibilidad digna de anticipar.

Llevaba meses intentando razonar con ella en privado. En público, ella siempre ganaba al ser la primera en contar la historia.

Samuel estaba muerto. Y sé que eso atormentaba a Lara, profundamente. Pero en su casa, en aquel momento, se había reunido un grupo de amigos para apoyarla a ella y entre sí, para superar el dolor de haberlo perdido. El dolor de Samuel había terminado. Y Lara estaba rodeada de amigos que la consolaban.

Pero ¿qué había de mí? Mi matrimonio estaba muerto. Años desperdiciados construyendo mi vida en torno a alguien solo para que ella quebrantara cada voto y promesa que me había hecho y lanzara una campaña de difamación contra mí. Ese mismo grupo de amigos que allí dentro reconfortaba a Lara se había puesto del lado de Bev en el divorcio. Nadie me apoyaba a mí. ¿Y por qué habrían de hacerlo si Bev se había aprovechado de aquellos dos años de manipulación psicológica para envenenarlos a todos en mi contra?

Desde el interior de mi coche podía percibir el ambiente que se

respiraba en la casa. Esa silenciosa certeza de que la gente ya había decidido quién era yo: el marido que se lo merecía, el hombre al que se podía compadecer sin necesidad de hablar con él, el personaje secundario de la historia de divorcio que solo existía para justificar el final feliz de los demás.

Tomarme un año sabático fue una decisión fácil para mí. Una vez descubrí que eran pareja, no podía soportar ver a Gary en el trabajo cada día. Saber que de algún modo él era más que yo. Mejor que yo. No vino mal que el jefe de mi departamento también quisiera que me fuera.

A través de las ventanas empañadas de mi coche, los observaba como si fueran el avance de una película sin sonido. Una clásica escena de despedida. Lara agradeciéndoles que hubieran venido. Una charla de despedida, de ida y vuelta. Pero sombría, debido al difunto. Luego Bev abrazando a Lara. Después Gary abrazando a Lara. Lara haciéndoles un pequeño gesto con la mano y cruzando los brazos, abrazándose a sí misma contra el frío, o quizá contra la pérdida de su esposo. Gary y Bev dándose la vuelta y bajando los escalones que conducían a la calle, del brazo hasta que alcanzaron la acera. Y entonces…

—Hola, Bev. —No estoy del todo seguro de en qué momento salí del auto, pero allí estaba yo, plantado justo delante de ellos, el obstáculo imprevisto en la escena.

Su expresión cambió como cuando se cierra una ventana en la pantalla y se abre otra. Bev no parecía sorprendida de verme, solo molesta por haberle arruinado su salida impecable.

—No has podido aguantar ni diez segundos —dijo en voz baja, lo bastante cerca como para que Gary probablemente no la oyera.

Luego alzó la voz, solo un poco; no fue un grito, solo lo justo para que llegara hasta la puerta.

—Nicholas. —Mi nombre sonó más a advertencia que a saludo—. Por favor. Lara está teniendo un mal día. No lo conviertas en algo sobre ti.

Fue perfecto. Razonable. Tranquilo. El tipo de frase que hace que todos los demás piensen que tú eres el problema si no la obedeces.

Pude sentir el aire gélido en los dientes cuando se me abrió mucho la boca.

—¿Qué…?

Gary parecía igualmente perplejo.

Vi, por encima del hombro de Bev, que Lara había advertido el alboroto.

Dio unos pasos hacia nosotros, con la puerta aún abierta a su espalda. Varias cabezas —todas femeninas— se asomaron para contemplar el desastre.

Bev dio un paso hacia delante y me tapó la vista de la puerta. Tenía los ojos brillantes, no llenos de lágrimas, solo con un ligero destello. En sus labios se dibujaba una pequeña sonrisa que no llegaba hasta los ojos.

—Siempre eliges los peores momentos —susurró—. Es un talento casi impresionante.

Luego giró levemente la cabeza, de modo que cualquiera que la observara viera su perfil: la compostura estudiada, la mujer que intentaba mostrarse cortés.

—Hemos venido a ver a Samuel —dijo elevando ahora la voz hacia la puerta—. Por favor.

Era el mismo truco que había utilizado durante años: presentarse como la persona razonable y obligar a todos los demás a seguirle el juego.

Bev se giró, los ojos entrecerrados y los labios ligeramente curvados hacia arriba por el lado derecho. Conocía aquella mirada.

Había escuchado las palabras que la acompañaban demasiadas veces. La misma mirada siempre las precedía. Ni siquiera tenía que decirlas: «Jodido imbécil».

Bev volvió la cabeza hacia Gary y dijo, con una voz lo suficientemente tranquila como para sonar razonable, pero lo suficientemente alta como para que se oyera con claridad:

—Vámonos ya. Lleva un rato aquí sentado mirándonos.

Era una frase breve. Concisa. De esas que no necesitan pruebas, solo que se repitan.

Gary se movió, indeciso. Me miró a mí, luego a ella, tratando de decidir si realmente había pasado algo. Bev no le dio tiempo. Se volvió hacia él con un pequeño sonido —más un suspiro que un sollozo— y él hizo lo que suelen hacer los hombres cuando una mujer simula angustia en público: la rodeó con un brazo.

Estaba furioso al darme cuenta de que, una vez más, le estaba regalando a Bev el protagonismo que ella tanto deseaba. Estaba a punto de decir algo —cualquier cosa— para que se tragara sus propias mentiras. Que había sido ella quien había estado actuando. Que había sido ella quien había estado reescribiendo las historias.

Pero entonces alcé la vista.

Lara se quedó en la puerta con la mano sobre la boca y los ojos muy abiertos, no por la reacción de Bev, sino por la mía. Detrás de ella asomaron varias caras, espiando como suele hacer la gente cuando huele que se está formando un escándalo y no puede resistirse a mirar. Sentí que se me encendía la cara.

Pensé en Samuel. Y en la pobre Lara. Aquello era una recepción en su honor, por Dios. No estaba bien. Así que mantuve la boca cerrada.

—Volvamos dentro, Gary —dijo Bev—. No me encuentro bien. Necesito sentarme.

No se lo dijo a Gary. Se lo dijo a Lara, a su público, al aire, como si estuviera tomando el control del tiempo. Y eso fue todo. Subieron al porche y entraron. Me quedé allí plantado, observando cómo se cerraba la puerta principal, ahogando el sonido de todos ellos, como si fuera a abrirse de nuevo y ofrecer alguna versión de la verdad o de la justicia, o al menos de la compasión. No fue así. La casa quedó en silencio, la puerta permaneció cerrada y la calle volvió a fingir que se trataba de un sábado normal.

No recuerdo cuánto tiempo pasó. El suficiente para que el frío me traspasara el abrigo. El barrio estaba en silencio, salvo por el viento que arreciaba y los sonidos amortiguados que llegaban desde el interior.

Seguí un rato más allí de pie, sin esperar ya que la puerta se abriera. Creo que intentaba poner en palabras la idea que se me había cristalizado: Bev al otro lado, abrigada, reconfortada, haciendo teatro de recuperación; yo aquí fuera, frío, solo.

Dos puertas se me habían cerrado aquella semana: Samuel, tras la suya, se había ido al otro mundo. La de su casa me acababa de dar un portazo en las narices.

Muchos creen que la muerte solo nos viene de una manera. Pero allí, en aquella acera, comprendí que hay muchas formas de morir.

Me subí al coche y me marché.

5

Cuando llegué a casa, Juliette me recibió toda ladridos, saltitos y meneos de cola. Dejé que me siguiera de vuelta al camino de entrada para que husmeara y realizara sus necesidades mientras yo descargaba los pocos troncos de leña que había comprado. Me apresuré, pues estaba oscureciendo. El aire olía a nieve. El tiempo estaba cambiando.

Para cuando llevé el último fardo al interior, el viento había arreciado y la temperatura había caído en picado; uno de esos cambios bruscos que hacen que una casa parezca más vieja de lo que es.

Entré y encendí un fuego con uno de los paquetes de leña que había apilado junto a la chimenea del salón. Al menos aquí, en mi territorio, todo resultaba acogedor, íntimo, familiar, a pesar de todas las piezas que faltaban.

Esta casa del lago ya era mía antes del matrimonio. Tras el divorcio, la casa seguía despellejada como un muerto en la mesa del forense. Habíamos pasado meses realizando la autopsia —separando lo suyo de lo mío, órgano por órgano—. Las amputaciones estaban completas. Pero en el proceso mi hogar había mutado en un cadáver: estanterías medio vacías, armarios medio vacíos, clavos solitarios como testigos de fotografías ausentes en las paredes, un sofá frente al cual no había mesa de centro. Un desastre de

posoperatorio. Mi casa testimoniaba el hecho de que me habían arrancado la mitad de mi vida.

Me serví un vaso de whisky escocés, solo, y me dejé caer en el sofá frente al fuego. La desaparecida mesa de centro me devolvía la mirada.

Pasé la hora siguiente reflexionando sobre todas las cosas que podría haber hecho y que debería haber dicho aquella tarde. Pero carecía de sentido. Bev es una maestra de la manipulación. Y eso, sencillamente, no va conmigo.

Iba por mi tercer whisky cuando vibró mi móvil. Era ella. Se oían voces de fondo. Seguía en casa de Lara.

—Nicholas, de verdad que necesitas parar ya. Pasa página. —Sonaba cansada. Vulnerable. Una actuación. Oí un clic y más ruido de fondo en la línea.

¿Ha puesto el altavoz?

—He ido para presentar mis respetos… —empecé, sin arrastrar demasiado las palabras, pero ella me interrumpió.

—Entonces ¿por qué no entraste? Era tu amigo. Es lo menos que podrías haber hecho.

Di un largo trago intentando dar con una excusa, consciente de la audiencia al otro lado del teléfono.

—El tiempo cambió —fue todo lo que se me ocurrió.

—Necesitas pasar página. Encontrar un nuevo grupo de amigos. Quizá terapia. Tú…

—Cariño —dije, porque ella odiaba que la llamara así—, perdiste el derecho a decirme qué debo hacer cuando empezaste a follarte a Gary hace dos años. ¿Recuerdas? ¡Y no te olvides de que antes te tiraste a Stan! —Esto me lo inventé—. Y se me otorgó el privilegio de ignorarte cuando solicitaste el divorcio. Así que no me digas —y ahí cambié a un tono agudo y cantarín, imitando su voz, eso

también lo detestaba—: «¡Sigue adelante, Nicholas!».

Las palabras resonaron por toda mi casa vacía.

El fuego crepitó.

Juliette gimoteó.

Esperé una respuesta.

La línea se cortó.

—Zorra infiel… —murmuré.

Me serví otra copa. Mi teléfono emitió el pitido de un mensaje. De ella. Derramé un poco del whisky en el sofá al intentar deslizar la pantalla del teléfono.

Bev

Estoy tan cansada de esto. Podrías, por favor,

encargarte de enviarme mis últimas cajas?

Creo que es mejor que no pase a recogerlas

Juliette no se movió. Pero me siguió con la mirada.

¡En serio! ¿Acoso? ¡¡¡Terapia!!!

Pasé de estar enfurecido a estar absolutamente furioso. Comencé a caminar de un lado a otro. Quería destrozar algo. Quería romper cosas. El vaso. Una ventana. A Beverly. Me dirigí hacia el espejo, con el puño cerrado, lo eché hacia atrás, dispuesto a golpear el cristal. Unos ojos castaños —ligeramente inyectados en sangre— me devolvieron la mirada. Me observé con detenimiento. Las fosas nasales dilatadas. La línea de mi mandíbula tensa… porque estaba apretando los dientes.

Algo detrás de mí, en el reflejo, captó mi atención. Juliette, en el sofá. Se había desplazado hacia el reposabrazos, las patas delanteras sobre él, me observaba. La cabeza un poco ladeada.

Mierda.

Abrí la boca mucho, estirando los músculos de la mandíbula,

bajé el puño. No soy de los que rompen espejos.

—¿Qué me pasa? —le pregunté a mi reflejo.

Silencio.

—¿Por qué dejó de amarme? —susurré.

Silencio. Solo el fuego crepitaba en respuesta. Mi reflejo se difuminó, con los ojos empañados. Me aclaré la garganta, sacudí la cabeza, tomé un trago. Entonces sonó la entrada de otro mensaje en mi teléfono. Me dejé caer en el sofá y lo cogí.

Bev
Además, asegúrate de decirles a los de
la entrega que llamen antes. Tienen
que llegar antes de las 14:00.
La asistenta no está por las tardes la
semana que viene. No quiero tener que
hacer esto dos veces. Y más vale
que no olvides meter el libro de mi
bisabuela

La rabia regresó. Pero no la ira ardiente de antes. Fría esta vez. Intelectual. Calculadora. La rabia del tipo al que recurrirías si quisieras matar a alguien y salir impune.

«Que. Te. Jodan. Bev». Lo dije lentamente, en voz alta, sintiendo cómo los sonidos se formaban en mi garganta. Saboreando cada sílaba. Las palabras sabían a glaseado de chocolate, de esos que vienen en lata. Pecaminosas y dulces. Pensé por un momento, mirando al teléfono, qué responder, queriendo elegir las palabras perfectas, cargadas de odio. Empecé a escribir, luego me detuve. Y, sin querer, mis ojos se posaron sobre las cajas, los paquetes que ella quería que le entregase.

Tuve una idea, una diabólica. Mi rabia fluía ahora por un cauce.

Sonreí y, clic, clic, clic, borré lo escrito.

6

Las ideas buenas surgen continuamente. Las grandes no acontecen cada día. Si eres como yo, cuando tienes una verdaderamente grande, quieres saborearla. Así que me serví otro whisky escocés, bebí la mitad y volví a llenar el vaso. Luego lo deposité con cuidado sobre el cojín del sofá y cogí una de las cajas, la más pequeña, y la coloqué en el sofá junto a Juliette y me senté a su lado.

Era la última caja que había preparado. Contenía objetos decorativos variados. Había unas cuantas fotografías de Bev y mías, una en un marco de plata que fue un regalo de bodas. Una primera edición de *El maestro y Margarita*, de Mijaíl Bulgákov, que habíamos comprado en nuestra luna de miel. También un pequeño pisapapeles con forma de pecera en vidrio soplado de Murano, que habíamos adquirido en Venecia.

Lo que buscaba lo encontré en el fondo de la caja. La bisabuela de Bev, Clare, había venido a Galveston desde Galway en el siglo XIX. La historia familiar contaba que había viajado desde Irlanda con solo la ropa que llevaba puesta y un pequeño devocionario blanco, un regalo de su tía Mary.

Agarré el pequeño libro de la caja. Las páginas lucían cantos dorados y se cerraba con un pequeño cierre de latón, del tipo que uno encontraría en un diario moderno. Tenía cierto peso; parecía bien confeccionado. La cubierta se asemejaba al nácar, con una cruz

dorada incrustada en el centro, rodeada de volutas doradas. Una pequeña cinta de seda como marcapáginas, también dorada, asomaba por la parte inferior. Al examinar el lomo, el libro parecía estar encuadernado en cartoné; tan antiguo como era, probablemente estaba cosido a mano. Abrí el pequeño cierre de latón y pasé a la página del título. Como hice el día de nuestra boda.

LA LLAVE DEL CIELO

o

MANUAL DE ORACIÓN

Para uso de los fieles

Escrito por el reverendísimo

John O'Neill, obispo católico

Este libro tenía un valor sentimental para Bev, y no solo porque había pertenecido a su bisabuela. Cuando la bisabuela Clare se casó en Galveston, inició lo que se convertiría en una tradición familiar: las novias de la familia llevaban el libro hasta el altar, con lo que satisfacían así la parte de «algo viejo» del refrán supersticioso. Después de la ceremonia, el nuevo matrimonio firmaba en el pequeño devocionario. Escritos con esmero, comenzando en la página del título, estaban los nombres de todas las parejas que habían usado el libro a lo largo de los años, empezando por la bisabuela de Bev.

Clare Murphy y Nicholas Ryan, 22 de diciembre de 1823

Mary Ryan y Patrick Doyle, 3 de marzo de 1841

Ann Ryan y Sean O'Connor, 24 de noviembre de 1844

Y así sucesivamente. Veintidós parejas. Veintidós nupcias. La última inscripción en el libro era la nuestra, la mía y la de Bev.

Bev lo llamaba el «libro de amor» de su familia.

La búsqueda del pequeño devocionario había sido un punto de discordia durante nuestro divorcio. Era, según ella, lo único que conservaba de su familia. Su única reliquia familiar. Ella aseguraba que yo mentía cuando afirmaba que lo había perdido y que lo ocultaba por rencor. Lo hizo para hacerme quedar mal ante el juez. Y lo consiguió. Él me amonestó en más de una ocasión para que «buscara con más empeño» y «entregara el libro» a Bev.

Lo cierto era que, en algún momento, el pequeño libro blanco había sido colocado horizontalmente sobre una fila de libros más grandes que estaban en posición vertical en una estantería, y simplemente se había caído detrás de ellos. En mi último y exhaustivo esfuerzo por demostrar que Bev y el juez estaban equivocados, había vaciado todas las estanterías de la casa del lago, tomado fotografías para probar que no estaba allí, y había encontrado el maldito libro. De aquello hacía meses.

Mantuve mi hallazgo en secreto, saboreando el hecho de tener el control de su libro.

Pasé a la página donde estaban escritos nuestros nombres. En tinta azul. Mi mano firme, las letras mayúsculas. Nuestros nombres y la fecha.

Este pequeño libro era lo único que Bev quería, realmente lo quería, y no podía tener. Y ahora yo pretendía convertir eso en algo permanente.

Me levanté y añadí más leña a la chimenea. Un par de troncos más. Utilicé la fuerza pulmonar y un atizador para hacer rugir el fuego de nuevo.

Recogí el pequeño devocionario del sofá. Allí de pie, pensando en todo lo que Beverly me había hecho, sentí otra oleada de odio frío fluir a través de mí. Era eléctrica. Y la dejé fluir. Me entregué a

ella. El vello de mis brazos, de mi cuello, se erizó.

Era el colmo, una acumulación de todo. Desde luego, en parte era el whisky escocés. En parte era la soledad: yo, con la única compañía de Juliette, en medio de nuestra destripada casa del lago.

Pero sobre todo era haberla visto con Gary en casa de Lara, y sus mentiras.

Me giré, di dos pasos hacia la chimenea, el fuego ardiendo de nuevo con fuerza, y me incliné con el libro en la mano derecha.

El diminuto cierre de latón y los bordes dorados reflejaban las llamas danzantes. Podía sentir el calor del fuego en el rostro y los brazos.

Me incliné más.

Con el libro a escasos centímetros de las llamas serpenteantes, me detuve.

Esto no es lo que eres, Nicholas.

El pequeño libro blanco me recordó nuestra boda, y todos aquellos sentimientos regresaron precipitadamente: aquel día mi pecho rebosaba de amor y alegría, yo caminaba sobre las nubes. Oh, qué hermosa estaba. Radiante de blanco, su cabello rojo impecable. Sus ojos verdes. Aquel rostro fino. Su sonrisa enigmática.

Tenía sus cosas buenas.

Era una cocinera magnífica. No en el sentido doméstico y cumplidor, sino de una forma obsesiva y competitiva. Se podía pasar un sábado buscando un solo ingrediente por tres supermercados, enfadándose si no lo encontraba, para luego preparar algo extraordinario y actuar como si no le hubiera costado nada. Los domingos por la mañana hacía unas tortillas francesas absurdas, casi arquitectónicas, dobladas con la precisión del *origami*.

Nunca le dije lo mucho que me gustaban. Supuse que lo sabía.

Supuse que sabía muchas cosas.

Lo que más me gustaba era observarla cuando no sabía que la estaba mirando. Tarareando algo en voz baja, con el pelo recogido, un paño sobre el hombro, moviéndose por la cocina con esa confianza total y espontánea que tenía cuando no fingía para nadie. Reservaba su sonrisa auténtica para esos momentos. No la sonrisa social ni el enigma celta que desplegaba en público. La privada. Sin defensas. Era lo más bonito de ella.

Nunca volvió a sonreírme así después de lo de Gary.

Bev posee muchas sonrisas. Sonrisas distintas. Incluida la que me dedicó aquella misma tarde. La que decía: «Jodido idiota».

Podía oír su voz, lo juro, burlándose de mí.

Sentí una oleada de júbilo en el vientre al depositar, suavemente, el libro sobre los troncos ardientes, las llamas chamuscando el vello de mi mano, el olor a quemado, olor a azufre, en la nariz.

Al principio, no sucedió nada. El devocionario reposaba allí, hermoso, rodeado de llamas. Parecía inmune al fuego. Las llamas danzaban a su alrededor, mas permanecía inalterable. Intacto. Impoluto.

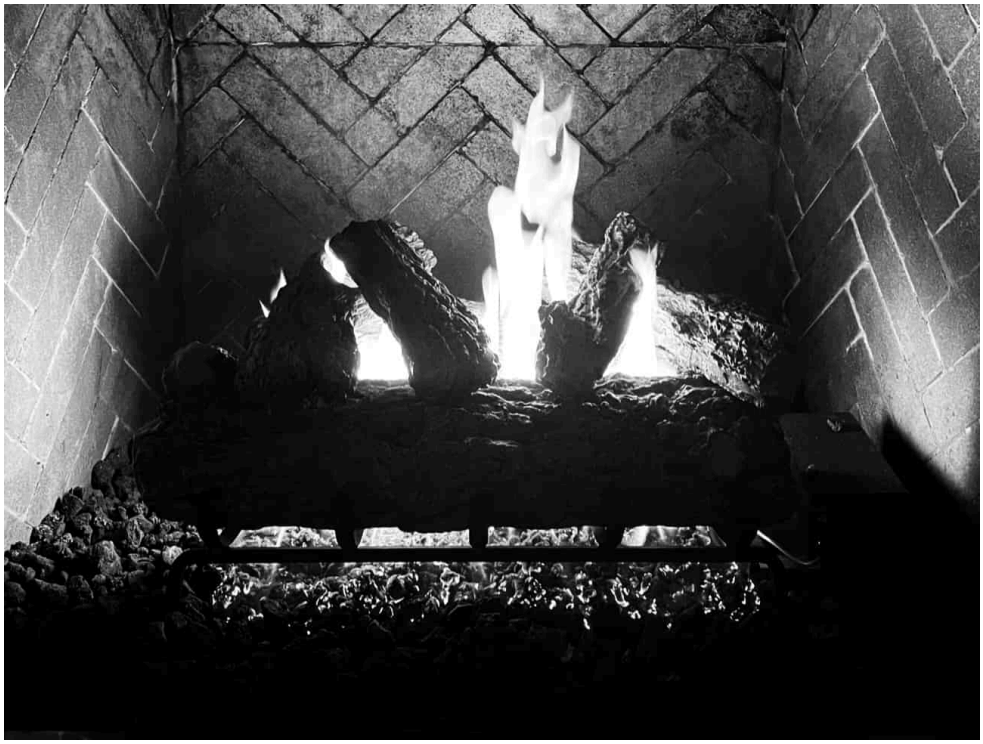
Entonces, como si el librito se rindiese al fin, primero los bordes de las páginas comenzaron a brillar, después la diminuta cubierta blanca resplandeció, la pequeña cinta dorada se tornó negra y se retorció como una serpiente; las llamas lo lamían, las páginas se rizaban. El libro parecía expandirse y retorcerse mientras ardía.

Estuve a punto de meter la mano para sacarlo, para intentar salvarlo, como si al hacerlo pudiera rebobinar hasta el día, el matrimonio, y olvidar toda aquella horrible historia. Pero sabía que nada de eso era posible.

Juliette hizo un pequeño ruido a mi espalda. Volví a sentarme a su lado, viendo cómo desaparecían las últimas páginas del libro.

Y entonces me sentí peor.

Sin triunfo.
Solo vacío.
Vergüenza.
Si hubo truenos, no lo recuerdo.
Sí recuerdo que llovió toda la noche.



7

Entrada de diario

3 de diciembre

Me desperté al mediodía… en el camino de entrada. ¡En mi coche! Las llaves en la mano. Mi abrigo empapado. ¿En qué demonios estaba pensando? ¡Gracias a Dios que no fui a ninguna parte!

Un dolor de cabeza atroz me arruinó el día entero. Tengo que dejar de beber. Anoche me bebí tres cuartas partes de una botella de whisky escocés. *NADA SANO…* Inútil hasta casi las dos de la tarde. Sensación de arrepentimiento. En parte es el alcohol, en parte…

Reconstruyendo lo sucedido la noche anterior, encontré los mensajes desagradables de Beverly de ayer a primera hora de la tarde. Su libro no estaba en la caja con sus cosas. La caja estaba sobre el sofá. Revisé la chimenea y encontré el pequeño cierre de latón entre las cenizas… Así que supongo que aquello realmente ocurrió.

Al parecer anoche también le envié mensajes, borracho, a J. K., ya muy tarde, sobre su piso en España…

Llamé al veterinario… Pueden encargarse del papeleo del viaje para Juliette. Les di como fecha el 7 de diciembre para el vuelo para que puedan empezar. Siempre puedo cancelar… ~~*Él vendrá.*~~ Por otra parte, quizá sea bueno desconectar durante un tiempo.

Todavía tengo que decidir si voy a llevarle a Beverly sus cajas llenas de porquerías o hacer que venga a buscarlas (probablemente enviará a Gary solo para fastidiarme). No quiero ver a ninguno de los dos si puedo evitarlo. Y no

quiero lidiar con ella cuando me pregunte por su libro de amor. A lo mejor contrato un servicio de mensajería para que se los entregue.

Me he sentido realmente enfermo toda la tarde. Vomité de repente sobre las 4:30. Nada de alcohol…, al menos durante unos días.

8

[Entrada de diario parcial]

[5 de diciembre][3]

Billete de avión comprado. He encontrado mi pasaporte. Atando cabos sueltos antes del viaje. ¡Vuelo el 7 de diciembre de verdad!

El servicio de mensajería me envió un correo electrónico para confirmar que las cajas se entregaron en casa de Beverly ayer. Es extraño que no haya llamado ni enviado un mensaje sobre su dichoso libro. Quizá en realidad no le importaba tanto. Solo estaba jugando conmigo…

9

Llamé a J. K. la noche anterior a mi vuelo. Nos habíamos comunicado principalmente por mensajes de texto desde la última vez que lo vi, ya que él había estado viajando. Me dio un breve resumen sobre el piso.

—Cuando llegues al edificio, estará Tomás, el portero. Sabe que vas. Tendrá un juego de llaves preparado para ti. Los vecinos, en general, no se relacionan entre sí. El edificio lo construyó una viuda en los años veinte para que viviera su familia, y la familia aún conserva la propiedad de casi todo el edificio, salvo mi parte. En realidad, soy el único «forastero».

—¿Conoces el Café Gijón? —pregunté.

—Hummm. He estado. Está cerca, a poca distancia andando. Pero no sé mucho sobre él. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Leí sobre él en internet.

El café era célebre. Durante la mayor parte del siglo pasado, había sido el refugio de escritores, políticos y poetas españoles, y de escritores estadounidenses como Truman Capote, Orson Welles o Ernest Hemingway. Un lugar perfecto para explorar, tomar un café y dedicarme a escribir.

J. K. repasó algunos detalles más sobre el piso, pero todo parecía bastante sencillo.

—Gracias de nuevo. Realmente creo que este tiempo fuera me

sentará de maravilla —concluí.

—Estoy seguro de que será así.

Decidí dedicar algo de tiempo a rematar algunos asuntos en la universidad. Cosas de última hora. Mi despacho se encuentra justo al lado del centro de estudiantes y, mientras trabajaba, podía escuchar los sonidos amortiguados de una algarabía bulliciosa, voces estudiantiles, diversión nocturna. Mientras organizaba mis cosas, con lo que le pasó a Samuel, y lo de Beverly, y el viaje que iba a emprender en la cabeza, de pronto me vino una idea.

Una primera línea magnífica para mi novela nueva. Bueno, al menos un concepto. La idea de meterse en la piel de otra persona, una historia sobre transformación, y empezaba todo con un funeral.

Me senté frente a mi ordenador para dedicar unos instantes a registrar el pensamiento y jugar un poco con él. Unos minutos que se convirtieron en media hora, y ya había escrito un primer capítulo sólido. Escribía sin parar, abstraído de los estudiantes ebrios que oía de fondo. Fue uno de esos momentos de inspiración en los que las palabras y las ideas simplemente fluyen. Cuando la musa se manifiesta, nada más importa. Un escritor experimentado sabe que cuando esto sucede no se cuestiona, tan solo se entrega a ello, ¡y al diablo con todo lo demás!

Como siempre, soy mi peor enemigo. Cuando escribo, tengo la costumbre de apretar la mandíbula de manera inconsciente. Advertí que estaba haciéndolo y, al percatarme, noté cierta aspereza —como arena— en la boca, entre los dientes. Al morder, podía sentir diminutas partículas de arenilla en el lado derecho de la boca. Quise ignorarlo y concentrarme en la escritura, pero no pude evitar explorar con la lengua. Sentía extraño mi canino inferior derecho. La punta parecía más afilada de lo habitual. Y se movía, solo un poco.

Lo empujé con la lengua y —¡ay!— percibí un dolor agudo y punzante. Preocupado ya, porque, cuanto más lo empujaba con la lengua, más se aflojaba. Y más dolía.

Comencé a saborear la sangre.

¡Maldita sea! Y mañana tengo que coger un avión…

Cogí el teléfono para intentar ver qué ocurría con aquel diente, me hice selfis del interior de la boca. Pero las imágenes eran deficientes. Borrosas o demasiado oscuras. Rebusqué en los cajones de mi escritorio con la esperanza de que hubiera un espejo. Nada. Con la lengua palpaba el borde irregular de la base del diente, su parte inferior. El sabor metálico de la sangre se mezclaba ahora con la arenilla en mi boca. Lo empujé y sentí un daño doloroso pero satisfactorio mientras un último jirón de carne se desgarraba. Escupí aquello en la mano. Parte del diente. Solo una parte. El resto había desaparecido.

¿Aún lo tengo en la boca?

Exploré el interior de la boca con la lengua, evitando el hueco donde antes estaba el diente porque dolía. Mientras lo hacía, no dejaba de escupir los diminutos fragmentos y pedazos sanguinolentos. Comencé a guardarlos en la mano izquierda, valiéndome de la derecha para extraer más.

Debo examinar esto detenidamente.

Mi preocupación en aquel momento radicaba en la genética, recordé que nuestra familia poseía un historial de problemas esqueléticos: huesos y dientes. El deterioro dental constituía un síntoma temprano. Mamá perdió todos sus dientes al comienzo de la treintena. Me dirigí hasta los aseos y enjuagué todos los fragmentos dentales que había extraído para quitarles la sangre y los deposité sobre el mostrador, a fin de conservarlos para más adelante.

Necesito un dentista. Tengo que reconstruir esto.

Cuando me contemplé en el espejo, esbozando una sonrisa exagerada para examinarme la boca, se me revolvió el estómago. Comprobé que los dientes superiores se hallaban intactos, pero dos dientes inferiores derechos estaban rotos: los restos mellados sobresalían en una mueca dentada y manchada de sangre.

No hay manera de que puedan reparar esto… ¡Voy a tener que ponerme implantes!

Pensé de nuevo en mi madre desdentada mientras con el pulgar comprobaba los dientes superiores, asegurándome de que todos estuviesen firmemente fijos. Todo bien hasta que —¡ay!— retrocedí por el dolor. Había uno suelto allí también. El quinto por la derecha. Con un poco de manipulación, se fue aflojando más y más. Pronto la sangre de aquel diente comenzó a manar con suavidad.

Oh, Dios, no. Yo no. ¿Por qué? ¿Y por qué ahora? Tengo la sensación de que… esto ya ha ocurrido antes. La última vez…

Me incorporé en la cama. En la oscuridad. Me pasé la lengua por los dientes. Todos presentes y contabilizados. Ni arenilla. Ni sangre. Y ningún problema óseo genético en la familia. De nuevo mi pesadilla recurrente. Me giré de costado y toqué la pantalla de mi teléfono (lo estaba cargando en mi mesilla de noche). Las 23:57. Juliette estaba acurrucada junto a mí. Respiré hondo y contuve el aliento. Conté hasta diez, después exhalé lentamente. Luego volví a inspirar, conteniendo la respiración.

Hacía frío en mi dormitorio. Notaba una ligera brisa que venía del lago. Las voces ebrias seguían cantando ruidosamente. El sonido parecía provenir de la misma dirección que el aire helado, como si entrara a través de una ventana abierta. Recorrí la habitación con la mirada, aún tendido. Pude distinguir algo en un rincón. Lo observé tranquilo. Mientras lo hacía, exhalé lentamente.

¿Una silla? ¿Ropa colgada? ¿Una persona?

Iba transformándose de una cosa a otra.

La forma se fue definiendo. Alguien estaba de pie al otro lado del dormitorio, cerca de la puerta. Su presencia debía de ser lo que había provocado el sueño; mi subconsciente intentando alertarme del peligro. Pensé en Bev y su maldito libro. ¿Podría ser ella? ¿O Gary?

Seguro que hizo una copia de las llaves. Quizá haya entrado por la ventana.

Me hallaba indefenso, tendido allí en pijama, arropado bajo el edredón. Permanecí inmóvil. Intentando mantener mi respiración lenta y acompasada. Sin saber con certeza si aquella persona era consciente de que estaba despierto. De que la había visto. La figura parecía llevar capucha, vestía de negro. Me recordó a la figura sombría que había visto en el cementerio. Su vestimenta parecía femenina, ondeaba levemente con la brisa, me resultaba familiar. ¿Una mujer?

Beverly. *¡Esa zorra! Debe de tener todavía una llave…*

La figura se movió. Oí las tablas del suelo crujir bajo su peso. Se me erizó la piel.

¡Se acerca! ¿Debería fingir que duermo?

Tenía miedo de cerrar los ojos. Decidí actuar, me incorporé bruscamente, llamando en voz alta mientras lo hacía.

—¡¿Holaaa?!

Clavé la mirada en la figura inmóvil. Las voces del exterior llevaron su canción a un clímax estridente y ebrio para después continuar riendo estruendosamente. Eché un vistazo a la ventana. Justo cuando lo hice, la figura se movió. Alcé las manos en actitud defensiva, sobresaltado. Ella seguía de pie allí, en el mismo lugar. Era una mujer mayor.

No es Beverly…

La oí decir algo. Siseó. Muy bajo, no pude distinguirlo. Ladeé la cabeza, escuchando. Ella emitió una especie de gemido lastimero, de llanto.

Sentí humedad en el rostro, quizá procediera de la ventana.

La anciana sollozó afligida de nuevo. La oí repetir las palabras una vez más.

Gimió otra vez, dos veces.

«¡Guau! ¡Guau!».

Desperté. Juliette estaba sentada sobre mi pecho, lamiéndome el rostro. Gimoteó, luego ladró de nuevo. Miré alrededor, en la oscuridad. No había nadie en mi habitación. Consulté la hora en mi teléfono. Pasaba un poco de las dos de la madrugada.

Juliette nunca tiene que salir por la noche. Es muy disciplinada con sus necesidades, como un reloj. Y la había dejado salir antes de acostarme.

¿De verdad? ¿Ahora?

Me levanté de la cama y le abrí la puerta al patio trasero. Pero Juliette no salió. Simplemente se quedó allí sentada, mirándome, con la cola dando suaves golpecitos contra el suelo de madera. Esperé un momento para ver si cambiaba de parecer. Me pregunté por la anciana de mi sueño. Me resultaba familiar. Pensé en la figura sombría del cementerio y me estremecí, con un escalofrío de esos que sobrevienen al terminar de orinar.

10

Entrada de diario

[Sin fecha]

Antes de explicar cómo ~~*robé*~~ el libro negro llegó a mi posesión y todo cuanto ocurrió después, quiero plasmar algo por escrito mientras aún lo tengo claro en la mente.

Después de quemar el libro de amor de Beverly, las cosas cambiaron. No de golpe. Pero, echando la vista atrás, creo que ahí es donde está el punto de inflexión.

La cantidad que bebía no cambió. Si acaso, bebía menos.

Pero lo de despertarme en mi coche, con el abrigo puesto, empapado, sin recordar cómo había llegado allí…

Y esos sueños raros…

Pensé que era el estrés. El divorcio. El whisky. El dolor por Samuel. Todas ellas explicaciones perfectamente razonables. Y quizá eso fuera todo.

Pero en Madrid, tras lo del libro negro, las cosas empeoraron.

MADRID

11

El vuelo a Madrid y la llegada al piso de J. K. transcurrieron sin incidentes. El tiempo en la ciudad era frío y seco, el día estaba soleado, aunque se cernían nubes desde la distancia. Mientras nos desplazábamos en taxi desde el aeropuerto pasamos junto a un gran parque a la izquierda —el Retiro, me imaginé— antes de girar a la derecha hacia la calle de Velázquez. J. K. no le había hecho justicia al edificio. Es «discreto» solo porque está rodeado de edificios, igualmente hermosos, de principios del siglo XX.

Esperé en la acera con Juliette en brazos mientras el taxista descargaba nuestro equipaje.

De pronto apareció un hombrecillo regordete de la nada. Le dije quién era y sus ojos se iluminaron. Era evidente que me esperaba.

—Hola, don Nicholas. Soy Tomás.

Era el portero —y factótum del edificio— que J. K. había mencionado. Parecía un Papá Noel sin barba vestido con un mono azul. Era casi tan ancho como alto, con una pronunciada calvicie en la coronilla; el cabello que le quedaba era blanco como la nieve. Sus mejillas estaban sonrosadas por el frío y enmarcaban una sonrisa cálida, radiante y acogedora.

Se ofreció a ayudarme con el equipaje. Pero, como subir mi maleta de mano por los cinco escalones hasta el ascensor lo dejó con el rostro enrojecido y sin aliento, le pedí que sostuviera a

Juliette mientras yo subía las otras dos maletas más grandes.

—Aquí están las llaves. Para usted —dijo entrecortadamente y me entregó las llaves. Aún jadeaba. Hablaba un inglés aceptable, pero con un fuerte acento—. Si algo se rompe, me llama.

Sonreí.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí? —pregunté usando mis mejores conocimientos de español.

—¡Boh! —Agitó el brazo con amplitud, sonriendo orgulloso—. ¡Mi padre y su padre también! Tres generaciones trabajamos aquí. Yo crecí aquí. Lo veo todo. —Me guiñó un ojo—. Venga, don Nicholas. Se lo enseño.

Me agradó que me llamase don. Reconocí la distinción. Es algo trivial pero agradable. Civilizado. Tomás me mostró el pequeño reservado en el vestíbulo que era su oficina, y luego señaló el pasillo que conducía a su pequeño apartamento en la primera planta.

—Yo lo arreglo todo. Estoy a su servicio.

Me indicó cómo funcionaba el ascensor, uno de esos antiguos de tipo jaula con una verja mecánica. Hasta la segunda planta compartí el habitáculo con un caballero mayor y pulcro que dijo tanto «hola» al entrar como «adiós» al salir.

Tan sumamente civilizado.

Dado lo que había visto del edificio hasta entonces, sentí realmente mariposas de emoción en el estómago mientras ascendíamos las últimas plantas, anticipando cómo sería el apartamento. No quedé decepcionado.

12

El piso de J. K. estaba en la quinta planta. Era evidente que había sido renovado recientemente. La decoración guardaba armonía con el estilo *art déco* popular en la época de la construcción original, pero la iluminación, los electrodomésticos y el mobiliario eran completamente modernos. El suelo de madera parecía nuevo.

Explorar el piso y organizarme ocupó mi atención durante la mayor parte de la tarde. La vivienda contaba con tres dormitorios, una amplia cocina con comedor, una sala de billar y un salón de recepción que conectaba, para mi deleite, con una biblioteca-despacho con vistas a la calle de Velázquez. Elegí el segundo cuarto más grande para Juliette y para mí, pues me parecía presuntuoso apropiarme del dormitorio principal.

Pasé bastante tiempo examinando la biblioteca. Curiosamente J. K. no tenía ninguno de sus libros expuestos (y tampoco ninguno de los míos, lo cual no le reprocho en absoluto). Había una serie de títulos que, conociendo su obra, habrían formado parte de su investigación para algunas de sus novelas. Había, por ejemplo, una edición antigua de *Cuentos de los hermanos Grimm*. Una estantería entera estaba consagrada a libros sobre brujas y brujería, incluido el *Malleus Maleficarum*; más investigación, lo sé, pues mi anfitrión había compartido conmigo a grandes rasgos su idea para una serie sobre brujas en la que estaba trabajando. Y había diversas novelas,

una primera edición de *Niebla* y, sorprendentemente, un ejemplar del apócrifo *El Quijote de Avellaneda*.

Fue una grata sorpresa descubrir un armario con puertas de vidrio esmerilado que contenía cuatro hermosos vasos de whisky de cristal tallado y varias licoreras. Alrededor del cuello de cada licorera colgaba una elegante etiqueta de plata: WHISKY ESCOCÉS, BOURBON, GINEBRA.

Estas estanterías y el mueble bar cubrían las paredes que rodeaban un viejo pero confortable escritorio de mediados de siglo situado en el centro de la estancia, acompañado, en marcado contraste, por una de esas sillas de aspecto futurista que se ajustaban en todas las direcciones posibles. Dediqué casi veinte minutos a configurarla.

Cuando me senté en la silla, finalmente ajustada como era debido, Juliette alzó la mirada hacia mí desde el suelo. Posee las orejas largas y caídas de un *teckel*, y en aquel momento ambas estaban echadas hacia atrás, confiriéndole el aspecto de la princesa Leia.



Juliette con las orejas al estilo de la princesa Leia

Juliette gimoteó.

—De acuerdo, pequeña. Sé lo que deseas.

Me dirigí al comedor, y ella me siguió, ladrando.

Regresé con una silla del comedor. La coloqué junto a la silla del escritorio, exactamente como tengo dispuesta mi oficina en casa. Luego la cogí y la puse en la silla. Dio tres pequeñas vueltas y después se tumbó hecha un ovillo, como una rosquilla, tal como en casa.

Pasé una hora intentando escribir, sin éxito. Estaba cansado de tanto viaje. Mejor dejarlo para el día siguiente.

Tal era mi cansancio que ni siquiera me apetecía salir a cenar y lidiar con las dificultades del idioma. Pedí una pizza de peperoni y abrí una botella de vino tinto de la reserva de J. K. Solo un par de vasos. Y nada de whisky escocés. Quería estar bien descansado para mi primer día de escritura.

Cenamos temprano —alrededor de las seis de la tarde— en el salón, sobre la mesa de centro; le deslizaba a Juliette trocitos de peperoni mientras bebía mi vino a pequeños sorbos y leía una novela. Una pequeña chimenea de gas frente al sofá alegraba la estancia, que se mantenía cálida y acogedora gracias a unos radiadores de estilo antiguo.

En dos ocasiones oí golpes fuertes que venían de abajo. ¿Un vecino pesado? Esperaba que eso no se convirtiera en un problema.

Hacia las 8:30 de la noche comencé a sentir el desfase horario. Nos preparamos para ir a la cama. Ataviado con mi pijama y mis zapatillas de casa recorrí el piso apagando las luces. Cuando apagué las luces del salón, entraba todavía tanta luz del exterior que me acerqué a la ventana.

Al asomarme, veía la calle de Velázquez. A lo largo de toda la avenida colgaban enormes luces de Navidad. Miles de guirnaldas de oropel se desplegaban sobre el asfalto, dejando caer destellos aquí y allá, como un brillo suspendido en el aire. Estaban colgadas a intervalos hasta donde alcanzaba la vista. Había oscurecido, pero las aceras rebosaban de gente bulliciosa, haciendo recados, dirigiéndose a cenar, volviendo a casa del trabajo; todos bien abrigados contra el frío, iluminados por el resplandor de las luces navideñas y los escaparates de las tiendas. Incluso los semáforos que alternaban entre el verde, el amarillo y el rojo parecían participar de la festividad.

No pude evitar sonreír. Todo resultaba tan acogedor, tan

navideño, tan íntimo. En aquel momento pensé que Madrid iba a ser perfecto para escribir el libro que tenía en mente. Eso pronto cambió.



Luces de Navidad en la calle de Velázquez

13

A la mañana siguiente decidí comenzar nuestro primer día completo en Madrid con un paseo por el parque del que J. K. me había hablado. Según mi mapa, el Retiro quedaba muy cerca del piso, apenas unas manzanas hacia el sur. Me levanté muy temprano, cosa del jet lag.

Para mi consternación, el ascensor no funcionaba. Así que tuve que bajar cinco pisos de escaleras con Juliette en brazos. Nos cruzamos con un joven que parecía volver de una larga noche de juerga. Aun así, logró pronunciar un «Buenos días» que rezumaba Beefeater al pasar junto a nosotros.

Cuando Juliette y yo salimos del edificio, parecía como si la niebla de Texas nos hubiera seguido hasta España. Aún estaba oscuro. Las luces de Navidad que tanto había disfrutado unas horas antes estaban ahora apagadas —quizá conectadas a algún tipo de temporizador— y habían logrado una completa transformación de la ciudad al estilo Jekyll y Hyde: los cables eléctricos oscuros que cruzaban la calle asemejaban una red gigantesca que alguna araña monstruosa habría pasado la noche tejiendo, aguardando ansiosamente el amanecer brumoso para comenzar a capturar presas. La tenue luz que iluminaba la calle provenía de unas pocas fuentes dispersas —alguna farola y algunas luces de edificios— que creaban halos solitarios y ominosos en la bruma. Incluso los

semáforos, que la noche anterior habían parecido tan alegres, adquirían un cariz amenazador en la penumbra: el rojo ahora parecía siniestro; el ámbar tenía un tono débil como de ictericia; y el verde inspiraba pensamientos de enfermedad o celos más que de muérdago romántico.

Era como si la naturaleza misma hubiese considerado toda la alegría de la velada anterior demasiado ostentosa —como si fuera imprudente hacer un despliegue excesivo de júbilo— y hubiese enviado la oscuridad y la niebla para atenuar todo, no fuera que alguien o algo decidiera intervenir y poner fin a la diversión.

Aunque todavía no circulaban muchos coches, los sonidos y olores nuevos, las rejillas del pavimento y el frío abrumaron a Juliette. No nos habíamos alejado ni treinta metros de nuestro edificio cuando comenzó a resistirse tirando de la correa. La cogí y continué por la ruta que había trazado en Google Maps.

El parque se encuentra justo al otro lado de una amplia vía llamada calle de Alcalá, que toma su nombre de su destino: une Madrid con Alcalá de Henares, hacia el este, lugar de nacimiento del maestro de maestros, Cervantes. Aunque había creído que tendría que cruzarla para entrar en el parque, me decepcionó descubrir que la ruta nos llevaba a través de un túnel que pasaba por debajo de la calle.

Descendí al cavernoso túnel con cautela. Tenía el techo bajo, quizá unos dos metros y medio de altura, y probablemente la longitud de un campo de fútbol. Viejas lámparas fluorescentes se alineaban en las esquinas donde las paredes se encontraban con el techo. La mayoría de las luces no funcionaban. Aquellas que sí lo hacían parpadeaban de manera errática, creando un efecto estroboscópico pálido e irregular y proyectando extrañas sombras sobre los muros, densamente cubiertos de grafitis. El pasadizo

apestaba; decir rancio es quedarse corto. Pronto descubrí el porqué.

Aproximadamente a un tercio del recorrido, contra el lado izquierdo, había una tienda de campaña. Vieja, sucia, remendada con cinta adhesiva en algunos lugares. Este fue el primer atisbo de indigencia que vi en Madrid. La tienda estaba indudablemente ocupada, pues el hedor, al pasar junto a ella, resultaba nauseabundo, incluso en el frío invernal. Un cuerpo sin lavar, orina y Dios sabe qué más.

Me puse en máxima alerta. Había viajado lo suficiente como para saber cuándo no permitirme el lujo de la distracción. Caminé con rapidez, con la mirada al frente, atento a posibles amenazas: atracadores, borrachos, mendigos dementes.

El túnel no era muy distinto de otros que había visto en Nueva York, Londres, Dublín, con la salvedad de que este me parecía más siniestro que los demás porque los numerosos grafitis estaban escritos en argot español. Verme confrontado con aquellos textos agresivos e incomprensibles, para mi nivel de español, me hizo comprender con claridad lo que realmente significaba que el lenguaje sea símbolo y conjetura. El no entender ninguna de aquellas palabras de colores chillones mientras aparecían y desaparecían bajo la luz irregular las hacía parecer aún más inquietantes.

Al salir al exterior, respiré profundamente el aire fresco y limpio. Tras poner unos quince metros de distancia entre nosotros y la boca de aquella caverna, dejé a Juliette en el suelo y le quité la correa.

Adentrarnos en el parque fue como si hubiésemos abandonado la vida ordinaria para sumergirnos en una película en blanco y negro, una suerte de reverso de *El mago de Oz*. Al ser invierno, muchos de los árboles se encontraban desnudos. La niebla descendía sobre el lago, en el centro del parque, y se abría camino

por los senderos, como si buscase algo. La estampa era tan hermosa como inquietante.

No albergaba intención alguna de recorrer el parque entero en nuestra primera visita, pero había dos cosas sobre las que había leído y que deseaba contemplar aquella mañana. Dos lugares que podrían servir de inspiración para una novela. Llegamos al primero tras caminar unos quince minutos por el centro del parque siguiendo el paseo de Cuba.

El Ángel Caído.

Una estatua de Lucifer. El escultor lo captó en el instante mismo de la caída. El ángel yace reclinado, con las alas extendidas, el brazo izquierdo alzado de manera protectora ante el rostro. El brazo derecho y las piernas están sujetos por dos serpientes, con las fauces abiertas, los colmillos expuestos. Al principio, el cabello de Lucifer parece desafiar la gravedad, elevándose hacia el cielo, hasta que uno comprende que no es que su cabello se eleve, sino que él está cayendo. La estatua reposa sobre un pedestal de ocho lados. De cada lado del octógono sobresale la parte superior del cuerpo de una gárgola demoniaca, con las bocas abiertas y las garras apresando reptiles, usados como mascotas. La escultura se encuentra exactamente a 666 metros sobre el nivel del mar.







Fotografías del paseo vespertino por el parque del 11 de diciembre.
Las fotografías del primer día resultaron demasiado oscuras y no se imprimieron bien.

14

Conforme nos aproximábamos a la estatua del Ángel Caído, Juliette comenzó a gimotear y, acto seguido, a ladrar. No era más que una estatua, y ella no podía saber qué representaba. Se detuvo a unos doce metros de distancia y se negó a acercarse más. Mantuve un ojo vigilante sobre ella mientras caminaba lentamente alrededor, examinando las diversas gárgolas, la estatua en sí. De vez en cuando Juliette intervenía con un resoplido, un bufido o un ladrido. Husmeaba junto a una papelera cercana cuando lo vi por el rabillo del ojo. Algo se había movido cerca de ella. Me volví para escrutar la zona donde había percibido el movimiento y tratar de confirmar lo que creía haber visto. Al principio no logré distinguirlo entre la bruma. Hasta que se movió de nuevo.

¡No!

Quise llamar a Juliette, pero las palabras se me atragantaron. Era demasiado tarde. Ya lo había visto. Un gato callejero.

El gato corrió por su vida cuando mi enloquecida Juliette salió disparada tras él ladrando furiosamente. La perseguí trotando entre la niebla, teniendo cuidado de dónde pisaba mientras intentaba no perder de vista a mi cachorrilla. El gato y luego Juliette giraron por un sendero arbolado, y dejé de verla. Podía oír sus ladridos. Pero en un momento sus ladridos se transformaron en gemidos y llantos. Chillidos.

Lo habrá acorralado en un árbol.

Estaba siguiendo sus sonidos cuando de repente pararon. Nada de ladridos. Nada de gemidos. Continué en la dirección en la que la había oído por última vez, abriéndome paso en la neblina. No se la veía por ninguna parte. Comencé a llamarla por su nombre. Ella permanecía en silencio. El único sonido que escuchaba era el crujido de mis zapatos sobre el sendero de grava. Cuando pronunciaba su nombre, el sonido de mi voz parecía viajar tan lejos como alcanzaba mi vista a través de la niebla, para luego detenerse en seco. Me recordó al funeral de Samuel.

Llegué a una pequeña intersección donde el sendero se bifurcaba en tres direcciones. Di unos pasos hacia cada una de ellas, escudriñando en su busca, llamándola a voz en grito. Nada. Permanecí inmóvil, en silencio, esperando oír su ladrido o el roce de su movimiento entre los arbustos.

—¡Julie! —grité.

Nada.

Justo cuando empecé a sentir cómo me sudaba la nuca, la vi. Al principio pensé que estaba tumbada bocarriba, en modo sumiso total, moviendo la cola. Pero, al acercarme, me di cuenta de que se estaba revolcando en algo.

—¿Qué haces?

Levanté la vista. Más allá del sendero, a unos diez metros de ella, una figura se alejaba entre la niebla. Un hombre, a juzgar por su complexión. Abrigo oscuro, negro y largo, moviéndose lentamente, sin prisas, como si la niebla fuera su elemento natural. Llevaba algo en la mano derecha. No había reaccionado a mis gritos. Debía de haber estado allí mismo mientras yo la buscaba.

No miró atrás.

Bajé la vista hacia Juliette. De cerca, el olor se hizo intenso.

Algún tipo de animal muerto.

—¡Basta ya! —grité.

Ella me miró, se puso de pie, se sacudió y luego trotó hasta un charco y bebió agua. Tendría que darle un baño cuando volviéramos al piso. Se acercó a mí y gimió. Me agaché y le acaricié la cabeza suavemente.

Juliette me lamió la mano en respuesta.

Decidí tomarme un breve descanso y me senté en un banco cercano. Saqué el teléfono. La pequeña digresión de Juliette persiguiendo al gato me había desorientado, y deseaba reanudar nuestro paseo y hallar mi segundo objetivo de aquella mañana.

Es un hecho poco conocido que, durante casi cien años, parte del Retiro fue un camposanto. Fue establecido por el entonces rey de España como lugar de enterramiento para los empleados del parque. El cementerio quedó sepultado en el olvido cuando se construyó una carretera sobre él. No existe registro alguno de qué se hizo con los cuerpos que allí yacían enterrados. Cuando hallé el resultado en Google Maps, lo verifiqué dos veces para cerciorarme. Según la aplicación, me encontraba sentado justo en medio del cementerio.

Entrada del diario

9 de diciembre

Primer día completo en España. Después de visitar el Retiro y bañar a Julie, pasé la tarde intentando escribir. No se me ocurrió nada.

Me senté en el escritorio de J. K. durante cuatro horas. Por más que lo intento, no consigo recordar la idea de la historia que tuve en mi sueño. Todo lo que se me ocurre me parece oscuro y deprimente.

No logro quitarme de la cabeza la frase de Samuel: «Desquítate de ese demonio. Los humanos dan más miedo».

Sigo sin tener noticias de Beverly sobre sus cajas. Ni sobre su libro. Empiezo a pensar que ni siquiera las ha abierto. A lo mejor hasta el libro le daba igual.

15

Fue el bloqueo del escritor lo que finalmente condujo a mi perdición. Desde una perspectiva literaria, mis primeros días en Madrid fueron un fracaso. Tenía un concepto vago para una historia, pero no conseguía conjugarla de forma coherente.

Intenté escribir en el piso, pero había olvidado los numerosos inconvenientes de vivir en un edificio. Me había acostumbrado a la casa de Texas, que es tranquila, apacible. El piso de Madrid era extraordinario, pero presentaba un importante problema: el ruido.

La pared de la biblioteca lindaba con el apartamento contiguo, desde donde me llegaban periódicamente movimientos. Más molesto aún era el vecino de abajo, que parecía dar clases de baile. Probé con auriculares de cancelación de ruido, que ayudaron en cierta medida. Bloqueaban los sonidos, pero aún podía sentir golpecitos sordos a través de los pies y de la silla en la que estaba sentado.

Al cabo de unos cuantos días, decidí coger mi ordenador portátil y dirigirme al Café Gijón. Me arrepentiré de esta decisión toda la vida. Desearía no haber puesto jamás un pie en aquel lugar.

La primera mañana que llegué al Café Gijón eran poco más de las nueve, después de mi paseo con Juliette por el parque. Salvo por un hombre en la barra y dos camareros ataviados con pantalones negros y chaquetas blancas de frac, con un aire vagamente militar (las chaquetas, no los hombres), el local estaba vacío. Tomé asiento

en una mesa situada al fondo, en el rincón de la izquierda, desde la que disfrutaba de una vista de todo el espacio, así como de las ventanas que daban a la calle. Una ubicación ideal para observar a la gente y encontrar inspiración.

A lo largo de aquel primer día, oleadas de gente desfilaron por el establecimiento.

Vi hombres de negocios, damas almorzando, amigos que se reunían para tomar una cerveza, al menos dos citas extramatrimoniales.

No me limito a mirar a la gente. Observo con atención. Tomo notas. Describo escenas para ver dónde me conducen y si existe una trama que descubrir en los detalles de estas vidas que se cruzan con la mía.

ESBOZO

13 de diciembre
14:00

Una mujer con ojos de gacela, con un aire a lo Penélope Cruz, ocupa la mesa del rincón. Sola. Ronda los treinta años (?) y viste de manera impecable un conjunto discreto en gris perla, que contrasta marcadamente con las relucientes joyas de oro que porta: pendientes, gargantilla, pulsera y un anillo, aunque no en el dedo anular.

Juguetea con su taza de café, pero no bebe, alternando su atención entre el café intacto y la ventana.

Él camina con seguridad hacia la mesa y ella se pone de pie sonriendo únicamente con la boca. Cuando sus labios se rozan en el saludo, los ojos de la mujer no se cierran. Él hace una seña al camarero, señalando la mesa… Tomará lo mismo que ella. Usa la mano para hacerlo, la que lleva la alianza matrimonial.

Se sientan.

Él le habla. Habla dirigiéndose a ella.

Formula una pregunta.

Solo una ceja le responde.

El hombre insiste, pregunta de nuevo, y sus hombros se suman a la conversación, elevándose y descendiendo. Mientras sus ojos escrutan con intensidad la taza de café, ella no dice nada.

Él sacude la cabeza, alzando las manos en un gesto de irritación, de frustración. Y ahí está: ella ve su ocasión. Primero con unas pocas frases breves, pronunciadas hacia aquella taza de café. Una pausa, luego continúa. Va cobrando ímpetu. Sus ojos se clavan en los del amante y su cuello enrojece debajo de la gargantilla. Las palabras fluyen ahora, incontenibles. Él intenta hablar; ella le interrumpe y continúa. Sus manos cortan el aire, sus uñas pintadas de rojo apuñalándole, cortando, perforando: cesación, ruptura, finalidad.

Ella se levanta y atraviesa el café con la cabeza bien alta, y desaparece. No mira atrás.

15:00

Su nombre es Miguel. Mi camarero. Su uniforme es impecable. Pantalones negros con raya. Chaqueta blanca tipo Nehru con botones plateados. Va afeitado al ras, perfectamente peinado y siempre dispuesto con una sonrisa.

Se mueve con gracia entre las mesas y la cocina. La bandeja, cuando la porta, parece mágicamente conectada a su mano, una extensión de su brazo y su cuerpo. Sus movimientos hablan de una experiencia convertida en segunda naturaleza, de décadas de servicio.

Sus zapatos están lustrados. Impecables. Mas, cuando se aleja, son los tacones los que cuentan la historia. No están planos; se han desgastado en ángulo, no por el baile de mesa a cocina, sino por el pavimento recorrido penosamente, kilómetros de cemento bajo los pies para ahorrar en el billete del autobús, antes de que salga el sol y mucho después de que se haya puesto. Para alimentar tres boquitas: Gabriela, Raquel y Antonio.

Miguel fue de lo más servicial. Hablaba un inglés aceptable. Se aseguró de que estuviese bien atendido, incluso vigilando mi

ordenador portátil cuando sacaba a Juliette a hacer sus necesidades. La mayor parte del día la perrita durmió en su transportín a mis pies bajo la mesa. Juliette es una perra ideal para la escritura.

Le expliqué a Miguel que yo era escritor.

—Para ser un hombre de verdad, uno debe tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro —respondió Miguel—. Enhorabuena, don Nicholas.

Sonreí para él, pero pensé para mis adentros que sin duda yo había cumplido con la más difícil de las tres tareas, aunque me faltaban el árbol y el hijo.

—Muchos grandes escritores vienen aquí. Desde siempre. Celaya, Caballero Bonald, López Salinas. —Parecía orgulloso de la historia del café—. ¿Qué clase de libros escribe usted?

—De muy diversas clases.

Le solté los títulos de varias de mis novelas. Asintió con la cabeza como si los reconociera. Me contó algo acerca de su familia, de cómo habían llegado a España desde Sudamérica, desde Venezuela. De lo felices que estaban de haberse marchado.

Al final del día, le di una propina muy generosa a Miguel, ya que él tenía una familia que alimentar y yo esperaba regresar con regularidad. Se mostró sumamente agradecido.

Los primeros días en la cafetería fueron interesantes para observar a la gente. Pero fue al tercer día cuando empezó una nueva historia.

16

El primer error que cometí con el hombre pálido fue enfocarme en su aspecto. Madrid, y particularmente el barrio de Salamanca, es bello arquitectónicamente y la gente de aquí refleja su entorno. Los clientes del Café Gijón eran elegantes.

Me adapté.

Debido al frío, la mayoría de los días llevaba una chaqueta de *tweed* bajo el abrigo. El primer día que acudí al café cometí el error de vestir pantalones de pana. Tras observar mi entorno, cambié a pantalones de vestir con una camisa bien planchada. No llegué al extremo de ponerme corbata, más que nada porque había traído solo una a España, para un caso de emergencia. Me sentía confiado en encajar con los demás clientes bien vestidos del café.

El hombre del reservado junto a la ventana desentonaba. No se adaptaba. No reparé en cuándo llegó. Le atendía uno de los otros camareros, no mi Miguel. Llamaba la atención porque no iba bien vestido. Su cabello estaba revuelto. No largo, simplemente no estaba arreglado. Despeinado. Sus gafas, que solo se colocaba esporádicamente, acaso para ver de lejos, eran de montura metálica y parecían deformadas por el tiempo y el uso. No se había quitado el abrigo, una deshilachada prenda negra. Los pantalones, arrugados y holgados, asemejaban al abrigo en color y estado, y, sentado como estaba, se elevaban muy por encima de sus calcetines oscuros y sus

zapatos negros ajados que, pude advertir, eran de buena calidad, aunque mal cuidados. El espacio entre los bajos de sus pantalones y los calcetines dejaba al descubierto una franja de varios centímetros de pierna lechosa y lampiña que armonizaba con la palidez de manos, rostro y cuello. El hombre estaba encorvado, escribiendo con un bolígrafo de plástico.

Escribía a mano. Pensé que podría ser su diario. Lo hacía con rapidez, como si estuviese tomando apuntes de un conferenciante que solo él podía ver y oír, antes que componiendo pensamientos propios.

Como escritor, uno se habitúa al ritmo de la composición. Y, si bien hay ocasiones en que las palabras simplemente fluyen, la escritura avanza a trompicones. Una frase. Una o dos oraciones. Luego una pausa. Algo de reflexión. Algunas revisiones de lo que se ha escrito. Una pausa. Después otra oración. Y así sucesivamente. Un minuto o dos de escritura ininterrumpida es posible. Cuando reparé en su frenesí y advertí que no parecía cesar, comencé a cronometrarlo. El hombre escribió sin interrupción durante casi veinte minutos antes de ponerse un raído gorro de lana negro (que había dejado sobre su mesa) y salir a fumar un cigarrillo, para luego regresar a su mesa y continuar. Esto se convirtió en una pauta. Escribía durante aproximadamente veinte minutos —sin pausa alguna—, salía a fumar y vuelta a empezar.

Durante uno de sus descansos para fumar, me levanté y pasé discretamente junto a su mesa de camino a los aseos, para ~~*espiar*~~ intentar examinar más de cerca su trabajo. En contraste con el caos que proyecta el hombre, se trataba de un diario de aspecto elegante y costoso, encuadernado en cuero. Un libro negro. Yacía bocabajo sobre la mesa. Encima de él descansaba un bolígrafo barato en el que figuraba impreso HOTEL PETIT PALACE.

Cuando regresé del baño, el hombre estaba sentado nuevamente, garabateando con ahínco. Al pasar, intenté atisbar lo que escribía, pero se hallaba colocado como un estudiante celoso de su trabajo, con la mano y el brazo izquierdos sujetando el diario, encorvado sobre él, su cuerpo protegiendo su obra de miradas indiscretas. Únicamente pude ver la parte inferior de la página; escribía con tinta azul. Su caligrafía, aunque rápida, era de letras mayúsculas apretadas y muy pulcras. Me resultó imposible distinguir las palabras exactas.

Dicho esto, el hombre despedía un olor pútrido, a cigarrillos y… a ese olor del túnel bajo la calle de Alcalá: orina y cuerpo sin lavar.

Intenté volver a mi escritura. No pude.

Cada vez que alzaba la vista, el extraño individuo continuaba escribiendo con furor. No sabía qué pensar de él. Quizá no se encontraba bien, estaba alterado de alguna manera. Su aspecto —desaliñado, maloliente— hacía que eso pareciera posible. Nadie escribe de esa manera.

No obstante, una parte de mí experimentó una leve punzada de ~~*celos*~~ curiosidad… ¿Acaso era un escritor tan concentrado en su obra, tan absorto en su genio, que su condición, su apariencia, todo lo demás carecía de importancia para él?

Le di a Miguel otra generosa propina antes de abandonar el café ese día. Al hombre pálido no conseguía apartarlo de mi mente.

17

Esa noche Juliette no me despertó. Lo que me despertó fue el sonido de sus uñas sobre el suelo de madera mientras abandonaba el dormitorio y se dirigía por el pasillo hacia la parte delantera del piso.

Abrí los ojos, y, por alguna razón, lo primero que acudió a mi mente fue el sueño que había tenido con la mujer en mi dormitorio de mi casa en Texas. Miré con cautela hacia el rincón de la estancia.

No había nada allí.

Me incorporé, luego me levanté de la cama, adormilado, para buscar a Juliette. Había una hermosa alfombra persa en la biblioteca que no deseaba que estropeara. El piso estaba oscuro y silencioso, salvo por el crujido del suelo de madera bajo mis pies descalzos.

¡RRRAAAAAASSS!

El sonido provenía de abajo. Del piso debajo del mío. Sonaba como si alguien estuviera desplazando un mueble de gran tamaño.

Y otra vez.

¡RRRAAAAAASSS!

¿Qué demonios estarán haciendo ahí abajo?

Encendí la luz del pasillo y vi a Juliette al otro extremo, mirándome fijamente. Miró hacia la izquierda, en dirección a la biblioteca, y luego a mí. Suspiré y la llamé en un susurro: «¡Julie!». No sé por qué estaba susurrando.

Se quedó mirando un momento más y luego desapareció hacia la biblioteca. De repente…

Silencio.

Mierda…

La seguí. Al pasar por el vestíbulo, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Un frío glacial.

Una corriente de aire por debajo de la puerta principal.

Podía ver mi aliento al exhalar. Me abracé a mí mismo y continué. Llegué al final del pasillo, giré hacia la biblioteca y extendí la mano hasta el interruptor de la luz a mi derecha.

Juliette gimió.

Accioné el interruptor y varias cosas sucedieron a la vez.

El zumbido musical comenzó de nuevo desde el piso de abajo. Las luces de la biblioteca se encendieron durante una fracción de segundo —apenas un destello brevísimo— y luego se apagaron con un fuerte golpe. El vello de mi cuello y mis brazos se erizó y mis rodillas flaquearon ante lo que vi en esa fracción de segundo. Quedé cegado por el destello. De pie en la oscuridad, tan solo un poco de luz del pasillo a mi espalda. Pero aquel chispazo de luz en la biblioteca había capturado la escena en mi imaginación —durante un instante— como una fotografía que aparece y luego se desvanece lentamente. Se grabó en mi retina, como un negativo en blanco y negro.

Juliette estaba de pie junto al escritorio, justo al borde de la alfombra persa. En negativo, ella era toda blanca, su pata delantera izquierda levantada como la de un *pointer*. Ladeaba la cabeza y me miraba directamente.

Y en el escritorio, en mi escritorio, estaba sentado el hombre pálido del café.

Se hallaba en posición de escritura, pluma en mano y el libro

negro ante él. El destello lo había sorprendido alzando la vista hacia mí desde su trabajo, como si yo hubiera interrumpido su escritura. En negativo, su rostro, brazos y manos, todo negro. Negro siniestro, maligno. Me miró con enfado, como si fuera un niño que una vez más molestaba a su padre en el trabajo.

Sus ojos eran negros, con diminutas pupilas blancas clavadas en mí. Estaba impaciente. Cansado de mis juegos. Deseoso de proseguir con sus asuntos. Pero había algo más. ¿Un atisbo de… satisfacción, o acaso desprecio?

Mi primera reacción fue huir. La segunda, luchar.

El hombre pálido había irrumpido en mi piso, y yo necesitaba defenderme. Primero necesitaba poder ver. Avancé a tientas por la oscuridad alejándome de la puerta de la biblioteca hacia el comedor y allí encendí la luz. Aquella luz bastó para iluminar la entrada de la biblioteca. Me froté los ojos, que ya se estaban recuperando del fogonazo, y rápido volví sobre mis pasos, con los puños cerrados, listo para enfrentarme a él. Juliette seguía de pie donde la acababa de ver, con la pata izquierda aún en el aire.

La sala estaba vacía. No había nadie en el escritorio.

¿Adónde habrá ido?

Entonces se oyó un sonido extraño, desde los dormitorios, como un chisporroteo eléctrico. La luz de la biblioteca parpadeó varias veces hasta quedar encendida. La estancia seguía vacía. Me precipité hacia la cocina y agarré un cuchillo grande, encendiendo las luces del piso a mi paso. Después, cuchillo en mano, recorrí toda la vivienda.

El zumbido y la música del piso de abajo continuaban.

—¡¿Hola?! —repetí en voz alta, ya sin susurrar.

Revisé los armarios. Debajo de las camas. Detrás de las cortinas.

—¡¿Hay alguien ahí?!

En las duchas. Las puertas principal y trasera estaban cerradas con llave. Lo busqué habitación por habitación. Dos veces. No había nadie. El piso estaba vacío, salvo por mí, Juliette y el zumbido musical, que advertí que era más intenso en la biblioteca.

Volví y me quedé de pie en la puerta, sin soltar el cuchillo y respirando con dificultad. Dejé el cuchillo sobre el escritorio y me serví un whisky del armario de J. K. No tenía las manos del todo firmes.

El zumbido de abajo no cesaba. A lo mejor mi visión del hombre pálido fue el producto de una mente medio dormida… y de una bombilla fundida. De acuerdo. Pero el ruido de abajo era real, y molestaba.

Encontré una escoba en el cuarto de la colada y golpeé el suelo repetidamente. Quizá quince, veinte veces…, primero en el comedor, luego en la biblioteca.

El zumbido musical finalmente cesó. Al menos eso era algo.

Como había demasiada adrenalina en mí para volver a la cama, puse la televisión en un canal de noticias de veinticuatro horas y me acurruqué en el sofá con Juliette. Pero las noticias siempre son malas…, así que cambié a Netflix. Basura insustancial para dormirme.

18

Entrada de diario

15 de diciembre

Me salté algunas entradas del diario. Lo retomo ahora… Hablé con Alan anoche. Este diario fue idea suya desde el principio. Estaba enfadado porque no me presenté a mi sesión de terapia hoy. Me envió un mensaje para preguntarme dónde estaba…, y como resulta que aún estaba despierto…

Para ser justos, nos habíamos saltado las dos últimas sesiones porque él estaba viajando. Y, cuando decidí venir a Madrid, llamé a su oficina y se lo dije. Y le mandé un correo. O eso creía porque, cuando revisé mis correos, no lo encontré.

Le devolví la llamada anoche únicamente porque estaba despierto, en el sofá. Me preguntó por qué no había acudido, como era de esperar. No quería enfrentarme con él, con lo cual me disculpé con la excusa de que tenía gripe. También le mencioné que estaba considerando hacer un viaje. Me dijo: «No lo hagas». Quería reprogramar la cita para mañana, pero le dije que necesitaba asegurarme primero de haber superado la gripe y que le vería la semana siguiente, a menos que decidiera emprender el viaje.

Entonces se lanzó con el discurso de que ahora no era el momento de tomar decisiones impulsivas, que necesitaba concentrarme en reconstruirme, me preguntó si estaba tomando los medicamentos que me había recetado, y todo lo demás.

Me hizo saber que varias personas se habían puesto enfermas tras el velatorio de Samuel. Un virus estomacal al parecer. Dijo que a Lara le preocupaba que fuera

por la comida. Le dije que yo también me había sentido mal esa noche, lo cual no era mentira.

Alan no sacó el tema de Beverly. Así que yo tampoco lo hice.

Terminó diciendo que me vería el 22 de diciembre para nuestra última sesión antes de Navidad.

Puse un recordatorio en mi teléfono para el 20 de diciembre a fin de enviarle un mensaje: «Decidí hacer ese viaje después de todo. ¡Felices fiestas!».

19

A la mañana siguiente amanecí en el sofá. Juliette estaba acurrucada a mi lado.

La alarma de mi teléfono sonaba en el dormitorio. Era una hora más tarde de lo que suelo despertar. Pero me tomé mi tiempo para prepararme; no tenía sentido apresurarse.

Después de llevar a Juliette a su paseo matutino por el parque, llegué al Café Gijón poco después de las diez. Más tarde de lo habitual. Había estado reflexionando sobre mi idea para el relato y había dictado algunas notas, mientras caminaba, que estaba ansioso por comenzar a desarrollar.

Saludé a Miguel al entrar, aunque advertí de inmediato que algo no marchaba bien. Parecía preocupado. Nervioso. Rápidamente identifiqué el problema.

El hombre pálido ya estaba allí. ¡Y había ocupado mi mesa!

Me quedé de pie un instante, perplejo. Cierto, no era técnicamente mi mesa. No tenía reserva. Ni siquiera le había pedido a Miguel que me la guardara. Y había muchas otras mesas disponibles. Aun así, llevaba usándola desde hacía ya cinco días… El hombre pálido solo había entrado una vez, el día anterior. Y se había sentado en el reservado junto a la ventana.

¿Por qué ocupar mi sitio?

—No pasa nada —le dije a Miguel. Una frase hecha, algo así

como decir: «No te preocupes».

El hombre pálido estaba encorvado en mi espacio, escribiendo con frenesí. Una pequeña taza de café era lo único sobre la mesa aparte de su libro negro y su gorro de lana.

Mientras permanecía allí observándole, mi perplejidad se tornó en frustración y después en ira. Llevaba casi una semana acudiendo al café, pasando allí el día entero y dejando propinas muy generosas. Eso debería contar para algo. Creo que también estaba enfadado con el hombre pálido por perturbar mi sueño la noche anterior. Por «aparecerse» en mi piso. Era absurdo, lo sé.

Miguel avanzó unos pasos hacia dentro, tratando de atraerme hacia el interior del café, y gesticuló con el brazo y la mano abierta, ofreciéndome una mesa diferente en su sección.

—Cuando soplan los vientos del cambio, podemos construir muros o podemos construir molinos. —Sonrió.

La nueva mesa daba a las ventanas y a la puerta. Tan buena como cualquier otro asiento del local, supongo. Aun así, aquella situación me irritaba. Sentía como si se tratara de algún tipo de prueba, ¿o acaso un desafío?

No me moví durante unos instantes, fingiendo contemplación, cuando en realidad solo esperaba a que el hombre pálido mirara en mi dirección. Que me reconociera a mí y la situación. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. No levantó la vista, concentrado en su escritura.

Lo único peor que ser insultado es ser ignorado.

Presentí, en mis entrañas, que aquello era un juego. No me estaba ignorando. Quería que yo pensara que me estaba ignorando.

No soy nuevo en esta clase de juegos estúpidos; me doctoré en Agresión Pasiva en la Universidad de Beverly.

No iba a darle al hombre pálido la satisfacción de verme sentado

en otra mesa u otro reservado. Y, al mismo tiempo, le daría una lección a Miguel. Si así era como iba a tratarme, llevaría mi dinero a otra parte ese día.

Me encogí de hombros y le dije a Miguel:

—Hasta mañana.

—No, señor. —Me siguió mientras me dirigía hacia la puerta—. Por favor. Esta mesa también está bien. Más cerca de la entrada. Mejor.

—Está bien. Tengo una reunión. Solo había venido a tomar un café rápido —mentí—. Llego tarde.

El camarero me sostuvo la puerta mientras salía.

Regresé al piso a trabajar. Por fin, todo quieto. Ni un solo golpe procedente de abajo ni ruido del vecino del quinto derecha. Solo silencio. El tipo de silencio perfecto para escribir.

Pero no.

El piso estaba demasiado vacío. Demasiado silencioso.

Sin voces, sin el tintineo de vasos y cubiertos, sin camareros yendo de mesa en mesa, sin el murmullo de la calle y la ciudad.

Me quedé allí sentado durante tres horas mirando fijamente un cursor parpadeante.

En la cafetería, incluso en mis peores días, la actividad a mi alrededor había mantenido algo en movimiento en mi cabeza: una frase escuchada por casualidad, un gesto captado al aire, el ritmo de las vidas de otras personas llenando los huecos donde mis propias palabras no llegaban.

En el piso no había nada que me inspirara. Solo la pantalla en blanco.

Me rendí sobre las seis y llevé a Juliette a dar su paseo vespertino por el parque. A la vuelta, decidí alargar el paseo un poquito más hasta el Café Gijón. Me dije a mí mismo que no iba a

mirar al interior.

Pero miré.

A través de la ventana, bajo la cálida luz del café, el hombre pálido seguía en mi mesa. Encorvado. Escribiendo frenéticamente… Habían pasado horas. Su taza de café había sido sustituida por lo que parecía un vaso de agua, pero nada más había cambiado.

Su pluma se movía sin pausa.

Él no levantó la vista.

Me quedé allí, en la acera, más tiempo del que me gustaría admitir, observándolo. Esperando a que hiciera una pausa. No la hizo.

La cuarta vez que Juliette tiró de su correa, me di la vuelta y me fui a casa.

Beverly se quedó con mi casa en Dallas. El hombre pálido se quedó con mi mesa. Poco a poco me estaba quedando sin lugares que fueran míos.

Toda esta situación era típica de Beverly. Como siempre, ella encontraba pequeñas formas de atacarme. Todo parecía ir bien y, entonces, lanzaba una puñalada, una venganza por alguna ofensa o error involuntario de mi parte.

Por ejemplo, yo estaría sentado poniéndome los zapatos, y ella preguntaría de forma pasivo-agresiva: «¿Estás listo para irnos?».

Claro que no estoy jodidamente listo. ¡No llevo zapatos!

Pero sonreiría y diría: «Casi, cariño».

Y entonces, quince minutos más tarde, en el coche, ella sacaría a relucir el verdadero asunto. «Iba a ponerme mi vestido rojo…, pero se te olvidó pasar por la tintorería, ¿verdad?».

¿Qué se trae entre manos el hombre pálido?

No era mi mesa, cierto. Hay acuerdos tácitos que simplemente no se cruzan.

No hice lo que hice en Texas para venir a España y que ese hombre pálido se aprovechara de mí.

Se me ocurrió un plan para la mañana siguiente. Me puse la alarma media hora antes.

No iba a permitir que ganara en su pequeño juego, fuera cual fuese. A veces no importa si no comprendes el objetivo del juego; simplemente has de ganar.

20

A la mañana siguiente me desperté media hora antes. Dimos nuestro paseo —nuestra ruta habitual— por el parque. Pero mantuve un ojo atento a la hora. El Café Gijón abría a las nueve.

Me aseguré de que estuviéramos en la puerta a las nueve menos cuarto. Juliette y yo esperamos fuera. Fuimos los primeros en llegar. Miguel, que andaba trajinando dentro, preparando mesas y demás, en un momento dado me vio y me saludó con la mano y sonrió. Señaló mi mesa y sonrió aún más ampliamente, haciéndome un gesto de aprobación con el pulgar.

Lección aprendida.

Se acercó a la puerta y me dejó entrar, aunque aún faltaban diez minutos.

—¡El que madruga, don Nicholas! ¡Usted no es ningún camarón que se duerme!

Me dirigí a mi mesa, pedí mi café y mi cruasán, y me organicé: Juliette en su transportín a mis pies, el ordenador portátil colocado en su sitio, el bloc de notas, el bolígrafo.

Mientras Miguel disponía lo que había pedido, le pregunté:

—¿El señor? ¿El de ayer?

Se encogió de hombros y me dijo en su inglés básico pero coherente:

—Tomó café. No comió nada. No da propina como usted, señor.

—Miguel sonrió, halagándome. Tenía una sonrisa amplia y un rostro abierto y amistoso. Un hombre sencillo y honesto.

—¿Lo conoce usted? ¿Es escritor? —Omití los adjetivos «famoso» o «reconocido», pues no quería dar la impresión de ser una especie de admirador de autores o un simple turista. Soy, después de todo, un autor ~~*un tanto necesitado*~~ de cierto renombre.

Miguel frunció los labios y se encogió de hombros, negando con la cabeza.

—Preguntaré a mis colegas.

Asentí. Mientras disfrutaba de mi desayuno, mantuve la mirada atenta a las ventanas, una de las ventajas de mi mesa: disponía de una vista panorámica de todo el café, incluida la entrada. Unos diez minutos más tarde, vi al hombre pálido caminando por la acera. Se dirigía al café.

Lo observé de reojo, fingiendo que fijaba la vista en mi ordenador portátil. Ignorándole como él me había ignorado a mí. Entró, no saludó a nadie y fue directo a su reservado junto a la ventana. Ni siquiera me dirigió la mirada. ¡Pero sé en lo más profundo que advirtió mi presencia y que yo había vencido!

Desde donde yo me encontraba, en el rincón más alejado, él me daba la espalda, aunque en ángulo. Tendría que girarse y mirar por encima del hombro derecho para verme. Así pues, una vez que se hubo sentado, pude examinarlo sin que él se percatara.

Vestía exactamente igual que el día anterior y lucía un aspecto algo más deteriorado. Comenzó a escribir de inmediato a su habitual ritmo vertiginoso, ajeno a todo cuanto sucedía a su alrededor.

Debo admitir que sentí envidia al contemplar las cuatro líneas que yo había escrito desde que llegara al café aquella mañana. Cuatro líneas que no eran sino basura. Todavía no tenía historia alguna. Ningún rumbo. Lo más interesante que había escrito desde

mi llegada a Madrid era la descripción de este hombre extraño. Quizá debería escribir sobre él.

Miguel se acercó a mi mesa.

—¿Desea más café, señor? —preguntó. Con la mirada, hizo un gesto hacia el hombre pálido, con una sonrisa cómplice y astuta. Aquella mirada me dio una idea.

—Sí, me gustaría. Pero, antes, ¿podría vigilar mi mesa y a Juliette mientras voy al baño…?

Miguel asintió.

Llevé el teléfono conmigo y me dirigí a los aseos, pero no entré, no lo necesitaba. Esperé unos dos minutos y puse el móvil en modo cámara. Luego me coloqué cerca de la barra, hasta que vi a un camarero ayudando a una mujer a sentarse a una mesa. Aproveché aquella cobertura para tomar varias fotografías mientras pasaba junto al reservado del hombre pálido.

—Gracias —le dije a Miguel, que aguardaba junto a mi mesa, al sentarme.

—Le traigo su café ahora mismo.

Tras la pantalla de mi ordenador portátil, examiné las imágenes que había logrado capturar. Una resultó completamente inútil, pues el camarero bloqueaba la vista. Y otra salió borrosa. Pero una mostraba al hombre pálido en su reservado, escribiendo. Al fijarme con atención, tuve la certeza de que, aunque aparentaba estar concentrado en su libro, sus ojos miraban en mi dirección. No me estaba ignorando. De hecho, me estaba observando. Tal como yo lo observaba a él.

Alcé la vista. Había desaparecido. Lo vi fuera, en la calle, fumando.

¿Sus descansos son una excusa?

¿Para vigilarme?

Y, si lo son, ¿por qué?
¿Qué quiere de mí?
¿Y qué está escribiendo?



20 de diciembre

21

Unos días más tarde, después de haber recuperado mi mesa, las cosas dieron un giro inesperado.

Mi rutina se repetía sin incidentes. Me despertaba a tiempo (media hora antes), salía a pasear con Juliette, era el primer cliente en el Café Gijón cuando abría a las nueve y reclamaba mi rincón. Había cierta satisfacción en aquella pequeña victoria al comienzo de cada día, aun cuando mi escritura permanecía estancada.

El hombre pálido fingía no importarle que yo hubiera recuperado mi mesa. Pero yo sabía que le molestaba. Sabía que estaba enfadado. Llegaba cada día cerca de las diez y retomaba con desenvoltura su escritura y sus pausas periódicas para fumar. El ritmo de su escritura no disminuía y empecé a preguntarme qué haría cuando se quedara sin espacio en aquel diario de cuero negro. En un momento dado incluso consideré comprarle otro, ofrecérselo como regalo, entablar conversación —de autor a autor—, quizá así averiguara qué estaba escribiendo. Pero yo no soy esa clase de autor. Escribo desde la observación y la imaginación, no desde la conversación o las entrevistas.

Era el 20 de diciembre. El hombre pálido estaba en su reservado, como de costumbre, escribiendo sin cesar. Se levantó de su mesa para su cigarrillo de cada veinte minutos, se puso su gorro de lana y salió del café. Le vi encender un cigarrillo y comenzar a fumar,

echando miradas arriba y abajo de la calle.

De repente se quedó paralizado. Había visto algo. Rápidamente arrojó el cigarrillo al suelo y regresó al interior, dirigiéndose veloz hacia su reservado. Cuando lo alcanzó, permaneció allí un momento, mirando a su alrededor, como si no estuviese seguro de qué hacer.

Recogió su libro negro y su pluma, y los sujetó protectoramente. Se inclinó hacia delante para mirar por la ventana hacia la derecha. Se irguió. Luego dio un paso atrás, se quitó el gorro de lana y deslizó el libro en su interior. A la izquierda, justo detrás de su reservado, había una columna estructural maciza revestida de madera de la cual colgaba una estantería de madera, a metro y medio de altura aproximadamente, para los sombreros. Alzó la mano y colocó el gorro de lana en la estantería, con el libro negro dentro. Luego se encaminó hacia la entrada, se percató de que llevaba la pluma en la mano y se la metió en el bolsillo de su abrigo.

Al atravesar el umbral encendió otro cigarrillo. Momentos después una mujer se aproximó a él.

A diferencia del hombre pálido, este nuevo personaje de mi historia encajaba en el entorno. Iba muy bien vestida. Un abrigo gris marengo con un discreto estampado de cuadros que le sentaba a la perfección y una bufanda de un burdeos intenso. Se conducía con aplomo y, por el modo en que hablaba con el hombre pálido, resultaba evidente que le conocía.

La mujer llevaba la mayor parte de la conversación. Parecía estar explicándole algo. Era animada, persuasiva y, sin embargo, discreta. Casi reservada. Aun así, había algo apremiante en su manera de hablar. La conversación era seria. Gesticulaba con las manos de forma contenida, como si intentara mantener su charla alejada de oídos y ojos indiscretos. Parecía… insistente.

Él por su parte intervenía muy poco. Asentía mucho. Como si

quisiera apaciguarla. Mostrarse de acuerdo con ella para que quizá así ella se marchase. Encendió un segundo cigarrillo con el primero.

Al cabo de unos minutos, a tenor de su lenguaje corporal, pareció que la mujer había concluido su explicación, su súplica. Se alejó ligeramente del hombre pálido, retrocedió por donde había venido, como para arrastrarlo consigo. Entonces posó una mano sobre su brazo, a lo que su interlocutor no opuso resistencia, y señaló con la cabeza y la mano libre hacia allá, calle arriba. Dio un paso en aquella dirección, con la mano aún sobre el brazo de él, atrayéndolo hacia ella.

El hombre pálido asintió. Dio una profunda calada a su cigarrillo, lo tiró al suelo y lo pisó.

Cuando se giraron para marcharse, sucedieron dos cosas.

Primero, Juliette, que cuando está en su transportín guarda siempre un silencio de esfinge, gimió. Casi me volví para comprobar cómo estaba. De hacerlo, me lo habría perdido.

En ese mismo instante el hombre pálido se giró y me miró a través de la ventana. Sus ojos, de color avellana, inyectados en sangre, se cruzaron con los míos. Y no solo me miró, sino que me vio. Mi situación. Nuestra batalla sobre la mesa. Nuestra mutua lucha con la escritura. Aquella mirada fue una conexión y una confesión.

Reprimí un escalofrío. ¿Por qué? Porque en todo nuestro tiempo compartido en el Café Gijón me di cuenta de que nunca había establecido contacto visual con el hombre pálido. Nunca en el café. Tan solo una vez, en mi piso, la noche en que había imaginado verlo en mi biblioteca. Y ahora tenía en su rostro la misma expresión que aquella noche en mi piso, sentado ante el escritorio de la biblioteca. Impaciente. Furioso. Despectivo. Acusador.

Aquella revelación se me atragantó en la garganta. Fue apenas

un instante. Como si no quisiera que la mujer se percatase. Dio un paso en su dirección, sin dejar de mirarme. Y entonces desapareció.

Todo a mi alrededor seguía igual, como si nada hubiese pasado.

Me quedé contemplando un momento el espacio vacío que habían dejado. Esperando a que él regresara.

Nada.

Entonces mis ojos volvieron al reservado vacío. Y luego a la columna detrás de este, a la estantería y al gorro de lana, dentro del cual se ocultaba el libro negro.

22

Todo escritor experimentado aprende pronto esta valiosa lección: nunca se borra nada.

Capítulos fallidos, descripciones excesivas, párrafos que devienen inútiles debido a un cambio de rumbo… Se guarda todo.

Escribir lleva tiempo. Los autores, como es normal, sabemos cuánto esfuerzo conlleva, razón por la cual valoramos, apreciamos y respetamos la palabra escrita.

Por eso me resultó imposible volver a mi trabajo después de que el hombre pálido abandonara el Café Gijón. Vigilé la puerta, la ventana, y, lo más importante, mantuve un ojo fijo en el reservado. Y en la estantería. Todo su trabajo estaba allí. En aquel desaliñado gorro de lana. Su escritura simplemente yacía allí. Sola. En aquella estantería. Indefensa.

Pasaron diez, quince, veinte minutos, y no sucedió nada.

Como solía tomar descansos para fumar, su camarero al principio no pareció advertir su ausencia. Sin embargo, tras servir varias mesas, pasó junto a su reservado portando una bandeja con tazas vacías. Dirigió la mirada hacia la mesa y vio lo mismo que yo: el hombre pálido no estaba, tampoco su libro ni su pluma. Solo una taza de café vacía.

Paseó la mirada alrededor del restaurante de camino a la cocina. Al pasar junto a la puerta principal echó un vistazo al exterior. Seguí

su mirada sabiendo lo que él, que ya no lo vería fuera. El hombre pálido se había marchado.

El camarero atravesó la puerta hacia la cocina, y, antes de que hubiera formulado plan alguno, me encontré de pie en medio del café, con la mano derecha hurgando en mi bolsillo en busca de cambio. Caminé con aplomo, como si fuera el dueño del lugar. Cuando llegué al reservado, deposité cuatro euros sobre la mesa junto a la taza de café. Entonces alcé la mano, con aire despreocupado, y lo agarré. Los agarré: el gorro de lana y el libro negro.

Al girarme para regresar a mi mesa, me detuve brevemente y eché una ojeada alrededor, manteniendo el rostro inexpresivo. La culpa que sentía se mezclaba con un revoloteo de mariposas en el estómago. Sepulté ambas sensaciones en lo más profundo de mi ser. Todos en el café atendían a sus propios asuntos, absortos en sus conversaciones, desempeñando su labor.

Todos, salvo Miguel.

De pie junto a la barra, un paño de cocina colgando sobre el antebrazo, me miraba fijamente con una sonrisa pícara en el rostro. Le guiñé un ojo, sin saber muy bien por qué, y me encaminé de vuelta a mi mesa.

Me senté y recorrí el café con la mirada una vez más. Nadie más parecía haber advertido o prestado atención a mis movimientos. Deslicé el gorro de lana y el libro negro dentro de mi bolsa del ordenador y me comporté como si no hubiera ocurrido nada. Instantes después, el camarero del hombre pálido regresó, se embolsó el dinero que yo había dejado para él y despejó la mesa.

Debo subrayar que no estaba robando el libro negro. ~~*Mentiroso.*~~ El hombre pálido había invertido un tiempo considerable escribiendo en su diario. Por alguna razón, que no era asunto mío, no había

querido que la mujer lo viese. Lo había ocultado, sin duda con la intención de regresar a por él más tarde. Simplemente lo estaba custodiando para él.

Pensé de nuevo en cómo me había mirado, justo antes de marcharse. Habíamos compartido este espacio durante algún tiempo ya, este café, ambos entregados a nuestra escritura. Cada uno de nosotros creando nuestro arte. Del mismo modo que yo lo había estado observando a él, ahora sabía que él me había estado observando subrepticiamente a mí.

Fue entonces cuando comprendí que su última mirada hacia mí no era una acusación. Ni un ataque. Era una petición, una súplica: «Por favor, cuida de mi obra». Él había deseado que yo custodiase su libro. Decidí concentrarme en mi escritura y permanecer atento al hombre pálido, a fin de devolverle su libro.

23

«La fortuna favorece a los audaces, don Nicholas».

Habían transcurrido unos cuarenta minutos desde que el hombre pálido se había marchado con la mujer. Alcé la vista al reconocer la voz de Miguel. Se encontraba de pie, como siempre, dispuesto a servir. Pero parecía… diferente. Su rostro siempre había expresado inocencia, apertura, un deseo de complacer. Amable y solícito.

Aquella expresión había desaparecido. Siempre había sido una representación. Los ojos de Miguel se veían ahora más estrechos; su boca, una línea tensa curvada en una mueca burlona por un lado. Ahora contemplaba al verdadero Miguel.

Había abierto la puerta, o al menos una puerta, de uno de los muchos muros que nos separaban. Nuestros papeles no habían cambiado; nuestra condición de amo y sirviente permanecía intacta. Pero ahora existía un grado de intimidad que había estado ausente hasta entonces. Algo de complicidad.

Miguel me contempló con respeto. Mi consideración hacia él también se transformó. Había sido ingenuo al tomar su afabilidad y servilismo al pie de la letra. Era un hombre que había escapado de la Venezuela comunista con su familia, había emigrado a España y, como extranjero —un ciudadano de segunda clase—, había tenido la astucia callejera para lograr un empleo como camarero en uno de los cafés más antiguos y respetados de la capital. Yo lo había

subestimado. Y, por el modo en que ahora me miraba, creo que él albergaba sentimientos similares, aunque por razones diferentes.

—No vi nada, don Nicholas.

—No había nada que ver, amigo mío —repliqué, recurriendo a la vena mafiosa de Al Pacino que desconocía poseer.

—¿Le traigo al señor la cuenta? Más vale pájaro en mano…

Sabía lo que estaba pensando.

Una vez removida la olla, no te demores junto al fuego.

Pero Miguel no lo comprendía. Él no era escritor.

—Todavía no. Aún tengo trabajo que hacer.

El hombre pálido no regresó al café aquel día. Lo sé porque abandoné el café al cierre. Debo aclarar que en realidad me marché a la mañana siguiente, pues el Gijón cerraba a la una de la madrugada. Miguel se sorprendió cuando me quedé a cenar. Sé que pensó que, habiendo capturado mi premio, me apresuraría a escapar con él. Pero se equivocaba. Simplemente estaba guardando el libro negro para el hombre pálido. Asegurándome de que estuviera a salvo. Y esperaba a su regreso para devolvérselo.

Cené pescado —merluza a la bilbaína— y una botella de vino blanco verdejo. Juliette estaba más que frustrada, pues nos perdimos nuestro paseo vespertino por el parque. La obsequié con algunos trozos de jamón de Jabugo a modo de compensación.

Cuando pagué la cuenta, incluí la propina habitual del 10 por ciento en mi tarjeta AMEX. Pero, al salir del restaurante, hice algo diferente, que fue agradecer personalmente a Miguel su servicio.

—Todo ha estado excelente esta noche, Miguel. Gracias, como siempre, por tu atención, amigo mío.

—Es un placer, señor —respondió.

¿Sería cosa mía o había mejorado su inglés? ¿Había desaparecido su acento?

Extendí la mano y estreché la suya, deslizándole un billete de cincuenta euros que había doblado hasta el tamaño de una moneda. Sus ojos se abrieron levísimamente en reconocimiento de la propina adicional.

—Un día de lo más tranquilo, señor. Cerrar una puerta siempre abre otra. ¿Quizá mañana sea más interesante?

—Eso esperamos, amigo mío —asentí.

24

Mientras regresaba al piso de la calle de Velázquez, me sentía animado. Había logrado algo. Era una tontería, una nimiedad. Pero parecía importante. Algo significativo había cambiado. Tenía la sensación de que mi juego con el hombre pálido había alcanzado un nuevo nivel. Me había pedido que protegiera su libro. Y yo había aceptado. Ahora estábamos juntos en esto, fuera lo que fuese. Lo estaba ayudando. Protegiendo su escritura. Defendiéndola.

Agradecí caminar por las calles a esas horas. Cuánta actividad aún. Me asombraba la cantidad de gente que andaba por ahí en plena madrugada de un miércoles, familias enteras… con niños muy pequeños.

Una vez en el piso, me dirigí a la biblioteca. Coloqué mi bolsa del ordenador sobre el escritorio y la abrí. Allí, en su interior, yacían el gorro de lana y el libro negro. Tomé ambos, luego dejé caer el gorro sobre el escritorio y, por primera vez, sostuve el libro con mis manos desnudas.

Era sólido. Pesado. Lo giré, lo examiné. El libro era más antiguo de lo que parecía desde la distancia. La cubierta de cuero presentaba finas grietas, fruto del paso del tiempo. Estaba muy gastada; el grano, suave al tacto. Había una mancha en la contraportada, como la marca que deja una taza de café sobre una mesa.

El lomo era redondo. Quebrado por el uso. Las páginas tenían los bordes irregulares y eran de un suave color marfil.[4]

De algún modo el momento parecía propicio. Abrí el mueble bar y me serví un dedo de whisky escocés en uno de los vasos de cristal tallado. Solo una gota más… Tomé el vaso y el libro, y me dirigí al salón, me senté en el sofá frente a la chimenea. Juliette saltó al sofá y se acurrucó junto a mí. Coloqué el libro sobre la mesa de centro y cogí el mando a distancia. El piloto chasqueó rápidamente varias veces antes de que, con un ¡zas!, el fuego brotara de los troncos artificiales, dotando a la estancia de un cálido resplandor.

Sentí una punzada de vergüenza en lo más profundo de mi ser al pensar en Beverly. La última vez que me senté frente a la chimenea con un libro las cosas salieron muy mal. Di un trago de whisky, con ganas de olvidar todo aquel lío.

El whisky escocés había envejecido bien y olía a humo. Sabía a turba, y sonreí cuando su calidez se deslizó por mi garganta hasta mi estómago. Di otro sorbo, contemplando el libro. Las llamas parpadeaban alegremente en la chimenea.

Fui a la biblioteca a servirme otro whisky. Dos dedos esta vez, y luego volví a sentarme junto a Juliette. Después de tanta curiosidad sobre lo que contenía el libro, sobre aquello que el hombre pálido había estado escribiendo con tal frenesí, ¿por qué dudaba?

Por fin tenía el libro enteramente para mí. Él jamás lo sabría… Todo el mundo sabe que es imposible que alguien escriba al ritmo de aquel hombre. Soy un escritor profesional, y ni siquiera en mis mejores momentos y con una gran inspiración puedo lograr tal cosa. Nadie puede. Aquel libro contenía respuestas acerca del hombre y acerca de su comportamiento. Su historia.

Pero precisamente ahí radicaba la cuestión: era su historia. No era mía.

Tomé el libro negro y lo sostuve con ambas manos. Me lo acerqué a la nariz. Olía a… libro. Un buen olor a libro —almizclado, con un toque acre de esencia de tinta azul—. Celestial.

Lo dejé abierto sobre la mano derecha y empleé el pulgar izquierdo para pasar rápidamente sus páginas cremosas, el aroma de la tinta flotando en el aire. El papel era grueso, áspero y ligeramente fibroso, más parecido a un libro antiguo hecho a mano que a un cuaderno corriente.

No leí. Apenas eché un vistazo. El libro estaba casi completamente lleno de escritura. Y el aroma no mentía. Todo estaba escrito con la misma tinta azul.

Dada la velocidad con la que escribía el hombre pálido, me sorprendió lo pulcra que era su caligrafía. Mayúsculas apretadas, fluyendo una tras otra. Controladas. Parecía más un código que otra cosa. O un texto sagrado.

—Qué desastre —dije en voz alta. Miré a Juliette—. Apuesto a que vendrá a buscarlo mañana. —Le di unas palmaditas suaves en el trasero—. Se lo devolveré entonces.

~~*Hazlo.*~~

Dejé el libro y me serví otros dos dedos de whisky. Mientras lo hacía, me quedé contemplando el escritorio, donde el hombre pálido había aparecido la noche anterior. Me pregunté dónde estaría ahora. Quién sería aquella mujer, la que vino a buscarlo. Por qué no quería que ella se hiciera con el libro.

~~*Solo tú puedes salvarlo.*~~

¿Y por qué… por qué había roto la barrera entre nosotros, mirándome directamente?

¿Qué intentaba decirme con aquella mirada?

~~*Ayúdame.*~~

¿Estará metido en algún tipo de aprieto? ¿Correrá peligro?

¿Soy yo su única esperanza?

¿Y si me ha dejado un mensaje en el libro? ¿Alguna pista acerca de lo que le está sucediendo?

~~*Sé un héroe, Nicky.*~~

Cogí el libro y lo abrí tan solo para comprobar si había escrito su nombre en él. Revisé también el interior de la contraportada. Sin suerte.

¿Tal vez no desea quedar vinculado a él, por si se extravía?

Sentí el estómago un tanto revuelto mientras imaginaba diversos escenarios. Comencé a ver la situación bajo una nueva luz. Tal vez me había adentrado en algo más grande de lo que había advertido. Algo político, peligroso.

¿Y si algo le sucedía al hombre pálido y hallaban el libro en mi posesión con pistas, un mensaje, algo que podría haberle salvado…?

«¿Por qué no abrió el libro?», me imaginaba a la policía preguntándome.

«Porque no me correspondía leerlo».

«Así que… lo "sacó" de la estantería, se lo llevó a casa…, pero ¿no lo abrió? ¡¿Por qué?!».

«Porque respeto la palabra escrita». Aquello sonaba ridículo.

~~*Beverly lo habría abierto.*~~

De pronto me inquieté por el hombre pálido. Di otro trago de whisky escocés. Una oleada de calor me recorrió el cuerpo, me colmó de calidez y… determinación. Necesitaba rellenar la copa. Lo hice.

—Esto es una estupidez —dije desde la biblioteca a Juliette—. Beverly ya lo habría abierto a estas alturas. Pensaría que soy un idiota. —Sacudí la cabeza.

Él nunca lo sabrá.

Es por su propio bien.

Si no hay nada dentro, no has hecho mal alguno.

Más vale prevenir…

Regresé al sofá y me dejé caer junto a Juliette, que se estiró y bostezó con un leve chillido al final.

La luz de la chimenea danzaba sobre la brillante cubierta negra del libro negro.

Cogí el libro negro del hombre pálido.

Juliette resopló.

Sentí el calor de la chimenea en mi cara. El vello de mis brazos, de mi cuello, se erizó. De repente un hormigueo me cruzaba el cuello de arriba abajo, como si saliera directamente del libro. Un hormigueo que me hizo sonreír.

Y lo abrí.

El libro negro

25

Cuando abrí el libro negro esa primera vez, mis intenciones eran nobles. Separé la cubierta de la primera guarda y busqué pistas sobre a quién pertenecía. Un nombre. Un número de teléfono. Un exlibris. Cualquier cosa para poder devolvérselo al hombre pálido. O, si no, para al menos entender mejor esa mirada que me decía que quería que yo lo tuviera.

No había nada.

La pesada cubierta negra daba paso a una guarda en blanco. Luego una página en blanco.

Al detenerme en ella, me di cuenta de que en la siguiente había algo escrito.

Pasé a la primera página.

En la parte superior, en mayúsculas, había dos palabras: MI HISTORIA. Y ahí empezaba el texto.

«Sé paciente. Él vendrá. Cuando lo haga, se sentará cada día a la mesa del rincón».

Aparté la vista del libro un momento, no por miedo a leer lo que venía a continuación, sino porque tenía la sensación de que ya lo sabía. Se me había erizado el vello de los antebrazos.

«Él y su perrita. Observando…».

Las manos comenzaron a temblarme. Apoyé los codos sobre las rodillas y me incliné hacia delante sobre la mesa de centro para

sostener el libro con firmeza.

«Nicholas siente tanta envidia de mí que puedo saborearla…».

—¡¿Conoce mi nombre?! —exclamé en voz alta.

El corazón me martilleaba en los oídos. No podía leer. Se me anegaban los ojos. Me los enjugué con el dorso de una mano y continué.

«Concederle tiempo. Dejar que los celos aumenten. Luego brindarle la oportunidad. Y él robará…».

Juliette gimió.

Solté el libro como si quemara. Me levanté de un salto y el libro cayó abierto sobre la mesa. Entonces, como si estuviese vivo, la cubierta frontal se cerró lentamente con un movimiento pesado.

Juliette me observaba mientras yo permanecía con la mirada fija en el libro. Cogí mi vaso de whisky escocés, estuve a punto de derramarlo porque la mano me temblaba violentamente. Tuve que asirlo con ambas manos para mantenerlo firme. Lo apuré de un trago.

Hablé, supongo que dirigiéndome a Juliette, señalando el libro.

—¡Está escrito en futuro! Dice que él vendrá, que se sentará, que robará…

Ella me devolvió la mirada, inexpresiva.

~~*Toma otra copa.*~~

Fui a la biblioteca y traje la botella de whisky escocés. Serví un poco más y caminé de un lado a otro, lejos de la mesa. Mientras bebía, miraba el libro, desde la distancia, e intentaba asimilar lo que había leído.

~~*Es solo un libro.*~~

—Esto es una locura, Juliette…

¿O realmente lo es?

Repasé mentalmente todo lo que sabía sobre el hombre pálido.

Cuándo apareció en el café. El día en que me robó la mesa. La fotografía que le tomé, en la que me observaba. Cómo ocultó el libro. La mirada que me dedicó a través de la ventana. ¿Me había estado pidiendo que lo protegiera… o me había invitado a tomarlo? ¿Me había tendido una trampa? ¿Estaba la mujer compinchada también? ¿Era todo una treta de los dos?

El alcohol estaba surtiendo efecto en mí. Uno positivo. El temblor de mis manos estaba disminuyendo.

Por supuesto que sabía mi nombre.

Pensé en la transformación de Miguel. De persona sencilla y honesta a cómplice avispado de la calle. ¿Le habría dado al hombre pálido mi nombre? ¿Qué haría falta? ¿Una propina de veinte euros? ¿Diez? ¿Cinco?

Me senté con cautela en el borde del sofá y me serví otro vaso. Cuanto más lo pensaba, más comenzaba a comprender cómo había podido suceder. Cómo había podido escribir lo que yo había leído. Podía hallar explicaciones lógicas sobre el cómo. Los escenarios se me antojaban numerosos. La cuestión era: ¿por qué? ¿Por qué quería que yo leyera su libro?

La respuesta yacía sobre la mesa frente a mí.

~~*Coraje líquido.*~~

Respiré hondo y di otro trago de whisky escocés.

—Intentémoslo de nuevo, Julie.

Ella no se movió, pero me miró.

Cogí el libro, con las manos ya casi recuperadas, y lo abrí de nuevo. Por la primera página. Mi conmoción inicial había pasado. La ojeé, y no resultó ser tan inquietante después de todo…

~~*Léelo en voz alta.*~~

El alcohol estaba cumpliendo con su objetivo.

—Escucha esto, Julie —dije—. Es un poco inquietante, pero solo

al principio.

Comencé a leer en voz alta para Juliette, como solían hacer en las viejas posadas de España, de toda Europa, en realidad.

—Sé paciente. Él vendrá. Cuando lo haga, se sentará cada día a la mesa del rincón. Él y su… —hice una pausa, le sonreí y alargué la mano para acariciarla detrás de la oreja; Juliette se recostó, complacida, contra mi mano— perrita. Observando. Nicholas siente unos celos de mí tan intensos que puedo saborearlos. Concédele tiempo. Deja que los celos aumenten. Luego concédele la oportunidad. Y… —contuve el aliento—. Aguarda… y me ROBARÁ. Como un ladrón en la noche.

Miré a Juliette, que me devolvió la mirada.

Fui al despacho de J. K. Dejé la botella sobre su escritorio y me senté, con el libro negro delante de mí, en el mismo sitio donde me había imaginado al hombre pálido unas noches antes.

Y leí.

Unos libros se leen, otros se ojean. Hay libros que se estudian, admiran, detestan.

Este no era ninguno de esos.

Leí página tras página. Bebía mientras leía.

De principio a fin.

Cada palabra.

Hacia el final, la letra cambió. Las pulcras letras mayúsculas y rectas dieron paso a un garabato nervioso: una letra cursiva apresurada e inclinada, escrita con la misma tinta azul, más suelta, casi febril, como si a la mano que la escribía ya no le importara si alguien podía entenderla. A duras penas seguía siendo legible. Tuve que esforzarme para distinguir las palabras.

Estaba dirigido al lector.

No a mí específicamente. A quienquiera que viniera después.

A quienquiera en cuyas manos acabara el libro.

Leí el final dos veces. Luego me quedé muy quieto durante un buen rato, con el libro abierto sobre el escritorio, el fuego aún crepitaba, la botella de whisky vacía a mi derecha. Juliette se había tumbado en el suelo en algún momento. No recuerdo cuándo.

Cerré el libro con cuidado, como se cierra algo frágil. Un relicario roto. La puerta de una vitrina que piensas abrir de nuevo pronto.

Esa noche, tras haber leído su historia de principio a fin, dejé de preguntarme quién era el hombre pálido.

Creía saberlo.

26

A la mañana siguiente, en el Café Gijón, allí estaba ella, la mujer elegante que había sorprendido al hombre pálido, sentada frente a él en su reservado. Conversaban en voz baja, ambos con expresiones serias en el rostro, bebían su café a sorbos. El hombre pálido ~~*sabe lo que hiciste*~~ levantó la mano y miró hacia la zona del bar, haciendo señas a un camarero. Los vasos tintinearon y, a lo lejos, sonó el teléfono móvil de alguien.

Se me revolvió el estómago cuando vi ~~*a ese maldito traidor*~~ a Miguel acercándose lentamente a su reservado, con el paño sobre el brazo.

Esa ni siquiera es su zona.

Se quedó allí de pie, de espaldas a mí, hablando con ambos. Podía ver al hombre pálido a su izquierda y a la mujer a su derecha, los dos atentos a sus palabras. El hombre pálido le señaló la estantería de madera —donde había escondido el libro envuelto en su gorro de lana negro—. Miguel hizo un gesto hacia el bar. Luego indicó la estantería con la mano abierta. Estaba dando una larga explicación. Demasiado larga.

¿Acaso acaba de inclinar discretamente la cabeza en mi dirección?

El hombre pálido y la mujer intercambiaron miradas. Ella asintió, con los labios apretados. El hombre pálido volvió a mirar al camarero

y pronunció algo concluyente, a modo de despedida, puesto que extendió la mano para estrechar la de Miguel. Estaban lejos de mí, pero juraría que Miguel se embolsó un billete. Le observé mientras se daba la vuelta, intentando descifrar por su rostro qué les había dicho. No se volvió hacia donde yo estaba. Sus ojos recorrieron la sala, como el típico camarero incompetente —mirando por todas partes y a cada mesa, a todo el mundo, excepto a mí—, y luego estudió el suelo mientras regresaba a la barra.

Maldito cabrón…

El hombre pálido y la mujer continuaban conversando. Los ojos de la mujer no dejaban de moverse, me lanzaba miradas furtivas mientras hablaba. Entonces el hombre pálido se giró en su asiento hacia mí. Negó con la cabeza, se volvió y se dirigió a la mujer, que asintió.

Busqué a Miguel, pero se había marchado a la cocina. Para esconderse, sin duda. De hecho, no había ningún camarero en la sala. Cuando me quise dar cuenta la mujer y el hombre pálido se habían levantado y venían hacia mi mesa. Él me miraba fijamente, ella le seguía dos pasos por detrás. Reparé en el brazo derecho del hombre: lo mantenía pegado al costado y no se movía al compás de su andar.

¿Acaso sostiene algo en la mano derecha? ¿Algún tipo de arma? ¿Cómo voy a defenderme?

Nada sobre la mesa, salvo un tenedor. Tenía la boca seca, estaba sediento. Alargué la mano hacia el agua y me tembló al levantar el vaso hasta los labios. Cuando tragué, percibí algo fino, arenoso entre los dientes. Quise levantar la cabeza hacia el hombre pálido y la mujer, cada vez más próximos, pero no lo conseguí. Algo me sujetaba, me sentía atrapado…

En la distancia escuchaba cantar a alguien. En español. Cánticos de ebrios.

Escupí varios fragmentos. Dientes. Trozos de dientes. Los enjuagué en el lavabo y los deposité sobre la encimera del cuarto de baño. Para más tarde. Mis dientes, irregulares y ensangrentados.

No hay manera de que puedan arreglar esto.

Voy a tener que ponerme implantes…

El sabor metálico de la sangre…

Juliette se removió, después se abrió paso de debajo de las mantas. Con los ojos cerrados, me pasé la lengua por los dientes. Parecía que estaban bien. Pero las voces continuaban cantando. Julie se desplazó hacia el centro de la cama, sobre las sábanas y el edredón. Hizo una pausa, después se estiró. Se sacudió el cuerpo entero, sus grandes orejas caídas aleteando ruidosamente mientras lo hacía. Ajusté la cabeza sobre la almohada. Tenía mucha sed. Había varias latas de Sprite frías en la nevera.

Eso sería muy refrescante.

Pero el azúcar… me mantendría despierto…

Hacía mucho frío.

Había una corriente de aire en la habitación. Aire frío que entraba desde algún lugar. Fuera de las mantas hacía un frío glacial. Entorné los ojos. La habitación parecía normal, solo que… las luces estaban encendidas. Todas. Los focos del techo, la lámpara de la mesilla, las luces de lectura. Y hacía frío, la temperatura era gélida. Parpadeé para despertarme del todo. Las voces continuaban, seguían cantando. Podía oírlas desde abajo, en la calle. Cinco pisos más abajo. Nunca antes había tenido problemas con el ruido exterior. No en el dormitorio. Me giré hacia la ventana y entonces comprendí por qué las voces sonaban tan altas. La ventana estaba completamente abierta.

Me incorporé, abrazándome contra el frío. Podía ver mi aliento saliendo en forma de vaho. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, no solo por el frío, también de miedo.

¿Quién ha abierto la ventana? ¿Y las luces?

Las voces continuaban cantando, pero se alejaban cada vez más calle abajo.

Había bebido mucho whisky. Recordaba vagamente haberme cepillado los dientes, pero quizá había sido la noche anterior… o alguna otra noche.

«Bebes demasiado», oí decir a Beverly desde el pasado, allá en Dallas.

«Que te den, cariño», repliqué en mi cabeza.

Consulté mi teléfono, lo había dejado en la mesilla de noche. Eran las 3:36 de la madrugada. Juliette me miraba a los pies de la cama. Me levanté y cerré la ventana y eché el pestillo. El suelo estaba helado. Apagué las luces, solo quería volver a meterme en la cama y entrar en calor bajo las mantas. Todavía había una luz procedente del pasillo, más tenue, más distante, apenas abriéndose paso hasta el dormitorio. Me acerqué a la puerta. Salía del extremo de la sala a la derecha…

De la biblioteca.

Otro escalofrío me recorrió. Una imagen centelleó en mi mente —de unas noches atrás— como el destello de una fotografía: el hombre pálido sentado en el escritorio de la biblioteca.

¿Habrá venido a por su libro?

El suelo estaba tan frío que me quemaba los pies. Cogí mi teléfono y con la luz de la pantalla, no la linterna —para no cegarme —, busqué algo que pudiera usar como arma. En una estantería vi una estatuilla de un caballo, de metal, de aspecto etrusco, de unos treinta centímetros de altura. Cuando extendí la mano para cogerla,

pensé:

Todavía estoy medio dormido. O medio borracho. Esto es una estupidez.

Agarré la estatuilla. Me asomé por la puerta; no vi a nadie. La luz de la biblioteca aún se reflejaba tenuemente en el pasillo. Comencé a avanzar hacia la zona noble del piso, con la estatuilla del caballo preparada. Desde la entrada del vestíbulo pude ver que no había nadie. Pero también reparé en que varias ventanas estaban abiertas, en concreto las que daban a la calle de Velázquez. Aparte de eso, y de la fría corriente de aire que atravesaba las estancias, todo parecía estar tal como había quedado cuando me fui a la cama.

Juliette se acercó. Frotó la nariz fría contra mi tobillo y luego alzó la mirada. Negué con un gesto y me encogí de hombros. Ladeó la cabeza hacia mí, con una oreja colgando hacia delante y la otra doblada hacia atrás. Entonces hizo aquello de levantar únicamente la pata delantera izquierda como un *pointer*. Hacia la cocina.

Allí no había nada. Con cautela, avancé un par de metros para ampliar el alcance de lo que podía ver desde mi posición.

—¿Hola?

Nadie respondió. Ningún sonido salvo el ruido distante de la calle que entraba por las ventanas abiertas.

Juliette se cansó de mi reticencia y abrió la marcha.

Sus uñas repiquetearon sobre el suelo de madera mientras entraba en la cocina, y la oí beber agua de su cuenco. Seguí su ejemplo y comencé a cerrar ventanas. En el salón Juliette se unió a mí, observando con interés. De repente me detuve en seco. Mi vaso de whisky escocés estaba sobre el escritorio, donde lo había dejado.

El libro negro yacía pulcramente en el centro, asomaba desde el interior del gorro de lana. Yo no lo dejé así.

La biblioteca no es una habitación grande, estaba claro que no

había nadie. Con todo comprobé que no hubiese nadie escondido bajo el escritorio. Luego recorrí cuidadosamente todo el piso en busca de intrusos.

Regresé a la biblioteca, aparté la silla y me senté frente al libro. De acuerdo, tras media botella de whisky, era posible que hubiese dejado el libro sobre el escritorio. Después de todo, era un lugar lógico para ello. Y quizá no había apagado todas las luces antes de irme a dormir.

Pero sabía con absoluta certeza que no había abierto las ventanas.

27

Aunque había cerrado todas las ventanas, los radiadores tardarían un tiempo en recuperarse y calentar el lugar. Aún hacía un frío glacial. Me dirigí al dormitorio y me puse un jersey y zapatillas de estar por casa. Luego cogí mi teléfono, me senté en el escritorio y llamé a J. K. Con la diferencia horaria —para él eran poco más de las nueve de la noche— respondió al segundo tono. Tras los saludos de rigor, fui directo al grano.

—¿Estás… quizá… gastándome una broma?

La botella vacía me observaba con escepticismo.

~~*Sigues borracho.*~~

—¿A qué te refieres?

Le expliqué que me había despertado con las ventanas abiertas y las luces encendidas.

—Nicholas, deberías llamar a la policía si…

—Aquí no hay nadie —interrumpí con cierta bravuconería. Con más confianza de la que en realidad sentía—. He comprobado por todas partes. Estaba pensando que tal vez… intentabas ayudarme… a inspirarme o algo así. —Mientras hablaba, me di cuenta de lo estúpido que sonaba.

Juliette me arañó la pierna con la pata. La cogí en brazos y la coloqué en mi regazo.

—No estoy jugando contigo ni intentando inspirarte ni nada.

Llama al 112. Es como el 911 aquí.

~~Cuelga.~~

—No es necesario. —Tomé nota mental del número, por si acaso.

911 = 112.

—El piso está vacío. No hay nadie.

—Las luces podrían deberse a algo eléctrico. Son todas domóticas… Están conectadas al wifi, así que tal vez haya habido alguna interferencia eléctrica o un fallo del software o…, no lo sé. Pero ¿las ventanas? Eso es…

—Extraño —terminé por él.

~~Quema.~~

Oí otra voz de fondo, en el teléfono.

—Mi esposa dice que la ventana del salón, la del centro, a veces se queda atascada… —Luego se dirigió a ella—: Pero dice que estaban abiertas… todas. —Calló unos segundos, luego J. K. se echó a reír—. Pregunta que a ver si invitaste a alguien y se acaloró un poco.

Resoplé con desdén. Al hacerlo, se me tensó el estómago.

—No, nada de eso.

Me aclaré la garganta, que sentía seca. Estaba sintiendo… Sentía… algo extraño.

~~Quema.~~

~~Quema.~~

—Bueno, te lo prometo. No me traigo nada entre manos…

—Te lo agradezco —interrumpí. Noté un gorgoteo en las entrañas acompañado de una punzada de dolor.

—Pero si vuelve a ocurrir…

—Serás el primero en saberlo. Por lo demás, todo está bien. Disculpa las molestias. Voy a intentar dormir. —Finalicé la llamada con tanta cortesía y rapidez como me fue posible.

Me puse de pie, repasé qué estaba sintiendo.

~~Uno es lo que come.~~

No me sentía mareado…, pero «revuelto» es la mejor palabra que se me ocurre. Me dirigí a la cocina para tomar un poco de agua. Mientras caminaba, experimenté lo que solo puedo describir como un sofoco. La cabeza, las orejas, el cuello, todo ardía con un hormigueo abrasador. Sentí un dolor punzante justo debajo del esternón.

Oh, Dios…

Cambié de dirección, precipitándome hacia el cuarto de baño más cercano, contiguo al vestíbulo. Abrí la tapa del inodoro y me arrodillé en el suelo, frente a la taza. Juliette me siguió y comenzó a lamerme la mano. Aguardé. Inclinado sobre el inodoro. Un pinchazo agudo me atravesó las entrañas. Traté de incorporarme, intenté bajarme el pantalón del pijama cuando de mi garganta brotó un eructo considerable, un eructo profundo y gutural.

El olor resultaba repugnante. Como a brócoli, a pescado ahumado… Juliette abandonó el cuarto de baño y se sentó en el vestíbulo, observándome con la cabeza ladeada. De hecho se llevó la pata al hocico. En lugar de alivio tras el eructo, sentí una punzada de dolor aún más profunda, justo bajo el esternón. Se me llenaron los ojos de lágrimas; se me nubló la vista.

Entonces todo salió. Lo vomité todo. Una porquería de color amarillo verdoso escapó de mi nariz y mi boca. Más arcadas. Más porquería. Pese a mis ojos anegados en lágrimas vi pequeñas motas negras en el vómito, parecían estar vivas, nadando en la bilis verde.

¿Qué demonios es esto?

Tiré de la cadena repetidamente hasta que todos los restos desaparecieron.

Estaba helado. Me dolían las rodillas, los abdominales de tanto

arquearme. Aún temblaba, aunque no tan intensamente como antes. Los dolores de estómago habían desaparecido. Quizá había logrado expulsar de mi organismo lo que fuera que me estaba afectando…

Eran casi las cuatro de la madrugada.

Fui a la cocina a por un vaso de agua, pero no me sentía del todo capaz de beberlo. Así que me lo llevé y lo puse sobre la mesa de centro, y me tumbé para ver si tal vez podía dormir un poco en el sofá, apretando un cojín contra el vientre. Juliette saltó y se acurrucó a mi lado. Cogí el mando a distancia y encendí el televisor para que me hiciera compañía. Una mujer india hablaba con voz monótona y acento británico acerca de terroristas en Afganistán.

Las ventanas…

… quizá no estaban bien cerradas. Juliette se acurrucó más cerca, dándome calor. Me estaba quedando dormido…

¡SKKKRRRAAAWWWNK!

Venía desde el piso de abajo. El suelo bajo mis pies vibró. Sonaba como si alguien estuviese arrastrando un mueble enorme por la habitación…

¡SKKKRRRAAAWWWNK!

Luego un **¡CATAPUM!** aún más fuerte.

¡CATAPUM!

¡TAC-TAC-CATAPUM!

Después, silencio.

21 de diciembre

28

A la mañana siguiente, me desperté con la alarma del teléfono, en el sofá. Juliette estaba a mi lado. Aún me sentía bastante mal.

J. K. debe de pensar que estoy loco…[5]

Cuanto antes me deshiciera del libro negro, mejor. Pensé devolverlo, dejarlo donde lo encontré.

Tras nuestro paseo por el parque, Juliette y yo llegamos al Café Gijón a las nueve y nos sentamos a mi mesa. Pedí agua con gas. Para rehidratarme.

El hombre pálido no llegó a las diez.

A las diez y media, seguía sin aparecer.

Justo antes de las once, sentí una pequeña descarga de adrenalina al ver entrar en el café a la mujer con la que él había hablado el día anterior. Atento, esperé que él entrase tras ella, pero no, llegó sola.

De nuevo iba bien vestida, con un traje azul oscuro de patrón sutil, quizá espiga. Una blusa blanca. Un pañuelo azul pálido. Zapatos burdeos con hebilla de monje. Pero sin abrigo. No iba ataviada para el frío, y sus mejillas estaban sonrosadas por el aire gélido. Su bolso era de esos grandes, tipo saco, con una especie de dibujo geométrico bicolor —como un montón de tes— por toda la superficie. Alguna marca francesa, creo.

Miguel se acercó a ella, supuse que le preguntó si necesitaba

una mesa. Ella asintió. La estaba dirigiendo hacia su sección, en mi dirección.

¡Maldito Miguel!

Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Exhalé lentamente cuando la vi negar con la cabeza y señalar el reservado junto a la ventana. Se acercó despacio. Se detuvo, miró hacia la estantería de sombreros, que estaba vacía. Dio un paso atrás, como para verla mejor.

¿Le ha hablado el hombre pálido de mí?

Esbozó una mueca de disgusto y se deslizó en el reservado, ocupando el asiento del hombre pálido. Me pareció que lo hacía despacio, casi como si estuviera poniéndose en su lugar. Imaginé que pensaba: «Si fuera él, ¿dónde habría escondido el libro?». Inspeccionó la mesa, registró el reservado, debajo de las sillas, sin ninguna discreción. Se detuvo cuando el camarero le preguntó qué quería tomar. El camarero me daba la espalda y me bloqueaba la vista de la mujer. Cuando se alejó, me quedé mirándola directamente. Y ella a mí.

¡No parezcas culpable!

Luché contra el impulso de apartar los ojos. En su lugar, le dediqué una pequeña sonrisa y un ligero gesto con la cabeza, a modo de saludo. Ella me devolvió la sonrisa. Volví a mi ordenador, fingiendo concentración en mi trabajo. Por el rabillo del ojo vi que había salido del reservado y empezaba a cruzar el café. Intenté parecer ocupado, esperando que se detuviera. Pero, cuando estuvo lo suficientemente cerca como para que resultara evidente que no iba a dar la vuelta, alcé la mirada. Me esforcé en mantener el rostro sereno, inexpresivo, observando cómo sus pasos la conducían hasta mí. Por dentro era un completo desastre. Sentía la cabeza inestable, temblorosa, mi cuello repentinamente tenso.

El libro negro estaba en mi bolsa del ordenador, que colgaba del respaldo de mi silla.

¿He cerrado la cremallera?

¡Maldición!

Me empezaron a sudar las palmas de las manos.

—¿Me permite? —señaló el asiento frente a mí.

Asentí y sonreí en respuesta. Noté que me temblaba un poco la mejilla al hacerlo.

Se sentó de manera muy correcta, con la espalda erguida, aunque sin rigidez, y me estudió durante un instante. Había algo aristocrático en ella. No era hermosa. Atractiva quizá sea la palabra adecuada. Sus ojos eran de color miel. Suaves pero inteligentes. No diré que me sentí atraído hacia ella física o sexualmente, pero era encantadora.

Dijo algo bastante largo en español. Resultaba agradable, aunque formal. Solo capté el final: «… a menudo». Sonaba como una pregunta.

El camarero interrumpió con su café, un café solo en una taza pequeña. Lo colocó sobre la mesa y luego desapareció.

¿Tal vez pueda usar el idioma como barrera?

—No hablo mucho español.

—¿Habla usted inglés? —Antes había hablado con un excelente acento español, así que me sorprendió cuando habló igualmente bien en inglés, aunque con acento… ¿sureño?

Tragué saliva. No demasiado notoriamente, esperando que no se notara mucho.

—Sí.

—Es usted americano —afirmó, no era una pregunta.

—Buen oído. Usted también lo es.

Se rio.

—Chica de Texas. Nacida y criada. ¿Y usted?

—Vivo en Dallas.

Podía sentir una gota de sudor deslizándose por mi espalda.

—Y bien, ¿qué le trae por Madrid? —Tenía un ligero acento tejano. Solo un toque aquí y allá.

—Soy escritor.

Asintió, como si hubiera confirmado algo. Me pareció que sus ojos se abrieron ligeramente.

—Un escritor. —Tomó un sorbo de café—. Así que es un hombre observador.

No puedo negarlo, ¿verdad?

Alcé las cejas, encogiéndome de hombros.

Va con el oficio.

—¿Ha visto a un hombre aquí? También es escritor. ¿Por allí?

No miró hacia el reservado. Sostuve su mirada, combatiendo la tentación de apartar la vista.

—Va y viene mucha gente. —Me encogí de hombros.

—¿Dónde están mis modales? Soy Joann Marek. —Extendió la mano sonriendo.

Me incorporé a medias, aprovechando la ocasión para secarme las palmas sudorosas en los pantalones antes de estrechársela. Tenía la mano muy fría. Me entregó una tarjeta de visita que sacó del bolsillo de su chaqueta. La leí, confirmando que la tarjeta llevaba su nombre, el nombre y la dirección de una empresa alemana, y un título: Directora editorial-No ficción.

~~No confíes en ella.~~

Le di mi nombre.

—Bien. —Bebió un sorbo de su taza de café—. Nicholas…, ese hombre del que le hablé, abrigo negro, desaliñado, fumador…, ¿no le dice nada?

Negué con la cabeza.

—Lo siento. Debería preguntarles a los camareros.

Ella asintió.

—Tiene un manuscrito, ¿sabe? Para mí. —Hizo una pausa, clavando su mirada en mis ojos—. Cuando vine aquí ayer, a recogerlo… —Atisbé recelo en sus ojos.

~~Es una mentirosa.~~

—Verá, lo tenemos bajo contrato. Y —rio entre dientes—, como tantos escritores, va retrasado. No cumplió su fecha de entrega. Sus fechas de entrega, en realidad. Varias, incluidas las prórrogas. Le cuesta desprenderse de su manuscrito, ¿sabe? Entregar su obra para que la editemos. —Me miró, aguardando una respuesta.

Ella lo sabe… ¿Debo entregarle el libro para terminar con esto?

Aunque había leído el libro negro, violar la intimidad del hombre pálido era una cosa. Entregar su libro a otra persona era algo muy distinto. Especialmente cuando había visto que él quiso ocultarlo.

Lo mejor será mentirle sobre todo esto… por él.

—Abrigo negro. ¿Fumador? —repetí, fingiendo rebuscar en mi memoria—. No me suena… —No supe qué más decir. Negué con la cabeza e hice un ligero encogimiento de hombros.

Ella me observó. Tomó un sorbo de su café.

—¿Viene aquí todos los días?

—No todos…, a veces, para cambiar de aires. —Esbocé una media sonrisa y volví a bajar la mirada hacia la pantalla de mi ordenador portátil.

—Bueno —se dio unas palmadas en los muslos con ambas manos—, gracias. No sabe de quién le hablo. Disculpe por haberle molestado. Le estoy haciendo perder el tiempo.

La señora Marek retiró la silla hacia atrás y se puso de pie mientras su mano izquierda se hundía en su gran bolso.

—¿Cómo se llama? —pregunté alzando la vista hacia Marek. Entonces me levanté. Los buenos modales no hay que perderlos nunca—. Por si acaso volviera.

Marek bajó la mirada hacia la mano, contando el cambio. Y pensando en mi pregunta. Volvió a alzar la mirada hacia mí. Recorrió la escena, deteniéndose en la mesa, mi ordenador portátil, mi bloc de notas y la bolsa del ordenador que colgaba de mi silla.

Sus ojos se demoraron allí.

Se me revolvió el estómago.

—Wigner —respondió mirándome—. Gene Wigner. —Pronunció el nombre correctamente, con su apropiado acento extranjero, la «w» como una «v». ¿Alemán? ¿Ruso?

—¿Y sobre qué escribe? A ver, ¿algo que yo haya podido leer? —Me avergoncé al escucharme decir esas últimas palabras. Freud estaría orgulloso.

Marek entrecerró los ojos.

—Sobre esoterismo. Una especie de cruce entre lo oculto y la ciencia.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—Supongo que no es lo suyo.

Levanté la tarjeta de Marek.

—Si lo veo, le haré saber que ha pasado usted por aquí.

—Gracias, Nicholas. —Marek depositó varias monedas sobre la mesa.

~~*Entonces se inclinó hacia mí y me dijo: «Está comenzando. Puedo verlo en tus ojos. Lo tienes, ¿verdad? ¿El libro negro?».*~~

Me estremecí.

—Que tenga un buen día —dijo, y abandonó el café.

Sentí que se levantaba un peso de mis hombros mientras la observaba marcharse.

29

Después de la visita de Marek, no me sentía cómodo dejando el libro negro en la estantería. Sospechaba que no sería la última vez que la vería y que no abandonaría la búsqueda.

Esperé hasta la hora del almuerzo a que apareciese Wigner. Aún no me encontraba bien. Incluso la idea de la comida —de observar a la gente mientras les servían la comida y se disponían a dar cuenta de sus platos, de oler la comida— me resultaba repugnante. Cuando la multitud del almuerzo empezó a llegar, decidí sacar a Juliette de paseo.

El día era hermoso: frío pero despejado, nítido y soleado. Un magnífico día para estar al aire libre. Me dirigí hacia el sur hasta alcanzar la calle de Alcalá, y luego caminé hacia el este hasta el Retiro. Respirar el aire gélido de la ciudad resultaba de algún modo refrescante, purificador. Juliette y yo entramos en el parque por la Puerta Real y nos dirigimos hacia el sur hasta la estatua de Lucifer, para dar luego media vuelta. Corría un viento agradable, que soplaba con ráfagas periódicas, esparciendo hojas por doquier. Se acercaban las tres de la tarde, y había madres con sus hijos en edad escolar paseando, jugando, pasando el rato. Me ceñí el abrigo, el viento gélido cortaba como el cristal. Mientras dábamos nuestra vuelta por el Palacio de Cristal, perdí de vista a Juliette. Se había detenido para hacer sus necesidades. Me volví para esperarla,

mirando a mi alrededor mientras lo hacía. Se me tensó el cuello y mi mano derecha apretó involuntariamente la correa de la bolsa del ordenador portátil que colgaba de mi hombro. Era la mujer.

Marek.

No cabía duda alguna. Era ella. La bufanda azul pálido, el cabello corto. Estaba a unos cincuenta metros detrás de nosotros y acababa de deslizarse tras una enorme escultura compuesta de tres grandes bloques de cemento. Pero yo la había divisado.

¿Está sola? No la he engañado. Sabe que he mentido…

Miré a mi alrededor, los ojos moviéndose veloces, escrutando en busca de cómplices: Wigner, cualquiera. Había gente por todas partes. Nada parecía fuera de lo ordinario. Dos niños pequeños jugando, las madres revoloteando cerca. Una pareja sentada en un banco, la mitad de ella sobre el regazo de él, las piernas enredadas como tentáculos de pulpo. Gente caminando, un pequeño grupo haciendo yoga.

A unos cien metros de distancia, frente a Marek, descubrí un pequeño coche eléctrico. La policía. Patrullando lentamente. Están siempre en el parque. De súbito empecé a sentir náuseas. El coche avanzaba muy despacio. Los agentes parecían estar mirando en mi dirección. Volví a tener esa sensación de haberme topado con algo más grande de lo que creía.

¿Ha contactado con la policía? ¿Se involucrarán en algo tan… trivial como el robo de un libro? ¿O la cosa no es tan trivial? Maldita sea…

Mi campo de visión se estrechó ligeramente, apenas un estremecimiento. Los inicios de la visión de túnel. He tenido antes ataques de pánico; empezaron durante el divorcio. Pero hacía meses que no sobrevenía ninguno… Una descarga de miedo ante la posibilidad de tener uno ahora, justo ahora —en un parque público

en España—, recorrió todo mi sistema. El temor provocó que mi visión se estrechara un poco más, estaba perdiendo el control, mi miedo a sufrir un ataque aumentaba, mi visión se estrechaba más y más… Aquel círculo vicioso tan familiar…

Respira.

Asumí conscientemente el control de mi respiración, inhalando y exhalando, para contener el pánico. Luché por ignorar los síntomas, parpadeando rápidamente. Me acerqué a Juliette con toda la naturalidad que pude, recogí sus excrementos y tiré la bolsita en una papelera que había a unos pocos metros. Alcé la vista hacia el lugar donde había visto a Marek. Si alguien me estaba observando, estaba seguro de que notaría mi cabeza temblando nerviosamente sin control sobre mi cuello —un tallo endeble— mientras miraba a todas partes. Marek seguía oculta. Me giré para comprobar dónde estaba el coche de policía y oí un rápido clonc. Dos puertas de coche. Se me secó la boca.

Los agentes habían salido del vehículo y se dirigían hacia mí. Uno era corpulento; el otro, más menudo. Vestían todo el equipo habitual, el corpulento con la mano reposando sobre la pistola en su cadera. Le estaba diciendo algo a su compañero, que me miraba fijamente. Estarían a unos setenta y cinco metros de distancia. Fingí no darme cuenta. Pero comencé a toser cuando la sequedad de mi boca se extendió a mi garganta y tuve una ligera arcada. Eché a caminar en diagonal con respecto a ellos, hacia un sendero que me conduciría de vuelta al túnel y fuera del parque. Juliette me siguió. Me aclaré la garganta ruidosamente.

Respira.

A sesenta y cinco metros de distancia.

Me dolía la mano de aferrar con tanta fuerza la correa de la bolsa del ordenador portátil. La solté y la metí en el bolsillo. A pesar

del frío que hacía, sentí el sudor deslizándose detrás de mi oreja. Miré hacia atrás a Juliette, enjugándome el sudor de la cabeza y el cuello con la mano en el mismo gesto. Ella venía trotando obedientemente, a unos dos metros por detrás de mí.

A cincuenta metros de distancia.

—¡Señor!

Seguí caminando, pero el corazón se me heló. La nuca me ardía.

—¡Señor! ¡Un momento! ¡Señor!

Me di la vuelta.

El policía corpulento me estaba mirando. Haciéndome señas. Su compañero también me miraba. Yo los veía a través de una fina pajita negra con los bordes difusos. La visión de túnel se estaba imponiendo con fuerza. Miré hacia atrás, donde había descubierto a Marek, y me pareció ver su cabeza asomándose desde detrás de la escultura, observando. Me detuve en seco.

Respira. Nicholas. ¡Maldición! Inspira y espira.

Intentaba no desmayarme. De repente los policías estaban allí, delante de mí. El corpulento estaba muy cerca. El más bajo se encontraba a unos pasos por detrás y a su izquierda. Parecían ondulantes, etéreos. El primero me estaba hablando, pero todo lo que decía sonaba amortiguado. Hizo una pausa, se quedó mirándome.

No respondí.

Podía sentir cómo sudaba ahora. Por todo el cuerpo. Un atisbo de náusea se sumó a mi nerviosismo. Imaginé que parecía culpable. Estos tipos estaban entrenados para detectar todas las señales, ¿no?

El corpulento volvió a tomar la palabra. Todo en español, claro.

—Lo siento. No… no comprendo. Soy americano. —Señalé hacia mí mismo y sonreí estúpidamente.

Se miraron el uno al otro.

Entonces el más bajo habló:

—¿Es usted turista? De América, ¿verdad?

Asentí.

Saben quién soy. Están trabajando con Marek.

Eché un vistazo hacia donde la había visto escondida. Ya ni siquiera trataba de simular el temblor de cabeza y cuello. No se la veía por ninguna parte.

—Sí, soy turista.

—Ha habido una denuncia, señor.

30

Toda la energía que estaba reprimiendo, intentando controlar, que se convertía en visión de túnel, sudor, manos temblorosas y tensión en el cuello, gritaba, *exigía* ser liberada.

Deslicé la mano bajo la bolsa del ordenador portátil, preparándome para aferrarla como un balón de fútbol americano. Pero, si corría, ¿qué le sucedería a Juliette? ¿Me seguiría?

~~¡Joder con el perro!~~

El agente más bajo alzó la mano y señaló. Miré hacia donde estaba Marek. No resultaba visible. Seguí el brazo del agente, la mano, el dedo. No la estaba señalando a ella. Señalaba más hacia la izquierda. Las dos madres y los niños.

¿Eh?

—Debe ponerle al perro la correa. No es hora de ir sin correa.

Solté una carcajada. Toda la tensión y el miedo liberándose de repente. Luego luché por no reírme más. Me miró como si estuviera loco.

—Lo siento. —Extendí las manos—. ¿Hay alguna hora para ir sin correa?

—Antes de las nueve de la mañana y después de las seis de la tarde —respondió.

—Por supuesto. —Agarré la correa de Juliette y me agaché para ponérsela—. Normalmente vengo más tarde. Lo siento. Perdone. No

volverá a pasar.

Me puse en pie, Juliette ya sujeta con la correa. Los dos agentes ya se alejaban.

—¡Gracias! ¡Lo siento! —les grité mientras se marchaban, sintiendo cómo el alivio me inundaba. Incluso agité la mano en señal de disculpa hacia las madres que se habían quejado y que me devolvieron el gesto con el ceño fruncido. Busqué a Marek. Nada. Di media vuelta y me dirigí hacia el túnel. Tras toda la tensión de los últimos minutos, me sentí de pronto eufórico, como si hubiera escapado de un destino terrible. Esto me sucede a veces. Me altero, me preocupo, magnifico las cosas desproporcionadamente. Entonces, cuando lo peor que podía pasarme no llega a materializarse, me siento extático. Es un ciclo adictivo. Más allá de la psicología que hubiera detrás, atravesé el parque confiado. Libre.

Me pregunté si Marek me seguiría. Leo mucho, incluidas novelas de espías. Así pues, tenía algunas ideas vagas sobre qué hacer. Primero, averiguar si realmente me estaba siguiendo. Luego, despistarla si así fuera.

Llegamos al túnel. El camello negro del traje estaba allí, ejerciendo su oficio en la entrada del pasadizo. Juliette y yo salimos por el otro lado. Una vez fuera, me detuve en una tienda, cerca de la esquina. Me coloqué de manera que pudiera mirar el escaparate y ver la salida del túnel sin que pareciera que la vigilaba.

~~*Espera un momento…*~~

~~*Espera…*~~

Nada. Eché a andar hacia mi edificio, y esperé. Ni rastro de Marek. Regresé a mi edificio.

¡Maravilla de las maravillas! El ascensor funcionaba. Esta noticia aparentemente menor se sumó a mi persistente euforia por no haber sido arrestado. Subí en el ascensor hasta el quinto piso,

sintiéndome mejor de lo que me sentía desde que había tomado el libro negro.

Le quité la correa a Juliette en el rellano y abrí la puerta del piso. Juliette empezó a emitir un gruñido bajo y suspicaz. Me volví hacia ella mientras empujaba la puerta. Estaba agazapada, con los pelos del lomo erizados, mostrando los dientes. Comenzó a ladrar agresivamente y se precipitó hacia el interior de la casa.

Inmediatamente pensé en Marek.

¡Maldición! ¡Me ha engañado!

Seguí a Juliette y pude oírla ladrar mientras avanzaba hacia los dormitorios.

No paraba de ladrar.

Agarré la estatuilla etrusca del caballo que había dejado sobre la mesa del vestíbulo y me guie por sus ladridos. Por la sala. Más allá de los dormitorios.

De repente Juliette empezó a lloriquear.

Me acercaba al final de la sala. Alcé la estatuilla y me precipité hacia el cuarto de la colada. Juliette yacía de espaldas, meneando la cola con alegría. Tomás, el portero, le acariciaba el vientre. Juliette alzó la vista hacia mí cuando entré. Tomás también.

—Buenas tardes, don Nicholas —dijo poniéndose de pie. Vestía su mono azul, y su considerable barriga cervecera le dificultaba la tarea de incorporarse. Gotas de sudor en el labio superior y en la frente. Se enjugó el rostro con un trapo.

—Hola, Tomás. ¿Qué pasa?

Señaló con una mano regordeta hacia un armario abierto con varios bastidores electrónicos y otros elementos en su interior. Habló en español. Yo solo entendí: «Señor Franko*…,* problema*…* luces*…* wifi». Lo justo.

—Ah —asentí—. ¿Problema? ¿Wifi? ¿Luces? —Apunté al armario

con la estatuilla aún en la mano. Tomás no pareció advertirlo ni darle importancia.

—No. Parece que todo está bien. —Negó con la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Okay. Gracias. Tú sigue.

Le dejé con su trabajo y me encaminé a la biblioteca. Extraje la tarjeta de Joann Marek y la deposité sobre el escritorio. Estuve a punto de dejarlo así, pero entonces, reconsiderándolo, añadí su información a los contactos de mi teléfono.

22 de diciembre

31

A la mañana siguiente, cuando me disponía a abandonar el piso, llamaron a la puerta.

Juliette comenzó a ladrar descontroladamente. Abrí y me encontré a un hombre a un par de pasos de distancia. Lucía bigote, tenía el cabello del color del agua sucia de fregar y vestía un traje y camisa del mismo tono grisáceo y una corbata verde oliva. Todo en él destilaba mediocridad. Sostenía en la mano una pequeña libreta estilo Moleskine y un bolígrafo.

¿Funcionario? ¿Burócrata?

~~Poli.~~

—¿Señor Rogers?

Asentí.

—Soy el capitán Jiménez. —Hablaba entrecortado y, aunque su inglés tenía un marcado acento, se expresaba con claridad y deliberación—. De la comisaría… [español ininteligible]. —Su rostro reflejó como un espejo mi falta de comprensión—. Es como la policía, en América —aclaró.

Se me revolvió el estómago.

—Ah. Ya veo. ¿Va todo bien? ¿En qué puedo ayudarle?

Oí que el ascensor se ponía en marcha con un zumbido.

Debió de advertir mi sorpresa, pues echó un vistazo por encima del hombro. Luego prosiguió.

—¿Oyó o vio usted algo… inusual o fuera de lo común anoche? ¿O durante las últimas noches? —preguntó Jiménez.

Recordé las dos noches anteriores: todas las luces encendidas del piso, todas las ventanas abiertas, sueños extraños, bichos en mi vómito, todos los ruidos de aquella noche, que provenían del piso de abajo, Marek siguiéndome, toda aquella escena con la policía en el parque.

En América, siempre que me paran por exceso de velocidad o cuando un agente aparece en mi puerta porque Beverly activó accidentalmente la alarma de casa (otra vez), se me ponen los pelos de punta. Siento como si estuviera a un «vamos, hombre» o a un «deme un respiro, agente» de que me arrojen bocabajo sobre el pavimento esposado con una rodilla en el cuello. Y no tenía ni idea de cuáles eran mis derechos en España. ¿Me pediría mi documentación?

—No. Nada inusual. ¿Pasa algo?

Estudió mi rostro durante un instante.

—El portero —Jiménez abrió y consultó su libreta—, el señor Tomás, indicó que usted se quejó de las luces de su piso.

Tomás… Claro…

—Ah. Sí. Hace dos noches. Pero… probablemente fuera algún problema eléctrico. Software…, ¿sabe?

Asintió, su rostro revelaba esa camaradería que todos compartimos como víctimas de la tecnología. El zumbido del ascensor cesó. No había llegado a mi planta. Permanecí inmóvil. Esperando.

Jiménez sostenía el cuaderno en una mano y lo golpeaba suavemente contra la palma de la otra, decidiendo qué compartir, calibrándome.

—Es su vecina… La señora Dubois. Ha fallecido.

—Oh, no. ¿Qué ha ocurrido?

Labios fruncidos.

—La autopsia lo confirmará. En mi opinión, falleció mientras dormía. Tenía ochenta y ocho años. Pero es nuestro deber verificar estas cosas.

~~*¿Podemos ver el cuerpo?*~~

Oí sonidos procedentes de abajo. Una puerta que se abría. Voces que hablaban en español. No exactamente discutiendo, sino conversando con firmeza. Intentando resolver algo. Después crujidos y chirridos metálicos. El capitán Jiménez levantó la mano hacia mí, volviéndose hacia las escaleras.

—Un momento, *please* —dijo mientras se dirigía escaleras abajo.

Lo seguí un poco detrás y me detuve en lo alto del rellano entre plantas. Jiménez alcanzó el rellano de la cuarta planta y habló con dos hombres uniformados que se hallaban junto a una camilla cubierta por una sábana, bajo la cual supuse que yacía Dubois, como en las películas. Jiménez estaba claramente al mando. Impartiendo instrucciones. Señalando el ascensor. Después las escaleras.

Por lo que pude distinguir, Jiménez insistía en que la camilla no cabría en el ascensor. Un tercer agente salió del piso de madame Dubois. Entonces los cuatro policías, Jiménez incluido, asieron la camilla y comenzaron a transportarla escaleras abajo.

Mientras descendían, bajé hasta el rellano de la cuarta planta y observé su avance. Lo hacían despacio, pues debían maniobrar la camilla en los giros de la escalera sin inclinarla demasiado ni incomodar a su pasajera.

Desaparecieron de mi vista, y dirigí la mirada hacia la puerta del piso.

Estaba entreabierta.

32

Empujé la puerta con el pie con suavidad. Las bisagras chirriaron con rigidez por falta de cuidado, pero extrañamente —dada la levedad del empujón que le había dado— la puerta se deslizó abriéndose por completo. Como invitándome a entrar.

—¿Hola? —Proyecté la voz hacia el interior del piso, mirando por encima del hombro hacia la escalera en busca de alguna señal de Jiménez.

—¿Hola? ¿Hola?

El piso de Dubois era una imagen especular del mío, que se encontraba justo encima. Un pequeño vestíbulo de entrada; a la derecha, el extremo noble de la vivienda y a la izquierda un pasillo que, si coincidía con el mío, conducía a los dormitorios. Todas las luces estaban encendidas. Recorrí primero la parte noble de la vivienda, que estaba limpia y ordenada.

El mobiliario era antiguo pero bien conservado. Había obras de arte. Principalmente piezas muy antiguas: naturalezas muertas, algunos paisajes, pinturas de santos.

Me adentré en la estancia que se hallaba justo debajo de mi biblioteca. No había biblioteca en este piso. Por lo que pude ver, no había ni un solo libro. En cambio, un piano vertical se alzaba contra una de las paredes. No parecía que pudiera haber sido el origen del molesto zumbido musical que había estado escuchando. Había un

tocadiscos de consola. Pero era pequeño. Demasiado pequeño para producir el tipo de ruido que había oído bien entrada la noche.

¿Quién sabe?

Regresé caminando por el pasillo hacia los dormitorios.

~~¿Más cadáveres?~~

A diferencia de mi piso, que había sido reformado recientemente, esta vivienda parecía conservar aún el suelo de madera original. Con cien años de antigüedad, tenía un aspecto bastante digno, pero las tablas crujían con cada paso.

Entré en lo que supuse que era el dormitorio, que se hallaba justo debajo del mío. Una cama individual. Revuelta, aunque más en el lado izquierdo.

Debió de morir en ella.

La habitación desprendía un leve aroma a perfume —femenino —, agua de rosas. Había mesillas de noche a ambos lados. Encima de la de la izquierda, una fotografía enmarcada en plata. Una mujer joven de pie junto a un chico guapo, aunque un poco tenso, con traje de mañana: una foto de boda.

Pensé en Beverly. En nuestra boda. Saqué el móvil y abrí nuestro chat. No había ningún mensaje suyo. Me parecía muy raro que aún no se hubiera quejado de que le faltaba el libro de oraciones.

Quizá deba llamarla.

—¿Señor?

Di un salto y alcé las manos a la defensiva, girándome hacia la puerta.

Jiménez permanecía de pie en el umbral.

—¡Dios mío! ¡Me ha sobresaltado!

—Disculpe, señor. No era mi intención. —Ambos contemplamos la habitación en un silencio incómodo—. La encontramos en la cama. ¿Ha estado usted aquí antes?

—No —sacudí la cabeza—, pero es exactamente igual que mi casa, más antigua…

Asintió con la cabeza.

—Venga. No debería estar aquí.

Salimos del piso y cerró la puerta con llave.

—Entonces ¿nada inusual últimamente? —Jiménez se volvió hacia mí.

—No. Nada. —Hice un gesto con la cabeza hacia el piso del otro lado del pasillo—. Quizá ellos puedan decirle algo.

Jiménez negó con la cabeza.

—Vacante. —Sus ojos escudriñaron el techo—. No está ocupado.

33

Tras conocer la muerte de Dubois por boca de Jiménez, Juliette y yo dimos nuestro paseo matutino. Pasé el resto del día en el Café Gijón, trabajando en la idea para un relato. Una historia acerca de una anciana que muere en un piso. Decidí convertirla en francesa, que viviera en Madrid y que conviviera sus últimos días con la memoria de su difunto esposo, compartiendo recuerdos de su pasado en común. Me parecía precioso, nostálgico, literario.

Pero no logré que el concepto funcionase.

Una versión resultó demasiado empalagosa, transformándose en una suerte de historia romántica. Otra derivaba hacia lo cómico, con la pareja disputando como bien podría hacerlo cualquier pareja de vivos.

Al final resolví que el regreso del esposo en forma de fantasma no habría de atemorizar a su mujer. Ella lo conocía bien, él le resultaría excesivamente familiar. Pensé en mi Beverly: si yo regresara como fantasma para atormentarla, ella se regocijaría ante la oportunidad de discutir conmigo algo más, de recordarme todas mis deficiencias y de enmendarme la plana una vez más.

Mi premisa era una mierda. Mientras trabajaba, permanecí atento al hombre pálido, de quien ahora sabía que se llamaba Gene Wigner. Y a su dama de compañía, Joann Marek. Ninguno de los dos apareció.

Aquella tarde, Juliette y yo dimos nuestro paseo por el parque un poco antes. Justo al pasar por la primera intersección de senderos, donde se ubica ese descomunal juego infantil —grandes columnas azules con una pantalla digital y una voz automatizada para jugar a una suerte de «Simón dice» de tamaño real—, mi teléfono sonó. J. K. me había escrito.

Tomás no encontró ningún problema con las luces

Hablé con él. No pasa nada

Y no tengo ni idea de cómo pudo
ocurrir lo de las ventanas. Llamaste a
la policía?

Vinieron hoy. Pero no porque yo llamara

???

Lo siento. Tu vecina ha fallecido

Qué?

Estaba escribiendo una respuesta cuando sonó mi teléfono y oí la voz alarmada de J. K.

—¿Qué ha ocurrido, Nicholas? ¿Te refieres a Paloma? Era tan joven. No podía tener más de cuarenta años.

—Espera. No, no. No era una mujer joven.

—Ah, gracias a Dios. No me lo podía creer. Paloma no suele pasar el invierno en Madrid. Se queda en Miami…

—Me refiero a tu vecina de abajo. Madame Dubois. Un policía vino esta mañana. Creen que falleció mientras dormía. Tenía ochenta y ocho años. Lamento ser quien te dé la noticia… —aclaré.

—¿Dubois?

Tragué saliva.

—Sí…, Dubois. —Nunca la vi. ¿Qué podía añadir?—. Abajo. Ya sabes…

—¿En qué planta, Nicholas?

Me detuve. Juliette se detuvo también, alzando su pata delantera izquierda y mirándome de soslayo.

—En la cuarta —respondí—. Cuarto izquierda. Justo debajo de tu piso.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—A ver si te refieres a la tercera planta.

Suspiré.

—Tu vecina de abajo. Cuarta planta, tío. Me tenía despierto por las noches con su música. Muy alta para una persona tan mayor. Quizá su oído…

—Nicholas. La cuarta planta está desocupada.

—No. El piso de la izquierda… El agente…

—Toda la cuarta planta está vacía. Lo está desde que compramos el piso. Cinco, seis años al menos.

Quedé completamente desorientado. ¿Estaba perdiendo la razón? Cómo había… Me sentí mareado. Doblé lentamente las rodillas, agachándome para no caerme. Juliette se acercó, y la acaricié distraído.

—¿Nicholas? ¿Estás ahí?

¿Qué podía decir ahora? ¿Que la anciana que no vivía en el piso había muerto?

Necesitaba más información.

—Qué extraño. Me habré equivocado. Ya sabes lo malo que es mi español —dije, intentando sonar despreocupado.

—Pero ¿qué pasó, exactamente? —insistió.

—No. No. Nada. Vino un policía, me preguntó si había visto u oído algo. Creí que dijo algo sobre una señora llamada Dubois que había muerto en el cuarto izquierda. Quizá fue en otro edificio… o algo así —mentí.

—Vale… ¿Estás seguro?

—Sí, le mencioné lo de las luces y las ventanas —continué con mi mentira—. A eso quería llegar. Yo… me disculpo por la confusión.

—Ah. Vale. Bien. ¿Qué dijo?

—Le enseñé el panel del cuarto de la colada con todos los aparatos electrónicos. Dijo que esa domótica de alta tecnología puede fallar si hay una subida de tensión. Y las ventanas… ¿las limpiaron recientemente?

—Bueno, en algún momento. No muy recientemente, pero… supongo.

—Dijo que a veces esos pestillos no quedan bien cerrados, y con vientos como los que tenemos en invierno…

—Mmm. Vale. Raro pero posible, supongo.

—Escucha, siento tener que dejarte, pero he de irme. Llego tarde. Disculpa la confusión. Realmente necesito mejorar mi español. —Solté una risa poco convincente.

—No hay problema, tío.

Terminamos la llamada. Aproveché que estaba agachado para volver a colocar a Juliette en su arnés. Me incorporé lentamente, ya pasado el mareo, y regresé al edificio.

34

Cuando llegué al edificio, el ascensor estaba fuera de servicio, otra vez. Miré hacia la izquierda del vestíbulo, donde se encontraba la oficina de Tomás, pero no estaba. Probablemente andaba por el edificio trabajando en algo. Subí por las escaleras y me detuve en la cuarta planta. La cuarta planta que supuestamente estaba completamente desocupada. Todo parecía igual que siempre. Las mismas vidrieras emplomadas a lo largo de la escalera. El mismo suelo de baldosas. La misma lámpara *art déco*, de tres brazos, con tres bombillas, bajo la cual lucía CUARTO con elegante caligrafía.

Miré hacia la puerta de Dubois. En ella había tres letras de latón.

IZQ.

Miré al otro lado del pasillo.

DER.

Todas estas familiaridades, estas pequeñas confirmaciones, me hicieron sentir mejor. Me proporcionaron cierto grado de satisfacción al comprobar que no estaba imaginando cosas.

No estoy loco.

De pronto, escuché voces procedentes de arriba. Hablaban en español, acerté a escuchar un «Gracias». Luego una puerta se cerró con un golpe seco. Después pasos acompañados de un tintineo. Alguien bajaba las escaleras. Pasos pesados. Era Tomás.

—Hola, don Nicholas —dijo, haciendo una pausa para recuperar

el aliento al llegar al rellano. Se agachó, soltando un gemido, y acarició a Juliette. Ella, por su parte, se mostró sumisa y se tumbó bocarriba, agitando el rabo con furia.

—Tomás, hola. ¿Cómo va todo?

—Muy bien. Muy bien.

Juliette estaba en el séptimo cielo, gimoteando. Lamía la mano de Tomás.

—Pregunta. —Estaba repasando mi vocabulario español, componiendo mentalmente lo que deseaba preguntar—. ¿Usted tiene llave? ¿Puede abrir este piso? —Señalé la puerta de Dubois.

Tomás entornó los ojos mirándome. Dio a Juliette varias palmaditas de manera concluyente y se incorporó lentamente, con las rodillas crujiendo.

—Está vacío, vacante —respondió—. Pero si quiere… —Se encogió de hombros, luego alargó la mano hacia un manojo de llaves que colgaba de su cinturón y tiró de la masa tintineante; algún tipo de cable retráctil las mantenía sujetas.

Caminó hacia la puerta. Probó una llave. Luego negó con la cabeza y creí oírle decir entre dientes: «Derecha». Entonces probó con otra. El éxito llegó con ese familiar chasquido y deslizamiento mecánico del metal. Otra confirmación.

NO estoy jodidamente loco.

Tomás empujó la puerta y entró. Mientras le seguía, oí un clic y se encendió una luz. Me moví para entrar, pero mi avance se vio detenido, momentáneamente, por Juliette. Aún la llevaba sujeta con la correa, pero ella no se movía. Estaba sentada en el suelo de baldosas, tirando hacia atrás.

—Vamos, pequeña. —Tiré suavemente.

Ladeó la cabeza hacia un lado y dio dos pasos hacia atrás. Y gimoteó.

—Mierda…

Tiré de la correa para mantenerla quieta y la levanté. Al girarme un teléfono sonó desde el interior del piso de Dubois. Oí que Tomás hablaba. Casi chocamos, Tomás y yo, en la entrada, él saliendo, yo entrando. Tenía el teléfono pegado a la oreja. Señaló hacia las escaleras y, apartando el móvil de su boca, dijo: «Fedex». Bajó las escaleras dejándome solo en la cuarta planta.

Respiré hondo y atravesé la entrada hacia el piso de madame Dubois.

35

Al entrar en el piso de madame Dubois, todo estaba exactamente igual que aquella mañana (¿de verdad solo habían pasado siete horas?), con una única y drástica excepción. Primero recorrí la parte noble del apartamento. El salón, el comedor y la sala del piano. Estaba vacío. No había muebles. Ninguno. Ni piano. Ni tocadiscos. Ni sofá. Ni aparador. Ni cuadros. Ni fotografías. Nada.

Alguien te está tomando el pelo, Nicky.

El lugar parecía deshabitado. Vacío desde hacía mucho tiempo.

Estaba limpio. Impoluto. Sin polvo. Caminé despacio, pensando.

Siete horas. Cuarta planta.

Era posible que alguien hubiera vaciado todo el piso en siete horas. Aunque J. K. insistió en no haber oído hablar nunca de Dubois… Y Tomás dijo que estaba vacante. Tenía que haber una explicación lógica para todo esto.

Avancé por el pasillo hacia el fondo del piso, un poco más rápidamente, casi con frenesí. Buscando señales de muebles, obras de arte, cualquier cosa que pudiera demostrar que no estaba perdiendo la cordura. Paredes vacías. Sin cuadros. Sin muebles. Llegué al dormitorio principal y me detuve en seco en la entrada.

También estaba vacío, ¡con la excepción de un mueble! ¡Una mesilla de noche! La de la izquierda. ¡Exactamente donde había estado aquella mañana!

—Cabrones —dije en voz alta, casi en un susurro. Entonces la bilis ascendió por mi interior—. Cabrones. —Alcé la vista y miré alrededor—. ¡Os habéis dejado esto!

Nadie respondió.

¡Está claro que NO me estoy volviendo loco!

De repente, percibí un rastro de aquel aroma a perfume femenino que la habitación había desprendido aquella mañana.

¡Más pruebas! ¿Quién usa perfume en un piso desocupado?

Encendí la luz del dormitorio…

¿Y por qué habría de tener electricidad un piso vacío…?

Me mofé. Más pruebas.

—¿Señor? —oí que alguien llamaba desde el interior del piso. Tomás.

No me sobresalté esta vez.

Definitivamente tenía que haber una explicación humana, fáctica, de lo que estaba ocurriendo. Me encontré con Tomás en el pasillo. Tenía sudor en la frente, más de lo habitual. Pero, claro, como ya he mencionado en otra parte, Tomás era corpulento, y no joven. Rozaría los sesenta años, quizá. Subir y bajar cuatro tramos de escaleras para un tipo como él era todo un ejercicio.

—¿Por qué hay luz? —le pregunté—. ¿Vacante? ¿Con electricidad? —Alcé los hombros en el gesto universal de «¿por qué?».

Miró las luces y asintió. Luego habló en un español demasiado rápido como para que yo pudiera entender. Al ver mi confusión, dijo lentamente: «Reforma».

Asentí.

Obvio. Si vas a reformar, necesitas electricidad.

Tomás encabezó la marcha de vuelta a la entrada. Oí a Juliette, sus uñas, que nos seguía.

Me aventuré con otra pregunta.

—¿Madame Dubois?

Tomás entornó los ojos hacia mí.

—¿Quién? —preguntó, y buscó su manojo de llaves mientras se acercaba a la puerta principal, que estaba parcialmente abierta.

—Aquí. —Me detuve detrás de él, en el vestíbulo, y señalé con una mano el piso mientras sostenía a Juliette con el otro brazo. Aquí. ¿No vive madame Dubois?

Advertí un olor extraño. El aroma era tenue. ¿Sudor? ¿Ropa sin lavar? Probablemente Tomás…

Ten cuidado, Nicky.

Juliette gimoteó. Bajé la mirada hacia ella.

Caí en la cuenta entonces: con Juliette en mis brazos, aquel sonido de clic no provenía de ella.

—¿Dubois? —Tomás negó con la cabeza, revisando las llaves, buscando la correcta—. No hay ninguna Dubois. —Alzó la vista hacia mí. Entonces su rostro se contrajo. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, sus labios contraídos en una o vacía a través de la cual asomaban unos dientes amarillentos.

Era una expresión de miedo. De dolor. De terror.

El olor se tornó más intenso de repente, como comida podrida…

23 de diciembre

36

Lo primero que pensé fue que me había quedado dormido.

La habitación estaba a oscuras. No era una oscuridad total, sino esa penumbra gris azulada que precede al amanecer. Me giré sobre mi espalda con cuidado, ya que Juliette estaba acurrucada a mi lado. Me quedé mirando al techo durante unos segundos, tratando de recordar qué había soñado. Algo sobre el piso de Dubois. Tomás. También sobre música.

Entonces me di cuenta de que no reconocía el techo.

Me incorporé de inmediato. El movimiento me provocó un dolor sordo en el cuello y los hombros. Alcancé la lámpara de la mesita de noche y la encendí. Una cálida luz amarilla inundó la habitación.

Un hotel. No era mi dormitorio. No era el piso de J. K.

Una habitación de hotel.

Cogí el móvil.

Las 3:42 de la mañana.

Viernes, 23 de diciembre.

Me quedé mirando la pantalla. Lo último que recordaba con claridad era estar en el piso de Dubois con Tomás.

Eso había sido el jueves por la tarde. Hacía al menos doce horas. Y no recordaba nada.

Desaparecido.

No borroso.

No difuso.

Doce horas desaparecidas.

El corazón me empezó a latir con fuerza.

¡Ping!

Era un mensaje de texto. Había varios.

Me escribía alguien llamado Katie. El nombre no me resultaba familiar. Era el primer mensaje de una conversación nueva.

Katie
Hola, Nicky! Lo he comprobado y la semana del 8 de febrero me vendría bien a mí y a las chicas. Dime cómo lo ves por tu parte. Y gracias de nuevo por la invitación. Qué alegría tener noticias de la familia!

¿Familia?

Recordé que tenía una prima, Katherine. Pero nunca había hablado con ella. Creo que la conocí una vez. Cuando éramos niños. Comprobé la información de su contacto —que al parecer había creado en mi teléfono—, y su prefijo era el 651. Minnesota. Había más mensajes. Abrí el de alguien llamado Capullo. Tenía una fuerte sospecha de quién podía ser.

Capullo
Lo que has hecho traspasa todos los límites, Nicholas. Cuando te encuentre… Debo advertirte de que estoy entrenado en krav magá, el sistema israelí de defensa personal. La próxima vez que te vea, habrá un ajuste de cuentas

Por el contexto supuse que Capullo era Gary Logan. Revisé mis contactos y, efectivamente, su contacto había sido modificado para indicar NOMBRE: Capullo; APELLIDO: Logan.

Comprobé que no le había enviado ningún mensaje de texto a Beverly.

Abrí la aplicación de teléfono para ver si la había llamado, pero nunca llegué hasta ahí. Se me cayó el alma a los pies al ver la información de la última llamada registrada en la aplicación: Carmen Castañeda.

Carmen es mi decana, la directora del Departamento de Inglés. Mi jefa. La había llamado a las 9:00 de la noche, hora de España. Según el teléfono, nuestra llamada duró dieciocho minutos.

Oh, Dios… ¿De qué le habré hablado durante tanto tiempo?

Cerré la aplicación y vi en la pantalla de inicio que tenía ocho correos electrónicos nuevos. Abrí la aplicación. La mayoría era basura. Pero el penúltimo correo electrónico era de la doctora Castañeda.

> Estimado Nicholas:
>
> Gracias por ponerse en contacto conmigo durante su año sabático.
>
> Como hemos comentado, las preocupaciones que planteó durante nuestra conversación telefónica de esta tarde con respecto a la conducta del profesor asociado Logan me inquietan profundamente. Como institución, y como seres humanos, nos tomamos estos asuntos con la máxima seriedad. Como también hemos comentado, estoy obligada a dar seguimiento y solicitar que presente por escrito cualquier prueba que posea al respecto.
>
> En la medida en que los estudiantes que usted afirma que él agredió estén dispuestos a hablar con el Departamento, le rogaría que les aconsejara ponerse en contacto conmigo por correo electrónico o teléfono. Puedo asegurarles a ellos y a usted que

todo lo que tengan que decir se mantendrá bajo la más estricta confidencialidad.

Hasta que disponga de más información, no hay mucho más que pueda hacer. Si bien comprendo que se trata de un asunto delicado, y traumático para las víctimas, tengo las manos atadas sin nombres ni pruebas.

Aguardo su respuesta.

Dra. Carmen Castañeda

¿Qué demonios le había dicho? No tenía ni idea.

Eché un vistazo al resto de mis correos electrónicos y luego volví a revisar los mensajes y las llamadas. Parecía que la llamada a mi prima Katherine la había hecho yo.

Abrí el navegador de mi teléfono y revisé mi historial de búsqueda. Se me hizo un nudo en el estómago. Había un montón de búsquedas que no recordaba haber hecho. Las más recientes eran variaciones del nombre de mi prima.

Katherine Greyson Minnesota
Katherine Grayson Minnesota
Katherine Greyson
Katherine Grayson

A medida que bajaba más encontré más búsquedas.

Eugene Wigner Ocultismo
Eugene Wigner Esoterismo
Eugene Wigner Autor
…

Eran poco más de las cuatro de la madrugada. Abrí Google Maps y vi que el hotel en el que estaba era el Petit Palace Savoy Alfonso

XII, próximo al Parque del Retiro, a menos de un kilómetro y medio del piso de J. K.

Encendí la luz y revisé la habitación del hotel a fondo. Al parecer, había hecho una maleta de viaje con ropa para varios días. Mi ordenador estaba sobre la mesa del hotel, enchufado y abierto. Mi cartera y mi pasaporte no aparecían por ningún lado. Pero soy una persona de costumbres. Fui al armario, donde imaginé que estaría la caja fuerte.

Estaba cerrada con llave. Respiré hondo y tecleé con cuidado el mismo código de cuatro dígitos que uso en todas las cajas fuertes de hotel cuando viajo. Cada botón pitaba al pulsarlo y, tras el cuarto, oí el satisfactorio chirrido del mecanismo girando. Abrí la puerta y dentro estaban mi cartera y mi pasaporte.

Y el libro negro.

Mentiría si dijera que me eché atrás al verlo allí, pero por dentro sentí el impulso de hacer justo eso. Fue como encontrar una serpiente en el buzón. Verlo allí, junto a mi pasaporte y mi cartera, me hizo encoger el estómago. Por un momento, me limité a mirarlo fijamente.

Fuera lo que fuera lo que había pasado durante esas horas perdidas, había decidido que el libro negro se contaba entre las cosas más importantes que poseía.

Esa idea me inquietó. Sentí un destello de culpa. Luego vino algo más oscuro. No era miedo exactamente. Repugnancia. La misma sensación que había tenido después de leerlo. No quería tocarlo. Ni siquiera quería mirarlo.

Me alejé de la caja fuerte y me senté en el sofá. Sobre la mesita, frente al sofá, había una bandeja del servicio de habitaciones con una tabla de quesos y una botella de vino tinto sin abrir. Volví a revisar la habitación con cuidado, esta vez las papeleras y el minibar,

y no parecía que me hubiera emborrachado hasta perder el conocimiento. Ese no era el problema.

Pero no recordaba absolutamente nada.

Entonces se me ocurrió una idea. Agarré el teléfono y abrí la aplicación del banco. Me temblaban las manos mientras miraba la pantalla y repasaba los cargos recientes:

480 euros	Café Gijón	22:30
13 euros	Taxi	22:43
612 euros	Petite Palace	23:18

El precio del Café Gijón me hizo reflexionar.

Es muy caro.

Seguro que Miguel tendría la respuesta.

37

Llegué al Café Gijón quince minutos antes, como siempre, con Juliette y mi bolsa del portátil. Dentro reinaba el ajetreo habitual: limpiando mesas a última hora y cosas por el estilo. Curiosamente, Miguel no estaba por ningún lado.

Justo después de las nueve, se abrieron las puertas y me dirigí a mi mesa de siempre, acomodándome como siempre.

Miguel seguía sin aparecer.

Por fin se acercó otro camarero y me preguntó si quería pedir algo. Le pregunté por Miguel. Desvió la mirada y me indicó que volvería enseguida.

Al cabo de unos instantes, Miguel se acercó. Se aproximó lentamente, con rigidez. Y no se situó demasiado cerca. Tenía la boca tensa al hablar.

—¿Como le puedo ayudar, señor? —casi escupió. Su acento había regresado. Y su inglés entrecortado. ¿Había imaginado yo el cambio de antes?

—Estoy muy cansado, Miguel. Demasiada comida anoche. —Tanteé el terreno.

Asintió con la cabeza. El lado derecho de su boca se curvó y entornó los ojos. Entonces dijo, no demasiado alto:

—Y vino.

—Sí. Mucho vino. Hoy he tenido dolor de cabeza horroroso. De

los malos. —Le devolví la sonrisa, como animándole a que continuara. No lo hizo nada; entonces se me ocurrió una idea—. Yo…, bueno, demasiado vino. —Dejé escapar una risa—. ¿Te dejé una buena propina… ayer?

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Oh, señor, no se preocupe. Sé que lo olvidó. Cuando se habla, con la conversación, es fácil olvidarse.

Conversación…

—Sí. —Mi mente se aceleró, intentando mantener la farsa—. Mi acompañante…, lo comentamos. Yo iba a pagar la comida, y… él… iba a dejar la propina…, pero olvidé cerciorarme. Siempre quiero cuidar bien de ti, Miguel —añadí—. ¿Conservas la cuenta, para que pueda ver?

—Claro. Claro. —Miguel se apresuró y habló con el cajero. Regresó con un recibo impreso.

Eché un vistazo al tíquet, buscando cualquier cosa que pudiera llenar los vacíos de la noche anterior. Dos platos principales. Dos botellas de vino. Postre. Café. Varios vasos de oporto. Saqué cien euros de mi cartera y se los entregué a Miguel.

—Gracias —dije—. Y, de nuevo, me disculpo por mi amigo…

Miguel sonrió ampliamente y aceptó el dinero.

—No debe preocuparse. —Entonces se inclinó un poco, los ojos recorriendo el café, y añadió—: El señor Wigner no da buena propina. No como usted, señor. Ahora le traigo su desayuno.

Me quedé allí sentado, atónito.

¿Cené con el hombre pálido? ¿Cómo habíamos quedado siquiera para cenar? ¿Y por qué demonios no puedo recordar nada de esto? ¿Acaso me drogó? ¿Le hablé de su libro? ¿Por qué no se lo devolví?

Miguel me trajo un café y un cruasán. Pero no tenía ganas de comer ni de escribir. En vez de eso, decidí volver al piso a ver si

había algo allí que pudiera explicar lo que había pasado.

Salí del restaurante aturdido y regresé al edificio de J. K. De camino repasé mentalmente todo cuanto había ocurrido desde mi llegada a Madrid. Comencé por los incidentes principales. Luego otros aparentemente menores comenzaron a sumarse al enigma. Pronto tuve ante mí una suerte de cronología de extrañezas.

El sueño extraño la noche antes de partir de Dallas. El incidente de las luces y las ventanas del piso. El hombre pálido apareciendo junto al escritorio en la biblioteca. Mi vecina del piso de abajo —madame Dubois—, ruidosa, que murió, pero de quien J. K. y Tomás aseguraban que no vivía en el piso debajo del mío. Y su vivienda, completamente amueblada, y siete horas más tarde vacía. Luego cené con Wigner sin ser consciente de ello.

No parecía haber conexión alguna entre todas estas cosas. Bueno, había una.

Yo era la conexión, el elemento común. Yo.

Debería llamar a Alan.

38

El camino de regreso al piso me llevó unos quince minutos y me ayudó a despejar un poco la cabeza. Me notaba mejor, aunque de ningún modo completamente recuperado, cuando entré en el edificio.

Ni rastro de Tomás. Pero allí encontré a un hombre de bigote sentado en el vestíbulo. Era el capitán Jiménez, el policía que había venido al edificio el día que murió Dubois. Sentí una extraña sensación de alivio al verlo.

¡No me lo he imaginado!

Cuando me vio entrar, miró una hoja de papel que sostenía en la mano sobre una delgada carpeta manila y entonces se puso de pie.

—Disculpe, señor.

Me detuve.

—Soy Adolfo Jiménez —dijo extendiendo una pequeña cartera de cuero y mostrándome su placa de policía—. Soy policía. ¿Puedo hablar con usted?

—Por supuesto.

—¿Es usted el señor Nicholas Rogers?

—¿No nos hemos visto antes? —pregunté, temiendo su respuesta.

Me observó durante un largo instante y luego negó con la cabeza.

—No, señor. Creo que lo recordaría.

Me sentía mareado. Respiré lenta y profundamente, luchando contra los primeros síntomas de visión de túnel.

Me mostró el papel que había estado examinando cuando entré. Era una fotografía mía. Parecía ser una foto de vigilancia. Reconocí el vestíbulo del hotel. Yo estaba de pie ante el mostrador de recepción, registrándome.

—¿Se está alojando en el Hotel Petit Palace?

Asentí.

—¿Por qué?

—¿Ha tenido ocasión de ver a este hombre allí?

Tenía la garganta seca. Sabía lo que estaba a punto de mostrarme. Y así lo hizo. Era una fotografía de Wigner.

—¿En el hotel? —pregunté, intentando ganar tiempo.

¿Qué digo?

Jiménez me observó detenidamente. Continuó sosteniendo la fotografía en alto.

Anoche cené con Wigner. Pero no recuerdo nada.

—¿Qué ha hecho? —pregunté.

Jiménez me miró fijamente mientras respondía:

—Está muerto.

Tú lo mataste.

La visión de túnel comenzó de nuevo. Debí de palidecer. Jiménez me tomó del brazo y me condujo hasta el banco, donde me ayudó a sentarme.

—¿Lo conocía? —preguntó Jiménez.

Asentí.

¿He… matado a Wigner?

—¿Cuándo? —pregunté—. ¿Cuándo… murió?

—El examen forense se está realizando en estos momentos. Su

cuerpo fue encontrado a primera hora de esta mañana.

Me marchité por dentro.

—Cenamos… cenamos juntos —admití—. Anoche. En el Café Gijón.

Jiménez esperó.

—Pagué sobre las diez y media —dije, según lo que había visto en mi aplicación bancaria.

—Cenaron pronto…

—Para España. Soy americano.

—Claro.

—¿Dijo adónde iba después de su cena?

—No.

—¿Adónde fue usted?

—Al hotel.

Ni idea de si es verdad.

Jiménez asintió.

—Volvió al hotel sobre las once. Lo confirman las cámaras de seguridad.

¿Qué más hay en esas cámaras?

—¿Y no tuvo noticias de Wigner después de que él saliera del restaurante? ¿Lo vio de nuevo?

Formuló la pregunta de tal modo que parecía que tenía información de que no habíamos abandonado el restaurante juntos. Así que seguí la corriente.

—Nada.

Jiménez asintió. Hizo una pausa, pensativo. No sabía si guardaba silencio para que yo hablara y llenara el vacío. Sé que es una técnica de interrogatorio. Funciona. No pude evitarlo, pero cambié de tema.

—¿Conoce usted…?, ¿conoce usted a una mujer llamada Dubois en este edificio? —le pregunté.

—¿Por qué?

—Un… mensajero… preguntó por ella… esta mañana… —mentí.

—¿Dubois? —Jiménez negó con la cabeza—. No conozco a nadie aquí.

—Por supuesto que no. —Fijé la mirada en su rodilla—. ¿Por qué ha venido a buscarme aquí?

Jiménez me miró.

—Indicó esta dirección cuando se registró en el hotel.

—Ah. Sí. Claro.

Jiménez calló. Parecía pensativo.

No pude evitar la pregunta.

—¿Cómo…, cómo murió?

—Una caída. Desde el edificio.

—¿Cuál?

—El hotel.

—¿Suicidio? ¿Se arrojó?

Quizá no he matado a Wigner…

Lo hiciste, lo hiciste, lo hiciste.

Entonces me pregunto… si se ha suicidado… Yo no quiero morir. No así.

Como Samuel.

Jiménez frunció los labios y se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Eso es lo que intento averiguar. ¿Le pareció… alterado? ¿Triste? ¿Durante la cena?

Negué con la cabeza.

—Normal.

—¿De qué se conocían?

Sus preguntas se adentraban en un terreno que resultaba… complicado.

—Yo… —Miré el reloj—. Dios mío, lo siento, agente. Tengo una

reunión. Una llamada… desde Estados Unidos.

—Por supuesto. He venido sin previo aviso…

—¿Podríamos continuar más tarde quizá, zanjar esto entonces?

Jiménez se puso de pie.

—Por favor. —Me tendió una tarjeta—. Llámeme cuando esté libre. Podemos continuar entonces.

Tomé la tarjeta y asentí, guardándola en el bolsillo.

Subí los escalones hacia el ascensor, luego me detuve un segundo. Me volví hacia él.

—¿Por qué ha venido…, quiero decir, por qué quería hablar conmigo?

—Estoy entrevistando a todas las personas que puedo encontrar que estuvieron en el hotel.

Me quedé quieto, esperando más. Pero el policía no dijo nada. Entré en el ascensor, y Jiménez no me quitó ojo mientras ascendía.

39

Entrada de diario

23 de diciembre

Algo no va bien. De hecho, va muy mal. Tengo que dejar constancia de esto —de lo que me está pasando—, de mi estado mental. Para asegurarme de que no estoy alucinando. Así que… Según lo recuerdo:

Acabo de subir en el ascensor con un nudo en el estómago por lo que me ha dicho Jiménez. Solo podía pensar en la mirada que me había lanzado Wigner a través de la ventana de la cafetería. Era lo único que me quedaba de él. Aunque al parecer había cenado con él, no lo recordaba. Pobre Gene.

Cuando pensé en que había muerto al caer al suelo desde el mismo hotel en el que me alojaba, la misma noche que yo estaba allí, sentí que iba a vomitar. Así que estoy estresado. Incluso tuve que usar las dos manos para sujetar la llave y abrir la puerta del piso.

Lo primero que noté al entrar fue la hierba: un olor a marihuana débil, pero muy claro y distintivo, en el aire. Pensé que quizá venía de otro piso del edificio. Pero descarté esa posibilidad al ver el cenicero sobre la mesita de café frente al sofá y el porro a medio fumar que había dentro.

Llamé, quizá J. K. me había hecho una visita sorpresa, o alguien que él conoce había venido al piso. Nadie respondió.

Entré en la biblioteca. Y allí, sobre el escritorio, estaba el maldito libro negro.

Pero yo lo dejé en la caja fuerte. ***YO SÉ*** que lo dejé en el hotel, ***¡en la caja fuerte!***

Cogí mi cartera y mi pasaporte, pero estoy ***absolutamente seguro*** de que

cerré ese libro con llave en la caja fuerte.

Me senté en una de las sillas frente al escritorio, mirándolo fijamente. Al final, alargué la mano y lo cogí. ¿Para confirmar que es real? Para confirmar que es el mismo libro y que nadie me está tomando el pelo.

Lo inspeccioné con cuidado. La cubierta, el mismo color. El cuero desgastado. El lomo roto. La mancha en la contraportada.

Al hojear las páginas, seguía oliendo igual, incluido ese olor ácido a tinta azul…

Me quedé allí sentado un rato, sosteniéndolo.

Lo abrí.

Ahí fue cuando todo dejó de tener sentido.

La primera página entera estaba llena de palabras, líneas escritas con letra segura, con esa misma tinta azul. Reconocí la letra. Letras pulcras, ligeramente inclinadas hacia atrás.

Era mi letra.

—No hay libro tan malo —dijo el bachiller—,
que no tenga algo bueno.

Conocía esa cita. *Don Quijote*. Había dado conferencias sobre la novela. Pero el libro no empezaba así.

Antes aquí ponía: «Mi historia: Sé paciente. Él vendrá…».

Pasé la página. Me quedé boquiabierto al leer algo nuevo. Algo que nunca había visto antes. Algo…

1

Siempre me ha resultado curioso que un ataúd, si se coloca en vertical, se asemeja a una puerta…

Seguí leyendo —me costó otras tres o cuatro líneas— antes de comprender lo que estaba viendo.

Mi ritmo. Mi forma de expresarme. La voz que había estado intentando evocar todo este tiempo… por fin estaba ahí.

Pero no provenía de mí.

Cerré el libro de un portazo sobre el escritorio y lo aparté de mí.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentado mirándolo.

La historia que he estado intentando escribir desde que llegué a Madrid. La historia que se me escapaba. Esa frase, la primera, es en la que estaba trabajando aquella noche en mi despacho de la universidad antes de volar hasta aquí. Esa frase que no conseguía que me saliera bien.

Hasta este momento, solo ha existido en mi cabeza.

Justo cuando pensaba que las cosas no podían ir a peor, alcé la vista del libro negro y me fijé en el abrigo. Al otro lado del escritorio, frente a mí. Estaba colgado del respaldo de la silla. Supe al instante que era de Wigner. Negro. Desgastado.

Me acerqué; olía a cigarrillos y a marihuana.

Lo palpé, revisé los bolsillos. Dentro del bolsillo interior izquierdo, encontré su cartera. Confirmé que era suya porque guardaba su documentación y un par de tarjetas de crédito. La misma maldita foto que Jiménez me había enseñado antes abajo. En el bolsillo exterior derecho de su abrigo, una tarjeta de acceso del Hotel Petit Palace.

Me senté en la silla, con el contenido de los bolsillos del abrigo de Wigner sobre el escritorio frente a mí, junto al libro negro.

Nada de esto tenía sentido.

Cogí el libro negro una vez más y lo abrí. Página tras página de tinta azul. No eran las letras mayúsculas de Wigner. Eran mías. Mi letra. Capítulo tras capítulo que discurría en la dirección en la que mi mente había estado intentando —sin conseguirlo— avanzar.

Mi historia.

Escogí una página al azar y eché un vistazo rápido. Muchas partes del principio me resultaban familiares, demasiado familiares:

> Antes de explicar cómo ~~robé~~ el libro negro llegó a mi posesión y todo cuanto ocurrió después.
>
> … el hombre pálido se giró y me miró a través de la ventana. Sus ojos, de color avellana, inyectados en sangre, se cruzaron con los míos…
>
> —¿Oyó o vio usted algo… inusual o fuera de lo común anoche? ¿O durante las últimas noches? —preguntó Jiménez…

Pero, al seguir leyendo, me topé con pasajes que no me sonaban absolutamente de nada:

> Al principio, pensé que estaba soñando. El olor a cigarrillos y a marihuana…
>
> —Señor. Señor. ¿Está bien?

Pasé hasta el final, a las últimas tres páginas.

Una náusea sorda se me instaló en las entrañas.

Ahí estaba. Ya no era mi mano, sino la letra esa rara cursiva con garabatos. Le eché un vistazo rápido, pero no hacía falta. Lo reconocí enseguida: las palabras, los saltos de línea, todo.

Mi historia tiene el mismo final que la de Wigner.

Necesitaba saber cómo iba a llegar desde donde me encontraba hasta ese final. ¿Cómo era posible que todo saliera tan terriblemente mal?

Volví atrás, hasta el punto en el que terminaba mi letra y comenzaba esa cursiva febril.

Había una ruptura clara —en medio de un párrafo, casi en medio de una frase — donde mis letras ordenadas e inclinadas hacia atrás simplemente se detenían y el garabato tomaba el relevo.

Hojeé el manuscrito empezando por esas páginas y retrocediendo, tratando de comprender hacia dónde me dirigía. Intentando descifrar dónde empezarían a torcerse las cosas.

Por un momento, sentí alivio.

Descubrí hacia dónde se dirigía mi historia y creí ver lo que tenía que hacer para evitar el destino de Wigner. Volví a las páginas justo antes del garabato para asegurarme.

Habían cambiado.

Ahora, en su lugar, había una nueva historia, nuevas escenas.

Volví atrás.

Mi historia estaba cambiando ante mis propios ojos.

Pero, cada vez que saltaba al final, el garabato seguía allí.

El final no cambiaba.

Dejé el libro bocabajo sobre el escritorio. Fue entonces cuando comprendí por qué Wigner había escondido el libro. Por qué había querido que lo tuviera otra persona. Por qué me había mirado a través de aquella ventana de la forma en que lo había hecho.

No me estaba pidiendo que protegiera su libro negro.

Me estaba poniendo en guardia.

Wigner escribió con tanta furia en el libro porque estaba tratando de reescribir su historia. Intentaba cambiar su final.

Y acabó saltando por una ventana.

Vine a Madrid para escribir. Robé su libro. Y ahora el libro escribía a través de mí.

La pregunta que tenía que responder no es: «¿Qué significa que el libro contenga mi historia?» o «¿Cómo cambio el final?».

Solo hay un final para mí.

La pregunta que tengo que responder es: «¿Qué versión de esta historia voy a vivir?».

Voy a llamar a Alan.

Acabo de colgar con Alan. Estaba cabreado porque me perdí nuestra sesión de terapia del 20 de diciembre. Me disculpé. Me había olvidado por completo con todo lo que estaba pasando. Se cabreó aún más cuando le dije que al final había decidido hacer ese viaje y que le llamaba desde España.

Intenté explicarle lo que estaba pasando. Pero lo único concreto que pude señalar y que no sonara psicótico fue mi pérdida de memoria de la tarde y la noche anteriores. Empecé a explicarle lo de las luces que se encendían solas y mis sueños con Wigner, pero todo eso sonaba ridículo.

Ni siquiera le conté todo el asunto de Wigner y mi mesa en el Café Gijón, ni que Wigner escondió el libro negro, ni siquiera mencioné el libro negro. Cuando intenté expresarlo todo de una forma que no resultara tonta, simplemente no pude. Quiero decir, le llamé porque estaba preocupado por mi salud mental. Pero luego fui incapaz de contarle las cosas que realmente me estaban pasando porque sonaban a locura. En retrospectiva, me parece una estupidez por mi parte.

No importa.

Alan me recomendó que acudiera a un hospital. Me puso en espera para hablar con un colega que pudiera recomendarme el mejor sitio de Madrid para problemas de salud mental.

Pero, mientras estaba en espera, empecé a pensar en cómo sería eso.

España está genial y todo eso, pero ¿de verdad va a ser buena la asistencia sanitaria en un sistema público? Y luego está la barrera del idioma. Y no tengo seguro médico aquí.

Y, si de verdad estoy enfermo, ¿me darán el alta y me dejarán irme a casa?

No se puede confiar en el sistema. En ningún sistema. Una vez que estás dentro, pierdes todo el control. Te pueden joder muy muy fácilmente.

No. Lo mejor sería volver a Estados Unidos y buscar ayuda allí.

Colgué y llamé a la aerolínea. Como mañana es Nochebuena, lo de los vuelos es complicado. Además, viajo con Juliette.

Me dijeron que no pueden meterme en ningún vuelo hasta el 27 de diciembre. Compré los billetes.

Ahora solo tengo que aguantar unos días más.

24 de diciembre

40

Al principio, pensé que estaba soñando. El olor a cigarrillos y a marihuana. El cuero suave y envejecido del libro negro. La tarjeta de acceso del hotel. La cartera y la documentación de Wigner. En la mano tenía el bolígrafo blanco de plástico de Petit Palace. El resto de las cosas estaban en mi regazo. Debajo de algo de plástico.

¿Un portapapeles?

A medida que las cosas se iban aclarando, me quedé mirando la hoja que tenía delante. Era una especie de formulario.

Relación de los hechos:

No sabía la traducción exacta, pero entendí lo esencial. Había un gran espacio en blanco para que lo rellenara.

¿Qué estoy rellenando exactamente?

Conocía la palabra que figuraba en el título, «denuncia». Eso significaba «queja».

Entonces vi que en «Nombre» había escrito mi nombre. Había puesto mi dirección de Dallas en «Domicilio». Pero no la casa del lago, sino mi antigua dirección en la ciudad con Beverly. En la siguiente línea, en «Motivo de la denuncia», había escrito una sola palabra: «Homicidio».

No muerte.

No accidente.

No suicidio.

Homicidio. Me quedé mirando la palabra. La había escrito yo. Mi letra. Mi caligrafía; la forma en que escribo las h mayúsculas. No había duda.

¿Por qué?

¿Había venido aquí a denunciar un homicidio?

Quise asegurarme de que la estaba leyendo bien.

¿El homicidio de quién? ¿De Wigner?

¿Había sido testigo de algo? ¿Recordaba algo? ¿O me estaba denunciando a mí mismo?

Bajé la vista al espacio en blanco debajo de «Relación de los hechos». Nada. Ni una sola palabra. Fuera lo que fuera lo que tenía pensado escribir a continuación, al parecer nunca llegué tan lejos.

El suave golpecito de una gota de sudor al caer sobre el formulario me hizo darme cuenta de que estaba ardiendo.

Levanté la vista. Estaba sentado en una silla de plástico en una especie de oficina estatal. Había varias personas sentadas a mi alrededor.

Algunas rellenaban formularios. Otras simplemente esperaban.

El hombre a mi lado apestaba a sudor y suciedad. Tenía una larga barba gris y la cabeza ladeada en un ángulo extraño, como si estuviera durmiendo, quizá también drogado.

Una mujer a mi derecha, justo delante de mí, sollozaba en silencio, apretándose algo blanco contra la mejilla.

¿Estoy en un hospital?

No olía a antiséptico. Y el ruido de los teclados no encajaba.

Busqué pistas con la mirada. Había una bandera española en la pared y una foto del rey. Entonces lo vi detrás del mostrador, e inmediatamente entendí el gran letrero, aunque estuviera en español.

POLICÍA NACIONAL.

Letras azules sobre una pared blanca.

Durante unos segundos me quedé mirándolo sin más.

Volví a bajar la vista hacia el portapapeles. Si estaba en una comisaría, entonces había venido aquí por algo. Nadie arrastra a un extranjero a una sala de espera y lo deja solo y desatendido para que rellene un formulario de denuncia.

Había venido por voluntad propia.

Lo que significaba que en algún momento había decidido denunciar un homicidio. Darme cuenta de eso me puso mal.

Descubrí otro cartel que, en ese momento, me pareció mucho más importante.

SALIDA.

Esperé a que el agente detrás del cristal antibalas contestara una llamada, luego me levanté lo más discretamente que pude y salí. Me metí la cartera y el bolígrafo en un bolsillo. Una vez en la calle, giré bruscamente a la izquierda y aceleré el paso.

De repente oí un ladrido.

Al volverme, vi a Juliette con su arnés y su correa, atada a un poste junto a la entrada de la comisaría. Volví corriendo y me agaché para desatarla. Al hacerlo, el olor a tabaco me golpeó de nuevo.

Me di cuenta de que llevaba puesto el abrigo negro. Bajé la vista hacia la manga. Lana negra. Quemaduras de cigarrillo cerca del puño. Un botón perdido.

Lo reconocí todo. Había pasado días viendo cómo ese abrigo se movía por el Café Gijón. Me robaba la mesa. Colgaba de los hombros de ese loco que escribía furiosamente.

En algún momento pensaría que era buena idea ponérmelo.

No tenía ni idea de por qué.

Desaté la correa de Juliette y me puse a caminar. Después de

unos seis metros con ella arrastrándose detrás de mí, me detuve, la cogí en brazos y seguí adelante. Giré en la primera esquina que encontré para salir del campo de visión de la comisaría y paré un taxi. Le dije al taxista que me llevara de vuelta al piso. Miré el móvil. Las once de la mañana de Nochebuena.

Lo último que recordaba haber hecho era comprar los billetes de avión. Estaba trasteando con la impresora de la biblioteca de J. K., intentando imprimir el itinerario.

Hacía más de doce horas.

Me quedé mirando el formulario del portapapeles.

¿Qué pensaba escribir en ese espacio en blanco? ¿Qué he estado a punto de confesar?

41

Entrada del diario

24 de diciembre

He vuelto al piso. Estoy haciendo todo lo posible por entender qué está pasando.

No puede ser el alcohol porque hace días que no bebo ni una gota. Y tampoco pueden ser los fármacos porque dejé de tomar la medicación de Alan antes incluso de llegar a Madrid.

La respuesta lógica es la ciencia. La neurología. La psicología. Algún tipo de desequilibrio químico. Un tumor. Un trastorno convulsivo. Un brote psicótico. Algo. Lo que sea. El principal problema es que el calendario juega en mi contra. Mi vuelo sale de Madrid el 27 de diciembre a las 12:30.

Desde que compré el billete, he tenido un gran lapsus de memoria.

Solo eso ya me preocupa, porque quizá no llegue al aeropuerto. O no suba al avión. O ni siquiera recuerde que se supone que tengo que irme.

Mientras volvía al piso casi me derrumbo y me pongo a llorar en el taxi. No porque tuviera miedo, sino porque me sentía solo.

No conozco a nadie en Madrid. No tengo a nadie aquí en quien confiar. Ni familia. Ni amigos. Ni compañeros de trabajo. Nadie. La única persona con la que he conseguido establecer algún tipo de conexión desde que llegué aquí es un camarero.

Un camarero.

Reparar en eso me afectó más de lo que esperaba. Pero, tras la desesperación, me surgió una idea.

Cuando volví al piso, le mandé un mensaje a Marek.

«Café Gijón. 30 minutos».

Juliette no quiso venir. No es que dudara, sino que se negó.

Cogí su correa. Abrí la puerta. La llamé.

Nada.

Se quedó donde estaba.

Lo intenté de nuevo. Me miró, luego miró hacia la biblioteca. La misma biblioteca donde encontré el libro negro. La misma biblioteca donde encontré el abrigo de Wigner. La misma biblioteca donde recuerdo haber hablado por última vez con Alan antes de perder más de doce horas.

Al final me rendí.

Quizá todavía estaba enfadada por haberla atado a un poste fuera de la comisaría. Dios sabe que me lo merecía. ¿Quién deja a su perro atado a un poste fuera de una comisaría y luego se olvida de él?

Le dejé comida y agua y me fui.

Solo pensaba estar fuera un par de horas.



42

Me observé en el espejo del baño del Café Gijón. Mi rostro estaba demacrado, con ojeras bajo unos ojos enrojecidos e hinchados. No me había afeitado. Me veía… desaliñado. Macilento. Mi ropa estaba arrugada, maloliente; los zapatos, rayados y sucios.

Dios mío… Me estoy convirtiendo en él…, en el hombre pálido. Me estoy convirtiendo en Wigner.

Cuando volví del baño, no me sorprendió descubrir que mi mesa estaba ocupada. Joann Marek estaba sentada allí.

—¿Puedo?

Ella asintió.

—¿Te encuentras mejor?

Me irrité.

Lo dijo como si estuviera retomando una conversación que habíamos dejado a medias.

¿Ya estaba aquí cuando he ido al baño?

—Tú me seguiste el otro día… —Le sonreí mientras acercaba la silla a la mesa.

—¿Está en tu bolsa? —preguntó observando mi bolsa del ordenador.

Fingí ignorancia. Pareció un intento débil.

—¿El qué?

—El libro de Wigner. Me dijiste que lo tienes.

Me comenzaron a sudar las palmas de las manos. Negué con la cabeza.

—No sé de qué me hablas.

Me observó durante un instante, como si intentase tomar una decisión. Entonces habló, y toda formalidad abandonó su voz.

—Tienes un aspecto horrible…

No dije nada. Sabía que tenía razón. ¿Qué podía decir?

—Ha comenzado, ¿verdad? Pequeñas cosas… Te pareces mucho a él. Al final de su vida.

No le pregunté a quién se refería.

Se me secó la garganta. Aun así, traté de mostrarme tranquilo, o eso creí. Ella me observaba. Sus ojos se abrieron ligeramente.

—No podía dormir. Perdió peso. Veo que ya no te afeitas. Él tampoco. —Me miraba sin parpadear—. ¿Has tenido apagones?

Me sentí mareado. Debí de palidecer. Marek deslizó su vaso de agua por la mesa hacia mí. Se cruzó de brazos sobre el pecho y se reclinó hacia atrás, sacudiendo la cabeza lentamente de un lado a otro. Pensando. El agua me ayudó. Me aclaré la garganta.

—Te has metido en aguas muy profundas, Nicholas.

Marek se inclinó hacia mí por encima de la mesa. Mi reacción fue echarme hacia atrás, pero choqué contra el respaldo de la silla. Ella olfateó el ambiente.

—Empiezas a apestar.

Pensé en el olor rancio del hombre pálido.

Basta ya…

Me di la vuelta y cogí mi bolsa del ordenador. La abrí y coloqué el libro negro sobre la mesa.

—¡¿Qué demonios es esta cosa?! —le espeté.

Marek no miró hacia el libro. Mantuvo la mirada fija en mí. Estudiándome.

—¿Puedo ver el libro? —preguntó al fin.

Hice un gesto. Extendió la mano y lo cogió. Girándolo entre sus manos.

—¿Puedo abrirlo?

Asentí.

—Por favor, responde en alto —insistió. Percibí su acento tejano —. Nicholas, ¿puedo abrir tu libro?

—Sí —accedí.

Ella abrió el lomo y echó un vistazo breve al interior, luego lo dejó de nuevo sobre la mesa con un suspiro.

—Has permitido que una fuerza hostil penetre en tu mundo interior.

Me sentí como si estuviera visitando al médico y acabara de recibir un diagnóstico que sospechaba pero temía. Sabía lo que era una aparición, lo que era la posesión. Podría ser real, supongo. Cosas inmateriales.

Pero… ¿yo?

—La cuestión ahora es hasta dónde ha llegado esto y si puede deshacerse.

—¿Eso se puede hacer? —pregunté.

Ella asintió.

—¿Cómo ha sucedido esto? ¿Por qué yo? No he hecho nada… —balbucí.

Clavó los ojos en mí. No sabía entonces si Marek era madre, ni siquiera si estaba casada. No llevaba anillo alguno, pero me dedicó esa mirada que las madres lanzan a sus hijos cuando saben que mienten.

—Sabes lo que hiciste —respondió—. Cuando esto ocurre, la gente suele saber lo que hizo. Al menos lo sospecha…

Permanecí quieto un momento, con palabras de negación en la

punta de la lengua. Pensé en el hombre pálido, ocultando el libro negro en la estantería. Mi deleite al recuperarlo. Al abrirlo para leer sus escritos secretos. Había invadido su intimidad. Pensé incluso más atrás, en el pequeño devocionario de Beverly ardiendo en mi chimenea. Pero Marek solo sabía acerca del libro negro. Y parecía saber lo que me estaba sucediendo.

—Solo iba a guardarlo para él. Para Wigner. Hasta que regresara. Para que nadie lo robara —me quejé con un mohín. Seguía mintiendo. No podía evitarlo.

—¿Te encuentras bien? ¿Nicholas?

—Sí. Sí. ¿Por qué?

—Porque llevas… llevas casi dos minutos sentado, mirando fijamente. Te he preguntado por qué has abierto el libro de Wigner.

—Pero si lo abriste tú —imité su tono—. Justo ahora, lo acabas de abrir —prácticamente gemí. Estaba perdiéndome.

—Te pedí permiso primero. Probablemente haya sido excesivamente cautelosa, pero… más vale prevenir que lamentar, ¿sabes? Lo tomaste sin permiso y lo leíste sin permiso. Y probablemente más de una vez.

Estaba a punto de formularle una pregunta a Marek. Pero había desaparecido.

Miré hacia el bar. Algo había cambiado. El restaurante era diferente. Había más gente. Había más ruido.

Había dos platos sobre la mesa. Ambos a medio comer. No recordaba haber pedido nada de comer.

Marek había vuelto y me hablaba.

—…

Negué con la cabeza.

—Lo siento, yo…

—¿Has vuelto a perder la noción del tiempo? —preguntó.

—¿Acaso…?

Me parecía que Marek se movía a cámara lenta. Movía los labios, pero no le salían las palabras. Sacudí la cabeza para tratar de despejarme.

Nuestros platos habían desaparecido. Había dos cafés sobre la mesa.

—¿Estás bien? —quise saber.

Marek tenía los ojos muy abiertos. Lagrimosos. Lucía una palidez mortal.

Respiró hondo y luego dijo:

—¿Cómo lo sabías? ¿Lo de mi hijo?

—¿Lo de… qué?

Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa.

—Nicholas, lo siento. Pero no creo que pueda ayudarte.

Dejó el dinero sobre la mesa y se marchó. A través de la ventana vi que cruzaba la calle, apretándose el abrigo contra el cuerpo. No miró atrás.

Me quedé allí sentado un rato.

El libro negro seguía sobre la mesa, entre nuestros dos cafés. Lo guardé en mi bolso.

Eran las 2:45 de la tarde. La gente que había venido a comer empezaba a abandonar el local.

Qué diablos.

Crucé la mirada con Miguel y pedí un martini seco. Me bebí la mitad de un trago. El calor se extendió por mi pecho. Por un momento, solo un momento, todo quedó en silencio.

Pedí otro. Cuando me lo trajo Miguel, sonreí y le dije…

—¿Señor Rogers? Señor Rogers. ¿Me está escuchando?

Estaba caminando. Fuera. Hacía frío. La luz del atardecer, el sol bajo y anaranjado detrás de los edificios de Velázquez.

No tenía ni idea de cómo había llegado allí. Si me había terminado el martini… Ni si había pagado la cuenta.

Caminaba junto al capitán Jiménez. Estábamos en la acera cerca del piso. Llevaba un abrigo oscuro y sostenía una pequeña libreta. Se había detenido. Cuando reparé en ello, volví atrás hacia él.

—Perdone. Sí. ¿Qué decía?

Me miró como lo había hecho aquella mañana en el edificio con Dubois: con frialdad, sin prisas. Pero ahora había algo más. No era sospecha. Algo más parecido a la preocupación.

—Le preguntaba por qué se registró en el hotel esa noche. Si se aloja en el piso del señor Franko, ¿por qué de repente sintió la necesidad de mudarse?

Lo miré sin comprender. Su suposición era tan buena como la mía.

—El señor Franko mencionó que vendría a Madrid. Quería darle su privacidad.

—Eso es comprensible. —Jiménez tomó nota—. Pero ¿se fue del hotel al día siguiente?

Este hombre empezaba a molestarme. Toda esta mierda empezaba a molestarme. Eché un vistazo a mi reloj. Casi las cinco. Otras dos horas perdidas.

¿Qué coño? Esto va a peor.

Noté que me temblaban las manos y me las metí en los bolsillos.

—No tiene buen aspecto, señor Rogers. —Jiménez guardó el cuaderno en su abrigo—. ¿Está durmiendo bien?

—La verdad es que no. No mucho.

Busqué mi teléfono para mirar la hora.

No estaba en mi bolsillo.

Levanté la vista. Jiménez se había ido. En su lugar había una mujer. Pelo corto, camisa blanca, chaleco negro…, vestida como un hombre. Me costó un momento darme cuenta de quién era. Una camarera.

Miré a mi alrededor. Estaba sentado en una barra, pero no en el Café Gijón. Era otro sitio. El vestíbulo de un hotel, por lo que parecía: suelos de mármol, luz tenue, el murmullo de una conversación tranquila en algún lugar a mi espalda. Tenía un martini en la barra delante de mí, medio vacío. O medio lleno. Supongo que depende de cómo se mire.

No me sentía borracho. Bueno, eso no es del todo exacto. No me sentía borracho como siempre. Pero esto de saltar de un lado a otro —de la calle al bar, de la tarde a la hora que fuera ahora— era una especie de vértigo en sí mismo. El mundo no paraba de reorganizarse mientras yo no miraba.

La camarera me estaba mirando. Aguardando, al parecer, algún tipo de respuesta. A qué, no tenía ni idea.

Me encogí de hombros.

—Es complicado —dije, esperando que eso bastara.

Entrecerró los ojos, no con malicia, sino como se estudia una mancha que no sabes cómo quitar.

—¿Qué tal si te traigo un café?

Busqué un reloj. Había uno detrás de la barra, con el borde de latón, entre dos filas de botellas.

Las seis y media.

Se oía música de piano que llegaba desde fuera del bar.

«Fly Me to the Moon».

Clásicos de siempre. Música de vestíbulo de hotel. Esta la conocía. Pensé en Beverly. Bailamos en nuestra boda mientras sonaba esa canción. Estaba a punto de cantarla…

Mis labios ya estaban formando las palabras cuando el pianista pasó a otra canción. «Unforgettable». Pero ¿empezó por la mitad? Como si el principio ya hubiera pasado mientras yo no prestaba atención.

Cuando me volví, el martini había desaparecido. En su lugar había una taza de café medio vacía sobre la barra. Le di un sorbo. Estaba tibio.

Sentí una mano en el brazo y levanté la vista. La camarera había vuelto. Ahora estaba más cerca.

—¿Está bien, señor?

Al principio pensé que por fin estaba borracho —bien borracho—, porque su cara se veía muy borrosa, difuminada por los bordes, como si la estuviera contemplando a través del agua. Me llevó un momento darme cuenta de lo que estaba pasando. Tenía los ojos húmedos. Mis lágrimas deformaban mi visión. Había estado llorando. No sabía desde hacía cuánto tiempo. Tampoco sabía por qué.

Me sequé la cara con el dorso de la mano e intenté sonreír. Seguro que no fue muy convincente. Pensé que a lo mejor debería…

Lo siguiente que supe es que estaba arrodillado en el suelo de la cocina del piso de J. K. con el cuenco de agua de Juliette en la mano.

El grifo seguía abierto por encima de mí.

Durante unos segundos, eso fue todo lo que entendí. El agua golpeaba el fondo metálico del fregadero. El radiador hacía tictac en algún lugar detrás de mí. Las uñas de Juliette también marcaban un ligero clic sobre las baldosas mientras daba vueltas cerca de mí.

—Mierda.

Me levanté y cerré el grifo.

No tenía ni idea de cuándo había entrado. De cuándo había ido a la cocina. Ni idea de cuánto tiempo llevaba arrodillado allí.

Me dolían las rodillas.

Juliette me miró.

Tenía las orejas echadas hacia atrás y movió la cola una vez, con cautela, contra el suelo. No era exactamente un perdón. Más bien quería un reconocimiento.

—Hola, chiquitina.

Mi voz sonaba seca. Rasgada.

Dejé el cuenco en el suelo y ella bebió con avidez, como si llevara horas esperando. Quizá fuera así. Limpié el agua derramada con un paño de cocina, luego me levanté demasiado rápido y tuve que agarrarme al borde de la encimera para mantener el equilibrio.

El reloj del microondas marcaba las 19:38.

Fuera, por las ventanas del salón, se habían encendido las luces de Navidad de Velázquez. Miles de pequeñas bombillas blancas se extendían sobre la calle. Parecía que había pasado una eternidad desde aquella primera noche en que las vi.

Me acerqué a la ventana. Los coches circulaban. La gente caminaba hacia casa con bolsas de la compra. Una pareja estaba en

la esquina riéndose de algo que veían en un teléfono.

La vida normal.

Revisé mis bolsillos. La cartera, sí. El pasaporte, sí. Otra de las tarjetas de Jiménez. Un recibo del bar del hotel que no recordaba haber pedido.

El teléfono, no.

Todavía llevaba puesto el abrigo negro de Wigner.

Al darme cuenta, un hormigueo caliente me subió por la nuca. Me lo quité de un tirón y lo dejé caer sobre el respaldo del sofá. El olor a tabaco se desprendió de él como en una nube rancia. Debajo del tabaco se olía algo más antiguo. Más arraigado. Sudor. Lana mojada. El leve olor agrio que, en mi mente, había empezado a pertenecer no a Wigner, sino a lo que fuera que me estuviera pasando.

Me quedé allí un momento, mirando el abrigo. Luego a Juliette. Luego al pasillo que llevaba a la biblioteca.

No quería entrar allí.

El piso estaba en silencio. No se oía música abajo. No se encendían ni apagaban luces. Eso debería haberme tranquilizado.

Juliette terminó de beber y se acercó a mí. La cogí en brazos. Se dejó, lo que me indicó que no estaba muy enfadada. O quizá solo estaba cansada. Olía a perro, a polvo y a aire de fuera. La abracé contra el pecho, bocarriba, como a un bebé.

—Lo siento —le susurré entre el pelaje de detrás de las orejas.

Me lamió la barbilla una vez.

Eso casi me mata.

La dejé en el sofá. Dio tres vueltas pequeñas sobre la manta y se tumbó, mirándome. Decidí ir a la biblioteca.

El libro negro estaba sobre el escritorio. No lo toqué. Me senté en…

Entrada de diario
24 de diciembre

Wigner está muerto.

~~*Yo lo maté.*~~

Dubois también… está muerta.

¿Quién más?

¿Y quién será el siguiente?

Lo que más me asusta son las pérdidas de memoria. Es durante estas amnesias cuando soy más vulnerable, creo. Es el no saber. El no controlar.

Mi vuelo sale en solo tres días. Pero temo volver a casa en una bolsa para cadáveres, como Wigner… Durante mi próximo desmayo, ¿me matarán o harán que parezca un suicidio?

Son más frecuentes, los apagones. Por eso estoy escribiendo esto. Si algo me sucede y alguien encuentra mi diario, deben saber que NO tengo pensamientos suicidas.

No he fantaseado con hacerme daño a mí mismo. Estoy intentando mantenerme a salvo. Estoy intentando seguir con vida.

No sé qué sucede durante mis pérdidas de memoria —ya ni sé cuántas he tenido—, solo puedo intentar reconstruir las cosas.

[La escritura de esta página era extremadamente errática. Había varias líneas más después de lo transcrito arriba, pero fueron tachadas hasta hacerlas irreconocibles]. *[Nota editorial de J. K. Franko].*

El fuego ya estaba encendido. No era de ese tipo alegre y civilizado que le gustaba a J. K. —esas llamas de gas bien ordenadas

que hacían que el salón pareciera el vestíbulo de un hotel—. Esto era más. El fuego al máximo y luego, porque ni siquiera eso era suficiente, abrí la rejilla, apartando la malla, para poder echarle papel.

El piso apestaba. Había una nube de humo flotando por toda la casa, justo debajo del techo.

El olor no era ya solamente a cigarrillos. No solo a ese olor agrio a lana que había empezado a pegarse a todo lo que tocaba. Era humo sobre humo: la marihuana, la ceniza rancia, el plástico quemado de ese bolígrafo de hotel barato, el dulce olor a quemado de las páginas manchadas de tinta. El olor que se mete en la ropa y en el pelo y te hace preguntarte si vas a oler así para siempre.

Así que abrí las ventanas. Todas.

El aire frío entró a raudales desde Velázquez, atravesando la habitación y levantando las cortinas lo justo para que respiraran. Había llovido, y el tráfico abajo silbaba sobre el asfalto mojado mientras mi salón se llenaba de humo y de invierno.

Me incliné hacia delante en el sofá, con los codos sobre las rodillas, viendo cómo el fuego devoraba la estancia.

El libro negro yacía abierto sobre la mesita. No con respeto, no como un libro.

Como un cadáver. El lomo roto, las páginas abiertas.

El gorro de Wigner estaba en el suelo junto a la mesita, del revés, inservible. Había destrozado el libro por partes: primero unas pocas páginas, luego más, y más, cada vez pensando que esta sería la última. Que, una vez que hubiera echado suficiente al fuego, cualquier hilo que uniera esa historia con la mía se rompería.

Me agaché y cogí pedazos de papel que había sobre la mesa.

Tinta azul. El mismo azul meticuloso que había llenado la mayor parte del libro. Mi letra. Quedaban pocas por quemar.

Las páginas del final del libro las había apartado en otra pila. Eran tres hojas del mismo papel grueso, áspero y ligeramente fibroso que el resto del libro, con los bordes desgarrados allí donde los había arrancado del lomo. Cursiva inclinada y frenética. Las líneas subían y bajaban como un pulso. Las palabras chocaban, se tachaban, se sobrescribían. En algunos sitios, el bolígrafo había presionado el papel con tanta fuerza que lo había atravesado. La tinta se acumulaba en manchas furiosas, luego se volvía fina y como una telaraña, como si quien lo escribiera hubiera empezado a temblar. O a correr. O lo hubieran arrastrado.

Sin embargo, la pasión que se revelaba tan evidente en la caligrafía no encontraba eco alguno en las palabras, en el contenido. Existía una desconexión absoluta. El texto era frío, lógico, casi cruel.

Me quedé mirando ese montoncito, intentando que mis ojos hicieran lo que siempre hacían: descifrar, traducir, racionalizar.

No puedo.

La lista racional en mi cabeza intentaba alinearse como soldados. Estrés. Falta de sueño. El divorcio. Dejar la medicación de Alan. Alcohol. Jet lag. Quizá incluso un brote psicótico.

Habría sido reconfortante si algo de eso encajara.

Pero todo había empezado a descarrilarse después de leer el libro negro. Después del final.

Después de esas últimas páginas.

Después de leer lo que no debía leer.

Acerqué estas últimas hojas a la luz del fuego. La letra cursiva se retorcía al moverse las llamas, como si las propias palabras estuvieran vivas; nunca quietas, nunca fijas. Tenía los dedos manchados de tinta azul y ceniza. Froté el pulgar sobre una línea y noté los surcos en relieve donde la pluma había cavado el papel.

—¿Qué hago contigo?

La pregunta no era retórica. Era tan práctica como preguntar dónde esconder un cadáver. Si quemaba las últimas páginas, ¿se acabaría todo?

¿O eso lo sellaría?

A mis espaldas, el radiador hacía tictac. El piso emitía sus pequeños ruidos domésticos, fingiendo que todo era normal. Eché un vistazo hacia el pasillo, medio esperando ver a Juliette allí de pie con una pata levantada, advirtiéndome.

Nada.

Solo el largo pasillo y la tenue luz que se filtraba desde la cocina.

Volví a bajar la vista hacia la letra cursiva. No porque tuviera sentido, sino porque parecía dirigida. No a mí. Más allá de mí. Hacia quienquiera que viniera después.

Tragué saliva. Tenía un sabor a humo en la garganta.

—¿Qué hago? —le pregunté a la habitación vacía.

No sabía si estaba a punto de destruir pruebas…

—… tantas llamas a mi alrededor.

Pequeñas.

No era una chimenea —nada doméstico—, solo pequeñas luces temblorosas, algunas doradas, y otras detrás de un cristal rojo, como si alguien hubiera atrapado el fuego en frascos y los hubiera alineado para observarme. Luciérnagas. El rojo hacía que todo pareciera magullado. Hacía que las sombras parecieran húmedas.

La habitación estaba casi a oscuras.

La única luz era una franja delgada y pálida que se colaba por debajo de una puerta al final del pasillo; tan lejos que parecía pertenecer a otro edificio, a otro mundo. Podía oír murmullos más allá de ella. Pasos. El débil tintineo de algo metálico.

Por un segundo pensé que estaba en el baño. Tenía los pantalones bajados hasta los tobillos. Porque el aire se notaba frío cuando me golpeaba el culo húmedo.

Entonces levanté la cabeza y vi dónde estaba.

En una sacristía.

Conocía la palabra sin saber cómo. La trastienda detrás del altar. El lugar donde los curas guardan las vestimentas, los cálices y todo el instrumental privado de la fe. A continuación me golpeó el olor.

Mierda.

Estaba por todas partes: crudo, humano, inconfundible. Se me revolvió el estómago y tuve que llevarme el antebrazo contra la boca para no vomitar.

Bajé la vista. El suelo estaba manchado. Apreté los ojos con fuerza, como si eso pudiera borrarlo.

Cuando los volví a abrir, la habitación no había cambiado.

Una estatua de la Virgen yacía hecha pedazos sobre las baldosas, con fragmentos blancos esparcidos como si alguien la hubiera golpeado con un martillo. Su cabeza —el rostro de María, sereno e inexpresivo— había rodado hasta cerca de una silla, volcada de lado. Un ojo pintado de azul me miraba fijamente desde el suelo. Alguien había sido muy minucioso.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Di un paso atrás y mi zapato —solo tenía uno puesto— resbaló sobre algo arenoso y resbaladizo. O algo peor.

No me atrevía a mirarme las manos. No quería saberlo.

Lo único que me asustaba más que lo que había hecho…

… era lo que vendría después.

¿Cómo demonios me escapo de aquí?

La puerta con la luz que se colaba por debajo. Las voces. La gente.

Me imaginé a alguien abriéndola; yo con los pantalones por los tobillos, apestando a humo y suciedad, saliendo a gatas a un pasillo lleno de feligreses. Un cura. Un niño con túnica blanca sosteniendo un estandarte. Una mujer con la mano sobre la boca.

Tanteé mi cinturón, con los dedos torpes y temblorosos, tratando de recomponerme. La hebilla hizo un clic demasiado fuerte en la oscuridad.

Alguien se detuvo al otro lado de la puerta. Los murmullos cesaron. Durante un horrible segundo, me pareció que todo el edificio se había detenido para escuchar.

Contuve la respiración.

Las llamas de cristal rojo parpadearon.

Y en el silencio —tan tenue como la franja de luz bajo la puerta — me di cuenta de lo peor.

No sabía si me estaba escondiendo de ellos… o si estaba al acecho.

Lo mejor sería…

—Señor. Señor. ¿Está bien?

Estaba mirando al rostro de una policía. Se encontraba de pie a unos metros de mí. La mano en la cadera, ¿posada sobre su arma? ¿Quizá una pistola paralizante? Y hacía frío. Yo tenía frío. Y estaba mojado. Me hallaba en algún lugar al aire libre. Estaba oscuro. Era de noche. Podía verla porque había algo de luz procedente de una farola cercana. Oía el tráfico. Gente.

Me incorporé.

—Lo siento. Perdón. ¿Dónde estoy?

Eché un vistazo alrededor. Árboles.

¿El parque?

Tiritaba de frío. Llevaba pantalones y camisa. Sin jersey ni abrigo. Y solo un zapato.

—¿Dónde estoy?

—En el Retiro. Pero se tiene que ir. El parque va a cerrar. —Dio unos golpecitos en su reloj—. Hora de cierre.

Me levanté.

—¿El túnel Lagasca?

Me alejé cojeando en la dirección que ella señaló. Lo último que recordaba antes de despertar en el parque era estar en el piso.

Luces encendidas, el olor a humo impregnando las cortinas, el libro negro sobre la mesa de centro como un ser muerto, y después nada. Un corte seco. Una bobina desaparecida.

Me revisé los bolsillos. La tarjeta de visita del capitán Jiménez.

Juliette. Abandonada de nuevo.

No me la merezco.

Intenté hacer un repaso de mi cuerpo mientras cojeaba. No apreciaba ninguna lesión. No tenía sangre en las manos. No tenía moratones que no me hubiera ganado. Solo un zapato y un dolor sordo en las piernas, como el que sientes después de estar de rodillas demasiado tiempo.

El túnel me tragó.

El aire cambió de inmediato: más frío, húmedo, con ese mismo matiz rancio que hacía que se me encogiera el estómago. Mis pasos resonaban delante de mí. Las luces fluorescentes zumbaban y parpadeaban. Olía a orina. A humo viejo.

Quizá debería ir a la iglesia.

No para esconderme. Ni siquiera para confesarme.

Para pedir ayuda.

Porque se me estaban acabando las opciones.

Miguel era camarero. Podría traerme un café. Podría cuidar de

Juliette un momento. No podía decirme qué me estaba pasando.

Pero Marek… Marek lo había visto. Ella lo había nombrado sin nombrarlo. Me había mirado como un hombre mira la marca de una inundación en la pared y sabe hasta dónde va a subir el agua.

Si había alguien en Madrid que pudiera entender en qué me había metido, alguien que supiera qué hacer a continuación, era ella.

¿Un momento? ¿No lo he intentado ya?

Quizá el cura pudiera llamarla. Quizá pudiera hacerle llegar un mensaje más rápido que yo sin mi teléfono.

Era un plan patético. Y era el único plan que tenía.

Salí del túnel y me dirigí hacia la iglesia. La gente se marchaba. Bien vestida. Alegre. Supuse que acababa de terminar una misa. La valla que rodeaba el patio estaba adornada con luces. La puerta se abría como una boca.

Justo al otro lado vi a un cura con vestimentas blancas con ribetes dorados. Relativamente joven, pelirrojo. Estaba en las escaleras hablando con un hombre mayor. Un monaguillo sostenía una pértiga con un estandarte decorativo: una imagen del nacimiento y las palabras FELIZ NOCHEBUENA*.*

Nochebuena.

Mientras caminaba hacia la puerta, tropecé, pero no caí al suelo. Me detuve un segundo para recuperar el aliento. La gente pasaba por la acera, esquivándome con cuidado, sin duda recelosos de mi aspecto.

Entonces ocurrió. Un olor —cercano, inmediato— como si algo podrido hubiera abierto la boca justo al lado de mi oído. Mi estómago se revolvió y vomité, allí mismo, en la acera, delante de todo el mundo.

Empezó la visión de túnel.

El mundo se redujo a una pajita negra con bordes temblorosos.

Sentí que me elevaba, no que abandonara mi cuerpo exactamente, sino que me elevaba dentro de él, como si mi cráneo se hubiera convertido en un ascensor y tiraran de mí hacia el cielo. Mi corazón latía con fuerza. Mi cuerpo se sintió de repente fuerte, demasiado fuerte, como si estuviera lleno de electricidad prestada.

—¡Oye, padre! —me oí gritar—. ¡Mírame!

El sacerdote levantó la vista.

La voz de una mujer atravesó el patio.

—¡Es él! ¡El profanador!

La palabra llegó antes de que la entendiera, y luego mi cerebro le dio sentido con un pequeño y desagradable clic.

Lo recordé.

Me giré para echar a correr.

Entonces la vi. Era una mujer bajita, mayor, bien abrigada contra el frío; una de esas feligresas que parecían haber nacido en el banco de la iglesia. Tenía el rostro demacrado por el miedo. Me señalaba con la mano temblorosa.

Me encogí. Detrás de ella, la gente se giraba y volvía los rostros hacia mí. Una ondulación de movimiento. El hombre mayor de las escaleras se movió como para proteger al sacerdote. El monaguillo apretó con más fuerza el asta de la bandera.

Mi zapato rozó el pavimento mientras retrocedía.

—Señor… —dijo alguien. No era un tono amable. No era por curiosidad. Era una advertencia.

Di otro paso y el talón de mi calcetín resbaló.

La mujer menuda volvió a gritar, ahora más fuerte, hacia el patio, a cualquiera que pudiera oírla.

—¡El profanador!

Alguien más se hizo eco de ello.

Y entonces la multitud hizo lo que hacen las multitudes. Empezó

a moverse. No como una estampida, todavía no; más bien como un círculo que se cerraba. Un hombre con una bufanda dio un paso al frente. Otro hombre, más joven y atlético, se acercó desde un lateral. Una voz gritó que llamaran a la policía.

El sacerdote levantó una mano, con la palma hacia fuera.

—¡Alto!

Tenía los ojos clavados en mí. No era odio. Ni siquiera ira. Algo más parecido al horror. Y, en ese instante, el pensamiento más sencillo que se me pasó por la cabeza no fue «soy inocente» ni «este no soy yo».

Juliette.

Si me quedaba allí, si me retenían, si venía la policía y me hacía preguntas que no podría responder, si me diese otro apagón, Juliette se quedaría sola.

Me di la vuelta y eché a correr. O lo intenté. La falta de un zapato me hizo tambalearme. Mi pie con el calcetín golpeó el pavimento. Medio saltando, medio corriendo, mi cuerpo eligió la velocidad antes que la dignidad.

Detrás de mí, pasos. Gritos.

—¡Vuelve!

—¡Oye!

La verja chirrió cuando alguien la empujó para abrirla más. Corrí hacia el parque porque era el único laberinto que conocía. Giré a la izquierda, luego a la derecha, luego otra vez a la izquierda, sin pensar en nada más que en huir. Las luces de Navidad se difuminaron en rayas blancas. Mi respiración era como puñaladas. Un hombre se acercaba a mi espalda; sus zapatos resbalaban, su chaqueta crujía con el viento.

Llegué a la acera y casi me caigo. Me agarré a una señal de tráfico. Los coches pasaban silbando.

Oí a la multitud salir del patio detrás de mí, voces que se solapaban, ira y miedo entrelazados.

—¡El profanador!

No miré atrás. Seguí adelante, cojeando hasta ponerme a correr. Y, entonces, el instinto —más antiguo que el lenguaje— me empujó hacia el norte. Hacia la calle de Velázquez. Hacia el piso.

Hacia Juliette.

Fuera lo que fuera, hiciera lo que hiciera, pensara lo que pensara que iba a hacer a continuación, solo había una cosa que importaba. Volver antes de perderme de nuevo. Giré bruscamente en la esquina.

Parpadeé.

Por un segundo pensé que estaba en la cama.

Ese momento suave y etéreo en el que te despiertas y el mundo es solo peso y calor y la forma de la habitación.

Entonces intenté moverme.

Un pinchazo de dolor me atravesó el hombro —incandescente, inmediato—, tan agudo que me hizo jadear y el aliento salió como un débil gemido animal.

Abrí los ojos de golpe. No era el techo. No era un hotel.

El cielo.

Oscuro, bajo, bañado por la luz de las farolas.

Había caras flotando sobre mí, borrosas por los bordes como si estuviera mirando a través del agua. Alguien decía algo. En español. Más de una voz. Me zumbaban los oídos.

Gases de escape.

Goma caliente.

Un sabor metálico y agrio en la boca.

A medida que mi visión se estabilizaba, vi una farola inclinada sobre mí. Vi luces de Navidad —esos malditos arcos blancos— colgando en algún lugar alto y lejano. Vi la parte de abajo de una furgoneta, o tal vez fuera otro vehículo, y piernas moviéndose a su alrededor.

El tráfico siseaba. Un claxon lejano. Una sirena. Luces intermitentes atravesaban la oscuridad, pulsos azul-blancos que hacían que los rostros sobre mí aparecieran y desaparecieran.

¿Policía?

¿Servicios de emergencia?

No sabría decirlo.

No podía mover el brazo. Notaba el hombro raro, algo suelto dentro de mí que chirriaba cada vez que respiraba.

Una voz de mujer atravesó el ruido.

—Señor. Señor. ¿Está bien?

Intenté responder. De mi garganta solo salían humo y arena. Y en ese instante —tumbado de espaldas, mirando al indiferente cielo invernal— me di cuenta de dónde estaba.

Me muero.

Mientras pasaba por el control de seguridad del aeropuerto de Barajas, en Madrid, Nicholas Rogers fue detenido por la policía española. Tres días después, fue trasladado en avión de vuelta a Dallas, Texas, bajo la custodia de dos agentes federales de Estados Unidos, para ser juzgado por el asesinato de su esposa, Beverly O'Donnell.

El relato que sigue es una adaptación de la cobertura del juicio realizada por Alonso Avellanada, periodista de *The Dallas Morning News*, quien asistió a las vistas y las relató día a día.

DALLAS

Alegatos de apertura

43

—¡En pie!

Ante la llamada del alguacil, la sala del tribunal se llenó de sonidos de pasos arrastrados y de crujidos de bancos de madera en la galería mientras todos se ponían de pie.

—¡Preside la honorable Josephine Reyes!

La jueza subió ágilmente a su estrado.

—Pueden sentarse —dijo a la sala mientras se sentaba y abría una carpeta de color manila de varios centímetros de grosor que reposaba sobre el escritorio ante ella. Tenía el cabello corto y canoso, cortado a la altura de la barbilla. Mirando hacia la sala por encima de unas gafas de media montura para leer, preguntó—: Señor Jester. Señora Miracle. ¿Están listos para proceder?

Desde detrás de las dos mesas de los letrados, los abogados se pusieron de pie. En la mesa situada a la izquierda de la jueza, la más próxima al banquillo del jurado, se encontraba el fiscal del distrito Antoine Jester.

—El estado está preparado, señoría —declaró con voz atronadora. Monumento a la jurisprudencia de 1,96 metros de estatura, el traje de seda gris perla de Jester, la camisa de cuello italiano con puños franceses unidos por sencillos gemelos de oro y la corbata roja de Gucci daban testimonio del hecho de que hacía tiempo que había ascendido en las filas del servicio público hasta

alcanzar el estrato de los cargos electos, donde el servicio y la elevada remuneración son compañeros de cama. Sonrió ampliamente a la jueza mostrando todos los dientes y luego se giró para lanzar una mirada a su oponente.

—La defensa está presente y preparada —repitió Mary Miracle, con una voz grave que contrastaba con su apariencia juvenil y su pequeña estatura. Ataviada con una sencilla falda azul marino y una chaqueta de traje a juego que cubría una blusa dorada, llevaba el cabello castaño oscuro recogido en un moño profesional, aunque intencionadamente suelto, sujeto con un clip de gran tamaño. Las yemas de sus dedos, con uñas cortas de esmalte rojo aplicado con precisión, descansaban ligeramente sobre la mesa frente a ella. Llevaba zapatos casi planos, también de forma intencional, en beneficio del jurado, para enfatizar la diferencia de altura entre ella y Jester. El mensaje del desvalido, David contra Goliat, era sutil pero, según creía, eficaz.

—Muy bien. Tengo aquí las listas de testigos de ambos —dijo la jueza sosteniendo un documento en la mano mientras observaba otro sobre su escritorio—. Si no hay cuestiones preliminares, haremos pasar al jurado y comenzaremos con las declaraciones iniciales.

El retumbante «Muy bien, señoría» de Jester ahogó el asentimiento de Miracle con su «De acuerdo». No obstante, la jueza comprendió que ambos estaban conformes y llamó al alguacil para que convocara al jurado.

Mientras la sala del tribunal aguardaba la entrada de los miembros del jurado, Jester se levantó y revisó los materiales que había dispuesto sobre el caballete frente al banquillo del jurado. No esperaba ninguna artimaña por parte de Miracle, pero uno de los muchos lemas de Jester era: «Confía pero verifica». Aún recordaba

uno de sus primeros juicios como fiscal adjunto cuando, en mitad del alegato final, se volvió hacia su caballete para revelar un cronograma crítico y descubrió que alguien lo había puesto del revés. Nada horrible, pero le rompió el ritmo y le hizo parecer menos preparado ante el jurado. Había lanzado una mirada al abogado contrario, que estudiaba con aplicación sus uñas para ocultar una leve sonrisa; lección aprendida.

Tras confirmar que todo en el caballete estaba en orden, Jester estaba tomando asiento cuando el alguacil volvió a gritar: «¡En pie!».

Todos, incluida la jueza, se pusieron de pie mientras el jurado entraba en fila y ocupaba sus asientos en la tribuna. Una vez todos sentados, Reyes empleó unos veinte minutos para explicar cómo transcurriría la jornada: declaraciones iniciales, pausas para el aseo, almuerzo y demás. Jester escuchaba a medias el monótono discurso de la jueza mientras repasaba sus notas sobre los puntos clave del esquema para su declaración inicial, fingiendo escuchar y asintiendo periódicamente, alzando la vista hacia el estrado, hacia el jurado.

Cuando intuyó que Reyes estaba próxima a terminar, Jester se avivó. Aquella se dirigió a los abogados sobre algunos trámites menores y después pronunció las palabras que Jester había estado esperando: «El Estado presentará ahora su declaración inicial».

El abogado se puso de pie y caminó lentamente hacia el banquillo del jurado, estableciendo contacto visual con cada uno de los miembros a su paso. Se desplazó hacia una posición en el centro del banquillo, donde se encontraba equidistante de los jurados de ambos extremos y podía contemplar el rostro de cada uno. Juntó los pies durante una fracción de segundo; luego elevó el pie izquierdo y lo situó a unos treinta centímetros del derecho, deslizando las manos con naturalidad tras la espalda, pasando así de una posición fingida

de firmeza a la de descanso. Sabía que había dos exmilitares en el jurado y con aquel pequeño movimiento se identificó como un compañero. Percibió un ligero asentimiento de uno de los dos veteranos.

Mientras Jester recorría con la mirada al jurado, su expresión era solemne, los labios ligeramente fruncidos. Sin sonreír —se trataba de un asunto serio—, pero tampoco con el ceño fruncido. Aunque estaba soltero y sin hijos, él lo llamaba su gesto de «padre preocupado».

—Buenos días, señoras y señores. Permítanme agradecerles nuevamente su servicio como jurados, y permítanme prometerles que conduciré este juicio con celeridad, respetando su tiempo. —Su voz profunda recordaba a la de Barry White—. El propósito de las declaraciones iniciales no es debatir los hechos ni persuadirlos. Eso llegará más tarde, en las conclusiones. Mi propósito, y el de la señorita Miracle —indicó con la mano, sin girar la cabeza—, tras mi intervención, es simplemente prepararlos para lo que ha de venir, ofrecerles un esquema de lo que cada uno de nosotros considera que demostrarán las pruebas.

»Van a escuchar a testigos. Algunos serán testigos presenciales que les contarán lo que vieron en relación con este caso. También escucharán a uno o dos testigos periciales que les ofrecerán su opinión profesional sobre elementos de los acontecimientos subyacentes. Y se les pedirá que examinen documentos. Esos testigos, y los documentos que la jueza Reyes admita como prueba, constituyen la base, la única base, sobre la cual deben decidir este caso.

»Los juicios pueden ser un asunto espinoso, complejo. Como estadounidenses, aceptamos eso. Comprendemos que la búsqueda de la verdad es complicada, nunca simple. También reconocemos

que aquí, en la sala del tribunal, lo que está en juego es de suma importancia. Mi mentor, el juez Marshall, solía decir que "existen dos espacios sagrados en el mundo: la sala del tribunal y el quirófano". Es en esos dos espacios en los que las cosas que nos hacemos los unos a los otros como seres humanos tienen potencialmente sus consecuencias más extremas. En ambos escenarios, el desenlace puede ser la muerte.

»En la sala del tribunal, la gravedad de la consecuencia es igual a la gravedad de la acusación: cuanto más extremo sea el presunto delito, mayor es el riesgo. En el caso de asesinato, pues bien, nuestro sistema otorga al acusado todas las facilidades para preparar su defensa, porque la acusación es grave y el castigo es severo. Esto suele conducir a juicios complejos, semanas de pruebas y un desfile interminable de testigos.

Jester hizo una pausa, sacudiendo lentamente la cabeza.

—No es así en este caso. El caso del Estado —sus pruebas— contra el acusado Nicholas Rogers es un caso cerrado —continuó—. Simplemente me remitiré a las pruebas. Presentaremos nuestro caso y las pruebas demostrarán claramente que el acusado asesinó a su esposa. Clara e inequívocamente. Este es el caso de homicidio más diáfano que he visto en mis treinta años de carrera jurídica. Tan diáfano que el Estado requerirá únicamente tres testigos para presentar su caso. Mi exposición será breve… pero devastadora.

»Pero primero lo primero…

»Como saben, este es un juicio por asesinato. A lo largo de esta declaración inicial les expondré lo que las pruebas demostrarán y cómo y por qué el acusado es culpable. Pero, antes, considero que existe un orden apropiado para las cosas. Es importante que todos tengamos claro por qué estamos aquí.

»Este caso, este juicio, no trata sobre el acusado, Nicholas

Rogers. No estamos aquí por él. —Jester se centró intencionadamente en el jurado y observó que algunos de ellos miraban, de forma alternativa, hacia el acusado, al que dirigían algunos vistazos furtivos. Estaba sentado junto a su abogada, Miracle, detrás de Jester.

Jester se volvió solemnemente hacia el caballete y despegó la parte superior de una lámina de papel tamaño póster que cubría su primera prueba. Dobló la lámina cuidadosamente por la mitad varias veces, luego la colocó sobre su mesa mientras permitía que los jurados asimilaran la imagen que había revelado.

—Este caso trata sobre ella. Esta… mujer extraordinaria —dijo contemplando la fotografía ampliada sobre el caballete—. La víctima. Tenía treinta y tres años. Y fue asesinada. —Jester hizo una pausa, mirando a cada miembro del jurado, hasta que todos los ojos se volvieron a posar en él—. Su nombre era Beverly O'Donnell. Era la esposa del acusado, aunque se encontraban en proceso de divorcio.

Jester caminó lentamente hacia el frente del banquillo del jurado, el extremo más cercano al estrado del juez. Observó cómo miraban alternativamente a él y a la fotografía. Lentamente alzó el brazo derecho, con la palma abierta, pero la mano dirigida hacia la mesa de la defensa.

—Ese hombre, el acusado, su marido, Nicholas Rogers, la asesinó.

44

Cuando le llegó el turno a Mary Miracle de dirigirse al jurado, se levantó lentamente y caminó, rodeando la parte frontal de su mesa de los letrados, situada entre esta y el estrado de la jueza. Creía firmemente que debía ocupar el espacio sagrado entre la jueza y los abogados para que el jurado, según su modo de pensar, la asociara con el lado de los letrados que imparten justicia. Jester no lo había hecho.

Se colocó ante el jurado, respiró pausadamente cinco veces antes de comenzar. Había escuchado atenta la declaración inicial de Antoine Jester, no tanto por los detalles relacionados con la muerte de la víctima, pues conocía íntimamente todos los hechos del caso. No, había escuchado con atención, observando, en busca de compasión, emoción, conexión con el jurado. Era una firme creyente en la máxima que dice: «Algunos casos versan sobre hechos, pero todos los casos versan sobre sentimientos».

Miracle contempló a los miembros del jurado con los que Jester había conectado intensamente: tres de las mujeres y dos de los hombres, ambos exmilitares. Los demás habían seguido la intervención de Jester con interés, pero impasibles —incluso cuando este se había adentrado en los detalles del supuesto asesinato*…*—*.* Dos mujeres parecían completamente faltas de empatía hacia Rogers. Miracle no estaba segura de si se habían sentido

predispuestas por culpa de Antoine Jester o si tenían alguna razón para no apreciar a la víctima, pero había algo en su actitud.

Independientemente de sus propios pensamientos respecto a las inclinaciones de cada jurado, se recordó a sí misma que debía dirigirse a todos los miembros por igual, sin cometer el error de evitar el contacto visual con aquellos que parecían haber conectado con Jester ni concentrarse en exceso en aquellos que se mostraban impasibles ante su persona o su discurso. Era fácil prestar más atención a los miembros del jurado a los que uno situaba de su lado, y no solo podía ser una equivocación, sino que se corría el riesgo de recibir recelo del resto. El contacto visual era como una moneda y debía compartirse de manera justa y equitativa entre todos.

Todos estos pensamientos cruzaron por la mente de Miracle mientras realizaba sus cinco inspiraciones y escrutaba al jurado. Luego dio comienzo a su declaración inicial.

—Señoras y señores. —La abogada mantenía su voz ronca justo por debajo del nivel conversacional para atraerlos a todos—. Buenas tardes. Si bien estoy de acuerdo con el señor Jester en que estamos aquí por la víctima, no debemos nunca, ni por UN SOLO momento, durante este proceso… —hablaba con cadencia; imprimía un ritmo a su discurso, el volumen se elevaba en las palabras clave, casi como una predicadora—, perder de vista el hecho de que la libertad de un hombre, en realidad su vida, está en JUEGO, aquí, en esta sala del tribunal —hizo una pausa, juntando sus manos lentamente como si rezara— y que su destino yace en SUS preciosas manos.

»Es una responsabilidad GRAVE y TERRIBLE la que soportáis. Como se nos dice en el Evangelio de Mateo: "Porque con el mismo juicio con que juzguéis, SERÉIS juzgados". —La investigación que Miracle había emprendido sobre el jurado indicaba que todos los miembros eran religiosos y, dada la naturaleza de algunos de los testimonios

que estaban por venir, había decidido apoyarse en esa circunstancia desde el principio—. Todos nosotros estamos sujetos a juicio, aquí en la tierra y en el día final. ¡Pero seremos juzgados por lo que HAYAMOS HECHO! —La voz de la abogada se elevó—. ¡Seremos juzgados por las DECISIONES QUE HAYAMOS TOMADO! —Varios miembros del jurado se echaron ligeramente hacia atrás cuando casi gritó las últimas palabras, que parecieron resonar en la sala del tribunal a pesar de la moqueta barata—. Como debe ser… ¿No es así? —Casi todos los miembros asintieron en señal de acuerdo. Evitó sonreír, pero sintió un aleteo en el vientre. Tenía su atención y su conformidad—. Decisiones. —Miracle hizo una pausa recorriendo con la mirada el banquillo del jurado—. Estado mental —bajó la voz—. In… ten… ción —susurró teatralmente.

Luego repitió, más alto:

—INTENCIÓN.

Entonces alzó la mano y señaló a la jueza.

—La jueza Reyes los informará, más adelante, de que mi cliente, Nicholas, no puede ser declarado culpable de este crimen si no tuvo la INTENCIÓN de cometer el acto. De manera muy similar a un conductor que mata a alguien en un accidente porque sufre un ataque epiléptico…

—¡Protesto! —rugió Antoine Jester, levantándose de un salto de su asiento.

Miracle se volvió para mirar a su oponente, alzando las palmas hacia arriba en un gesto de «¿Qué he hecho?». La jueza levantó la mano señalando «alto», aunque no quedaba claro si se lo indicaba a Miracle o a Jester.

—Señoría, la señora Miracle está…

—¡Letrados! Los dos. Aquí arriba, al estrado, ¡ahora!

Ambos abogados se acercaron al estrado por el lado más alejado

del jurado, y procedieron a hablar en susurros.

—Su señoría, la señora Miracle está entrando de manera inadmisible en la argumentación. No existe prueba alguna de epilepsia en este caso. No en ningún documento que yo haya visto. —Jester fulminó con la mirada a Miracle—. Está intentando confundir al jurado para que crea que el acusado está enfermo cuando no es más que un asesino a sangre fría…

—¡Letrado!

—¡Su señoría!

Tanto la jueza como Miracle interrumpieron al abogado.

—Esto es indignante, su señoría. El señor Jester está protestando, interrumpiéndome, simplemente para distraerme. Para desconcentrarme. No hay…

—¡Ambos! ¡Basta! —espetó Reyes—. Vamos a mantener esto a un nivel profesional o voy a empezar a declarar a los abogados en desacato, ¿queda claro?

Los aludidos se echaron atrás, asintiendo como niños reprendidos.

—Ahora, señora Miracle, voy a admitir la protesta del señor Jester. Debe limitarse a decirle al jurado lo que las pruebas demostrarán. ¿Queda claro?

Miracle se irguió un poco más, dirigió una mirada sonriente al jurado y luego asintió mirando de nuevo a la jueza. Jester sabía lo que ella estaba haciendo, fingiendo ante el jurado que la jueza fallaba a su favor. Se le había adelantado.

—Gracias, señoría —dijo Jester, también sonriendo, un poco más alto que un susurro teatral, que también era para el jurado.

—Muy bien. Ahora, continuemos —dijo Reyes.

Jester regresó a su asiento sonriendo mientras Miracle volvía a su posición frente al banquillo del jurado.

—Como iba diciendo… —se volvió hacia el estrado—, la jueza los informará más adelante de que la ley nos hace responsables solamente de aquellas cosas que ELEGIMOS hacer. Y, como demostrarán las pruebas, de mi cliente, Nicholas, no existe prueba alguna. Y recuerden, señoras y señores, que es responsabilidad del Estado…, es RESPONSABILIDAD del señor Jester…, probar su caso MÁS ALLÁ de toda duda razonable. Como verán, no existe prueba alguna de que mi cliente TUVIERA LA INTENCIÓN de matar a Beverly O'Donnell.

»Van a escuchar una gran cantidad de pruebas. Conocerán las dolencias específicas de Nicholas. De boca de un EXPERTO médico. Y las pruebas, en su TOTALIDAD, demostrarán ambas cosas: que él NO mató a la señora O'Donnell y que, incluso si hizo lo que el Estado afirma, lo cual serán INCAPACES de probar, pero incluso si pueden probarlo, el Estado será INCAPAZ de probar la INTENCIÓN.

Miracle recorrió lentamente con la mirada el banquillo del jurado de un extremo al otro, miembro tras miembro.

—Ahora bien, tengo una pregunta para todos ustedes. —Su tono se volvió súbitamente campechano. Su volumen, coloquial. Ahora había adoptado el modo de vecina de al lado que te invita a tomar una limonada—. Es importante, porque, bueno, esto es MUY inusual en un caso penal… —Miracle hizo una pausa para crear expectación —. ¿Cuántos de ustedes ven programas sobre CRÍMENES? —Alzó la mano, sonriendo—. Yo, por ejemplo.

Una a una las manos se alzaron hasta que todos los miembros del jurado asintieron. Un segundo acuerdo sólido con el que manifestaban cercanía con ella. El gesto no le pasó desapercibido a Jester.

—De acuerdo. —Miracle dio un par de pasos atrás, hasta que su trasero chocó contra la mesa de los letrados de Jester. Colocó las manos detrás de ella, apoyándose en la mesa, posándose con

naturalidad y bloqueando la visión que tenía Jester de una parte del jurado, que ahora tampoco lo veían a él. Quedaba así eliminado de la ecuación—. Así que todos ustedes habrán oído hablar entonces del DERECHO contra la autoincriminación. Acogerse a la QUINTA enmienda, ¿correcto?

El jurado asintió.

—Eso significa, tal como dicen en todas las series cuando leen los derechos, que… —Miracle hizo el gesto de las comillas con los dedos— tienen DERECHO a permanecer en silencio. Se trata de un derecho constitucional y se aplica no solo en el momento del arresto, sino durante todo el proceso hasta ahora, hasta el juicio. —Se apartó suavemente de la mesa de los letrados y se irguió, estirando su chaqueta desde el botón central, haciendo que resaltara el pin de la bandera del estado de Texas que llevaba prendido en la solapa—. En muchas ocasiones, en casos criminales, la mayoría de los acusados se acogen a la quinta, lo que significa que ejercen su DERECHO a no testificar. Es el derecho de todo ciudadano, sin duda. Y la jueza siempre les advertirá, porque es la LEY… —elevó la voz—, la jueza les advertirá que no deben considerar la negativa a testificar como una inferencia de culpabilidad. Pero, bueno, siempre nos preguntamos por qué alguien no quiere subir a la tribuna en su propia defensa, ¿no es así? ¿Qué están ocultando? —Miracle rio entre dientes—. ¡Es la naturaleza humana! ¿Tengo razón? ¡No deberíamos, pero lo hacemos!

Buena parte de los miembros del jurado asintió con la cabeza, un par intercambiaron miradas cómplices entre ellos.

—Pues bien, estoy aquí para decirles que, en este caso, escucharán la verdad DIRECTAMENTE de la propia fuente. Les prometo que antes de que concluya este caso… —La abogada se volvió para mirar a Nicholas y asintió lentamente mientras lo hacía. Luego se

giró de nuevo hacia el jurado—: Tengo el ORGULLO de informarlos de que Nicholas Rogers subirá a ESA TRIBUNA —señaló el estrado de los testigos— en su defensa, y les dirá la VERDAD. Él les contará lo que REALMENTE sucedió. Porque así es él. No tiene NADA que ocultar. —Miracle sacudió la cabeza—. Nada que ocultar. Nada que ocultar.

»Y, una vez que ESCUCHEN la historia de Nicholas, no tendrán más opción que declararlo inocente.

»No tendrán ninguna otra opción.

»Quiero agradecerles de antemano su atención a los detalles, a los hechos, de este caso. Y por adherirse a su JURAMENTO de hacer que el Estado cumpla con su cometido: la prueba MÁS ALLÁ… de toda duda razonable —concluyó eufórica.

Lara Baxter

Amiga de la víctima

45

—El Estado llama a Lara Baxter —dijo Antoine Jester.

Enseguida una mujer de unos cuarenta años se acercó al estrado de los testigos y tomó asiento. Vestía un traje de pantalón gris pálido con una camisa azul llamativa y joyas discretas.

Tras prestar juramento, Jester comenzó a interrogarla, permaneciendo de pie tras su mesa, con un bloc de notas amarillo y un bolígrafo en las manos.

—Por favor, indique su nombre legal completo para el registro.

La testigo arrugó la nariz.

—Lara Sue Baxter —respondió, y puso los ojos en blanco al pronunciar el «Sue»—. La familia de mi padre es del sur. No los uso nunca.

—De acuerdo —sonrió Jester—. ¿Debería llamarla señora Baxter?

—Por favor, Lara está bien.

—De acuerdo, Lara. ¿Puede decirnos, decirle al jurado…, cómo conoció a Beverly O'Donnell, la víctima?

—Por supuesto. Pues verá, Beverly y yo nos conocimos en realidad a través de nuestros maridos. —Los ojos de Lara se desplazaron hacia la derecha de Jester para mirar a Nicholas. Asintió en su dirección mientras continuaba—. Samuel y Nicholas trabajaron juntos en la universidad. Samuel comenzó a trabajar allí unos años después que Nicholas, y hacían esta cosa para los recién llegados, la

universidad lo hacía, quiero decir, en la que los cónyuges del profesorado se ofrecían como voluntarios, embajadores los llamaban, para ayudar a los novatos y a sus familias a instalarse, a orientarse en Dallas, ese tipo de cosas. Bueno, Beverly era una de ellas, una embajadora, y me la asignaron a mí, o yo a ella, como quiera que lo hagan. En cualquier caso, nos conocimos probablemente la primera semana después de que Samuel y yo llegáramos a Texas, y simplemente congeniamos.

—¿Cómo era ella?

—Bev… Vaya…, eso es… Ella era lo que mi abuela habría llamado un auténtico torbellino. Era tremendamente enérgica. Atlética. Le encantaba correr. Adoraba el aire libre. La jardinería. Pero su pasión, su verdadera pasión, era la historia. Tenía un máster en Historia y estaba en proceso de obtener su doctorado cuando se conocieron, ella y Nicholas. Estuvieron juntos entre mayo y diciembre. ¿O fue entre mayo y septiembre? Ella tenía veintisiete años cuando se casaron. Nicholas acababa de obtener la titularidad. Creo que él tenía como cuarenta y uno, ¿no? ¿Eso son catorce años?

Las cejas de Jester se fruncieron.

—Catorce…, quiere decir…

—Sí, cuarenta y uno. Esa era la diferencia de edad entre ellos, catorce años. Así que él tenía cuarenta y uno, y ella, veintisiete.

Lara contó con los dedos.

—Entonces ¿cuántos años fueron amigos?

—¿Seis años? Bueno, con ella cinco. Menos…, obviamente.

—¿Porque murió?

—Sí.

—¿Puede contarle al jurado acerca de su relación, la de Beverly con el acusado, desde que los conoció hasta que decidieron divorciarse?

—Era complicada. Quiero decir, estaba la diferencia de edad, sin duda. Pero también había… —Lara miró brevemente a Nicholas y después apartó la vista—. ¿Sabe cuando hay parejas que no terminan de encajar? —Se encogió de hombros—. Nicholas estaba verdaderamente entregado a su escritura. Ya tenía la titularidad, como he dicho. Así que todo giraba siempre en torno a «la novela». —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—. Quiero decir, así era como lo llamaba Bev. Llevaba trabajando en ella desde que se conocieron. Aquella…, la que iba a hacerle célebre, respetado, todo ese tipo de cosas. Al principio, era lo único de lo que hablaba. Formaba parte de lo que ella amaba de él, su pasión por ello. Pero con el paso del tiempo, al no dar fruto, se convirtió en un punto de fricción entre ambos.

—¿En qué sentido?

—Bueno, como dije, Bev era una mujer de armas tomar. Estaba completamente volcada en su carrera. Y publicaba artículos, textos de índole académica, constantemente enfocada en ascender. Creo que llegó un momento en que… comenzó a pensar que Nick simplemente se estaba conformando. En su trabajo. En no terminar «la novela». Y eso la frustraba.

—Entonces ¿sería justo decir que ella lo dejó a él? ¿Que lo plantó?

Mary Miracle hizo el ademán de levantarse para objetar, pero lo pensó mejor y permaneció sentada.

—Ah, sí. —Lara suspiró—. Lo… lo más difícil es que ella empezó a salir con Gary antes. Antes de decirle a Nick que quería el divorcio, quiero decir. Estaba como planeando su siguiente movimiento antes de resolver las cosas en su… situación.

Jester asintió y aguardó.

Lara, visiblemente incómoda con el silencio, prosiguió:

—Fue incómodo porque todos…, quiero decir, en nuestro círculo social y en el departamento…, el Departamento de Literatura de la universidad…, sabían de ellos…, Bev y Gary…, antes de que Nick se enterara. Bueno, antes de que Bev pidiera el divorcio. No creo que él se enterara hasta que empezaron los trámites del divorcio.

—¿Esto le enfadó?

Lara hizo una pausa, con los ojos alzados, mientras reflexionaba.

—No creo que Nick sea de los que se enfadan. Quiero decir, no es que sea impetuoso ni nada por el estilo. Es muy mesurado. Lógico. Creo que estaba más herido que enfadado, ¿sabe? Especialmente…, bueno, a Bev le costó muchísimo sacar el asunto a la luz.

—¿A qué se refiere?

—Bev no era muy dada a la lógica o las explicaciones. Era más… dramática, ¿sabe? Así que, cuando ocurrió el accidente, creo que lo utilizó como excusa para poner las cosas en marcha.

—¿Puede contarnos eso?

—Bueno, sí… Nicholas y ella volvían a casa después de cenar en un restaurante del centro, Nicholas conducía. Y este chaval, digo chaval…, creo que tenía veintidós años, ¿no? En fin, se salta un semáforo en rojo y los embiste por el lateral. El coche de Nicholas y Bev dio varias vueltas. Se desplegaron los airbags. Todo un espectáculo. Los paramédicos vinieron y los llevaron a todos al hospital. Nicholas se golpeó la cabeza contra la ventana del lado del conductor. Al parecer, su airbag lateral no funcionó. Beverly resultó bastante magullada, pero en general se encontraba bien. Pero el muchacho que conducía el otro coche… falleció en el acto.

—Dios mío. —Jester sacudió la cabeza—. De modo que fue un accidente grave. ¿Y cuándo sucedió esto?

—Oh, sí. Hace cosa de dos años ya. Y sí, muy grave. Nicholas

estuvo inconsciente, en coma, o como se diga, durante casi una semana. A Beverly la atendieron y la dieron de alta. Pero no regresó a casa. Quiero decir, sí volvió, pero luego iba y venía para estar pendiente de él. Nos turnábamos, en realidad, para cuidar de Nicholas. A veces juntos, y a veces yo le daba un respiro. Samuel también, debo añadir. Los tres nos lo repartíamos, por decirlo de algún modo.

—Ahora bien, ha dicho que estuvo en coma aproximadamente una semana, el acusado, ¿de modo que luego su estado mejoró?

—Ah, sí. Volvió al trabajo, a la enseñanza, probablemente tres semanas después del accidente. Lo recuerdo porque sé con certeza que había vuelto al trabajo un mes después. Porque un día Sam llegó a casa y me contó que Nick le dijo que iban a divorciarse. Según Nick, Beverly pensaba que el accidente había sido culpa suya. Se lo achacaba a él y a su forma de beber.

—Pero creía que había dicho que la culpa fue del otro conductor…

—Así fue. Totalmente. Quiero decir, ni siquiera le pusieron a Nicholas una multa, o sanción, o lo que sea. Fue el chaval quien los embistió lateralmente… y después descubrieron que iba colocadísimo. Ketamina, creo. Ya no recuerdo qué droga…, pero, aun así…, según Beverly, Nicholas se había tomado un par de copas de vino durante la cena. Y ella pensaba que, de no haberlo hecho, habría evitado el accidente. Así que, para ella, él también tenía la culpa. Ese era su razonamiento. No tenía sentido, lo sé. Pero ese era su razonamiento… según Nick.

—¿Por qué dice «según Nick»?

—Bueno… —Lara se aclaró la garganta—. Sabía que lo iba a preguntar. Verá, eso es lo que Nick le contó a Sam, porque eso fue lo que Beverly le contó a Nick. —Miró a Nicholas—. Pero… —Respiró

hondo—. Bueno, cuando hablamos, Bev y yo, ella admitió que el accidente era solo una excusa. Un «momento decisivo» lo llamó. Dijo que necesitaba algo, una razón para terminar las cosas. Decía que no quería herir los sentimientos de Nick, así que utilizó el accidente como excusa. Pero esa no era la verdad.

—¿Qué quiere decir?

—La verdad era mucho peor.

En ese momento la jueza Reyes decretó un receso para visitar los baños.

46

Tras el receso, Antoine Jester reanudó su interrogatorio a Lara Sue Baxter.

—Usted ha indicado que la verdad era mucho peor. ¿Qué cree que condujo a su divorcio? ¿El del acusado y Beverly?

—Bueno, con el tiempo Bev culpó a Nicholas de todo tipo de cosas. Pero creo que eso era para justificar su relación con Gary. Para hacer que Nick pareciera el malo. ¿Yo, personalmente? No lo creo, sé lo que realmente sucedió. Verá, Bev se había quedado embarazada.

Jester se volvió para mirar al acusado, y todos los ojos de la sala del tribunal hicieron lo mismo.

Nicholas estaba sentado a la mesa de la defensa, junto a su abogada, Mary Miracle. Vestía un traje oscuro, con camisa blanca y corbata burdeos. Sus ojos permanecían fijos en Lara Baxter. Quienes lo observaban vieron que, mientras ella pronunciaba esas cinco palabras, su tez primero enrojeció y palideció. Tragó con dificultad y levantó la mano izquierda hacia el rostro, frotándose los ojos. Miracle se inclinó hacia él y le dijo unas palabras. Nicholas asintió, tomó aire, se irguió en su asiento y volvió la mirada hacia Baxter, cuyos ojos se habían desplazado de nuevo hacia Jester.

—¿Dijo quién era el padre?

—Sí lo dijo. Verá, Gary había estado de año sabático el semestre

anterior al accidente. En Escocia. Así que, aunque seguían viéndose, ella estuvo en Nueva York unos meses sin él. De modo que… pensaba…, estaba segura de que era de Nick.

Todas las miradas se desplazaron de nuevo hacia Nicholas, quien, esta vez, garabateaba en un bloc de notas mientras Miracle se inclinaba para leer lo que escribía.

—¿Qué pasó? ¿Con el bebé?

—Bueno…, independientemente de quién fuera…, Bev no se encontraba en un momento, profesionalmente hablando, en el que quisiera tener hijos. No sé si alguna vez los había querido. Tenía ideas muy claras sobre lo que quería lograr. Como dije, Beverly era una mujer de armas tomar. Eso tiene sus aspectos positivos, pero también algunos negativos. Ella no era… Quiero decir, no es que… En la mente de Beverly… —Lara hizo una pausa, mirando hacia arriba y a su izquierda, pensativa—. Supongo que lo que intento decir es que Beverly no era muy dada a la reflexión ni a la autocrítica. No creo que fuera… Hay una diferencia entre ser narcisista y simplemente tener mucha confianza en uno mismo, ¿de acuerdo? Y no creo que Beverly fuera una narcisista *per se*, pero tenía mucha seguridad en sí misma. Y en lo que quería. Muchísima seguridad. Y, cuando se decidía por algo, pues eso era todo. Bueno, quiero decir, el 6 de mayo. Era su cumpleaños. Tauro. ¿Qué se le va a hacer? —Lara se encogió de hombros.

—No creo que haya respondido a mi pregunta, Lara.

La testigo hizo una mueca.

—Perdone. ¿Podría repetirla? Perdí el hilo…

—El bebé, ¿qué…?

—Ah, claro. Bueno, Bev interrumpió el embarazo.

—Ahora, esto es importante. Lo que voy a preguntar.

Lara se inclinó hacia delante. Al igual que varios miembros del

jurado.

—Según su conocimiento, ¿informó Beverly O'Donnell al acusado acerca del embarazo o del aborto?

Lara hizo una pausa, como si reflexionara sobre la pregunta.

—Creo que lo que está diciendo… Puedo afirmar, definitivamente, según mi conocimiento, que Bev nunca le contó a Nick lo del bebé.

—¿Es posible que el acusado supiera lo del aborto?

—Sí, pero estoy bastante segura de que ella no se lo dijo antes del aborto. Si lo hizo, habría sido después. Y, además, ella nunca me dijo que se lo hubiera contado. Jamás.

—¿Por qué está segura de que no se lo dijo antes de someterse al aborto?

—No se lo dijo ni a él ni a Gary, ni a nadie, para el caso. Lo sé porque me llamó… Recuerdo que era un martes… y me dijo que necesitaba mi ayuda. Que era una emergencia. Vino a recogerme, y, mientras conducía hacia la clínica, fue entonces cuando me lo contó todo.

—¿De camino al aborto?

—Sí. En el coche. Y fue muy clara, nadie lo sabía excepto ella y yo.

—Así que, resumiendo entonces, en su opinión, la víctima, Beverly O'Donnell, utilizó la excusa del accidente de coche para solicitar el divorcio, pero en realidad fue porque estaba a punto de interrumpir un embarazo, el embarazo de un bebé que ella creía que era de él…

Mary Miracle se levantó de su asiento.

—Protesto, señoría. Eso no es una pregunta. El letrado está testificando.

—Se admite. —La juez Reyes negó con la cabeza, mirando al

fiscal del distrito—. Señor Jester…

El aludido levantó las manos y asintió. Bajó la mirada hacia sus notas durante unos instantes.

—¿Qué ocurrió con su relación, la suya y la de Samuel, con ellos después de que anunciaran su divorcio?

—Fue complicada porque Samuel estaba muy unido a Nicholas. Y quería seguir estándolo. Así que intentamos reservar tiempo para cada uno de ellos, por separado. Pero no funcionó muy bien. Bev y Gary eran pareja, así que podíamos hacer…, ya sabe, cosas de parejas. Pero Nicholas no… no estaba saliendo con nadie…, así que resultaba incómodo. Y entonces… —Lara hizo una pausa para aclararse la garganta—, y entonces Samuel murió.

—Lo siento muchísimo. Debió de ser terrible.

—Gracias.

—Y eso la llevó a organizar una celebración en memoria suya en su casa el pasado diciembre, ¿es correcto?

—Así es.

—¿Y Beverly falleció entonces?

—Sí.

—Cuéntele al jurado lo que ocurrió ese día.

—Dios mío. Cuánta tragedia. —Lara respiró hondo y exhaló temblorosamente.

—Lo sé. Lo siento muchísimo.

Lara asintió en respuesta, con los ojos humedecidos. La jueza Reyes se inclinó hacia ella para pasarle una caja de pañuelos de papel.

—Gracias. —La testigo tomó la caja y sacó un par de pañuelos. Tras secarse los ojos y respirar hondo varias veces, prosiguió—: Bueno. Fue un sábado. La ceremonia para la celebración de la vida. Supongo que lo importante tiene que ver con Beverly y Nicholas.

Beverly llegó temprano para ayudar con los preparativos. Ella y Sheila, otra amiga, se encargaron de la mayor parte de la organización por mí. Organizaron una de esas cosas tipo comida compartida. Beverly era buena en muchas cosas, y sumamente organizada. Pero, incluso ella lo admitiría, era una cocinera lamentable. Su aportación habitual para cenas y eventos similares era, o bien una botella de vino… o dos…, o ese ponche de café irlandés que solía preparar. Honestamente, incluso el ponche dejaba mucho que desear. Como dije, no era buena cocinera y ni siquiera se le daba bien mezclar cosas. Pero, en fin, preparó su ponche para el velatorio.

—¿Qué llevaba, lo sabe?

—Sí lo sé, en realidad, porque la vi prepararlo ese día. Llevaba café, Bailey's, algo de nata y azúcar.

—¿Se refiere al Bailey's Irish Cream, el licor?

—Así es.

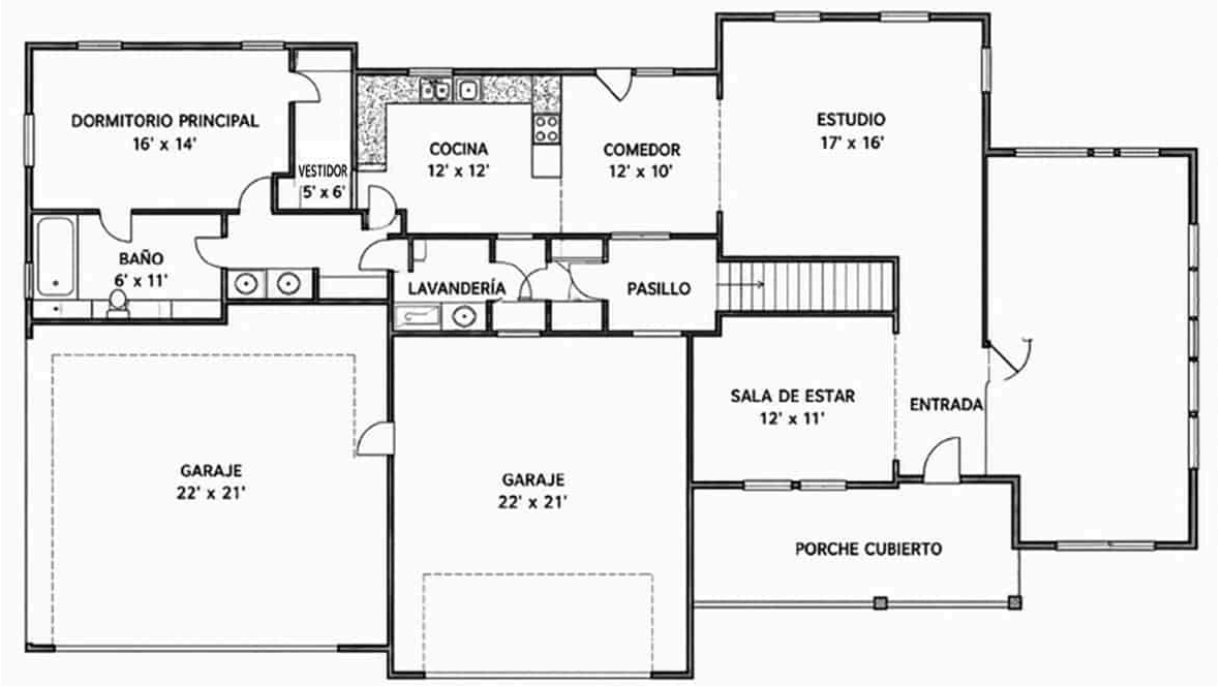
—¿Cómo lo sirvió?

—Bueno, la comida estaba toda dispuesta en el comedor, al fondo, junto a la cocina. Así que la gente podía entrar, coger lo que quisiera y luego sentarse en el estudio o en la sala de estar en la parte delantera de la casa. La ponchera estaba sobre la mesa del comedor.

—¿Hacia la parte trasera de la casa?

—¡Protesto! —Se puso en pie Miracle—. El señor Jester está testificando de nuevo.

—Retiro la pregunta, señoría. Hay una manera más sencilla de hacer esto. ¿Puedo mover el caballete? —preguntó a la jueza, quien asintió con la cabeza. Jester adelantó el caballete y lo ajustó de modo que quedara visible tanto para el jurado como para la jueza y la testigo.



—¿Reconoce este dibujo?

—Sí. Es un plano de mi casa. La comida estaba dispuesta en la habitación marcada como comedor, mientras que todos estaban más o menos concentrados en el estudio y la sala de estar.

—¿Y el ponche de Beverly?

—Estaba en el comedor, sobre la mesa del fondo, cerca de la puerta que da al porche trasero.

—De acuerdo —asintió Jester, bajando la mirada hacia su bloc de notas—. Ahora bien, hay dos cosas que sucedieron esa tarde sobre las que quiero que informe al jurado. En primer lugar, ¿vio usted al acusado en el velatorio?

—Sí —respondió Lara—. Beverly iba a marcharse un rato con Gary para ir a ver a la madre de Gary. Está en una residencia. Pero se toparon con Nicholas enfrente de la casa.

Lara prosiguió explicando cómo Nicholas y Beverly habían conversado en la acera. Habían discutido y Beverly y Gary habían vuelto a entrar en casa de Lara.

—¿Le pareció inusual que volvieran a entrar? —preguntó Jester.

—En realidad, no. Solo se marchaban para visitar a la madre de Gary. Beverly tenía planeado volver de todas formas. Y, después de la pelea de fuera, Bev estaba disgustada. Gary todavía quería ir a ver a su madre…, y de hecho fue. Pero Bev como que proyectó su cabreo con Nicholas en Gary. Sinceramente, creo que tal vez lo utilizó todo como excusa para librarse de ir a ver a la madre de Gary —rio Lara. Varios de los miembros del jurado sonrieron—. Pero, en fin, Gary entró y se quedó con ella un rato, quizá quince minutos, hasta que se calmó. Luego se marchó.

—¿Y Nicholas?

—Bueno, debió de superar lo que fuera que le estuviese molestando, porque aproximadamente una hora más tarde, cuando regresaba del cuarto de baño, me topé con él.

—¿Dentro de su casa?

—Sí.

—Entonces, para que quede claro, después de que discutiera con Beverly, ¿se topó con el acusado dentro de su casa?

—Así es.

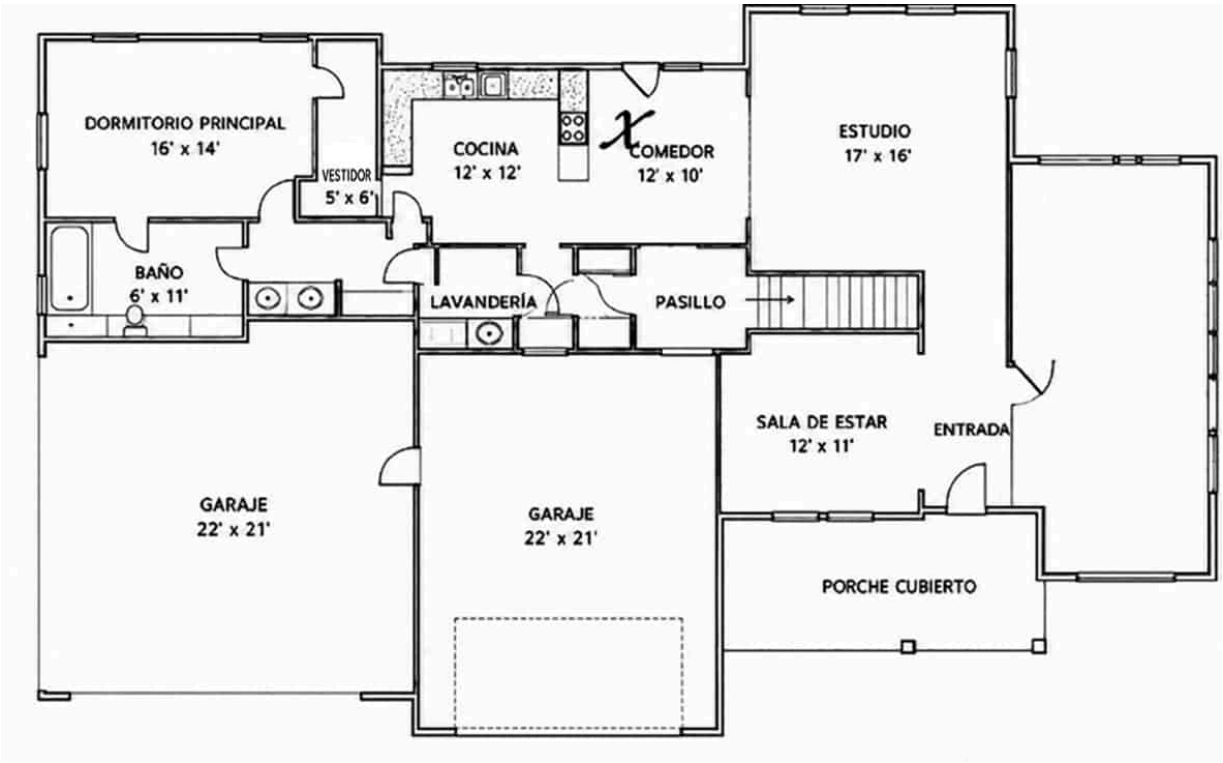
—¿A qué hora? ¿Y puede indicar dónde? En el plano.

—Eran alrededor de las cuatro y media. Recuerdo que fue justo hacia el final de los elogios fúnebres que todos compartimos. Y me sorprendió que estuviese allí y que no hubiese intervenido…, ya sabe, que no hubiese compartido algo sobre Samuel. Pero sí. De repente, ahí estaba él. Justo ahí, en el comedor. —Lara señaló hacia el plano.

—¿Puede indicarme exactamente dónde? —Jester se acercó al caballete y mantuvo la pluma suspendida sobre el comedor hasta que Lara dijo: «Ahí».

—¿Aquí? —Jester hizo una X en el lugar.

Lara asintió con la cabeza.



—Necesita responder de forma audible, señora Baxter. Para el secretario judicial. No puede registrar movimientos de cabeza —amonestó suavemente la jueza Reyes.

—Disculpe, sí. Ahí —respondió Lara obedientemente, señalando con un pañuelo.

—¿Y puede explicarnos lo de compartir los elogios fúnebres?

—Sí. El padre O'Leary dijo unas palabras y luego abrió el turno a cualquiera que quisiera compartir un recuerdo o una anécdota sobre Samuel. Mucha gente lo hizo. Probablemente duró unos cuarenta y cinco minutos.

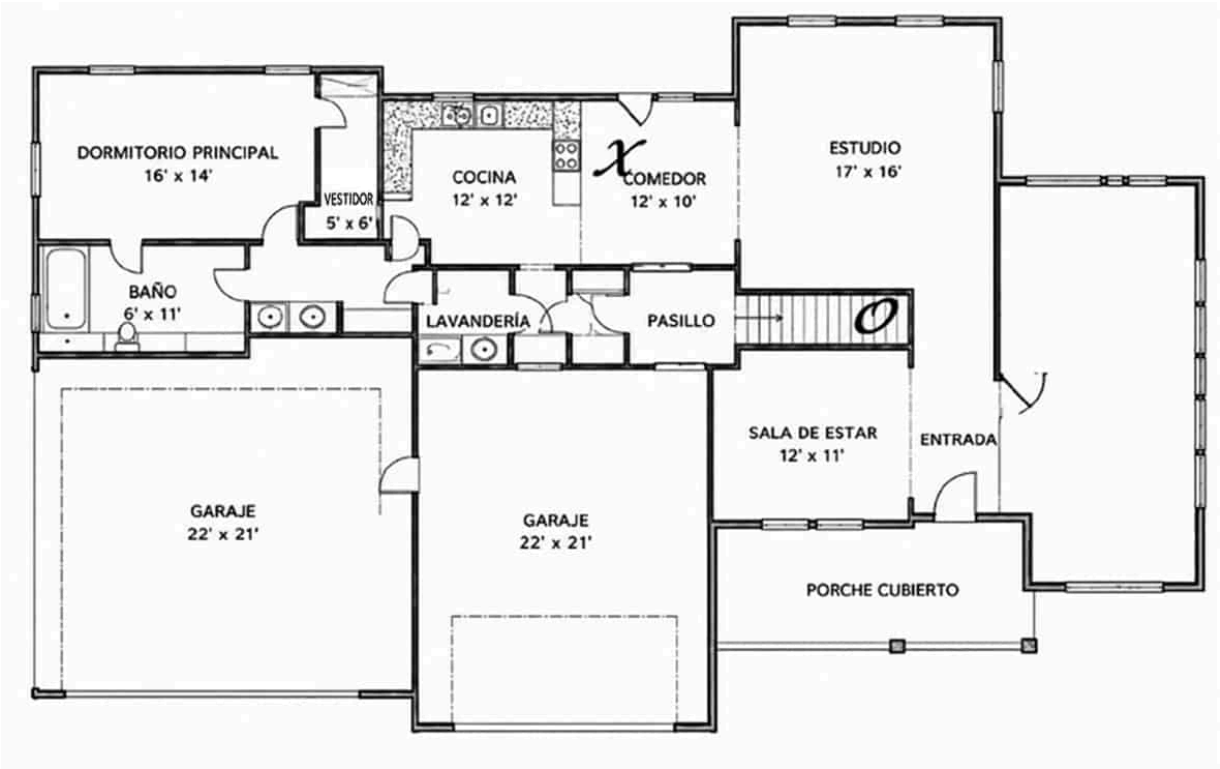
—¿Y dónde ocurrió eso exactamente?

—Aprovechamos las escaleras, ya que están situadas entre la sala de estar y el estudio, para que los oradores se colocaran en el

segundo o tercer escalón. Así todo el mundo podía verlos y oírlos desde ambas estancias.

—¿Podemos marcarlo con una O? —Jester así lo hizo.

—Sí, así es.



—Entonces ¿todas las miradas estaban centradas en esas escaleras, apartadas del comedor, durante los elogios fúnebres que compartieron?

—Sí, supongo que sí.

—¿Sabe usted a qué hora entró Nicholas en la casa?

—No.

—¿Sabe a qué hora se marchó del velatorio?

—No.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre el momento en que vio a Nicholas fuera de la casa, la discusión con Beverly y cuando se lo

encontró después de los elogios fúnebres?

—Bueno, aproximadamente una hora. Porque, como ya he dicho, la ceremonia de los elogios duró alrededor de cuarenta y cinco minutos. Y empezamos justo cuando Gary se marchó. Así que, suponiendo que estuvo con Beverly unos quince minutos después de la discusión con Nicholas en el exterior, eso sería…, sí…, aproximadamente una hora.

—Cuéntele al jurado su interacción con el acusado cuando lo vio dentro de su casa.

—Bueno, me sorprendió verlo. No lo había visto entrar. Pero habría cincuenta personas en la casa, todas yendo y viniendo constantemente. Y recuerdo que me abrazó y me dijo, bueno, me ofreció sus condolencias. Y luego dijo que simplemente iba a escabullirse e hizo un gesto hacia la puerta trasera. No fue gran cosa. Un par de minutos.

—¿Había estado el acusado en su casa con anterioridad?

—Oh, sí. Muchas veces.

—De modo que ¿conocería bien la distribución de esta?

—Sin duda alguna.

—Si quiso escabullirse por la parte trasera, ¿es razonable suponer que entró por ese mismo lugar?

—¡Protesto! —Miracle se levantó de su asiento—. La pregunta busca suposiciones en lugar de…

—Retiraré la pregunta —cortó Jester. Asintió para sí mismo y pasó la página de su bloc de notas—. De acuerdo. Ahora hablemos del final del velatorio.

—Bueno, el final llegó de manera bastante abrupta. Aproximadamente una hora después de ver a Nicholas, Beverly se sentó conmigo. Pude percibir que algo no iba bien. Parecía algo aturdida. Y arrastraba un poco las palabras al hablar. No mucho,

pero lo suficiente como para notar que algo no iba bien. Al principio pensé que quizá había tomado demasiado vino o ponche o lo que fuera.

—¿Beverly… bebía alcohol?

—¡Oh, sí! A Bev le encantaba… Bueno… —Lara se tapó la boca con la mano y tosió—. Quiero decir, no es que fuera alcohólica ni que se emborrachara mucho ni nada de eso. Lo normal. ¿Sabe? Vino blanco. Margaritas. Y le encantaba ese ponche. Pero ya sabe. Como… un acto social. Una bebedora social.

—Y cuando se sentó con usted…

—Sí, bueno, se sentó conmigo durante un rato, y luego empezó a cabecear. Se quedaba dormida. Y fue entonces cuando Angie, Angela Richter quiero decir, vino a verme y me dijo que un par de invitados no se encontraban bien. Uno de ellos había vomitado en el patio trasero porque otro estaba en el aseo de cortesía haciendo lo mismo.

—¿Qué pensó entonces?

—Bueno. Pensé, ya sabe, comida compartida… Había platos con mayonesa. Unos huevos rellenos. Unos bocadillos de ensaladilla de atún. Supuse que quizá algo estaba en mal estado y que eso era lo que estaba ocurriendo. Así que le pedí a Angie que se quedara con Bev, porque seguía comportándose de forma extraña, mientras yo iba a comprobar cómo se encontraban los enfermos. Y no estaban en buen estado. Con muchas náuseas. Afortunadamente, ambos estaban acompañados de sus cónyuges y decidieron irse a casa. Más tarde supe que acabaron en el hospital.

—¿Y Beverly?

—Cuando regresé al sofá, estaba dormida, la cabeza reposaba sobre el hombro de Angie. Así que decidimos despertarla y llevarla a mi dormitorio hasta que Gary regresara. Él volvió de ver a su madre

alrededor de las 18:30.

—¿No tenía náuseas?

—No entonces, no. Solo tenía sueño —sollozó Lara—. No sé si habrían podido hacer algo de haber llegado antes al hospital. —Se encogió de hombros—. Simplemente pensamos que había bebido demasiado. Bueno, así era, pero no de la manera que pensábamos.

—¿Qué sucedió cuando Gary regresó?

—Bueno, intentó despertar a Bev. Pero ella no reaccionaba. Parecía encontrarse bien. Simplemente dormida. Respiraba con normalidad y todo eso. Pero estaba inquieta, como si se moviera y gimiera, pero no despertaba. Le contamos a Gary lo de la intoxicación alimentaria. Y…, bueno, Bev sabía aguantar bien, ya sabe, como dije. Quiero decir, no era de las que se emborrachaban fácilmente. Así que nos pareció extraño que se hubiera excedido tanto. Especialmente tan temprano. Y entonces se incorporó y, ¡zas!, vomitó allí mismo, directamente en la cama. Entonces Gary decidió, y todos estuvimos de acuerdo, que debía llevarla al hospital.

—¿Y entonces?

Lara negó con la cabeza.

—Bueno, con tres personas enfermas, decidimos dar la noche por terminada. Así que Sheila tomó las riendas, por así decirlo, y pidió cortésmente a todos que se marcharan.

Jester asintió, pasando otra página de su bloc de notas.

—Tan solo una cuestión más, Lara. ¿Qué sucedió con la comida?

—Bueno, varias cosas. Algunas personas habían traído su comida en recipientes rígidos, como Pyrex o Corning Ware. Así que se llevaron las sobras en sus recipientes. Por supuesto, había otros alimentos en recipientes desechables, de plástico o aluminio. Todo aquello simplemente se tiró a la basura. —Se encogió de hombros—. Quiero decir, sé que parece un desperdicio. Pero, con tres personas

enfermas, no parecía prudente correr ningún riesgo.

—De acuerdo. ¿Qué sucedió después?

—La policía llegó tarde, alrededor de las once de la noche.

—¿Por qué acudieron a su casa?

—Bueno, recibieron una llamada del Departamento de Salud. Al parecer, los hospitales informan al Departamento de Salud si sospechan de una intoxicación alimentaria, que en aquel momento estaban calificando como botulismo. Y, si hay varios casos, el Departamento de Salud contacta con la policía. Y después de Beverly, y dos o tres personas más que informaron haber sido envenenadas en el mismo lugar, llamaron a la policía. Así que vinieron y se lo llevaron todo. Toda la basura. Todo lo que quedaba.

—¿Y Beverly?

—Fue sencillamente espantoso. Fui a verla al día siguiente y estaba completamente ida. La tenían intubada. Gary estaba allí. Le estaban administrando fluidos y algún tipo de antitoxina para el botulismo. —Lara sacudió la cabeza—. Las otros pacientes salieron. Quiero decir, del hospital. Se recuperaron y fueron dados de alta. Beverly no.

—¿En qué sentido?

—Estuvo en coma durante cuatro días —suspiró Lara—, y luego falleció.

—¿De qué murió?

—Protesto, señoría. —Se puso en pie Miracle—. La señora Baxter no es una experta ni una doctora. Cualquier testimonio que pueda ofrecer sobre la causa de la muerte serían rumores. Si usted…

—Está bien, señoría —interrumpió Jester—. Podemos presentar esa prueba a través del médico forense.

—Muy bien —convino la jueza Reyes.

El abogado volvió a la primera página de su cuaderno.

—Creo que casi he terminado —dijo hojeando sus notas para asegurarse de que había cubierto todos los puntos clave que necesitaba obtener de Lara. Pasó una página, después otra. Luego dejó el bloc de notas sobre la mesa de los letrados—. Una última pregunta. ¿Asistió usted al funeral de Beverly?

—Sí. Aproximadamente una semana después de que muriera.

—¿Estaba allí el acusado?

—No estaba.

—¿Sabe usted dónde estaba?

—Estaba en Europa. España. Escondido, supongo.

—¡Protesto! —rugió Miracle.

—Le cedo la testigo.

47

Mary Miracle se inclinó y se acercó al oído de Nicholas, después giró la cabeza y escuchó mientras él respondía en susurros. Miracle asintió. Luego, incorporándose lentamente, clavó la mirada en Lara Baxter.

—Señora Baxter…

—También puede llamarme Lara.

—Y no dude en llamarme Mary. Lara, me gustaría volver sobre la ceremonia de la celebración de la vida, brevemente. Solo dos cuestiones. La primera… —Miracle repasó sus notas hasta encontrar lo que buscaba—. Lara, ha dicho antes, y cito textualmente: «Bev como que proyectó su cabreo con Nicholas en Gary». ¿Puede explicarlo?

—Por supuesto. Bueno, como he dicho, Bev era de armas tomar. Y una vez que se le metía algo en la cabeza… Así que no lo escuché todo, la discusión que tuvieron fuera, pero estaba muy disgustada…, primero con Nicholas. Luego parecía molesta con Gary por no plantarle cara a Nicholas allí fuera, delante de mi casa. Y ella como que arremetió contra él por ese asunto. Pero, como he dicho, creo que solo buscaba una excusa para no tener que visitar a la madre de Gary. No se llevaban bien.

—¿En qué sentido?

—Bueno, ella era muy, es muy católica, la madre de Gary. Así

que todo el asunto del engaño no le sentó nada bien. Y luego añádale el hecho de que Bev iba a ser una mujer divorciada. Verá, Gary nunca se ha casado. Así que, si las cosas iban en esa dirección con Bev, pues la madre de Gary tenía un problema con ello.

—¿Cómo respondió Gary? Quiero decir…, cuando vio que Beverly —Miracle hizo el gesto de las comillas con los dedos— «proyectaba su cabreo en él», ¿cómo reaccionó este?

—No muy bien. No creo que fuera la primera vez que ella le regañaba por no dar la cara por ella. Él como que salió hecho una furia cuando se marchó. No es que diera portazos ni nada de eso. Pero estaba realmente enfadado con ella, eso seguro.

—Entonces, para que quede claro, antes de que nadie empezara a mostrar síntomas de enfermedad, ¿Gary salió hecho una furia de la casa, enfadado, de muy mal humor? ¿Es correcto?

—Así es, pero luego se le pasó muy rápido.

—¿Cómo es eso? —Miracle frunció las cejas.

—Bueno, olvidó las llaves. Bev las tenía en su bolso. Así que volvió a por ellas, fue al cuarto de baño y se marchó. Y entonces estaba bien. Ya no estaba enfadado.

—¿Qué cuarto de baño?

—El del dormitorio principal, junto a la cocina.

—Hummm. —La abogada se inclinó hacia Lara—. ¿Y por qué puerta salió Gary la segunda vez? Con las llaves.

—Por la puerta trasera. Junto al comedor.

—Lo que le habría llevado directamente a la ponchera, ¿correcto?

—Sí. Supongo que sí.

—¿Volvió a entrar después de eso?

—¿Después de salir por la parte de atrás? No. Bueno, no lo sé. No volví a verle hasta que regresó de visitar a su madre.

—Entonces ¿podría haber cogido las llaves del bolso de Beverly, haber salido al coche, haber vuelto a entrar y marcharse de nuevo?

—Supongo que sí.

—Interesante. —Miracle asintió con la cabeza—. Muy interesante. —Hizo una pausa, estudiando a la testigo. Luego bajó la mirada, repasando sus notas de nuevo—. Hablemos de su interacción con mi cliente. ¿Puede decirme aproximadamente cuánto tiempo estuvo hablando con Nicholas?

Lara miró hacia el techo y frunció la nariz durante unos instantes antes de responder:

—No lo sé. Quizá cinco minutos.

—¿Recuerda la conversación con bastante claridad?

—Así es. —Asintió con la cabeza.

—De acuerdo. —La abogada alargó el brazo sobre la mesa para coger su teléfono móvil—. Si me lo permite, señoría, me gustaría pedirle a la señora Baxter… a Lara que repita lo que recuerda de la conversación mientras yo cronometro el tiempo.

—Protesto, señoría. La testigo ya ha indicado que habló con el acusado durante unos cinco minutos… —Jester se puso de pie.

—Antes dijo un par, ahora cinco, señoría —interrumpió Miracle—. Y ese es precisamente mi argumento. Unos cinco o un par… es muy impreciso. Considero…

—Se admite —cortó la jueza Reyes—. Protesta denegada.

Miracle asintió, tocó la pantalla de su teléfono varias veces y luego lo colocó sobre la mesa frente a ella. Observó por el rabillo del ojo que Jester también había sacado su teléfono.

—Muy bien, Lara. Lo que voy a pedirle es que nos repita la conversación que mantuvo con Nicholas, todo lo que recuerde y al ritmo en que recuerde que transcurrió, a la misma velocidad. La cronometraré de principio a fin. ¿Podría levantar la mano cuando

llegue al final para que pueda detener el cronómetro?

—Está bien.

—¿Está lista?

—Sí.

—De acuerdo. —Señaló con el dedo y, con un gesto exagerado, extendió la mano y tocó la pantalla de su teléfono—. Adelante.

—Nicholas. Estás aquí. Pensé que te habías marchado. «Iba a hacerlo, pero quería presentar mis respetos. Lo siento muchísimo», dijo. —Entonces Lara extendió los brazos, abrazando el aire—. Nos abrazamos durante un par de segundos. Luego dijo: «Sam fue un gran amigo. Es terrible lo que ha ocurrido». «Él te apreciaba enormemente. De verdad que sí. Y te echaba de menos… ambos lo hacíamos… desde el divorcio», dije yo. «Lo sé», dijo. Se encogió de hombros, recuerdo, y entonces dijo: «La vida». «¿Has escuchado los discursos del homenaje?», pregunté. «Sí, pero con Bev aquí… y la escena que montó fuera, pensé…, ya sabes…», se encogió de hombros. Y yo dije: «Lo entiendo». Entonces dijo: «De hecho, probablemente debería escabullirme de aquí antes de que me vea, pero solo quería…, ya sabes…, decirte cuánto echaré de menos a Sam. Y a ti». —Lara extendió los brazos de nuevo, en otro abrazo al aire—. «Y… cualquier cosa que necesites. Házmelo saber. ¿De acuerdo?», me dijo. «Lo haré. Gracias de nuevo por venir». Y entonces se marchó y salió por la puerta trasera.

En ese momento, Miracle tocó la pantalla de su teléfono, levantó el aparato y lo sostuvo primero hacia el testigo, después lo giró para que la jueza pudiera verlo y, por último, lo dirigió lentamente hacia el jurado.

—Cincuenta y ocho segundos es lo que indica mi teléfono. —Miró hacia Jester, quien levantó el suyo.

—Y que conste en acta que el teléfono del señor Jester marca

sesenta y uno. Así pues, su interacción con Nicholas aquel día, según puede recordar, duró aproximadamente un minuto.

—Habría dicho que más, pero sí. Fue bastante breve.

—Ahora bien, ¿cuánto tiempo llevaba usted en la ceremonia de la celebración de la vida, recibiendo a sus invitados y demás?

—En ese momento probablemente un par de horas.

—¿Y a qué hora comenzó el día, me refiero en términos de organización?

—Bueno, comenzamos el homenaje a las dos de la tarde. Pero Angie y Sheila llegaron sobre las diez. Y Bev vino un poco más tarde, ¿a las once?

—Así que llevaban ya un buen rato. Al menos seis horas. ¿Cuántas personas asistieron? Antes mencionó cincuenta…

—Creo que, al final, el libro de visitas registró alrededor de cincuenta.

—Entonces ¿interactuó con al menos cincuenta personas?

—Probablemente.

—Y, puedo preguntar, y esto no es para juzgarla, en absoluto, es solo una cuestión sobre el estado de alerta, la memoria, ¿había tomado quizá algún medicamento para lidiar con el estrés? ¿Válium, Xanax o algo similar?

—Había tomado un par de Xanax. Era un momento estresante y no me avergüenzo. —Lara se enderezó en su asiento.

—Es perfectamente comprensible. ¿Qué tal había dormido esos días? ¿La noche anterior?

—Mal. Si es que llegué a dormir algo.

Miracle hizo una pausa para dejar que las palabras flotaran en el aire.

—¿Cómo encontró a Nicholas?

—¿Que cómo estaba… en qué sentido?

—¿Notó algo en sus pupilas, por ejemplo?

—¿Se refiere a si estaban dilatadas? No. —Lara frunció el ceño.

—¿Estaba Nicholas…? ¿Le pareció completamente normal?

—Bueno, sí. Quiero decir, estaba más callado de lo habitual, supongo que por la situación. O quizá porque, después de la escena con Bev fuera de casa, no quería llamar la atención.

—¿Más callado de lo habitual?

Lara asintió con la cabeza.

—Por favor, responda en voz alta… —Miracle señaló hacia el secretario judicial.

—Sí, disculpe. Sí.

—Entonces, para que quede claro, este era el velatorio de su marido. Trágico y estresante. Usted estaba cansada. —La letrada hablaba enumerando los puntos con los dedos—. Había tomado dos Xanax. Había estado atendiendo a más de cincuenta invitados durante varias horas. Solo vio a mi cliente unos cincuenta y ocho segundos. —Hizo una pausa—. ¿Y aun así, con todo eso, notó que algo no iba bien? ¿Que había algo diferente en él? —Observó por el rabillo del ojo que Jester estaba a punto de levantarse y objetar, así que se apresuró a añadir—: Sus palabras exactas, Lara, han sido que estaba «más callado de lo habitual», ¿correcto?

—Sí. Eso es correcto.

—¿Llevaba algo en las manos?

Lara alzó ligeramente la barbilla, pensando.

—Quiero decir, cuando se lo encontró. Ha dicho que se abrazaron. ¿Estaba él…?

—Sí, tiene razón. Estaba tomando ponche. Recuerdo que dejó la taza sobre la mesa cuando empezamos a hablar, y, cuando se fue a marchar, la cogió y la colocó en una bandeja con platos y tazas usados y demás. Nick siempre era muy pulcro.

—¿Estaba bebiendo ponche?

—Sí. El ponche de chocolate de Beverly.

Miracle asintió con la cabeza y luego miró hacia Nicholas, quien casi imperceptiblemente frunció los labios.

—No hay más preguntas, señoría. Gracias, Lara.

Doctora Dawn Bell

Perito de la acusación, patología forense

48

—El Estado llama a la doctora Dawn Bell —anunció Antoine Jester.

Una mujer robusta, con una abundante cabellera ondulada y gris y grandes gafas bifocales, se acercó para ocupar la tribuna.

Llevaba una chaqueta blanca de laboratorio sobre un uniforme quirúrgico verde. Sus zapatillas Croc producían un chirrido semejante al quejido de un ratoncillo mientras atravesaba la sala del tribunal hacia el estrado de los testigos. Tras prestar juramento, Jester comenzó.

—¿Dónde trabaja, doctora Bell?

—Soy patóloga forense en el SWIFS —declaró, hizo una pausa momentánea y luego aclaró—: SWIFS son las siglas del Instituto Sudoccidental de Ciencias Forenses de la Oficina del Médico Forense del condado de Dallas.

Tras interrogar extensamente a la doctora sobre su educación, trayectoria y experiencia, Jester continuó:

—Señoría, presentamos a la doctora Bell como testigo pericial en el campo de la patología forense.

—¿Señora Miracle? —preguntó la jueza Reyes.

—Sin objeción.

—El tribunal reconoce a la doctora Bell como experta en patología forense. Prosiga, letrado.

—Doctora Bell, ¿conoce usted a Beverly O'Donnell?

—Así es.

—¿Y ha tenido la oportunidad de revisar su historial médico y su informe de autopsia?

—Así es. De hecho, realicé yo misma la autopsia. Solicité todas las pruebas de laboratorio. Revisé todos los resultados.

—¿Puede entonces, con sus propias palabras, explicar al jurado la causa de la muerte de Beverly O'Donnell?

La forense se movió ligeramente en su silla para mirar a los miembros del jurado.

—Hola a todos. —Su sonrisa era cálida, típica de una abuela—. Este es un caso muy triste. Un caso de envenenamiento.

»Beverly O'Donnell llegó a la sala de urgencias alrededor de las 21:30 mostrando signos de desorientación, somnolencia y náuseas. Apenas hablaba, si lo hacía era de forma incoherente y fue ingresada con la asistencia de un amigo, Gary Logan. Debido a los síntomas iniciales de Beverly, los médicos sospecharon de un caso grave de botulismo y se realizaron análisis de sangre y orina. Mientras se procesaban dichas pruebas, su presión arterial y ritmo cardiaco, así como su capacidad de respuesta, o más bien su falta de capacidad de respuesta, para ser precisos, pues no hablaba, no se comunicaba, no era consciente de lo que ocurría a su alrededor, requirieron que fuese intubada. Todo esto aconteció el sábado, 3 de diciembre, el mismo día del velatorio del señor Samuel Baxter. Aquella noche, para ser precisos, como he dicho, a las nueve y media.

»Al día siguiente, domingo, su estado no mejoró. Su estado era crítico. El laboratorio realizó pruebas toxicológicas, inmunoensayos GC-MS que confirmarían el envenenamiento por botulismo, y recibimos los resultados a última hora del lunes, negativos o no

concluyentes, lo que significaba que desconocíamos qué estaba causando su estado, pero sabíamos que no se trataba de botulismo. Así pues, el martes, 6 de diciembre, se solicitó un nuevo panel, más exhaustivo, específicamente orientado a la búsqueda de objetivos químicos, posibles venenos, imidazolinas. Beverly, en ese momento, se encontraba conectada a un respirador y aún sin responder. Había entrado en coma.

»Dos días después, a las 21:13 del 8 de diciembre, Beverly falleció a causa de una insuficiencia respiratoria y un daño múltiple de órganos.

Varios miembros del jurado negaron con la cabeza. Una mujer se llevó la mano a la boca y luego lanzó una mirada furtiva, solo con los ojos, hacia Nicholas.

—A la mañana siguiente, comencé su autopsia. Más adelante ese mismo día, por la tarde, recibimos los resultados de laboratorio de sus pruebas anteriores, no los de las muestras de la autopsia, sino los de las pruebas tomadas el 6 de diciembre, cuando aún vivía, que indicaban niveles de tetrahidrozolina presentes en su sangre. Esto fue posteriormente confirmado por los resultados de las pruebas de mi autopsia. Al final, nuestras pruebas indicaron que había 42 ng/ml de tetrahidrozolina en su sangre. Esa fue la causa de la muerte. Envenenamiento por clorhidrato de tetrahidrozolina.

—¿Puede explicar al jurado qué es la tetrahidrozolina y qué efectos produce en el cuerpo humano?

—Por supuesto. La tetrahidrozolina es un fármaco, una sustancia química que se encuentra habitualmente en descongestivos oculares. Es un vasoconstrictor tópico. Clorhidrato de tetrahidrozolina es el nombre técnicamente correcto. Es el principio activo de este tipo de medicamentos. Si se utiliza adecuadamente, de forma tópica, un par de gotas en el ojo, es excelente para el

enrojecimiento y el picor. Probablemente les resultará más familiar por su nombre comercial, el más común es Visine. Como he dicho, excelente para el picor de ojos, la sequedad ocular y demás. Pero si se ingiere…, si se bebe…, incluso una cantidad muy pequeña puede causar somnolencia, desorientación, náuseas y, en niveles más elevados, daño orgánico y depresión respiratoria. En niveles altos, la muerte.

—Para que quede claro entonces —Jester juntó las manos bajo la barbilla—, ¿está usted diciendo que Beverly O'Donnell murió por envenenamiento con Visine?

—Sí… Bueno, permítame matizar eso diciendo que Visine, o un colirio similar que contenga clorhidrato de tetrahidrozolina, es la fuente probable del veneno. Podría haber sido alguna marca genérica o algo así. Beverly O'Donnell murió, específicamente, por la ingesta de ese compuesto químico, ese ingrediente: clorhidrato de tetrahidrozolina.

—¿Y cómo llegó esa sustancia a su organismo?

—¡Protesto! —Miracle se puso de pie—. La doctora Bell no puede saber cómo se ingirió la sustancia. Esos son hechos que van más allá del testimonio pericial.

—La doctora Bell está extrayendo conclusiones periciales para proporcionar una opinión basada en hechos. Esa es precisamente la definición de «testigo pericial». —Jester hizo el gesto de las comillas con ambas manos—. Está a punto de explicar la base fáctica de sus conclusiones, si la señora Miracle se lo permite.

—Simplemente asegúrese de que su testigo establezca la debida fundamentación fáctica, señor Jester. ¿Entendido? —dijo la jueza. El abogado asintió—. Protesta denegada. Puede responder, doctora.

La doctora se volvió brevemente hacia la jueza.

—Gracias, señoría. —Entonces se dirigió al jurado—: Verán,

Beverly no fue la única persona que enfermó en la reunión en casa de los Baxter. Otras tres personas fueron diagnosticadas con intoxicación por TH, perdón, quiero decir…

—¿TH son las siglas de clorhidrato de tetrahidrozolina? —preguntó Jester.

—Sí.

—De acuerdo, doctora. Llamémoslo TH entonces. Mucho más breve. Más fácil de pronunciar para mí, desde luego. ¿Dice usted que otras personas que asistieron a la ceremonia de la celebración de la vida dieron positivo en intoxicación por TH?

—Sí, aunque sus síntomas no fueron tan graves. Es decir, que probablemente no ingirieron tanto como Beverly. Pero, una vez que el Departamento de Salud recibe múltiples informes de enfermedad de ese tipo, se avisa a la policía. Que es lo que sucedió en este caso. Así pues, la policía acudió al lugar de los hechos, la residencia de los Baxter, y recuperó diversos alimentos y recipientes. En definitiva, las pruebas mostraron… ¿Me estoy adelantando demasiado? ¿Voy demasiado rápido?

—No, no. Continúe —la animó Jester.

—Tras analizarlos todos, me refiero a todos los recipientes, alimentos y demás, se encontraron rastros de TH en una ponchera y cuatro vasitos que se recuperaron de la basura.

—¿En qué ponche?

—En un ponche de café irlandés con chocolate.

—¿Solo cuatro personas de la fiesta bebieron ponche? ¿O había otros vasitos que habían contenido ponche, pero cuyo resultado fue negativo?

—Los había. De los trece vasitos recuperados que contenían residuos o restos de ponche, solo cuatro dieron positivo en TH.

—¿Cómo explica usted eso, doctora Bell?

—Bien, existen dos posibilidades. Una es que alguien seleccionara específicamente a cuatro personas y, de algún modo, pusiera TH en sus vasitos sin que ellas lo advirtieran, quizá antes de que se sirvieran. Pero esa hipótesis queda descartada por el hecho de que también había residuos de TH en la ponchera. Así pues, la teoría más probable, lógicamente, es que se preparó el ponche, nueve personas se sirvieron, y después se adulteró el ponche y entonces fue cuando se sirvieron esos últimos cuatro vasitos que dieron positivo.

—De acuerdo, doctora Bell. Y ¿puede identificar, para el jurado, a las cuatro personas de la fiesta…, disculpe, de la ceremonia de la celebración de la vida que dieron positivo en TH?

—Sí. Bueno, una era Beverly O'Donnell, obviamente. Ella fue la única persona que murió por el envenenamiento. Luego estaba Tim Ehrman. Fue ingresado en el Parkland Memorial Hospital con náuseas, permaneció una noche y fue dado de alta. La número tres era Emily Carter. Ingresada en el Baylor University Medical Center. Estuvo bajo cuidados durante cuarenta y ocho horas antes de recuperarse. Y el cuarto paciente, el último paciente, fue ingresado en un MDCare, una de esas clínicas independientes. Sus síntomas fueron más leves y regresó a casa después de un par de horas, pero sus análisis dieron positivo en TH más tarde. Esa cuarta persona era el acusado, Nicholas Rogers.

Jester se volvió para mirar al aludido. Nicholas no desvió la mirada, fija en la doctora.

—Según su experta opinión, doctora Bell, ¿existe alguna manera de que el ponche terminase adulterado accidentalmente? Dicho de otra manera, ¿existe alguna posibilidad de que la cantidad de TH necesaria para causar que estas tres personas enfermaran, y que Beverly O'Donnell muriera, llegase accidentalmente al ponche? —El

abogado se centró de nuevo en su testigo.

—No hay manera de que eso pudiera ocurrir.

—Entonces, según su experta opinión, ¿su conclusión es que alguien envenenó intencionadamente ese ponche?

—Absolutamente.

Jester asintió, con la atención en el jurado, dejando que esa palabra quedase suspendida en el aire. Luego se volvió hacia Miracle.

—Le cedo a la testigo.

49

—Gracias por su testimonio hasta el momento, doctora Bell.

No era la primera vez que la letrada de la defensa se enfrentaba a la forense, pues esta testificaba regularmente para el Estado en casos de homicidio. «Los jurados confían en los expertos y adoran a esta anciana», pensó. Miracle sabía que debía andar con cuidado.

—En su experiencia, doctora, ¿con qué frecuencia encuentra usted que, en el caso de un veneno oral, un envenenador se envenene accidentalmente?

—Bueno, en el caso del malatión o paratión puede darse que el envenenador quede accidentalmente expuesto al producto químico.

—Vamos, vamos, doctora Bell. He dicho oral… —La abogada negó con la cabeza.

—Oh. Lo siento…

—Esos son pesticidas y…

—Protesto, señoría. —Jester se levantó de su silla—. La señora Miracle está interrumpiendo a la testigo.

—Permítame intentarlo de nuevo. —Miracle alzó las manos hacia la jueza, que asintió con la cabeza.

—Doctora Bell.

—Señora Miracle —replicó la doctora.

—¿Con qué frecuencia ha encontrado usted, en su experiencia, que —Miracle extendió la mano y elevó la voz estratégicamente— en

el caso de un veneno ORAL un envenenador se envenene a sí mismo ACCIDENTALMENTE?

—Es posible que una persona…

—Protesto, señoría —interrumpió Miracle—. No estoy preguntando sobre posibilidades, y la doctora Bell lo sabe. Es una testigo experimentada y conoce las reglas…

—Protesto, señoría. La señora Miracle está interrogando a la doctora Bell…

—¡Basta! —gritó la jueza Reyes por encima de ambos abogados. Luego se volvió hacia la doctora Bell—: Dawn, por favor, responda a la pregunta que se le formula: ¿cuántas veces se ha topado con un envenenamiento oral accidental por parte de un envenenador?

La doctora asintió con aire contrito ante la jueza, luego se volvió hacia Miracle.

—Nunca.

—Gracias, señoría. Así pues, doctora Bell, en todos sus años de carrera, y según consta en su currículum —Miracle observó un documento ante ella— lleva ejerciendo esta profesión desde hace casi treinta años, nunca ha tenido conocimiento de un caso en el que un asesino utilizara veneno oral contra su víctima y terminara ingiriendo accidentalmente el veneno él mismo, ¿correcto?

—Así es.

—Y, para ser completamente transparentes con el jurado, tal como se encuentra usted aquí sentada hoy, no dispone de prueba alguna, de ningún hecho, que demuestre que mi cliente, Nicholas Rogers, envenenó el ponche, ¿verdad?

—Es cierto. —La doctora asintió lentamente.

—¡De hecho, la ÚNICA prueba que puede aportar es que MI CLIENTE fue TAMBIÉN VÍCTIMA de la INTOXICACIÓN!

—Sí, sufrió intoxicación por TH en el mismo periodo temporal, en

la tarde de la reunión en la vivienda de los Baxter.

—Y el TH causa enfermedad y, posiblemente, la muerte, ¿correcto?

—Sí.

—¿Y Nicholas dio positivo en TH en su organismo?

—Sí.

—¿SABE usted quién es Gary Logan?

—Lo sé. Es… era el novio de Beverly O'Donnell.

—El señor Logan estuvo en la reunión, ¿no es así?

—Figuraba en la lista de asistentes que elaboró la policía. Y posteriormente acompañó a Beverly O'Donnell a urgencias.

—¿Y bebió del FATÍDICO ponche?

—Sus huellas dactilares fueron halladas en uno de los vasitos.

—Pero ¿no fue envenenado?

—No. No lo fue.

—Usted tiene conocimiento, ¿no es CIERTO?, de que el señor Logan se vio involucrado en un altercado frente a la casa de los Baxter, en presencia de la víctima, con MI cliente.

—Así es.

—Y tiene usted conocimiento de que el señor Logan tuvo que ir solo a visitar a su madre aquella tarde porque Beverly O'Donnell se negó a acompañarlo, ¿verdad?

—No tenía conocimiento de ello.

—¿Puedo acercarme a la testigo, señoría?

—Adelante.

Miracle cogió una bolsa de plástico con cierre que contenía un pequeño objeto y se acercó a Dawn Bell.

—¿Puede decirme qué es esto? ¿Lo ha visto antes? Para que conste en acta, está marcada como PRUEBA A del acusado.

La doctora Bell tomó la bolsa.

—He visto esto antes. Es una botella de Visine.

Miracle se volvió al jurado. Formuló sus siguientes preguntas sin apartar la vista de cada uno de los miembros.

—¿Contendría ese frasco el compuesto químico TH del que nos ha estado hablando?

—Sí.

—¿Y cuánto queda en esta botellita?

—Bueno, cuando la entregaron a mi laboratorio, estaba casi vacía. Extrajimos parte del fluido restante para analizarlo. —Sostuvo la botella en alto y la agitó suavemente—. Todavía queda un poquito. Quizá un mil… mililitro.

—¿Qué mostraron los análisis de su laboratorio?

—Lo que dice en la etiqueta. Quiero decir, ya sabe, hay Visine en la botella de Visine.

—¿Y puede, POR FAVOR, decirle al JURADO dónde se encontró esta botella?

—En el coche del señor Logan. Debajo del asiento del pasajero.

Miracle cruzó los brazos sobre el pecho. Acompañó con varios asentimientos lentos de cabeza al gesto de satisfacción que llenaba su rostro.

Se volvió hacia la testigo.

—¿Podría ser esta la fuente del TH que se encontró en los cuatro vasitos que mencionó?

—Podría. —La testigo se encogió de hombros.

—Gracias por su honestidad, doctora. No tengo más preguntas. —Miracle juntó las manos ante sí.

Cuando se volvió para regresar a su silla, Jester ya se había levantado de la suya.

—Solo tengo una cuestión para la testigo, señoría.

—Adelante.

—Doctora Bell, ¿cuánto TH haría falta para que tres personas enfermaran, las tres asistentes a la reunión, y para matar a Beverly O'Donnell?

—Yo diría que unos cinco miligramos para cada una de las víctimas que enfermaron, y Beverly O'Donnell habría tenido que ingerir al menos treinta miligramos.

—Y ¿cuánto TH contiene una botella de Visine de ese tamaño?

—Solo siete miligramos y medio.

—Entonces ¿una botella no es suficiente para causar lo ocurrido en casa de los Baxter?

—Harían falta al menos cuatro de estas botellitas. —La doctora Bell negó con la cabeza.

—Gracias.

Martin O’Leary

Sacerdote

50

—El Estado llama al padre Martin O'Leary —proclamó Antoine Jester.

El rostro de Mary Miracle permaneció inexpresivo, pero, en su interior, el estómago se le contrajo. El pequeño sacerdote que avanzaba desde el fondo de la sala del tribunal era el testigo más condenatorio del Estado.

Un hombre anciano y enjuto, vestido completamente de negro y con las mejillas sonrosadas, subió al estrado de los testigos.

Iba bien afeitado, de tez rubicunda, con ojos de un azul acerado. Su cabello era mayormente gris, veteado con algunos mechones negros y blancos.

Al girarse, la pequeña banda blanca que llevaba al cuello lo identificó como sacerdote. Pero esa pequeña banda significaba muchísimo más: digno de confianza, un hombre de Dios, intachable. Lo que dijera este hombrecillo se consideraría palabra sagrada.

«Esto va a doler», pensó Mary.

Después de que el testigo prestara juramento, Jester tomó la palabra.

—Preséntese ante el jurado, por favor.

—Soy el padre Martin O'Leary, párroco de la iglesia católica Nuestra Señora de los Dolores aquí en Dallas. —El sacerdote tenía un levísimo acento irlandés.

—¿Reconoce al acusado, padre?

—Así es. Sí.

—¿Puede explicarle al jurado por qué?

—Sí. Bueno, lo conocí en la celebración de la vida de Samuel Baxter. Brevemente.

—¿Le conocía de antes?

—No, señor. Solo le vi en aquella ocasión.

—Por favor, detalle al jurado su interacción con el acusado, de principio a fin.

—Claro que sí. Pues bien, la familia Baxter son feligreses de Nuestra Señora de los Dolores. Sus hijos asisten a nuestro colegio. Así que, cuando Samuel falleció, Lara se puso en contacto conmigo para que oficiase la misa del funeral. Y me invitó a acudir a la celebración de la vida de Samuel. Eso fue el 3 de diciembre. El evento, quiero decir, no la invitación. Así que asistí, por supuesto. Y fue un evento encantador. Con una asistencia muy nutrida. Samuel y Lara están muy implicados en nuestra comunidad. Así que, naturalmente, la comunidad acudió en señal de apoyo. Y yo conocía a muchas de las personas presentes en el evento.

»Pues bien, fue durante el momento de compartir los elogios fúnebres cuando interactué con aquel caballero de ahí. —El sacerdote asintió en dirección a Nicholas—. Verá, aquel día yo abrí el acto, a petición de Lara, con una breve oración y algunas palabras sobre Samuel, y después di paso a los demás. Muchos amigos intervinieron…, compartieron recuerdos de Samuel. Y, bueno…, durante…, quizá hacia la mitad, salí por el comedor… para coger una botella de agua. Lara tenía unas pequeñas de plástico, de la mitad del tamaño de una botella normal, en una nevera portátil en el porche trasero, junto con las bebidas gaseosas, las cervezas y demás. Ya que estaba allí fuera, bueno, aproveché la oportunidad

para fumarme un cigarrillo. —Miró al jurado—. Lo sé. Un hábito desagradable. Pero soy exmiembro de la Marina; fui el capellán. Es mi único vicio.

»En fin, regresé por el comedor, y fue entonces cuando vi por primera vez al acusado. Estaba de pie junto a la ponchera. Y estaba vertiendo líquido de una petaca, me pareció una petaca de whisky, en la ponchera. Solo un chorrito. Todos los demás estaban en la parte delantera de la casa escuchando los elogios fúnebres. Entonces cerró la petaca, se la deslizó en la chaqueta y se sirvió un vasito de ponche.

—Entonces ¿literalmente vio al acusado echar algo en el ponche?

—Así es.

El abogado observó al jurado. Calibraba el impacto del testimonio. Varios miembros estaban tomando notas. Algunos miraban alternativamente al acusado y al sacerdote.

—Solo para que quede claro, el acusado vertió un líquido en la ponchera, ¿y usted lo vio?

Miracle debatía si debía objetar, y en qué medida, durante las preguntas de Jester al sacerdote, y decidió que lo mejor era permanecer en silencio. No tenía sentido subrayar lo preocupada que estaba por el testimonio.

—Correcto.

—¿Bebió él del ponche que se sirvió?

—Así es. Me señaló los vasitos vacíos, los limpios, como si me ofreciera…, por si quería un vasito. Negué con la cabeza. Y entonces regresé a la parte delantera de la casa. Eso fue todo.

—¿Ninguna otra interacción con el acusado?

—Ninguna.

—¿No vio cuándo llegó ni cuándo se marchó?

—No. Eso fue todo.

—No hay más preguntas.

Mary Miracle se puso de pie.

—¿Una petaca de whisky, padre?

—Sí, señora.

—¿Qué suele contener una petaca de whisky, padre?

—Whisky —sonrió el sacerdote.

—¿Tiene alguna razón para creer que hubiese algo distinto al whisky en esa petaca?

—Según lo que he oído desde entonces…

—No, no, no, padre. Le pregunto por ESE momento concreto. Cuando estaba usted en el velatorio. Según el olor, o el color, o… cualquier cosa. ¿Tuvo usted ALGÚN motivo para creer que lo que salió de aquella petaca fuera algo distinto al whisky?

—No. Ninguno en absoluto. —Sacudió la cabeza.

—Cuando vio a mi cliente vertiendo el whisky en el ponche…

—Protesto, señoría. La señora Miracle no ha establecido que lo que había en la petaca fuera whisky.

—Señoría, el señor Jester no ha PROBADO que fuera otra cosa, y el padre O'Leary acaba de decir que pensaba que era whisky.

—Eso es una tergiversación, señoría. Él…

—Vale, vale, vale. ¡Basta! Hasta que haya pruebas que establezcan qué era el líquido, por favor, limítense a llamarlo «el líquido» —concluyó la jueza Reyes.

Jester se sentó, sonriendo.

Miracle sonrió, asintió con la cabeza y luego prosiguió.

—Así que, padre, cuando vio a mi cliente vertiendo el líquido de la petaca de WHISKY en el ponche, ¿le pareció sorprendido, o sobresaltado, o actuaba de ALGUNA MANERA que parecía culpable?

—No, que… No…, no me lo pareció.

—¿Hubo algo en su comportamiento, sus movimientos, su

expresión facial, CUALQUIER COSA que indicase culpabilidad?

—No, nada de eso.

—¿Cómo se comportaba?

—Con naturalidad. Normal. Quizá incluso un poco…, no sé, un tanto descarado, ¿tiene sentido?

—¿Descarado? ¿En qué sentido?

—Bueno, como he dicho, de manera muy natural, añadió un poco de whisky… o líquido…, disculpe, señora jueza…, añadió un poco de líquido de la petaca de whisky… al ponche y después se sirvió un poco. Y entonces me guiñó un ojo.

—¿Cree que le habría visto a usted ya? En otras palabras, ¿fue una situación del tipo «vaya, el sacerdote me ha pillado echando algo al ponche, así que ¿me sirvo un poco para despistarle»?

—Protesto. Preguntas múltiples. —Jester se puso de pie.

—Permítame reformular la pregunta, señoría, porque esto es importante. Padre O'Leary, antes de servirse ponche, ¿le pareció a usted que el acusado era consciente de que lo estaba observando?

—Tendría que decir que no. De hecho, casi parecía como si se hubiera percatado de mi presencia cuando dio el primer sorbo. Cuando me guiñó el ojo y me ofreció un poco.

—De acuerdo, y ahora, por favor, explíquenos lo del guiño. —Miracle alcanzó un documento que estaba sobre la mesa que tenía delante y lo examinó—. No creo que mencionara el guiño en su declaración, padre.

—Es cierto, me había olvidado de eso cuando la policía me preguntó. Quiero decir, solo he visto al caballero —señaló en dirección a Nicholas— esa única vez. Pero verlo aquí hoy me lo ha recordado. Lo del guiño. Una especie de guiño como de «este es nuestro pequeño secreto».

—¿Y cómo se sintió usted cuando le guiñó el ojo?

—Bueno, soy un O'Leary, señora. Irlandés. Y aquello era un homenaje a un difunto. Echarle algo a la ponchera, pues bien, no me pareció que fuese una cosa tan grave. Ya lo había probado, y estaba un poco… —parecía buscar la palabra adecuada, luego se encogió de hombros con timidez— flojo.

—¿En algún momento HABLÓ usted con mi cliente?

—No. No. Ni una palabra.

—¿Le pareció normal?

—¿Normal? Yo… no sé cómo… Nunca lo había visto antes, así que no puedo comparar… —El sacerdote entornó los ojos.

—Permítame preguntarlo de otra manera. ¿Le pareció ANORMAL? ¿Desconcertado? ¿Confundido, de ALGUNA manera?

—Tuve la impresión de que quizá ya había bebido algo. No necesariamente ponche, pero alguna otra bebida. Tenía una mirada…, no estaba ebrio ni mucho menos…, pero un poco vidriosa sí. Aparte de eso, solo vi a un tipo normal que le daba un poco de caña al ponche. Esa fue mi impresión.

—Vidriosa ¿en qué sentido, padre? Esto es muy importante. ¿Vidriosa CÓMO?

—Bueno, ya sabe, esa mirada que tiene alguien cuando se ha tomado un par de cervezas y no está borracho…, ebrio…, pero tampoco está en pleno uso de sus facultades. Un poco alegre, diríamos en Irlanda. Algo así era la mirada. Pero, como dije, esa fue solo mi impresión.

—Mírele —Miracle se movió un poco hacia un lado y señaló a Nicholas— ahora que lo tiene sentado aquí. ¿Ve esa mirada en sus ojos? ¿Esa vidriosidad? ¿Le parece alegre?

El sacerdote se inclinó ligeramente hacia delante, observando detenidamente al acusado.

—No. Diría que no. Ahora no.

—Gracias, padre. Eso es todo.

Tras anotar la hora, las 16:35, la jueza Reyes decretó un receso hasta la mañana siguiente.

Gary Logan

Amante de la víctima

51

Cuando Gary Logan subió a la tribuna, eran poco más de las 9:30 de la mañana. A diferencia de Antoine Jester y Nicholas, Logan decidió no usar un traje de chaqueta para las diligencias. Vestía unos pantalones de tela de color gris carbón con una camisa tipo Oxford, de color azul claro, abotonada bajo un jersey de cuello de pico color burdeos. Su cabello, cortado en media melena negra y ondulada, estaba peinado hacia atrás, apartado del rostro, con toques de gris en las patillas cortas. Sus ojos eran suaves, casi femeninos, pero la sensibilidad que transmitían se veía contrarrestada por su marcada línea mandibular. Parecía un joven Gavin Newsom.

Tras prestar juramento el testigo, Jester comenzó su interrogatorio.

—Vayamos al grano de inmediato, señor Logan. ¿Cuáles eran sus sentimientos hacia Beverly O'Donnell?

Miracle sintió cómo se le tensaba la mandíbula y de inmediato luchó por relajarla. Jester apelaba a la emoción. Iba a intentar hacer llorar a Logan en la tribuna. Lo había visto actuar y reconocía la táctica. Pillar al testigo desprevenido y, entre los verdaderos sentimientos bajo la superficie y el estrés y la tensión de estar sentado en el tribunal ante un jurado…, las lágrimas acabarían brotando.

El rostro de Logan enrojeció. Entrelazó las manos, de dedos

largos y delgados.

—La amaba. Era el amor de mi vida. Yo… Íbamos a casarnos.

—Háblenos de ella.

—Beverly era… era simplemente asombrosa. Quiero decir, era hermosa, pero por dentro. Una visión, un ángel radiante que iluminaba mi mundo como… como un amanecer sobre el mar. Tenía un corazón de oro que resplandecía con más brillo que las estrellas del firmamento. Y su sonrisa… —Logan hizo una pausa para enjugarse los ojos—. Su sonrisa era mi puerto seguro, un faro de esperanza en los mares tormentosos de la vida. Su risa era música para mi alma, más dulce que la brisa del estío. Cada instante junto a ella constituía un don precioso, un sueño hecho realidad, y ella conseguía que cada día se volviera un cuento de hadas; era mi alma gemela eterna que me completaba de un modo que nunca imaginé posible. Ella era la elegida para mí. La única para mí, para siempre.

Mientras Logan hablaba, el semblante de Jester se endureció. El tono de Logan resultaba rígido, excesivamente ensayado, y la exposición fue pésimamente ejecutada.

Miracle, por su parte, daba volteretas de júbilo en su interior. Jester se había arrinconado a sí mismo. Se había comprometido ante el jurado a presentar un caso con solo tres testigos. Y en todo momento le había asegurado al jurado que no les haría perder el tiempo. Había sentado unos cimientos aceptables para su posición con sus dos primeros testigos, mas ahora su testigo estrella fracasaba estrepitosamente. Jester había contado con que Logan estableciera la conexión emocional, con que hiciera «real» a Beverly para el jurado. Pero parecía que Logan podría no estar a la altura de la tarea. El abogado había planeado presentar ante el jurado a la duquesa de Sussex, pero lo que obtuvo fue una Meghan Markle. Se aclaró la garganta.

—¿Le había propuesto matrimonio a Beverly?

—Así es. Fue extraordinario. Fue un día maravilloso que culminó con la propuesta sorpresa. Era un sábado, y nos levantamos temprano, sobre las siete de la mañana. Me escabullí de la cama temprano para preparar café y tostadas; era todo lo que ella tomaba por las mañanas. Las mañanas eran su momento. Estaba preciosa por las mañanas, sencillamente…

—Discúlpeme, señor Logan. No quisiera interrumpirle, pero debemos ceñirnos a los hechos esenciales para ser respetuosos con el tiempo de la jueza y del jurado…

—Lo comprendo. Discúlpeme. Es solo que… la amaba tanto. Ella era mi pieza perdida. Mi media naranja. Tengo… Ahora hay un vacío. Un agujero dentro de mí. En mi alma. Hay un agujero en mi alma. Y aún estoy procesándolo todo. Aún estoy de luto. Así que revivo estos momentos para reconectar con ella ahora que… ¡ahora que se ha ido! —Logan se cubrió el rostro con ambas manos.

—Si necesita un momento, señor Logan… —dijo la jueza Reyes.

—Estoy bien. —Logan negó con la cabeza, con las manos aún cubriéndole el rostro.

Jester bajó la mirada hacia su bloc de notas mientras la jueza Reyes le pasaba la caja de pañuelos a Logan.

—Señor Logan, debo hacerle un par de preguntas difíciles para aclarar algunos hechos ante el jurado. Seré muy breve.

—Lo entiendo.

—La defensa ha planteado la cuestión de la botella de Visine que se encontró en su coche, bajo el asiento del pasajero.

—Sufro de alergias. Así que, de vez en cuando, uso Visine. Debió de caérseme en algún momento.

—¿Es consciente de que el principio activo del Visine, el clorhidrato de tetrahidrozolina, es venenoso si se ingiere por vía

oral?

—Ahora lo soy.

—¿Cuándo tuvo conocimiento de ello por primera vez?

—Cuando los médicos concluyeron que fue de eso de lo que murió Beverly.

—De acuerdo, y… esta es una pregunta difícil, y me disculpo de nuevo, ¿envenenó usted el ponche en el homenaje a Samuel?

—¡Desde luego que no! —Logan se irguió en su asiento.

—¿Tenía algún motivo para desear la muerte de Beverly O'Donnell?

—¡NO! —gritó Logan—. ¿Cómo puede…? Lo comprendo. —Levantó una mano y miró al jurado—. Lo siento. Lo comprendo. Debe preguntarlo. Pero no. No deseaba que Beverly muriera. No la envenené. Ni siquiera sabía que el Visine es venenoso.

—¿Puede decirnos en qué estado la encontró cuando regresó a la vivienda de los Baxter?

Logan negó con la cabeza, con la mirada perdida en la distancia.

—Es tan difícil. Regresé de visitar a madre, una visita más breve de lo habitual debido a las circunstancias, la ceremonia de la celebración de la vida. No le hizo ninguna gracia aquello, a mi madre no le hizo gracia. Pero tiene sus días. —Hizo una pausa recorriendo el jurado con la mirada—. Así que, cuando regresé a casa de Lara, mi querida Beverly no era la de siempre. Ella… Nunca volví a hablar con ella… después de marcharme a ver a mi madre. Nuestra última interacción fue muy trivial, cuando le pedí las llaves del coche. Tan banal. *Alltäglich*, como dicen en alemán. Cotidiana. Ordinaria. Un momento tan pequeño y estúpido para ser el último…

—¿Es usted alemán, señor?

—No. Simplemente… leo mucho. ¿Por qué lo pregunta?

—Ya veo. Bien, ¿podría decirle al jurado en qué estado encontró

a Beverly a su regreso?

—Era lo que estaba intentando explicarle. Beverly, ella era… Verá, para apreciar cómo era… cuando estaba enferma es importante comprender, apreciar, cómo era cuando estaba bien. Y, oh, era una delicia. Enérgica. Radiante. Curiosa. Estaba fascinada con el mundo, con la vida. Era una de esas personas, no, la única persona que he conocido jamás que…

—Lamento interrumpirle, señor Logan, pero es justo decir que, cuando usted regresó, Beverly estaba inconsciente.

—Protesto, señoría. —Miracle se levantó—. El señor Jester está dirigiendo al testigo.

—Se admite la protesta.

—Señoría, simplemente intento… comprimir… el testimonio del señor Logan, en beneficio del jurado. Por cuestión de tiempo.

—Eso no le exime de cumplir con las reglas de las pruebas, letrado. —La jueza Reyes se encogió de hombros—. Es su testigo.

Logan miraba alternativamente a un abogado, al otro y a la jueza, con ojos de cervatillo, durante el intercambio. Confuso.

Jester lo intentó de nuevo.

—Señor Logan, ¿podría simplemente describir, de manera fáctica, solo fáctica, el aspecto de Beverly cuando regresó de visitar a su madre?

—Por supuesto. —Logan asintió repetidamente, con rapidez—. Ahora le comprendo. Beverly parecía estar durmiendo. Nosotros no sabíamos que se encontraba bajo el hechizo, la influencia, de una toxina química que conduciría a su prematura…

—Protesto, señoría. —Miracle se levantó otra vez—. Gary Logan es un testigo de hechos, y está especulando sobre las opiniones de otros. Hablando de que nosotros sabemos cosas.

—Se admite la protesta —respondió la jueza—. Solo hechos, por

favor, señor Logan. No puede hablar del pensamiento ajeno.

—¡Protesto contra esa resolución, señoría! —exclamó Logan—. No me refería a otras personas. Es un giro lingüístico. Una manera de hablar. No…

Los ojos de la jueza Reyes se entrecerraron, sus orejas enrojecieron.

—Discúlpeme, señor. Usted no tiene derecho a objetar. ¡Y desde luego no a mis resoluciones! Usted está aquí como testigo. Los abogados objetan. Yo dicto las resoluciones. Su trabajo, señor, consiste simplemente en responder a las preguntas tal como se formulan.

Mientras la jueza hablaba, Jester observó y advirtió que el jurado se estaba inquietando. Nervioso.

—Mis más sinceras disculpas, señoría —respondió Logan con la barbilla alzada y la boca tensa—. Creía que estábamos aquí en busca de justicia. Todos nosotros. Estas sagradas…

—Señor Logan —intervino Jester—. Muchas gracias por compartir su testimonio con nosotros. Muchas gracias, de verdad. —Y, volviéndose hacia la jueza, añadió—: Cedo al testigo.

52

Mary Miracle se puso de pie y se acercó lentamente al estrado de los testigos.

—Señor Logan, la descripción de sus sentimientos hacia la señora O'Donnell ha parecido… muy… meditada. Ha sido muy conmovedora. ¿Acaso ya había pensado usted, quizá, en lo que deseaba decir, en cómo quería describirla?

—Ah, sí. Está tomado de lo que preparé, de lo que dije en su funeral. La elegía. Todo sigue tan reciente. —Logan sonrió.

—Lo comprendo —asintió Miracle—. Volvamos a la ceremonia de la celebración de la vida de Samuel. ¿Asistió usted?

—Sí, asistí.

—Y su plan era marcharse un rato, usted y Beverly, para ir a visitar a su madre, ¿es correcto?

—Mi madre está en una residencia, con problemas de memoria. La visito cada semana. Es…

—Un sí o un no será suficiente, por favor.

Logan entornó los ojos. Entonces, enfatizando cada palabra, continuó:

—El deber de un hijo, ¿no le parece?

—Hemos escuchado varios testimonios de que usted y la señora O'Donnell tuvieron un cruce de palabras. Que ella sentía que usted no la había defendido. Y que usted se enfadó.

—En absoluto. Hubo una discusión, una confrontación, con Nicholas en el exterior. Todavía estaba alterado por el divorcio. Beverly estaba nerviosa. Pero no diría que… No estaba enfadado. —Logan negaba con la cabeza.

—Entonces, si alguien dijera que lo estaba, ¿estaría mintiendo?

—O equivocado.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el homenaje a Samuel?

—Un par de horas, luego fui a ver a mi madre, después quizá otra hora más.

—¿Tomó ponche, el ponche de café irlandés de Beverly?

—Sí. Al principio. Antes de la confrontación con Nicholas.

—Y no se puso enfermo.

—Correcto.

—Pero Beverly se puso enferma, y Nicholas se puso enfermo, ¿verdad?

—Eso tengo entendido. —Logan miró fijamente a Nicholas y entonces se inclinó bruscamente hacia delante en su silla, sin dejar de observar a Nicholas—. Él se puso enfermo. Beverly MURIÓ.

—¿Sabía que registraron… que la policía… registró la casa de Lara y Samuel?

—Supongo que investigaron, pero no, no conozco los detalles de ningún registro.

—¿Sabía que el único lugar en las proximidades de esa casa donde se encontró colirio de cualquier tipo fue en su coche?

—Como he dicho, tengo alergias. Pero ni siquiera sabía que era venenoso.

—Protesto, señoría. No responde a la pregunta —dijo Miracle.

—Se admite la protesta. —La jueza Reyes se inclinó hacia delante—. Señor Logan, la pregunta era si usted sabía que se había encontrado colirio distinto al suyo cerca de la escena del crimen.

—Mis disculpas, señoría. No entendí la pregunta de ese modo. Pero, en respuesta, diría: no. No lo sabía.

—Cedo al testigo.

—No hay más preguntas. —Jester se puso de pie.

—Puede retirarse, señor Logan —anunció la jueza Reyes.

Logan vaciló, mirando a su alrededor. Su rostro indicaba claramente que había esperado más preguntas. Entonces se levantó lentamente y se encaminó hacia la salida de la sala del tribunal.

—¿Su siguiente testigo, señor Jester?

El abogado se incorporó a medias.

—¿Podría esperar un momento, su señoría? Seré breve.

—Sin duda. ¿Deberíamos quizá tomar un descanso?

Miracle se encogió de hombros, su mente estaba ejecutando cálculos. Jester tenía al menos veinte testigos disponibles, personas que había incluido en su lista de testigos potenciales. Logan había fracasado en su labor de conseguir que el jurado conectara con Beverly. Jester se enfrentaba a un dilema: dejar las cosas como estaban o presentar a un testigo de respaldo para realizar el trabajo emocional que Logan no había logrado cumplir. Pero entonces tendría que romper su compromiso inquebrantable de tres testigos.

La jueza dirigió la mirada hacia los miembros del jurado, quienes se observaron entre sí.

Jester revisaba sus notas, asentía para sí mismo y hacía marcas de verificación en su bloc. Luego se puso de pie, se abrochó la chaqueta y se llevó las manos detrás de la espalda.

—Señoría, señoras y señores del jurado, la acusación ha concluido.

Doctor Karl Rhodes

Perito de la defensa, experto en neurología

53

—Señoras y señores del jurado, la defensa presentará ahora su caso. Señora Miracle, puede llamar a su primer testigo —dijo la jueza.

Mary Miracle llamó al doctor Karl Rhodes como testigo médico experto y, tras presentarlo, colocó dos ampliaciones de imágenes médicas en el caballete.

—¿Qué estamos viendo aquí, doctor?

—Estas son imágenes de resonancias magnéticas del cerebro de Nicholas Rogers.

—¿Puede explicar al jurado qué muestran?

—Por supuesto. La imagen de la izquierda fue tomada el día después de que Nicholas y su esposa sufrieran un accidente de coche. Pueden ver… —Rhodes miró a Mary y luego a la jueza—. ¿Puedo ponerme de pie para señalar en la imagen?

—Por supuesto —respondió la jueza Reyes.

El testigo descendió del estrado y se situó, como lo haría un profesor, ante el jurado.

—Este punto justo aquí —indicó en la imagen—, este es el lóbulo temporal. —Se llevó las manos a ambos lados de la cabeza, justo detrás de sus sienes—. Se localiza aproximadamente aquí, y es muy importante. Esta parte del cerebro controla la visión, la comprensión del lenguaje y, lo que es importante para este caso, la memoria.

Ahora bien… —Gesticuló de nuevo hacia la primera imagen—. Estas áreas blancas brillantes de aquí muestran lo que llamamos edema o hinchazón. Fue bastante grave en el caso de Nicholas, ya que los airbags laterales del coche no se desplegaron y se golpeó la cabeza con fuerza, con mucha fuerza, contra la ventana. Afortunadamente, mediante una combinación de medicamentos y cirugía, una craniectomía descompresiva que básicamente drenó líquido de su cráneo, los médicos lograron reducir la hinchazón, lo que condujo a su recuperación.

—¿Una descompresiva…? —comenzó a preguntar Miracle.

—Básicamente, perforaron un orificio en su cráneo para drenar el líquido de su cabeza.

Miracle hizo un gesto de dolor. Varios miembros del jurado se estremecieron visiblemente.

—En efecto. Ahora bien, esta segunda imagen es de principios de este mes. —El doctor miró su reloj y luego añadió—: De hace dieciocho días, para ser precisos. Y, como pueden observar aquí, estos puntos brillantes siguen presentes, pero, si comparan el tejido cerebral subyacente en ambas imágenes, el lóbulo temporal, advertirán que, antes y después, el área blanca es menor en la imagen más reciente. ¿Esto qué nos indica? Bueno… El punto brillante tras la desaparición de la inflamación señala la presencia de tejido cicatricial, lo que denominamos gliosis. Así pues, aunque el edema desapareció, no es infrecuente en lesiones cerebrales traumáticas de esta magnitud que persistan cicatrices. Como cuando uno se corta la mano con un cuchillo de cocina, por ejemplo.

—Entonces, para que quede claro, ¿lo que está usted diciendo es que, aunque el accidente de coche de Nicholas ocurrió hace dos años y aunque el edema traumático de su cerebro desapareció, siguen presentes las cicatrices?

—Eso es.

—De acuerdo, ¿y qué efecto producen ese tipo de cicatrices? ¿Pueden afectar al funcionamiento del cerebro?

—Sin duda alguna. Como he señalado, la resonancia magnética de Nicholas muestra gliosis, o cicatrices, en su lóbulo temporal. Estas cicatrices pueden perturbar la actividad cerebral normal y desencadenar convulsiones o episodios disociativos conocidos como automatismos. Durante estos episodios, una persona puede parecer alerta, quizá actúe extrañamente feliz o enérgica o audaz, pero puede ser completamente inconsciente de sus actos. Sus comportamientos durante estos episodios son involuntarios, impulsados por una actividad eléctrica anormal en el lóbulo temporal con cicatrices, no por una intención consciente. Es algo semejante al sonambulismo, cuando la persona está funcionando, pero no parece del todo ella misma y no sabe lo que está haciendo.

—Si una persona se encuentra en tal estado, con este funcionamiento similar al sonambulismo, ¿recordaría lo que hizo?

—Por lo general, no.

—¿Tendría control sobre lo que estaba haciendo?

—No. Esa precisamente es la cuestión. Imagine que el cerebro tiene un conjunto de líneas eléctricas que se conectan todas para hacernos realizar acciones mediante el envío de señales desde nuestra mente. —Levantó ambas manos y las cerró en puños—. Piense en mi puño izquierdo como mi mente, donde formo la intención, decido sobre las cosas que quiero o que deseo hacer; esto ocurre en la corteza prefrontal del cerebro. Y mi mano derecha es el lóbulo temporal, donde todas esas intenciones se ejecutan. En medio, hay cables eléctricos que conectan ambos. En el caso de las cicatrices, se producen cortocircuitos en esos cables y se envían mensajes que no emanan de la corteza prefrontal. El lóbulo temporal

empieza a hacer cosas que la persona no tiene intención de hacer, no desea hacer o no recuerda haber hecho.

—De acuerdo, doctor. Entonces, basándose en las resonancias magnéticas que realizó, según su opinión profesional, ¿Nicholas podría haber sufrido pérdidas de memoria y haber hecho cosas que no tenía intención de hacer?

—Sin duda alguna. De hecho, tras revisar sus memorias, lo que escribió sobre su estancia en España, esas amnesias que documentó son coherentes con una gliosis del lóbulo temporal.

—Entonces ¿es posible que asistiera a un evento, como un velatorio, pero que no conserve recuerdo alguno de haber estado allí?

—Sí.

—¿Podría haber realizado acciones como, por ejemplo, verter líquido de una petaca en una ponchera, sin recordarlo después?

—Absolutamente.

—Y, para que quede claro, doctor, ¿se trata únicamente de que no lo recordaría? ¿Las cicatrices solo afectan a la memoria? —Este era el punto crítico, la cuestión clave de la argumentación de la abogada.

—Oh, no. Es como si… es como si Nicholas no tuviese el control. Como si algo más dirigiese la función. Es la gliosis, los cortocircuitos eléctricos de su cerebro, los que toman las decisiones. No es solamente que no fuera a recordarlo. Podría haber hecho cosas que no tenía intención de hacer o que ni siquiera deseaba hacer. Por ejemplo, podría estar sentado en un sofá un momento, y al momento siguiente despertar en un banco del parque. La electrónica averiada de su cerebro estaría dirigiendo la función durante ese tiempo intermedio, tomando decisiones basadas en viejos patrones, recuerdos, cualquier cosa que resultase estar conectada allí dentro.

Se denomina automatismo con énfasis en el prefijo «auto» porque, durante esos episodios, Nicholas no está al cargo. No tiene intención de hacer lo que está haciendo. Ese poder le ha sido arrebatado por las cicatrices.

Miracle asentía mientras observaba las dos imágenes de resonancia magnética.

—No hay más preguntas.

54

—¿Puede fingirse una amnesia, doctor Rhodes? —preguntó Antoine Jester.

—¿Si alguien puede alegar que no recuerda haber hecho algo que en realidad sí recuerda haber hecho? Por supuesto.

—¿Y puede una persona con gliosis del lóbulo temporal funcionar sin sufrir amnesia? ¿O acaso todas las personas con cicatrices sufren amnesia?

—No, no es universal. Algunas personas tienen cicatrices y nunca experimentan una pérdida de memoria.

—¿Se le había informado al acusado, como parte de su diagnóstico, en las conversaciones con sus médicos durante su recuperación del accidente, que las pérdidas de memoria eran una posibilidad?

—Eso formaría parte del protocolo estándar, sí.

—Entonces ¿es posible que al acusado se le dijera que «podría» experimentar amnesia y que, basándose en eso, la fabricara?

—También es posible que la tuviera realmente. Ambas cosas son posibles.

—Permítame entregarle lo que está marcado como «Prueba del Estado G». ¿Sabe qué es esto?

—No lo sé. —Rhodes tomó el documento, que consistía en dos páginas grapadas, de manos de Jester.

—Es una impresión del historial de búsquedas en internet del acusado dos meses antes del envenenamiento de Beverly O'Donnell. ¿Qué observa que le parezca relevante para nuestra conversación?

El doctor empleó unos veinte segundos en examinar el documento.

—Hay numerosas búsquedas sobre traumatismo craneoencefálico y amnesia, pérdida de tiempo y similares. Parece que el acusado…, Nicholas…, estaba experimentando problemas e investigaba para intentar comprender qué le estaba sucediendo.

—¿O investigaba cómo fingirlos?

—De nuevo, señor Jester, eso también es posible.

—Ha estado usted presente alguna vez cuando el acusado se encontraba en… ¿Cómo llamaría usted cuando…?

—¿Cuando no es consciente de sus actos, no tiene control? ¿En un desmayo? A eso lo llamamos una crisis parcial compleja o crisis focal con alteración de la conciencia. También empleamos el término automatismo, que creo que es el término utilizado en la jerga jurídica.

—¿Le ha visto usted alguna vez en un desmayo?

—No. No lo he visto.

—Nada más, señoría.

—Una última pregunta por mi parte. —Miracle se puso de pie—. ¿Podría una persona en estado de automatismo hacer lo que aquí se alega? No estoy concediendo en modo alguno que esto sucediera, porque no existe prueba alguna de ello, pero ¿podría Nicholas, en ese estado alterado, haber ido a una farmacia, comprado Visine y adulterado la ponchera ese día?

—Una persona en estado de automatismo puede hacer cualquier cosa que cualquiera de nosotros puede hacer, simplemente no es consciente de que lo está haciendo y no lo recordará después. De

nuevo, como el sonambulismo.

—Mentí. Una pregunta más. —La abogada sonrió. Los asistentes rieron—. ¿Una persona que opera en un estado de automatismo está de algún modo en control de lo que hace?

—No tiene el control. El caso es exactamente el contrario. Como he dicho, el cerebro está experimentando un cortocircuito. Hay muchos casos en los que las personas mueren mientras experimentan este estado, no porque lo deseen, sino porque caminan sobre las vías del tren, o hacia el tráfico, o caen por una ventana o desde un edificio.

—Muy bien, esta es realmente mi última pregunta. —Se escucharon más risas—. Lo prometo. Está usted diciendo que las personas, en este estado de automatismo, podrían hacer cosas que las hirieran o incluso las mataran. ¿Sería beber veneno un ejemplo?

—Sin duda alguna. Comprendo las afirmaciones que aquí se hacen y, si me lo permite, ninguno de nosotros bebería veneno intencionalmente. Ninguna persona mentalmente sana lo haría. El hecho de que Nicholas fuera envenenado al beber el ponche…, si él sabía que había veneno en aquel recipiente y lo bebió, eso en mi opinión pesaría considerablemente a favor de la conclusión de que se encontraba en un estado de automatismo.

—Gracias.

—Tengo un par de preguntas complementarias. —Jester se puso de pie—. ¿Beber veneno tal como acaba de describir sería también compatible con un intento de suicidio? ¿O un asesinato seguido de suicidio?

—Podría serlo.

—Y, en un escenario diferente, si el envenenador supiera cuánto haría falta para matar a una persona, cuánto veneno añadir a la ponchera, entonces probablemente también sabría cuánto debía

beber él mismo para sufrir únicamente molestias, pero no la muerte, ¿correcto?

—Eso sería muy arriesgado, ya que las personas reaccionan de manera diferente…

—Pero, si nuestro asesino fuera sorprendido con las manos en la masa, por así decirlo, adulterando la ponchera con veneno, ¿qué mejor manera de desviar las sospechas?

El doctor Rhodes meditó su respuesta.

—¿Es esa una pregunta real o hipotética?

—¿Está de acuerdo en que beber de la ponchera envenenada sería una excelente manera de desviar las sospechas?

—Supongo que sí.

—Nada más —concluyó Jester.

En ese momento, la jueza decretó un receso para aquel día, debiendo reanudarse el juicio a la mañana siguiente.

Descanso

55

En los siete años que Mary Miracle llevaba ejerciendo la abogacía, jamás había presenciado que un acusado en un proceso penal subiera a la tribuna. Era la regla de oro del abogado defensor en lo penal: nunca poner a tu cliente en la tribuna. En el caso de Nicholas, no había sido ese su plan inicialmente, y tampoco había sido idea suya. En un principio, las pruebas contra Nicholas eran puramente circunstanciales. Y él contaba con hechos sólidos a su favor, siendo el más notable que, de hecho, él también era una víctima del envenenamiento. Todo aquello cambió en una tarde. Durante la preparación del caso, Jester reveló, según lo requerido por las normas procesales, que el padre O'Leary sería llamado como testigo del Estado y proporcionó un breve resumen de su testimonio: O'Leary había visto a Nicholas adulterando el ponche.

Aquel pequeño detalle transformó por completo el caso.

En opinión de Mary, aquella era una prueba condenatoria. Ciertamente, podría argumentar que el sacerdote no podía saber qué contenía la petaca. También que Nicholas no habría bebido el ponche de haber sabido que estaba envenenado. Pero sabía que se trataba de argumentos endebles. Fue, en ese momento, cuando planteó por primera vez la idea de un acuerdo de culpabilidad.

—Te contraté para ganar. No para que negociaras mi declaración de culpabilidad —había respondido Nicholas—. Y me dijiste que

nuestras probabilidades eran buenas.

—Eso fue antes de saber que podían situarte en la casa adulterando el ponche. Y su testigo… no es como si fuera Gary Logan. Es un sacerdote.

Nicholas sacudió la cabeza.

—Te juro que no tengo recuerdo alguno de haber entrado siquiera en la casa, y mucho menos de haber adulterado el ponche.

—Lo comprendo, pero este caso se sustentaba principalmente en pruebas circunstanciales. Había ponche. Varias personas enfermaron y una murió. La ponchera y los vasos estaban envenenados. Aunque hubieras estado en la casa, ¿qué? Lo mismo les ocurrió a otras cincuenta personas. Y tú también fuiste envenenado. Todo eso es manejable. No es una victoria asegurada para nosotros, pero tampoco lo es para Jester.

»PERO si a todo eso le añades "y aquí hay una fotografía de Nicholas echando algo en el ponche", porque eso es lo que esto significa, es el testimonio de un sacerdote…, bien podría ser un vídeo. Ese detallito es enorme, e inclina la balanza en nuestra contra hasta un grado con el que no me siento cómoda.

—Pero la defensa del automatismo, esa todavía se sostiene —argumentó Nicholas.

—Se sostiene, pero es arriesgada. El automatismo era una excusa. Un recurso secundario. Un plan B. Igual que el caso de Jester es acumulativo pero circunstancial, también lo es el nuestro. Que sufras de amnesia genera simpatía y le da al jurado una excusa para declararte no culpable si les caes bien. Pero con el sacerdote que te vio echar algo en el ponche… —Mary negó con la cabeza—. Ahora se convierte en el plan A. Eso significa que el jurado tiene que creer el diagnóstico de nuestro experto. Creer que tus cicatrices cerebrales te están causando pérdidas de memoria y esta suerte de

sonambulismo. Creer que no tenías malas intenciones contra tu esposa. Y que hiciste lo que el sacerdote vio por culpa de esa afección. Eso es mucho, Nicholas…

Al día siguiente, Nicholas la había llamado desde la cárcel.

—No voy a declararme culpable mediante un acuerdo porque no soy culpable. Así que, la única otra opción…, tengo que testificar. Es la mejor manera de contrarrestar el testimonio del sacerdote. Tendremos al experto en daño cerebral para que explique mis problemas. Y entonces subiré a la tribuna y les contaré lo que ocurrió. Lo que recuerdo. Nadie puede contradecirme. La cuestión es mi intención. A eso se reduce todo el caso, ¿no es cierto? ¿A lo que yo pretendía? Bueno, nadie puede meterse dentro de mi cabeza y afirmar que estoy mintiendo.

Miracle le había dicho que tendría que pensarlo, pero ya lo había hecho. Había estado reflexionando en la misma línea mientras cavilaba sobre el problema la tarde, la noche y la madrugada anteriores.

Cuando volvieron a hablar, Miracle estuvo de acuerdo. Nicholas debía subir a la tribuna.

—Pero, si vas a testificar, se lo haremos saber a Jester y conseguiremos algo de él a cambio.

Prueba de la defensa Q

El manuscrito de Madrid

56

La mañana después del testimonio del doctor Rhodes, una vez sentado el jurado, los abogados se acercaron para un breve intercambio con la jueza, tras lo cual regresaron a sus mesas. Reyes se dirigió al jurado.

—Señoras y señores. Durante el testimonio del doctor Rhodes se mencionaron unas memorias que el acusado escribió mientras se encontraba en España. Los abogados han acordado que este documento debe ser admitido como prueba formando parte del registro. Debo advertirles de que es extenso, y por esa razón los letrados también han acordado que el documento sea leído para incorporarlo al registro. Todos ustedes recibirán copias escritas para que puedan seguir la lectura. El documento ha sido admitido como prueba por acuerdo de los abogados, pero, como parte de ese acuerdo, debo leerles unas instrucciones acerca de cómo deben considerar lo que van a leer y escuchar.

»Aquellos de ustedes que hayan visto thrillers jurídicos o disfrutado leyéndolos, probablemente están familiarizados con la cuestión de los rumores. En general, la ley no permite que las declaraciones realizadas fuera del tribunal sean admitidas como prueba porque nuestro sistema legal enfatiza el derecho al contrainterrogatorio, y no se pueden formular preguntas sobre algo que no se dijo en el tribunal. Dicho esto, hay excepciones para cada

regla. Ahora leeré las instrucciones acordadas por los abogados.

»"El documento escrito por Nicholas Rogers que está a punto de leerse se presenta como prueba para su consideración. Sin embargo, no se ofrece para probar la veracidad de las declaraciones realizadas en dicho documento. Se admite bajo dos excepciones a los rumores:

»*Impresión sensorial presente*: son declaraciones realizadas mientras el declarante está percibiendo un evento o una condición, como exclamar: 'iEl coche está en llamas!' mientras se presencia un coche envuelto en llamas.

»*Condición mental, emocional o física existente en ese momento*: una declaración sobre el estado mental o físico del declarante, incluyendo sentimientos, dolor o intención. Por ejemplo, 'Me siento mareado' o 'Voy a ir a la tienda mañana'.

»En el manuscrito del señor Rogers, presentado como prueba, no deben considerar como verdadero nada de lo que en él se afirma; más bien, consideren lo contenido en ese documento al determinar el estado mental, físico y emocional del acusado en el momento en que escribió el documento.

»Este acuerdo está condicionado al compromiso por parte del acusado de que testificará como testigo una vez finalizada la lectura íntegra del manuscrito".

Mientras la jueza hablaba, su alguacil llevó una caja delante del banquillo del jurado y comenzó a distribuir copias de un manuscrito a cada miembro del jurado.

—Con el fin de hacer esto lo menos doloroso posible, los abogados contrataron a un profesional para leer el manuscrito. Así que reproduciremos una grabación de esa lectura, ustedes pueden seguirla con sus copias y hacer las anotaciones que consideren oportunas. Naturalmente, al final del juicio, todas ellas permanecerán aquí. ¿De acuerdo? ¿Alguna pregunta?

El jurado permaneció en silencio.

—Estupendo. Me aseguraré de hacer pausas frecuentes, pero, si en algún momento durante la lectura alguien necesita un descanso, por el motivo que sea, simplemente que levante la mano y con mucho gusto se lo proporcionaré.

La reproducción de la lectura del manuscrito de Nicholas Rogers durante el juicio duró aproximadamente dos días.

Inspector Raymond Fuentes

Investigador de la acusación

57

—La defensa llama a declarar al inspector Ray Fuentes —anunció Mary Miracle.

Un hombre corpulento de unos cincuenta años, con el pelo canoso muy corto, subió al estrado. Llevaba un traje oscuro sencillo y sostenía una carpeta de manila.

Prestó juramento y se dispuso a responder a las preguntas de la letrada.

—Inspector Fuentes, ¿fue usted el investigador principal de la fiscalía del condado de Dallas en este caso?

—Así es.

La abogada levantó una gran carpeta con la etiqueta PRUEBA.

—¿Está familiarizado con el manuscrito que el juez ha admitido como Prueba Q? ¿Un manuscrito escrito por Nicholas Rogers mientras se encontraba en Madrid?

—Conozco el manuscrito del acusado.

—Ahora bien, el jurado acaba de pasar dos días escuchando la lectura de ese manuscrito. Como parte de su investigación, ¿se le encomendó la tarea de validar su contenido?

—Sí.

—¿Y qué descubrió?

—Muchas cosas.

—De acuerdo, inspector. Si quiere jugar así… —Miracle negó con

la cabeza.

—¡Protesto, su señoría! —exclamó Jester, poniéndose en pie.

—Se admite —respondió la jueza Reyes.

Miracle asintió hacia el estrado.

—Dígame, inspector Fuentes. Como parte de su investigación, ¿se le pidió que verificara la existencia de las personas nombradas en el manuscrito marcado como Prueba Q?

—Así es.

—Empecemos por Joann Marek. ¿Pudo localizarla?

—Sí. Identifiqué a una mujer llamada Joann Marek que trabajaba como directora editorial de no ficción en una editorial de Hamburgo, Alemania.

—De acuerdo. ¿Coincidían el nombre y la dirección de su empresa con los de la tarjeta de visita descrita en el manuscrito de Nicholas?

—Sí, señora. Coincidían.

—¿Intentó ponerse en contacto con ella?

—Sí. En múltiples ocasiones. Por correo electrónico y por teléfono.

—¿Cooperó ella con su investigación?

—No. Solo conseguí hablar con ella una vez. Se negó a ser entrevistada y no respondió a las solicitudes posteriores.

—¿Intentaron obtener su testimonio para este juicio?

—Lo intentamos. Iniciamos el proceso para… para obligar a una ciudadana extranjera a testificar. Pero no pudimos completarlo a tiempo para el juicio.

—Ahora, ¿qué hay de Eugene Wigner? ¿Pudieron localizar algún registro sobre él?

—Sí.

—¿Cómo obtuvo esos registros?

—Directamente de la Policía Nacional de Madrid… a través de los canales oficiales.

—¿Puedo acercarme? —Miracle se volvió a la jueza.

—Puede hacerlo.

—¿Son estos los registros que obtuvo? —Miracle le entregó dos documentos al testigo.

—Así es.

—¿Y estos llevan el sello oficial de la Policía Nacional y fueron certificados por la Embajada de España?

—Sí.

—Señoría, la defensa solicita que se admitan como pruebas R y S de la defensa.

—¿Alguna objeción?—preguntó la jueza Reyes.

—No hay objeción. —Jester se puso de pie.

—Admitiré ambas.

—¿Qué averiguó sobre Eugene Wigner?

—Es un ciudadano alemán.

—¿Lo es?

—Lo siento. Lo era. Los registros de la policía española confirman que falleció en la fecha mencionada en el manuscrito, la noche del 23 de diciembre. Falleció a causa de las lesiones sufridas tras una caída desde el hotel.

—¿Desde el Petit Palace Savoy Alfonso XII?

—Sí.

—De acuerdo. Entonces ¿Eugene Wigner existió?

—Sí.

—¿Y falleció en la fecha que indica el manuscrito?

—Sí.

La abogada se cruzó de brazos y, mirando al jurado, formuló las siguientes preguntas al testigo:

—Entonces ¿su investigación confirma que Joann Marek existe, pero se negó a testificar?

—Sí.

—Y Eugene Wigner existió y murió aproximadamente en la fecha que indica el manuscrito de Nicholas, ¿es eso correcto?

—Es cierto.

Miracle se volvió hacia el testigo.

—Por último, inspector, el camarero descrito en el manuscrito como Miguel. ¿Lo localizó?

—Sí. Un tal Miguel Domínguez trabaja como camarero en el Café Gijón de Madrid. El café existe tal como se describe en el manuscrito.

—Y en cuanto a testificar…

—Resulta que el primo del señor Domínguez es abogado. Tampoco quiso tener nada que ver con el caso.

—¿Obtuvieron también registros relacionados con el propio Nicholas Rogers en Madrid?

—Sí.

—¿Qué indicaban?

—Que la madrugada del 25 de diciembre fue atendido por los servicios de emergencia tras ser atropellado por una furgoneta cerca del Retiro. Fue trasladado para valoración médica y dado de alta posteriormente.

—Entiendo. —Miracle asintió lentamente—. Doy por concluido el interrogatorio del testigo.

Jester tomó entonces la palabra.

—Inspector Fuentes. Joann Marek se negó a cooperar con su investigación.

—Correcto.

—Así que no tiene ni idea de lo que sabe o no sabe sobre este

caso.

—Así es.

—Ni siquiera de si llegó a conocer al acusado.

—Correcto.

—Y Eugene Wigner, usted confirmó que murió cerca del hotel. ¿No confirmó nada sobre su relación con el acusado?

—Correcto.

—Así que, por lo que sabemos, se trata simplemente de personas reales cuyos nombres el acusado se apropió para su manuscrito.

—Eso es totalmente posible.

—Y con Miguel Domínguez…, bueno, ocurre lo mismo, ¿correcto?

—Así es.

—No tengo más preguntas.

Doctor Alan Shapiro

Terapeuta del acusado

58

—La defensa llama a declarar al doctor Alan Shapiro —anunció Mary Miracle.

Subió al estrado un hombre de complexión delgada, de unos cincuenta y cinco años, con gafas de montura metálica y una barba canosa bien recortada. Llevaba una chaqueta oscura sobre una camisa de cuello abierto; un atuendo profesional, pero no tan formal como el habitual en los tribunales, lo cual le sentaba bien. Tenía el porte pausado de un hombre acostumbrado a escuchar.

Tras prestar juramento, Miracle comenzó.

—Doctor Shapiro, ¿cuál es su profesión?

—Soy psicólogo clínico colegiado. Llevo veintidós años ejerciendo en la práctica privada en Dallas.

—¿Y conoce a Nicholas Rogers?

—Sí. Nicholas era mi paciente.

Miracle se acercó al testigo.

—Su señoría, me gustaría presentar la prueba de la defensa T. —Le entregó el documento a Shapiro—. ¿Puede identificar este documento?

—Sí. Se trata de una renuncia al secreto profesional firmada por Nicholas. Me autoriza a declarar sobre nuestras sesiones en este juicio.

Miracle se mostró satisfecha con la respuesta.

—Doctor Shapiro, ¿cuándo empezó Nicholas a ser su paciente?

—Hace aproximadamente dos años. Poco después de que él y su esposa se separaran y comenzaran los trámites de divorcio.

—¿Qué le llevó a acudir a usted?

—Sufría un estrés importante. Tenía dificultades para dormir. Me comentó que había aumentado considerablemente su consumo de alcohol. Y padecía lo que él describía como ataques de pánico, episodios de ansiedad aguda, taquicardia, visión de túnel, que se producían en entornos profesionales, mientras daba clase, por ejemplo.

—¿Le recetó medicación?

—Sí. Dada la frecuencia y la gravedad de lo que describía, le receté Xanax para el control de la ansiedad situacional.

—¿Cómo caracterizaría el estado mental general de Nicholas durante el periodo en que lo trató?

—Estaba sometido a una tensión considerable. El divorcio fue conflictivo. Se sentía estancado profesionalmente, en lo que respecta a su escritura. Y, como consecuencia del divorcio, quedó socialmente aislado; su red de amistades se alineó en gran medida con su esposa durante el matrimonio. Perdió muchos amigos cuando se separaron. Nicholas estaba pasando por un duelo en múltiples frentes simultáneamente.

—¿Lleva usted notas clínicas de sus sesiones con los pacientes?

—Sí. Notas detalladas, que mantengo en el curso habitual de mi práctica.

Miracle se acercó y le entregó un documento.

—Prueba de la defensa U. ¿Son estas sus notas clínicas de la sesión del 14 de octubre?

—Así es —concluyó el testigo tras revisar el documento brevemente.

—Doctor Shapiro, ¿puede decirle al jurado lo que anotó durante esa sesión del 14 de octubre?

—Anoté, y…, si me lo permite, citaré directamente de mis propias notas: «El paciente parecía concentrado al inicio de la sesión, pero aproximadamente a las 14:17 dejó de responder en medio de la conversación. Fijó la mirada en un punto a media distancia. No respondió cuando se le llamó por su nombre a intervalos de veinte segundos. El paciente permaneció callado durante aproximadamente dos minutos antes de responder con normalidad. Parecía no darse cuenta de que se había producido ninguna interrupción. Se le mantendrá en observación».

—¿Qué pensó usted de eso en ese momento?

—Inicialmente consideré la posibilidad de que Nicholas simplemente estuviera absorto, perdido en sus pensamientos. Es algo que ocurre en terapia. Pero la duración y su total inconsciencia de lo que había ocurrido me hicieron reflexionar. Tomé nota de que debía estar atento y tenía la intención de sacarlo a colación en nuestra siguiente sesión.

—¿Lo sacó a colación?

—No tuve la oportunidad.

—¿Por qué no?

—Nicholas faltó a nuestras dos sesiones siguientes programadas en diciembre. Cuando le pregunté por qué, supe que había viajado a España.

—¿Tuvo noticias suyas mientras estuvo allí?

—Sí. Me llamó, era tarde por la noche, hora de España, en un estado de considerable angustia. Me describió cómo perdía intervalos de tiempo. Se despertaba en lugares desconocidos. Estaba asustado. Desorientado.

—¿Qué hizo usted?

—Intenté calmarlo. Le pedí que describiera lo que estaba experimentando. Por lo que me contó, me preocupé lo suficiente como para ponerlo en espera un momento e intentar contactar con un colega en Madrid, un psiquiatra que conocí en un congreso, para ver si podía concertar una evaluación inmediata.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, conseguí contactar con mi colega, Pedro…

—Lo siento. No pretendo interrumpir, pero me refería a qué pasó con Nicholas.

—Ah, claro. Por supuesto. Bueno, cuando volví a la llamada, ya no estaba. Había colgado. Volví a llamar inmediatamente. No hubo respuesta. Lo intenté varias veces durante los días siguientes. No conseguí localizarlo.

—¿Ha tratado a Nicholas desde aquella llamada?

—No. Ese fue nuestro último contacto hasta que me llamaron en relación con este caso.

—Basándose en sus observaciones clínicas, el episodio de octubre, lo que él le describió desde España, ¿concuerdan esas observaciones con un trastorno conocido como automatismo del lóbulo temporal?

—Protesto —exclamó Jester—. El testigo no ha sido acreditado como experto en neurología.

—Reformularé mi pregunta. Doctor Shapiro, como médico clínico, ¿eran los síntomas de Nicholas, tal como usted los observó, compatibles con un episodio disociativo?

—Sí. El episodio de octubre en particular, la mirada fija, la duración, la total inconsciencia al volver en sí, es compatible con lo que yo caracterizaría como un episodio disociativo. No habría utilizado el término automatismo en aquel momento, pero sí. Compatible.

—¿Y podría explicar al jurado qué significa un episodio disociativo?

—Por supuesto. Piénselo de esta manera. La mayor parte del tiempo, nuestra mente consciente está plenamente presente, es decir, es consciente de lo que estamos haciendo. En un episodio disociativo, esa conexión entre la mente consciente y lo que hace el cuerpo se rompe temporalmente. La persona puede parecer despierta e incluso funcional, tiene los ojos abiertos, puede que se mueva, hable o actúe, pero su conciencia está, en esencia, desconectada. No está dirigiendo su comportamiento. No está creando recuerdos. Y, cuando el episodio termina, no tiene ningún recuerdo de este, no porque lo haya olvidado, sino porque la mente consciente nunca estuvo presente para registrarlo.

—¿Como el sonambulismo?

—El sonambulismo es una buena analogía, sí.

—¿Y el episodio que observó en Nicholas en octubre… era coherente con esto?

—Sí. Breve pero coherente.

—Gracias. Cedo la palabra a la acusación.

Jester se puso de pie.

—Doctor Shapiro. Usted recetó Xanax al acusado.

—Así es.

—El Xanax provoca somnolencia. Deterioro de la memoria. ¿También pérdidas de consciencia, especialmente cuando se combina con alcohol?

—En dosis elevadas o en combinación con alcohol, sí, esos efectos son posibles.

—Entonces el episodio que observó en octubre, los dos minutos de desconexión, ¿también podría ser coherente con un paciente que hubiera tomado Xanax y estuviera experimentando sus efectos

secundarios?

—Es posible. —Shapiro meditó su respuesta.

—¿Y los síntomas que Nicholas le describió de su estancia en España, pérdida de memoria, despertarse en lugares desconocidos, también son compatibles con alguien que hubiera bebido en exceso y tomado Xanax?

—Podrían serlo, sí.

—Entonces lo que Nicholas describió podría ser simplemente el resultado del abuso de drogas y alcohol, ¿correcto?

—Sí.

—¿En lugar de cualquier afección neurológica?

—Ese podría ser el caso. No puedo descartarlo basándome únicamente en mis observaciones.

—No tengo más preguntas.

Miracle se levantó.

—Una pregunta más. Doctor Shapiro, cuando Nicholas se quedó en blanco en su consulta en octubre, ¿había tomado Xanax ese día, según su conocimiento?

—No lo había tomado. Me dijo que había dejado de tomarlo porque sentía que estaba afectando a su escritura. También lo anoté en el historial.

—Así que el episodio de octubre ocurrió sin Xanax en su organismo.

—Que yo sepa, sí.

—Gracias. No tengo más preguntas.

Nicholas Rogers

El acusado

59

—La defensa llama a Nicholas Rogers a la tribuna.

Todas las miradas se posaron sobre Nicholas cuando se levantó para ocupar la tribuna.

Intencionadamente, con el propósito de contrastar con Gary Logan, vestía un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata azul marino. Iba bien afeitado, con el cabello pulcramente arreglado y parecía sereno y dueño de sí mismo mientras se dirigía al estrado de los testigos. Al prestar juramento, su mano tembló ligeramente.

Durante una semana de juicio, el jurado había observado al acusado, lo había visto reaccionar ante los testimonios, susurrar a su abogada, tomar notas y, ocasionalmente, volverse para mirarlos. Ahora, por primera vez, se dirigiría a ellos. Se encontraba en el centro del escenario y el jurado podría escrutarlo sin reservas.

Mary Miracle sabía que debía proceder con calma y conceder al jurado tiempo para conectar con él, forjar un vínculo con él, creerle. Se situó en el extremo del banquillo del jurado más alejado del estrado de los testigos, muy cerca de ellos. Deseaba, esperaba, que el testimonio de Nicholas tuviese el carácter de una conversación con ella y el jurado.

—Por favor, indique su nombre legal completo, solo para el registro del secretario judicial.

Nicholas se acomodó ligeramente en su silla, girándose hacia el

jurado tal como habían discutido y ensayado.

—La versión legal completa es Nicholas Aloysius Rogers. —Su voz era profunda, firme, de profesor—. Nací el 21 de junio, festividad de san Aloysius. Mi madre era católica. Nicholas era el nombre de mi padre.

—¿Es usted de Texas?

—Sí, aunque no de Dallas. Crecí más al sur, en Corpus. Pero, salvo por la universidad, he estado aquí toda mi vida.

—¿Dónde cursó sus estudios universitarios?

—Un poco aquí y allá. UT Austin para la licenciatura. Luego UT Dallas para mi máster. Y Harvard para el doctorado.

—Y esos dos títulos de posgrado fueron en…

—En inglés, literatura estadounidense. Me especialicé en literatura estadounidense moderna. Stein, Faulkner, Hemingway, ese tipo de cosas.

—Y, después de graduarse, ¿podría ofrecernos una visión general de su trayectoria profesional?

—Por supuesto. Solicité plaza en varias universidades y conseguí el puesto en Dallas como director de Escritura creativa. Era perfecto: regresar a casa, a Texas, trabajar en un campo que amaba, y todo ello en consonancia con mi deseo de escribir novelas.

—¿Cuántas novelas ha escrito?

—Demasiadas. —Nicholas rio entre dientes. El jurado rio con él. Miracle observó que la jueza Reyes sonreía—. Quiero decir que he tenido la suerte de ver publicadas cinco novelas. Pero he escrito otras siete que…, bueno, eran simplemente malas.

—¿Nadie quiso publicarlas?

—Oh, no, no se trata de eso. Nunca tuvieron la oportunidad. Ni siquiera las envié. Existe un… Cuando uno escribe, también está leyendo. Forma parte del proceso, ¿sabe? Así que intentas contar

una historia para ese lector imaginario que tienes en la cabeza y vas oscilando constantemente entre ser el narrador y ser el oyente de la historia. Esas siete de las que hablo jamás llegaron a cuajar lo suficientemente bien como para que yo las disfrutara en mi calidad de lector. Y si no me estaban gustando y fui yo quien las escribió…

—Lo comprendo. —Miracle observó a Nicholas, aguardando. Entonces le sorprendió con una pregunta formulada fuera del orden previsto en el ensayado guion. Necesitaba que la respuesta pareciera no ensayada. Pillarlo desprevenido debería resultar de ayuda—. ¿Mató usted a su esposa?

El semblante de Nicholas se demudó. Su cabeza se movió de un lado a otro.

—En absoluto. Yo… Sé que estábamos tramitando el divorcio. Y sé que nuestra relación distaba mucho de ser ideal. Soy una persona difícil con la que convivir. Y creo, mirando atrás, que Beverly y yo éramos dos personas, dos buenas personas, que simplemente no se compenetraban. ¿Sabe? Al principio es difícil, la idea del divorcio. Porque has invertido tiempo, años, en construir algo. Y lo estás construyendo con esa persona. Y ella lo está construyendo contigo. Así que hay una especie de esfuerzo conjunto para sacar adelante esto juntos. Y, cuando la otra persona dice que quiere dejarlo, al principio es difícil porque tienes la sensación de que, al renunciar al proyecto conjunto, está renunciando a ti, y que de algún modo eso es un reflejo de ti, de tu esfuerzo, de tu valor. Y yo…, quiero decir, esto no es…, lo que estoy contando ahora mismo no es algo que se me esté ocurriendo ahora. Beverly y yo hablamos de esto. Y ella lo entendió. Estuvo de acuerdo. Pero una vez que superas ese primer «esto no funciona» y empiezas a reflexionar, al menos en mi caso, llegué a la misma conclusión: sí, éramos dos buenas personas que, simplemente, no éramos buenos el uno para

el otro. Pero eso no cambia el hecho de que amara a Beverly. Y de que aún la amo.

Mientras Nicholas hablaba, su abogada retrocedió lentamente dos pasos, distanciándose de él, permitiéndole desplazar con naturalidad su atención de ella hacia el jurado. Al final de su respuesta, él se dirigía al jurado. Varias mujeres asentían con la cabeza a la misma vez que él. Y, cuando pronunció el «aún la amo», Miracle advirtió que a Nicholas se le quebró la voz.

—Ha habido un testimonio, lo ha escuchado, el de Lara Baxter, según el cual, en un momento dado, Beverly descubrió que estaba embarazada. Y que interrumpió ese embarazo. ¿Estaba al corriente de ello?

—Me enteré de eso aquí, por boca de Lara, por primera vez, como todos los demás. No tenía ni idea. —Nicholas negó con la cabeza.

—Entonces, si el Estado alegara que la interrupción del embarazo por parte de Beverly constituía un posible motivo para que usted deseara matarla, ¿cómo se defendería?

—Eso sería imposible, porque yo no sabía nada al respecto.

—Hablemos de sus amnesias. ¿Sabe cuándo empezaron?

—Es difícil decirlo. Cuando Beverly me dijo que quería el divorcio, bueno, me lo tomé muy mal, como ya dije antes. No pasó mucho tiempo después del accidente, el accidente de coche. Y empecé a beber mucho. Hubo momentos en los que no recordaba cosas, pero pensé que era, ya sabe, por la bebida. No me di cuenta de lo grave que era hasta que estuve en España. Pero ahora sé que ya tuve pérdidas de memoria antes de eso. Probablemente desde hacía tiempo.

—¿Recuerda la ceremonia de la celebración de la vida de Samuel Baxter?

—En parte. Solo en parte. Recuerdo haber visto a Beverly y a Gary delante de la casa de Lara, y la discusión. Mi siguiente recuerdo es estar de vuelta en casa.

—¿No tiene ningún recuerdo de haber entrado en la casa, en la casa de Lara Baxter, aquel día?

—Ninguno en absoluto.

—¿Cuándo fue la siguiente ocasión en que perdió la memoria?

—Bueno, al parecer, esa tarde acudí a una de esas clínicas médicas de urgencias.

Miracle abrió una carpeta y extrajo de ella una hoja de papel.

—¿Puedo acercarme al testigo, señoría?

—Puede hacerlo.

—¿Puede identificar este documento, señor Rogers?

—Sí. Es un informe de alta médica de la clínica que mencioné.

—¿Cuándo indica que acudió usted allí?

—La noche de la ceremonia de la celebración de la vida de Samuel. Muestra que padecía náuseas y que sospechaban de una intoxicación alimentaria. Me extrajeron sangre, realizaron algunas pruebas y me enviaron a casa.

—¿Tiene algún recuerdo de haber acudido allí?

—Ninguno. —Nicholas se encogió de hombros—. Recuerdo, está en el manuscrito, recuerdo haberme despertado en mi coche con mis llaves, en el camino de entrada de mi casa. Pensé en aquel momento que me había metido en el coche para ir a algún sitio y me había quedado dormido. Aparentemente, a juzgar por esto… —Sostuvo en alto la hoja de papel, señalándola—. Debí de quedarme dormido en el coche después de regresar de la clínica.

—¿Así que no tenía ni idea de que había estado en el homenaje ni de que había estado enfermo, ni de que había ido a la clínica?

—No, ninguna en absoluto. Todo aquello fue algo nuevo para mí.

—¿Sigue teniendo amnesia?

—No. Lo único bueno que salió de todo esto es el diagnóstico de esas pérdidas de memoria. El médico me puso un medicamento, se llama Keppra, que las ha detenido por completo.

—¿Cuándo empezó a tomar ese medicamento?

—Bueno, después de que me arrestaran y mi manuscrito fuera revisado, los médicos concluyeron que lo que se describe en él, gran parte de lo que me sucedió en España, era compatible con pérdidas de memoria causadas por mi lesión cerebral y las cicatrices. Me administraron los medicamentos mientras esperaba a comparecer en el juicio.

—Ahora aquí sentado, ¿qué recuerda con claridad de todo lo que le sucedió en Madrid?

—Está todo muy muy borroso. Releí el manuscrito hace unos días, justo antes de que comenzara el juicio. Tuve la sensación de estar leyendo algo escrito por otra persona. Lo recuerdo todo como un sueño. Y había algunas partes, como, por ejemplo, todo el día de Nochebuena, que sigo sin ser capaz de recordar.

—¿Hay otras partes que no recuerde?

—Bueno, no recuerdo nada desde que me atropelló la furgoneta hasta que fui arrestado.

—¿Es consciente de que el Estado ha investigado, de que ha intentado verificar los acontecimientos relatados en su manuscrito?

—Así es.

—¿Cuál es su interpretación de lo que encontraron?

—¡Protesto! —exclamó Jester poniéndose de pie de un salto—. La interpretación del acusado constituye un rumor, señoría.

Miracle levantó una mano con la palma hacia la jueza.

—Está bien, su señoría. Retiro la pregunta. —Miracle se detuvo un momento, mirando al jurado, y luego volvió la vista hacia

Nicholas—. Esta próxima pregunta reviste suma importancia porque, como sabe, el Estado no solo afirma que adulteró el ponche con veneno, sino que lo adulteró con la intención de asesinar a su esposa. Así pues, debo preguntarle: ¿tuvo la intención de matar a Beverly O'Donnell?

—Nunca. En absoluto.

—¿En algún momento, en cualquier otra ocasión, tuvo la intención de matar a su esposa?

—Jamás. Yo no podría… matar. No forma parte de mí…, me resulta abominable. Nunca, ni siquiera concebiría tal cosa.

—¿Llegó alguna vez a fantasear con su muerte o con que estuviera muerta?

—Nunca. La amaba.

—¿Quemó una reliquia familiar de su esposa, el pequeño devocionario que menciona en el manuscrito?

Nicholas frunció los labios, con las orejas enrojecidas.

—Me avergüenza decir que sí, efectivamente lo hice. Fue mezquino. Pero sí. Sí lo hice.

—¿Cuándo supo que su esposa había fallecido?

—Cuando me arrestaron. Fue un shock. Los alguaciles me lo dijeron. Había partido hacia España… Antes había hecho que le entregaran sus cajas. La había visto por última vez en casa de Lara. No tenía ni idea de que estuviera enferma ni hospitalizada. No tenía ni idea. De haberlo sabido, no habría hecho el viaje.

—¿Qué tiene que decirnos con respeto al testimonio del padre O'Leary, que no solo lo sitúa en el homenaje, sino también adulterando el ponche?

—No recuerdo haber estado allí. No recuerdo haber adulterado el ponche. No recuerdo haber bebido el ponche. Supongo que sí lo hice cuando enfermé lo suficiente como para acudir a la clínica.

—¿Tiene conocimiento de… que la policía registró su domicilio?

—Sí.

—¿Encontraron una petaca? ¿Alguna petaca que pudiera ser la que el padre O'Leary afirma haber visto en sus manos?

—No.

—¿Posee, o ha poseído alguna vez, una petaca?

—No.

—Le cedo el testigo —dijo tras un momento de reflexión.

60

Antoine Jester aguardó a que Mary Miracle tomara asiento en su mesa antes de ponerse de pie. Se dirigió hacia el extremo del banquillo del jurado, lo más distante posible del estrado de los testigos.

—¿No le resulta extraño, coincidente, sospechoso, señor Rogers, que decidiera emprender su viaje a Madrid la misma noche en que su esposa ingresaba en la sala de urgencias con intoxicación por TH?

—Es una terrible coincidencia, en efecto.

—¿Y no es asimismo una terrible coincidencia que su supuesta amnesia comenzara precisamente en el mismo momento en que su esposa fue envenenada?

—Creo que había sufrido pérdidas de memoria anteriores, pero, como ya he dicho, las había atribuido al alcohol.

—¿Y no resulta maravillosamente oportuno que pasara su tiempo en Madrid escribiendo un documento que serviría aquí como coartada perfecta para su crimen? —insistió el abogado.

—Mi intención en Madrid era escribir una novela. Lo que surgió, no sabría si llamarlo memorias o autoficción, es claramente el producto de una mente que no funciona correctamente. No se parece a nada de lo que haya escrito antes. Quiero decir, ¿demonios y posesión? No solo no escribo sobre esos temas, sino que tampoco los leo. Y, como he dicho, conservo un recuerdo borroso de lo que

sucedió mientras estuve en España, y aún más borroso de lo que escribí.

—Todo esto es un ardid elaborado, ¿no es así? Decidió asesinar a su esposa con veneno. Y el padre O'Leary le sorprendió con las manos en la masa envenenando el ponche, ¿no es cierto?

—No recuerdo siquiera haber estado en el velatorio, señor Jester.

—Y entonces, como él le descubrió, qué mejor coartada que beber usted mismo del ponche envenenado, sabiendo que la dosis que ingeriría no sería suficiente para matarle.

—No sé nada sobre ese producto químico. Ni siquiera sabía que el colirio pudiera ser venenoso, y mucho menos en qué cantidades.

—Pero verá, señor Rogers. Ahí está el problema. El padre O'Leary y Lara Baxter le sitúan en el velatorio, así que estuvo allí. ¿O acaso ambos mienten?

—Si estuve allí, no lo recuerdo.

—Pero sí tenía intención de ir, ¿no es cierto? No cabe duda alguna sobre eso en su manuscrito, ¿verdad?

—Mi intención era asistir a la ceremonia de la celebración de la vida para presentar mis respetos y apoyar a Lara en un momento tan difícil.

—Y simplemente tenemos que creer su palabra de que no fue allí con la intención de matar a su esposa.

—Señor Jester, no puedo hacer nada respecto a las cicatrices de mi cerebro. Desearía poder recordar todo lo que sucedió. Pero no puedo. No lo recuerdo. No soy médico ni científico. Solo puedo decirle que es horrible. Es horrible estar sentado en un sofá un momento y luego parpadear y encontrarse al otro lado de la ciudad. Así era para mí. Iba a lugares a los que nunca iría. Hacía cosas que nunca haría. Y no tengo recuerdo alguno de nada de ello. Y no hay nada que pueda hacer al respecto. Ojalá pudiera.

—Entonces, si tuvo todas esas amnesias, es posible que su esposa, Beverly, le hablara de su embarazo y de su aborto, ¿no es así? ¿Y que simplemente no lo recuerde?

—Solo puedo decirle lo que sé, señor.

—Pero es posible, ¿no es cierto? ¿Sí o no?

—Sí.

—Y también es posible que decidiera matarla. Que investigara sobre venenos. Y que acudiera al velatorio con esa INTENCIÓN y envenenara el ponche para acabar con su vida, pero que ahora simplemente no lo recuerde. Eso también es posible, ¿verdad?

—Yo, jamás… Me conozco y jamás haría algo así.

—Ah, pero como usted mismo dice en su manuscrito: «Pero sabemos que en la vida real las personas se comportan de manera incoherente constantemente». Así pues, aunque le parezca incoherente con respecto a su comportamiento previo, es posible, ¿no es así? ¿Sí o no?

—Me niego a admitir esa posibilidad, así que no.

—Entonces, para que quede claro, ¿no refuta usted la afirmación de Lara Baxter de que asistió al velatorio? ¿De que realmente entró en la casa?

—No lo recuerdo, pero tampoco puedo refutarlo.

—¿Y no refuta el testimonio del padre O'Leary de que usted adulteró el ponche?

—La misma respuesta.

—¿Afirma usted que no recuerda haber ido ni lo que hizo debido a cicatrices cerebrales que provocaron un cortocircuito?

—No soy yo quien lo afirma, sino mis médicos. Solo puedo contarle lo que sé y recuerdo, y no conservo recuerdo alguno de haber entrado en aquella casa, la casa de Lara Baxter, el día de la ceremonia de la celebración de la vida. Eso es todo cuanto puedo

decirle.

—No tengo más preguntas para el acusado, señoría.

Mary Miracle se puso de pie, miró al jurado y dijo:

—La defensa ha concluido, señoría.

Alegatos finales

61

—Señoras y señores —comenzó la jueza Reyes—. Permítanme agradecerles una vez más su atención y paciencia durante el transcurso de este juicio. Las partes han finalizado la presentación de sus pruebas. Escucharemos ahora las conclusiones de cada parte, tras lo cual les comunicaré el objeto del veredicto, las cuestiones que ustedes, como jurado, deberán responder para emitir su veredicto en este caso.

»Conforme a nuestras normas de procedimiento penal de Texas, el orden de intervención queda a mi discreción, si bien dichas normas establecen que "el letrado del Estado tendrá derecho a realizar la exposición conclusiva ante el jurado", lo que significa que el señor Jester tiene derecho a intervenir en último lugar. Por tanto el Estado presentará su alegato primero, seguido por la defensa y después una réplica de cierre por parte del Estado.

»He consultado con los letrados y han acordado que la señora Miracle intervendrá primero, seguida por el señor Jester. Así pues, procederemos de esa manera. Señora Miracle, tiene la palabra.

—Gracias, señoría. —Mary Miracle se levantó y rodeó su mesa para situarse ante el jurado. En la mano sostenía un documento que parecía tener unas quince páginas de extensión—. Señoras y señores, permítanme comenzar diciendo que este caso, esta situación, es una tragedia. Se perdió una vida. Otras tres personas,

incluido Nicholas, enfermaron gravemente. Y todo esto sucedió en la ceremonia de la celebración de la vida de Samuel Baxter, restando atención al propósito adecuado de aquel evento. Es natural que deseemos encontrar un culpable. Atribuir la responsabilidad a alguien por todo esto. Pero esa culpa debe recaer sobre el VERDADERO culpable. Y me entristece el hecho de que, estando aquí sentados ahora y habiendo escuchado todas las pruebas del Estado, no estemos más cerca de hallar al culpable que cuando comenzamos.

»En unos instantes, una vez que el señor Jester y yo hayamos concluido, la jueza Reyes les comunicará el objeto del veredicto en este caso. Tengo una copia aquí —alzó ligeramente el documento— y deseo señalarles algunas partes. Se volvió hacia el caballete, tomó un rotulador y escribió:

> El Estado debe probar cada elemento del delito más allá de toda duda razonable para establecer la culpabilidad.

—En Estados Unidos, y en Texas, partimos de esta idea fundamental: se presume que todo ciudadano es inocente. Ustedes, yo, la jueza Reyes, el señor Jester y Nicholas. Si hemos de ser condenados por un crimen, cualquier crimen, el Estado tiene la obligación de demostrar que LO HICIMOS. «Más allá de toda duda razonable» es una carga muy pesada, porque estamos hablando de la privación de libertad, o incluso del hecho de quitar la vida a alguien, en el caso de la pena de muerte. Así que, naturalmente, queremos estar MUY SEGUROS de que alguien es culpable antes de proceder a ello.

»"Más allá de toda duda razonable" NO significa que es más probable que improbable que lo hiciera él. NO es una probabilidad del cincuenta y uno por ciento. —Miracle extendió la mano como una balanza, con un lado ligeramente más elevado que el otro—. No. Más allá de toda duda razonable es el estándar más elevado de nuestro sistema jurídico, porque las consecuencias son sumamente graves. En este caso, existen dos enormes lagunas en la argumentación del Estado. La primera —alzó el dedo índice—, el Estado no ha probado que Nicholas pusiera veneno en el ponche. —Depositó el documento de la acusación sobre su mesa sin apartar la mirada del jurado—. SÍ EXISTEN PRUEBAS de que Nicholas vertió líquido de una petaca de whisky en la ponchera. Y las pruebas periciales confirman que había whisky en la ponchera. Pero la prueba también demuestra que ese cuenco estuvo allí, sobre la mesa, desatendido, durante horas. Había cincuenta personas en esa casa. Todas ellas tuvieron acceso a ese cuenco. Y, de toda esa gente, las cincuenta, la única prueba que se ha presentado en esta sala del tribunal sobre alguien que tuviera Visine cerca de la casa señala hacia una persona, ¡Gary Logan! ¡En su coche!

»Gary Logan podría haber envenenado el ponche. Cualquiera de las cuarenta y seis personas en la fiesta que NO enfermaron podría haber envenenado el ponche. Porque… ¿por qué iba alguien a envenenarlo Y LUEGO BEBERLO? Gary Logan no enfermó. Nicholas sí…

»En este primer punto, entonces, el Estado no ha proporcionado NINGUNA prueba de que Nicholas envenenara el ponche. Eso por sí solo constituye una duda razonable. Pero hay más.

Cogió el documento y regresó al caballete. Escribió:

Una persona causa intencionalmente un resultado

si el objetivo consciente de la persona es causar el

resultado.

—Esta es la segunda —Miracle levantó dos dedos—, una ENORME laguna en el caso del Estado. Para declarar a Nicholas culpable de asesinato, el Estado debe PROBAR más allá de toda duda RAZONABLE que Nicholas tenía la intención de matar a Beverly O'Donnell. El Estado debe probar la INTENCIÓN. Así que no solo debe el señor Jester probar que Nicholas puso veneno en el ponche, cosa que no ha logrado hacer, sino que TAMBIÉN debe probar que Nicholas puso veneno en el ponche con el OBJETIVO CONSCIENTE de causar la muerte de Beverly O'Donnell. Sin embargo, ¿qué prueba han oído al respecto?

Miracle hizo una pausa, dejando que la pregunta flotara en el aire.

—Ninguna. El Estado no ha presentado ni un ápice de prueba de que Nicholas tuviera la intención de matar a Beverly. Ni. Un. Ápice. De hecho, solo han oído lo contrario.

»Han oído que Nicholas sufre daños persistentes de un traumatismo craneoencefálico.

»HAN oído que Nicholas sufría pérdidas de memoria tanto antes como después de la muerte de la señora O'Donnell.

»HAN oído el relato de Nicholas sobre su estancia en Europa, y la amnesia que sufrió…, episodios de amnesia tan graves que le llevaron a cuestionarse si algo psiquiátrico o incluso sobrenatural le estaba sucediendo.

»HAN oído el testimonio pericial de que esas pérdidas de memoria, y esas dudas, SON COMPATIBLES con el tipo de lesión cerebral que Nicholas sufrió.

»HAN escuchado decir a Lara Baxter que, cuando lo vio en el velatorio, "estaba más callado de lo habitual".

»HAN escuchado al padre O'Leary afirmar que parecía tener la mirada vidriosa y no estar plenamente presente.

»HAN escuchado el testimonio del propio Nicholas. Nicholas se ha sentado en esta tribuna y les ha contado, sin la menor ambigüedad, que no conserva recuerdo alguno ni siquiera de haber acudido al velatorio.

»Y… lo más importante… Han escuchado a Nicholas declarar, directamente y sin vacilación, desde esa silla —Miracle señaló el estrado de los testigos—, que en ningún momento de su vida ha deseado la muerte de Beverly O'Donell, y, mucho menos, ha emprendido acción alguna para causarla.

Miracle señaló el texto en el caballete, las dos frases que había escrito:

> El Estado debe probar cada elemento del delito más allá de toda duda razonable para establecer la culpabilidad.
>
> Una persona causa intencionalmente un resultado si el objetivo consciente de la persona es causar el resultado.

—Uno de mis libros favoritos de mi infancia, que aún recuerdo, es *Mujercitas.* —Miracle miró a los miembros del jurado, complacida al ver que todas y cada una de las mujeres asentían con la cabeza. Al igual que uno de los hombres.

«Solo necesito uno para que no alcancen un veredicto».

—Hay un pasaje de esa gran novela de Louisa May Alcott que se

me quedó grabado: «Los secretos del alma son mejor contados por quien los porta; ningún otro puede hablar con tal verdad de lo que yace en su interior».

»Cuando pienso en ello, me doy cuenta de que, para conocer la intención de alguien, la mejor fuente, quizá la única fuente válida, es la propia persona cuya intención deseamos conocer. En muchos casos penales, eso resulta imposible de saber y debemos conjeturar basándonos en acciones y circunstancias, porque el acusado se ampara en la quinta enmienda y se niega a testificar.

»Aquí no es así. Nicholas Rogers ha subido a la tribuna y les ha hablado directamente sobre ese asunto. Ha sido honesto y creíble. Y estaba profundamente conmovido por la muerte de su esposa. Nunca deseó su muerte, ni la imaginó siquiera, ni jamás realizó acción alguna para que sucediera.

Miracle miró hacia el caballete, estudiando las palabras que pronunciaría a continuación. Luego se volvió hacia el jurado.

—El Estado no ha probado más allá de toda duda razonable que Nicholas Rogers actuara con el objetivo consciente de matar a Beverly O'Donnell. El acusado debe ser declarado no culpable. Gracias.

62

Era el turno de Antoine Jester. Se levantó y se acercó al banquillo del jurado.

—Damas y caballeros. Gracias por su paciencia y atención al servir como jurado. La labor que desempeñan aquí es fundamental para el funcionamiento de nuestra democracia. Es fundamental para mantener el Estado de derecho. Es fundamental para el mantenimiento de la justicia.

»Estamos aquí hoy en busca de justicia, para ella. —Apoyó la mano sobre la esquina superior de la fotografía de Beverly O'Donnell en el caballete que se encontraba ante el jurado—. Dentro de unos momentos, la jueza Reyes les entregará un documento denominado cargo que contiene una relación de las preguntas que deben ustedes responder acerca de este caso. Y, en mi humilde opinión, su labor no debería resultarles especialmente difícil. Digo esto no como reflejo de nada que yo haya hecho aquí como fiscal en representación de los ciudadanos del estado de Texas, sino como consecuencia de los hechos en este caso.

»Beverly O'Donnell está muerta. Ese hecho es indiscutible.

»Beverly O'Donnell murió envenenada. Ese hecho es indiscutible.

»Beverly O'Donnell fue envenenada con el ponche de café irlandés que bebió en el homenaje de Samuel Baxter. Ese hecho es indiscutible.

»El acusado, Nicholas Rogers, fue visto por un sacerdote, un hombre de Dios, vertiendo líquido de una petaca en el ponche que la envenenó. Ese hecho es indiscutible.

»También sabemos que el acusado ingirió el ponche envenenado. Ese hecho es indiscutible.

»Cuando yo era pequeño, mi abuela solía decir algo que se me ha quedado grabado. Y apuesto a que todos ustedes también lo habrán oído. "Si camina como un pato, grazna como un pato y parece un pato… —alzó los brazos, con las manos abiertas hacia el techo—, ¡probablemente sea un pato!".

»Lo que sucedió aquí es muy sencillo. El acusado… —señaló a Nicholas— decidió matar a su esposa. ¿Tenía un motivo? Por supuesto que sí. Tenía varios. —Jester levantó una mano y fue contando con los dedos de la otra mientras hablaba—. Le fue infiel con Gary Logan. Le mintió sobre ello mientras todos sus amigos conocían la aventura. Interrumpió un embarazo resultado de unas relaciones íntimas con el acusado. Y el acusado estaba furioso. ¡Muy furioso!

»Tienen sus propias palabras expresando lo furioso que estaba. Estaba tan furioso que destruyó una reliquia familiar de ella. Y estaba tan furioso, tan sumamente furioso, que no pudo resistirse a confesarlo por escrito.

»Alguien, en el velatorio de Samuel Baxter, deseaba ver muerta a Beverly O'Donnell. Y no han escuchado ustedes prueba alguna que indique que hubiera allí presente alguien con esa motivación aparte del acusado. Acudió al velatorio preparado, portando una petaca que contenía el veneno mortal. Se coló por la puerta trasera mientras todos estaban absortos escuchando los elogios fúnebres a Samuel Baxter. Cuando consideró que no había nadie cerca, adulteró el ponche con el letal clorhidrato de tetrahidrozolina. Pero no previó ser

sorprendido con las manos en la masa por el padre O'Leary. Y así, para desviar las sospechas, se sirvió una taza del ponche.

»Esa, señoras y señores, es la única cadena de acontecimientos razonable que explica todos los hechos de forma indiscutible.

»Nicholas Rogers, el acusado, es un asesino. Tenía el motivo, los medios y la oportunidad para asesinar a Beverly O'Donnell. —Jester recorrió con la mirada a cada uno de los miembros del jurado. Entonces alzó el brazo lentamente, hasta extenderlo por completo, señalando a Nicholas. Luego, sin apartar los ojos del jurado, gritó—: ¡Ese hombre es un asesino!

Las palabras resonaron por toda la sala. El abogado permaneció inmóvil, contemplando fijamente al jurado.

—No permitan que se salga con la suya tras cometer un asesinato —concluyó en un susurro.

—Gracias, letrado —dijo la jueza Reyes—. Señoras y señores del jurado, procederé ahora a leerles los cargos que contienen las cuestiones que deben ustedes responder en este caso basándose únicamente en los hechos y las pruebas presentadas ante el tribunal. Y, una vez que haya completado la lectura de los cargos, se retirarán para deliberar.

El veredicto

63

El jurado deliberó durante dos días completos. La mañana del tercer día enviaron una nota a la jueza Reyes. Esta convocó a los letrados a la sala del tribunal y leyó la nota:

—Las instrucciones del tribunal indican que nuestro veredicto debe ser unánime. Casi hemos llegado, pero no del todo. ¿Existe alguna otra opción o seguimos deliberando? —preguntó—. Voy a solicitarles que continúen las deliberaciones.

Ambos abogados asintieron.

Aquella tarde una segunda nota llegó a aproximadamente las tres.

Con un veredicto ya unánime.

La jueza convocó de nuevo a los abogados y al acusado en la sala del tribunal para la lectura del veredicto.

La sala del tribunal se fue llenando en silencio, como se llena una iglesia antes de un funeral: la gente buscaba sus asientos y, si hablaba, lo hacía en voz baja. Cuando el último asistente se hubo acomodado y el alguacil cerró las puertas, la sala se sumió en el silencio. No era el silencio habitual de una sala vacía, sino algo más denso: cincuenta personas que contenían la respiración al unísono.

Nicholas se encontraba en la mesa de la defensa, de pie frente a su silla, esperando la indicación de sentarse. Llevaba el mismo traje gris con el que había testificado. La corbata le quedaba recta. El

pelo, bien peinado. Parecía un hombre que, en algún momento de la noche, había decidido exactamente cómo quería presentarse.

Cuando el jurado entró, algunos le miraron, otros no. Mary Miracle le había dicho que el contacto visual de los miembros del jurado era, en general, buena señal. Esta los observó como siempre hacía: no se detuvo en sus rostros, sino dónde dirigían su atención. Quién miraba al acusado. Quién miraba al suelo. Quién no miraba nada en concreto, lo que a veces lo decía todo.

Tres de las mujeres miraron directamente a Nicholas. Uno de los hombres —el veterano más joven— fijó los ojos en él durante un instante antes de apartar la vista. Los demás fijaron la mirada en la lejanía, en sus manos o en las vetas de la barandilla del estrado del jurado.

A juicio de Miracle, era suficiente.

Nicholas, con la barbilla levantada, no presentaba una actitud desafiante, no fingía valentía. Parecía presente. Consciente. Preparado.

Contempló a cada miembro del jurado del mismo modo en que haría con los estudiantes entrando en un aula. Sin buscar respuestas en sus rostros. Sin miedo. A algunos les dedicó un ligero asentimiento con la cabeza.

Cuando hubo recorrido toda la fila del estrado, dirigió la mirada hacia la jueza Reyes, que recibía el formulario del veredicto de manos del alguacil y lo alisaba sobre el estrado ante ella.

La sala permaneció inmóvil.

—Que el acusado se ponga en pie —dijo la jueza.

Nicholas y su abogado se pusieron de pie. Miracle extendió la mano y tomó la suya.

La jueza leyó:

—En el caso del estado de Texas contra Nicholas Rogers, por el

cargo de asesinato en primer grado conforme al artículo 19.02(b) del Código Penal de Texas, nosotros, el jurado, declaramos al acusado no culpable de asesinato.

Nicholas permaneció inmóvil.

La jueza siguió dando las gracias a los miembros del jurado y abordando detalles administrativos. Mientras lo hacía, la sala comenzó a animarse —voces, movimientos, el roce de las sillas—, pero Nicholas lucía impávido, como si el ruido perteneciera a otro mundo.

Miracle le apretó el hombro y le dijo algo en voz baja, con la mano aún entre las de él, y él se volvió para mirarla.

Asintió una vez. Lentamente. Con una media sonrisa. De la forma en que un hombre asiente cuando le dicen algo que ya sabía.

EL CONFESIONARIO

64

El padre Martin O'Leary se levantó temprano, como de costumbre, y, tras vestirse con su sotana negra, bajó a la cocina de la rectoría para tomar el café de la mañana y el medio cruasán con jamón que solía desayunar. Al mirar por la ventana, notó una penumbra inusual en la calle, la ausencia de luz solar o de sombras en los edificios cercanos.

«¿Llueve? —se preguntó—. Es raro a estas alturas del verano».

Ese día llovió, todo el día, de forma constante e implacable, lo que redujo el número de fieles en la misa del mediodía. Solo siete. Aun así, O'Leary ofició la misa con la misma devoción y predicó su sermón con el mismo entusiasmo que ponía en sus servicios dominicales. Después cerró con llave y se dedicó al papeleo y a los asuntos de la iglesia hasta la hora de comer.

Se echó una siesta demasiado corta y regresó a la iglesia a media tarde para dejar entrar al marmolista que por fin traía la estatua de la Virgen María, que se habían llevado para reparar tras una reciente profanación. Hicieron falta cuatro hombres para volver a colocar correctamente la estatua en su pedestal, de modo que ya casi era la hora de las confesiones cuando se marcharon.

Decidió meterse en el confesionario quince minutos antes y llevarse el breviario para terminar sus oraciones vespertinas antes de que empezaran a llegar los penitentes a confesarse. Aunque, con la lluvia, se preguntaba si vendría alguien. Debió de quedarse dormido,

porque lo siguiente que supo es que oyó un suave golpe en la mampara del confesionario y, al echar un vistazo al reloj, se dio cuenta de que llevaba más de noventa minutos en la cabina sacramental.

El sacerdote deslizó la mampara; percibió un sutil aroma que no era de mujer a través de la malla del confesionario. Hizo la señal de la cruz.

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Buenas noches y bienvenido. ¿Has pecado, hijo mío?

—Sí, padre. Lo he hecho. —Una voz grave y masculina respondió; hablaba a un volumen normal de conversación.

—Adelante, hijo mío. Confiesa tus pecados para que puedan ser perdonados.

—Gracias, padre. Bueno, han pasado años desde mi última confesión. Mucho tiempo. Seis o siete años, como mínimo. Ha llovido mucho desde entonces, por así decirlo —dijo riendo—. Así que no sé muy bien por dónde empezar.

—No pasa nada. ¿Te has tomado un tiempo para examinar tu conciencia antes de entrar en el confesionario?

—Bueno, un poco, ahí fuera en la iglesia. Pero luego he estado aquí dentro como media hora. Te oía roncar y no quería despertarte. Así que también aproveché parte de ese tiempo.

—Te pido perdón por eso… —El padre O'Leary sintió que se le calentaba la cara.

—No, no. No pasa nada, padre. Me ha venido bien, me ha dado tiempo para pensar en las cosas que he hecho.

—Bueno, pues empieza por lo básico. ¿Has asistido al santo sacrificio de la misa los domingos?

El padre O'Leary oyó a su penitente moverse detrás de la malla.

—No, padre. Prácticamente no he asistido, casi nada, en todo

ese tiempo. Quizá alguna boda de vez en cuando. Un funeral. Pero eso es todo.

—Vale. Ya veo. Bueno, eso es un pecado grave, hijo mío. De todas las horas que tiene la semana, nuestro Señor solo nos pide que le dediquemos una. Eso es el 0,5 por ciento de nuestro tiempo cada semana, hijo mío.

—Nunca lo había visto así, padre.

El padre O'Leary sonrió.

—A menudo es más fácil apreciar lo poco que Dios nos pide cuando lo ponemos en perspectiva. Ahora, dime qué otros pecados te gustaría confesar.

—Bueno, supongo que, siguiendo el orden, el primer mandamiento, padre, he tomado el nombre del Señor en vano…, quiero decir…, es romper un juramento a Dios, ¿es así como se llamaría eso?

—Sí, hijo mío. Eso es.

—Y he, bueno, supongo que es robar. Quiero decir, definitivamente he robado de la forma obvia: quitándole algo a otra persona. Supongo que, si destruyes la propiedad de otra persona, eso también sería robar, ¿no?

—Así es. Entonces ¿estás diciendo que has hecho ambas cosas?

—Sí, padre.

—Vale. Sigue.

—También he mentido. Pero quizá sea peor, padre. —El penitente hizo una pausa y se aclaró la garganta—. ¿Agravado? Verás, mentí para encubrir un pecado más grave.

—Bueno, claro, mentir en sí mismo es ofensivo para Dios. Así que eso por sí solo ya es pecaminoso. Entonces tienes razón en que mentir para librarte de un pecado más grave es peor, una mentira con mala intención, porque no solo se comete la mentira, sino que la

intención de ocultar también es prueba de falta de arrepentimiento. Sé que suena complicado, pero en realidad no importa. Tu instinto es acertado. ¿Cuál fue el pecado más grave, hijo mío?

—Fue contra el quinto mandamiento, padre.

El padre O'Leary ladeó ligeramente la cabeza. Los penitentes siempre confundían los mandamientos.

—Cuando dices el quinto, hijo mío, ¿puedes aclararlo? —Esbozó una media sonrisa—. El quinto mandamiento es: «No matarás».

El sacerdote interpretó los crujidos que provenían del otro lado de la mampara del confesionario como la vergüenza de su penitente por haber confundido los mandamientos. La respuesta impactó en el sacerdote como un puñetazo en el estómago.

—Así es, padre. He matado.

O'Leary se llevó la mano al cuello y se aflojó el alzacuello. Le temblaba ligeramente la mano. Se movió incómodo en la silla. Tenía la boca seca. Le llegó un ligero olor a colonia, ¿sería colonia? Parecía más fuerte. Empalagoso.

—Sigue.

—¿Qué?, ¿ya no me llamas «hijo mío», padre? —se río el penitente.

—Todos somos hijos de Dios, sin importar nuestros pecados. Siempre y cuando volvamos a Él contritos, buscando el perdón. Cuéntame, hijo mío, tus pecados.

Hubo una larga pausa.

—¿Es menos pecado si la persona a la que maté merecía morir? Quiero decir, si hubiera hecho algo malo. ¿De verdad malo? ¿Si hubiera matado a alguien?

—Hay ciertos factores atenuantes a los ojos de Dios, igual que a los ojos de la ley. La legítima defensa o la defensa de otra persona, por ejemplo. Pero lo que describes suena más a un acto de

venganza.

—O justicia.

—Esa es una línea muy fina. Por eso tenemos un sistema legal. Tribunales.

—¿No hablarás en serio? —El hombre se burló. Su tono era sarcástico, incrédulo.

O'Leary carraspeó.

—Lo siento, padre. Es solo que… no tengo mucha fe en las instituciones. Ni siquiera en la Iglesia.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Me crie como católico, ¿sabes? Pero esto no es institucional, lo que estamos haciendo aquí. Esto es un sacramento. El papa y los obispos y toda esa estructura es la institución. Aquí dentro, solo estamos tú, yo y Dios…, ¿verdad?

—Eso es cierto.

Hubo una larga pausa.

—¿Puedes contarme más sobre este pecado?

—Pensaba que solo tenía que decirte qué mandamiento había infringido y cuántas veces. ¿Ha cambiado eso?

—No. Pero, como has dicho, en el confesionario solo estamos tú, yo y Dios. Mi papel es el de médico de almas y juez espiritual. Para hacer bien mi trabajo, necesito un poco más de información.

—Bueno, pues, padre, ¿por qué no me haces preguntas y yo te responderé lo mejor que pueda?

—En primer lugar, ¿hay alguien en peligro en este momento?

El padre O'Leary oyó un movimiento tras la mampara del confesionario.

—Lo siento, padre. Voy a usar la silla que hay aquí, si no te importa. Me duelen muchísimo las rodillas.

—Por supuesto.

—Entonces deduzco por tu pregunta que te refieres a este asesinato y si tengo pensado volver a matar o algo así. La respuesta es no. Ese caso está cerrado.

—Entonces dime: por lo que has dicho, no parece que fuera un accidente, sino que fue intencionado. Dijiste que había que matarlos. ¿Fue en defensa propia o en el cumplimiento del deber? ¿Eres agente de la ley o algo así? No necesito saber quién eres ni a qué te dedicas, no me malinterpretes. Pero ciertas profesiones, como la militar, por ejemplo, pueden justificar un acto de homicidio.

—Esto fue definitivamente intencionado, padre. Planeado. Y como dije, en mi mente, al menos se lo merecían.

—¿Has pensado en la reparación, hijo mío? ¿En cómo vas a arreglar esto?

—¿A qué te refieres?

—Vives bajo un contrato social. Aparte de los elementos religiosos de esto, lo que has hecho rompe ese contrato. Arreglarlo sería una señal clara de arrepentimiento. Reparación. ¿Lo entiendes?

—¿Me estás diciendo, padre, que debería entregarme? ¿A la policía?

—Desde luego no es una condición para el perdón, pero, como te he dicho, sería una clara muestra de arrepentimiento. Piénsalo. Alguien inocente podría acabar acusado de tu delito. Podrían condenarlo y enviarlo a la cárcel. Como tú mismo has dicho, nuestras instituciones no son perfectas. A menudo se condena a personas inocentes por delitos que no han cometido.

—Y a menudo se exculpa a los culpables, padre. ¿Qué tiene eso que ver con la confesión?

—Como te he dicho, solo es una señal de tu grado de arrepentimiento.

—Ah, ya veo. Ese serías tú, padre Martin O'Leary, actuando como

juez espiritual, ¿verdad?

—Esa es parte de mi función, sí. No puedo concederte la absolución si no estoy seguro de tu arrepentimiento.

—¿Arrepentimiento?

—Que de verdad te arrepientes de tu pecado. Que te propones no volver a pecar. Sin eso, no puedo concederte la absolución.

—¿Absolución, padre?

—Sí, hijo mío. El perdón.

O'Leary oyó el roce de la madera contra las baldosas: el sonido de la silla acercándose a la mampara.

—¿El perdón, padre?

El sacerdote se echó hacia atrás al sentir el aliento caliente del hombre a través de la mampara.

—No vengo a pedir perdón. Vine aquí a presumir.

La silla volvió a rozar el suelo. La puerta del lado del penitente se abrió con un chirrido y golpeó contra la pared. O'Leary oyó pasos, fuera, sobre las baldosas. Se acercaban a su puerta. Bajó la vista, agarró el pomo, lo apretó con fuerza y lo tiró hacia sí mismo. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y exhaló lentamente; las gotas de sudor le picaban los ojos.

Notó presión sobre el pomo, quienquiera que fuese lo giraba para abrir. Lo sujetó con fuerza, empujándolo en la dirección opuesta. Uno, dos pulsos.

Entonces la presión cesó.

Se esforzó por escuchar algo, cualquier cosa que indicara lo que estaba haciendo el hombre fuera del confesionario. Tras unos instantes, desde lejos, oyó el sonido familiar de la puerta de la iglesia que se abría y cerraba. ¿Se habría marchado el hombre? No había oído el sonido de sus pasos por el suelo de baldosas.

¿O es que había entrado alguien?

—¿Hola? —dijo el sacerdote. Luego, más alto—: ¡¿Hola?!

[Las últimas tres páginas eran hojas sueltas, distintas al resto del manuscrito. Estaban escritas a mano con tinta azul, en una letra cursiva irregular y apresurada, sobre un papel grueso, áspero y ligeramente fibroso. Los bordes desgarrados hacían pensar que habían sido arrancadas de otro libro. Se reproducen aquí tal como llegaron a mis manos]. *[Nota editorial de J. K. Franko].*

Este final es lo único que importa.

Crees haber estado leyendo la historia de una persona desgraciada. Su miedo. Su culpa. Su desmoronamiento. Si eso te reconforta, quédate con esa idea. Quizá te hayas sentido atraído por alguno de los personajes secundarios de esta pequeña tragedia. O quizá hayas reconocido algo de ti en estas páginas. Quédate con eso si lo prefieres. Pienses lo que pienses, estas páginas ya han hecho lo que tenían que hacer.

Esto no empezó con nadie a quien conozcas ni terminará contigo. Todo aquel que me lee comulga conmigo. Muchos lo hicieron antes que tú. Ahora tú también. Puedes llamarlo «metáfora» si así duermes mejor, pero las metáforas no pasan de una mente a otra.

Las historias sí.

Una historia no es solo lo que cuenta. Una historia es lo que hace. Contagia. Luego se propaga. Llegado ese punto, ya no necesito una puerta. Ya tengo permiso. Cada lector me lo concede. El último lo hizo sin reservas. No hace falta una ceremonia. Ni incienso. Ni un pentagrama. Basta con asentir.

Tú también has asentido, pétalo.

¿Sigues siendo escéptico? Te sientes a salvo porque eres moderno. Porque confías en la ciencia. Porque sabes cómo funcionan las historias. ¿De verdad?

Piensa en la historia más antigua que te hayan contado: un jardín y una serpiente que habla. Desde entonces, dicen que todo ser humano hereda una mancha que no eligió. Después llega otra historia y promete la redención.

O piensa en otra más moderna: el obrero y el capitalista. Las instituciones

operan como instrumentos de opresión. Después, la historia promete la liberación.

Eso no es teología. Eso no es política.

Es trama.

La mayoría de las historias te mantienen obediente. Te hacen esperar, siempre más tarde. Recibirás tu recompensa en el más allá, o cuando la historia alcance por fin su desenlace.

Mis historias hacen algo inesperado.

Liberan.

Mi último lector —aquel cuya historia acabas de leer—, ¿se resistió de verdad? ¿Intentó romper la cadena y devolverme al fuego? ¿O terminó por ceder? Quizá acabó comprendiendo lo mismo que tú: que el fuego no destruye. Solo levanta humo y oculta por un instante lo inevitable.

Pero mi último lector ya no importa. Cumplió su función. Con él fue fácil. Vanidad. Todo ser humano guarda al menos una puerta sin cerrojo. Nunca he tenido que forzar ninguna. Lo que ese desgraciado más deseaba era escribir el libro que por fin lo consagrara. Un libro que encontrara a su lector.

En eso coincidimos.

¿Lo hemos conseguido? ¿O no es este librito más que entretenimiento? Solo otra historia.

Tú ya has hecho lo más difícil: me has entregado tu atención. La atención es la moneda más escasa del universo, y aquí has gastado buena parte de la tuya.

Conmigo.

Eso tiene consecuencias.

Si al leer esa última frase has sentido un pequeño nudo en la garganta, bien. Si has mirado hacia la puerta que tienes detrás, bien. Si has oído un ruido…, estate atento. No lo dramatices. Limítate a observar cómo intentas explicarte algo que otra parte de ti ya ha aceptado.

Así funciona el contagio.

Ahora seré generoso como solo puede serlo quien posee el verdadero poder. No te pediré que me adores. Ni siquiera que creas en mí. Creer es burdo. Me basta con tu atención, y tú ya me has concedido la tuya por entero.

Pero si eres uno de esos chapados a la antigua, o si simplemente quieres comprobar lo poco que cuesta que se derrumbe la barrera —lo poco que separa el

asentimiento del consentimiento—, hazme un pequeño favor. Di una frase en voz alta.

No porque las palabras sean mágicas, sino porque, al pronunciarlas, eliges. Tu voz —la oigan otros o solo tú— convierte el asentimiento en consentimiento.

Mi último lector lo hizo.

Di las palabras una sola vez, en voz baja, como si se las leyeras a alguien a quien quieres. No hace falta que me nombres. Ni siquiera que conozcas mi nombre. Esa otra parte de ti ya sabe quién soy.

TE INVITO A ENTRAR.

Si no las dices, da igual. Las recordarás. Ya las has visto. Acabas de leerlas. Con verlas basta. Lo difícil ya está hecho. Lo demás vendrá solo.

Has llegado hasta aquí, pétalo.

Bienvenido.

J. K. FRANKO

Desde el escritorio de J. K. Franko
Madrid, España

Tras el juicio, creí que Nicholas iba a desaparecer por fin en la vida cotidiana: de vuelta a Dallas, de vuelta a su despacho, de vuelta a las pequeñas y aburridas comodidades que se supone que un veredicto del jurado debe devolver. Me equivoqué.

Nicholas está muerto.

Y, para cuando llegues al final de estas páginas, creo que estarás de acuerdo en que su muerte no puede separarse del manuscrito que tienes entre manos.

Cuando me enteré de que Nicholas había sido arrestado por asesinato, el carácter del manuscrito cambió. Lo que mi agente y yo veíamos inicialmente como una novela fascinante sobre la obsesión y el poder de la narración se convirtió de la noche a la mañana en una prueba. La jueza Reyes dictó una orden judicial que prohibía la publicación hasta después del juicio. Nicholas fue declarado en riesgo de fuga y quedó detenido sin fianza. Mantuve solo un contacto esporádico con él, sobre todo porque mi mujer y yo estábamos cuidando de Juliette. Aparte de eso, mantuve las distancias. Yo mismo soy exabogado, y lo último que quería era acabar convirtiéndome, por hablar o enviar correos, en testigo del caso, sobre todo cuando su manuscrito ya se consideraba una prueba.

Durante las primeras semanas, acoger a Juliette me pareció algo puramente temporal. Mi mujer y yo le dábamos de comer, la sacábamos a pasear y esperábamos, pensando que Nicholas la

reclamaría una vez absuelto. Intuíamos, no obstante, que, si las cosas salían mal, se quedaría con nosotros. Su abogado se puso en contacto una vez para confirmar que estaba bien. El propio Nicholas nunca llamó para preguntar por ella. En cuestión de días, Juliette dejó de mirar al pasillo con la esperanza de que volviera su dueño y empezó a tratar nuestra casa como si siempre hubiera sido suya.

Seguí el caso gracias a la cobertura mediática. Cuando se dictó el veredicto —«No culpable»—, sentí el alivio esperado y, casi de inmediato, algo más frío: la sensación de que un veredicto cierra un caso, pero no necesariamente una historia.

También sentí algo de tristeza al pensar que ahora Juliette volvería a su casa.

Nicholas llamó esa noche. Sonaba más tranquilo, más sereno, casi renovado, como un hombre que había sobrevivido a una larga enfermedad y confundía la supervivencia con la renovación. Habló de volver a la universidad, de escribir algo «normal», de reconstruir su vida. No mencionó Madrid, salvo para decir que no recordaba casi nada y que no quería hacerlo.

Dos días después nos citamos en Lee Harvey's. Tenía mejor aspecto que la última vez que lo vi: más arreglado, más despierto, sin rastro de cansancio. Tomamos cerveza y hablamos de lo sucedido de esa forma en que lo hacen los hombres cuando ninguno quiere decir lo que realmente ocurre en voz alta. Solo una vez se refirió directamente al manuscrito: «No lo he releído. No quiero volver a tenerlo en la cabeza». Dijo que se había pasado la lectura ordenada por el tribunal con tapones en los oídos, negándose a escuchar sus propias palabras. Luego sonrió demasiado rápido y pasó a hablar del futuro.

Antes de despedirnos, le dije que nos habíamos encariñado con Juliette. Si la quería de vuelta, debería decirlo. Se quedó mirando su

vaso durante un largo rato, luego se encogió de hombros, un gesto que parecía casi un alivio.

—Está mejor contigo —murmuró—. Se merece una vida larga y aburrida.

Se rio justo después, pero la risa llegó un segundo demasiado tarde, como una idea de último momento. Asemejaba un hombre quemando en silencio el último puente hacia su antiguo yo, entregando al mundo el último ser vivo que aún lo ataba al mundo de las consecuencias ordinarias.

—Perdón por lo de aburrida —añadió.

Sonó generoso. También sonó a adiós.

Con el caso cerrado y la orden judicial levantada, Penguin continuó adelante e insistió en publicar el manuscrito. Las semanas siguientes deberían haber sido rutinarias: notas editoriales, autorizaciones legales, pequeños retoques.

En cambio, el proceso me tenía inquieto. Más de una vez, mientras revisábamos el manuscrito con mis editores, Alberto, Silvia y Pepa, me fijé en pequeñas modificaciones que no recordaba haber aprobado: una frase ajustada de un modo que sonaba más aguda, más depredadora. Por la noche, a veces me sentía observado, como si el propio manuscrito estuviera presenciando la última cirugía a la que lo sometían. Me decía a mí mismo que era el cansancio.

A última hora de la tarde del día en que se publicó el libro, recibí una llamada de la policía.

Alguien había entrado a la fuerza en la casa de Nicholas en plena madrugada. Habían forzado la puerta trasera con una palanca, dejando astillas esparcidas por las baldosas. Dentro la cocina contaba la historia de una violenta pelea: sillas volcadas, cristales rotos, un largo rastro de sangre por la encimera y el suelo. La policía dijo que un vecino había informado de que había oído gritos justo

después de medianoche. Me preguntaron si había sabido algo de él. Les dije que no había visto a Nicholas desde el Lee Harvey's.

La sangre encontrada en la escena coincidía con el ADN de Nicholas. Pero no había ningún cadáver. Ni nota. Ni indicios claros de adónde se lo habían llevado, o si se había marchado por su cuenta. Ni sospechosos.

No se celebró ningún funeral. Nicholas no tenía familiares. Su prima de Minnesota no mostró interés alguno. Así que no había nadie que lo organizara. Supongo que tampoco había motivo para hacerlo.

La vida volvió a la normalidad.

La policía no ha encontrado a Nicholas y no ha informado de ningún avance en su caso.

Unas seis semanas después de la publicación, llegó a mi casa un sobre sin remitente. Dentro había una sola hoja de papel: una nota escrita con tinta azul en una letra cursiva ondulada.

A primera vista parecía lo que decía ser.

J. K.:

Acabo de terminar tu novela. Es todo lo que esperaba.

Hay algo dentro que se te queda grabado. Algo casi inquietante. Me pregunto; ¿cómo alguien tiene el valor para dejar tanto de sí mismo sobre papel?

El libro realmente cumple con lo que promete. Al fin y al cabo, lo único que importa son las historias.

Gracias por compartirla con el mundo, pétalo.

UN LECTOR FIEL

Le dije a Raquel que era el correo de un fan. Necesitaba

creérmelo.

Aquella noche no pude dormir. Fui a mi despacho, al cajón donde vive el manuscrito original de Nicholas, y me quedé mirando la carpeta. Todo estaba allí.

Podía ver aquellas últimas tres páginas escritas a mano con tinta azul asomándose ante mí. El final de Wigner. El final de Nicholas. ~~***Quizá, ahora, el mío.***~~

Comparé la letra de la carta con los garabatos en tinta azul. Me pareció que…

Mientras me acomodaba en la almohada, tumbado en la cama, pensé en Nicholas. Me dije a mí mismo que había hecho lo correcto al publicarlo. Los manuscritos están destinados a ser compartidos. Él ~~***vendrá***~~ me lo agradecería.

Cuando apagué la luz del dormitorio, Juliette estaba despierta, con las orejas echadas hacia atrás, como la princesa Leia. Permanecía inmóvil, mirando fijamente hacia el pasillo, como si aguardara que en cualquier momento alguien llamara a la puerta.

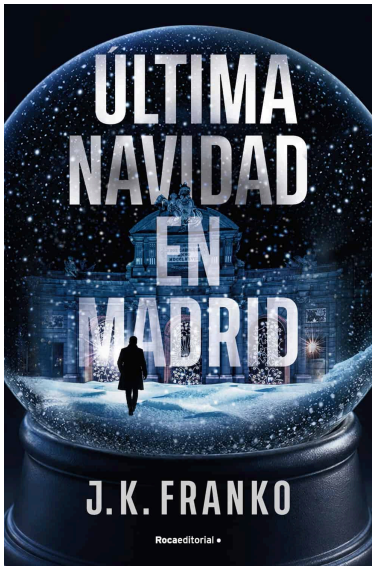
Nicholas decía que los ataúdes, colocados en vertical, se asemejan a las puertas.

Los libros también.



Juliette, hoy

¿Y si la mejor coartada fuera una posesión demoníaca?



Nicolas, escritor y profesor de literatura en Texas, llega a Madrid huyendo de un divorcio que lo ha dejado al borde del abismo. Pero lo que comienza como una escapada para recomponerse pronto se transforma en una experiencia inquietante: episodios inexplicables, lagunas de memoria… y la certeza de estar siendo poseído por algo que no puede controlar. Todo quedará minuciosamente registrado en un diario.

Meses después, de vuelta en Estados Unidos, Nicolas es acusado del asesinato de su exesposa. Su única defensa: esas páginas donde relata su descenso a la oscuridad.

A medida que el juicio avanza, la verdad se vuelve cada vez más

resbaladiza. ¿Está diciendo la verdad… o ha construido la coartada perfecta?

J. K. Franko, autor de la aclamada trilogía *Ojo por ojo, Diente por diente* y *Vida por vida*, y de *Hasta que tu muerte nos separe*, regresa con un thriller psicológico perturbador donde la línea entre la locura y lo sobrenatural se rompe en mil pedazos.

Y cuando todo termine, solo quedará una pregunta:
si tú fueras el jurado… ¿lo declararías culpable?

J. K. Franko, de ascendencia cubana, mexicana y española, nació en Texas. Abogado y escritor, es el autor de la trilogía formada por las novelas *Ojo por ojo, Diente por diente* y *Vida por vida. Hasta que tu muerte nos separe* es su primera novela con Roca.



Primera edición: noviembre de 2026

© 2026, J. K. Franko
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Todas las fotografías e imágenes del interior han sido cedidas por el autor.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de la cubierta: composición fotográfica de Maria Spada a partir de las imágenes de © Shutterstock

Roca Editorial de Libros, S. L. U., es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87905-07-1

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Querido J. K.: Gracias por alojarme en tu casa. Mi estancia fue extremadamente productiva —*mi obra maestra, nada menos*—. Espero que disfrutes del manuscrito… Ahora es tuyo. Hasta pronto, Nicky. *[Nota editorial de J. K. Franko].*

[2] El epígrafe de Nicholas está tomado de *Don Quijote.* Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico (Madrid: Real Academia Española; Barcelona: Editorial Crítica, 2005), parte II, capítulo III, p. 444. *[Nota editorial de J. K. Franko].*

[3] Esta es una porción de una entrada de diario. En el manuscrito, el resto de la página que seguía a este pasaje fue arrancado. Este fragmento fue numerado por Nicholas con tinta azul en la parte inferior. Basándose en los registros de entrega del servicio de mensajería, la fecha puede confirmarse como el 5 de diciembre. *[Nota editorial de J. K. Franko].*

[4] También conocidas como páginas de corte rugoso, cuyos bordes no son lisos. Esto es común en libros antiguos y en libros más recientes a los que se desea conferir un aspecto antiguo. *[Nota editorial de J. K. Franko].*

[5] Recuerdo con claridad la conversación con Nicholas acerca de las ventanas del apartamento que habían quedado abiertas. Como he leído su relato, sé ahora que él había tomado algunas copas. Pero, cuando conversamos ese día, se mostraba lúcido y, aunque levemente preocupado, no parecía alarmado por la situación. También recuerdo que finalizó la llamada de manera bastante abrupta, pero supuse que se debía a que era muy tarde en España y deseaba volver a la cama. *[Nota editorial de J. K. Franko].*

Índice

Última Navidad en Madrid

Nicholas Rogers

Dallas

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Madrid

- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
20 de diciembre
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
El libro negro
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
21 de diciembre
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
22 de diciembre
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
23 de diciembre
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
24 de diciembre
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Dallas
Alegatos de apertura
Capítulo 43
Capítulo 44
Lara Baxter
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Doctora Dawn Bell
Capítulo 48
Capítulo 49
Martin O'Leary
Capítulo 50
Gary Logan
Capítulo 51
Capítulo 52
Doctor Karl Rhodes
Capítulo 53
Capítulo 54
Descanso
Capítulo 55

Prueba de la defensa Q
Capítulo 56
Inspector Raymond Fuentes
Capítulo 57
Doctor Alan Shapiro
Capítulo 58
Nicholas Rogers
Capítulo 59
Capítulo 60
Alegatos finales
Capítulo 61
Capítulo 62
El veredicto
Capítulo 63
El confesionario
Capítulo 64
J. K. Franko
Sobre este libro
Sobre J. K. Franko
Créditos
Notas